UNA NOVELA DE
LOS AMOS DE LA NOCHE

CAZADOR DE ALMAS



AARON DEMBSKI-BOWDEN

Traicionados, expulsados de la luz del Emperador y perseguidos como herejes, son los rebeldes del Cuadragésimo Primer Milenio. Adornados con símbolos de la muerte, los Amos de la Noche son unos cazadores implacables y unos asesinos despiadados. Jamás se arrepentirán de las blasfemias por las que les condenaron. Se ceban del Imperio moribundo y llevan consigo la muerte cada vez que salen de la oscuridad que se extiende entre los mundos.

Y el terror es su arma más poderosa.



Aaron Dembski-Bowden

Cazador de almas

Warhammer 40000 » Amos de la Noche - 1

ePub r2.0
diegoan 09.06.2018

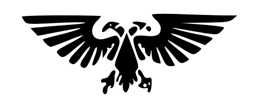
Título original: *Soul Hunter*
Aaron Dembski-Bowden, 2010
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Editor digital: diegoan
Primer editor: Titivillus (r1.0)
ePub base r1.2









Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

Sin embargo, incluso en su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta existente entre las lejanas estrellas.

Su ruta está señalada por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en su nombre en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicum por mencionar tan sólo unos pocos.

Sin embargo, a pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y

carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

UNO
LA UNIDAD DE LOS TRAIDORES

Hijos míos, la galaxia está en llamas.
Todos somos testigos de La verdad definitiva: nuestro camino no es el camino del Imperio.
Nunca habéis estado bajo la luz del Emperador.
Nunca habéis llevado el águila Imperial.

Y nunca lo haréis.

Llevaréis la armadura de la medianoche.
Vuestras garras estarán siempre rojas con la sangre del fracasado imperio de mi padre.
Lucharéis a través de los siglos como las zarpas de un dios asesinado.

Alzaos, hijos míos, y llevad vuestra ira por las estrellas.
Hacedlo en mi nombre. Hacedlo en mi recuerdo.
Alzaos, mis Amos de la Noche.

El primarca KONRAD CURZE,
en el último cónclave de la VIII Legión.

PRÓLOGO
EL HIJO DE UN DIOS

Ser el hijo de un dios era una maldición.

Ver del mismo modo que veía un dios, saber lo que sabía un dios. Esa visión, ese saber, lo desgarraban una y otra vez.

Su cámara era una celda desprovista de toda comodidad y que para lo único que servía era como refugio contra cualquier clase de intrusión. En el interior de ese odioso santuario, el hijo del dios aullaba secretos de un futuro todavía por llegar, y su voz era un coro estrangulado de gritos que sonaban, metálicos y atonales, por las ranuras del altavoz de su antiguo casco de combate.

A veces se le agarrotaban los músculos, y las masas de carne y de tendones se tensaban alrededor de sus huesos duros como el hierro, lo que lo dejaba estremecido y respirando de forma ahogada, incapaz de controlar su propio cuerpo. Esos ataques podían durarle horas, durante las cuales cada uno de los latidos de sus dos corazones descargaba una oleada de dolores agónicos mientras la sangre le martilleaba a lo largo de los músculos agarrotados. Una vez se liberaba de aquella parálisis insoportable, cuando su corazón secundario se relajaba y volvía a quedarse inmóvil de nuevo, calmaba su dolor golpeándose la cabeza contra las paredes de la celda. Ese tormento adicional lo distraía de las imágenes que le ardían tras los ojos.

En ocasiones funcionaba, pero nunca durante mucho tiempo. Esas visiones constantes que regresaban de forma ineludible lo arrancaban de cualquier martirio menor y le bañaban la mente con fuego una vez más.

El hijo del dios, todavía protegido por su armadura de combate, lanzó la cabeza cubierta por el casco contra la pared y estrelló el cráneo contra el acero una y otra vez. Gracias al yelmo de ceramita y al hueso reforzado de su esqueleto, sus esfuerzos le hicieron más daño a la pared que a él mismo.

Perdido en la misma maldición que llevó a su padre genético a la muerte, el hijo del dios no veía las paredes de acero que lo rodeaban, ni detectaba el flujo de datos que descendía por sus retinas mientras la interfaz táctica perseguía y fijaba como objetivos los contornos de la pared, las bisagras de la puerta bloqueada o cualquier otro detalle insignificante de la cámara sin amueblar. Una lectura que descendía por la esquina superior izquierda de la interfaz del visor cartografiaba sus signos vitales y relampagueaba con alertas intermitentes cuando los corazones le palpitaban con tanta

fuerza que incluso superaban su inhumana fisiología o, también, cuando los ataques le bloqueaban el cuerpo y le cortaban la respiración a intervalos que duraban minutos.

Y ese era el precio que tenía que pagar por ser como su padre. Así era la existencia del legado viviente de un dios.

• • • • •

El esclavo escuchaba tras la puerta de su amo, y allí contaba los minutos.

Los gritos de su señor habían cesado por fin al otro lado del metal oscuro del portal blindado, al menos de momento. El esclavo era humano, con los limitados sentidos que tal condición conllevaba, pero eso no le impedía distinguir con claridad la respiración de su señor con la oreja pegada a la puerta. Era un sonido aserrado, irregular y áspero, que los altavoces del casco con forma de cráneo de su amo filtraban como un gruñido metálico.

A pesar de todo, incluso mientras su mente se perdía en otros pensamientos, el esclavo seguía contando los segundos a la vez que estos se convertían en minutos. Era fácil; se había entrenado para hacerlo instintivamente, dado que ningún cronómetro funcionaría de forma fiable en la disformidad.

El nombre del esclavo era Septimus, ya que era el séptimo. Seis esclavos habían servido antes que él al amo, y esos seis ya no estaban entre la tripulación de la gloriosa nave *Pacto de Sangre*. Los pasillos del crucero de batalla del Adeptus Astartes permanecían casi vacíos; una red silenciosa de hierro oscuro y acero negro. Esas eran las arterias de la gran nave, antaño bullentes de actividad: servidores traqueteantes que realizaban sus sencillas tareas, astartes que se iban de una cámara a otra y los tripulantes mortales que llevaban a cabo la miríada de funciones necesarias para que la nave continuara funcionando. En los días anteriores a la gran traición, miles de almas habían llamado hogar al *Pacto*, incluyendo a casi trescientos de los inmortales astartes.

El paso del tiempo había cambiado eso. El tiempo, y las guerras que trajo consigo.

Los pasillos estaban a oscuras, pero no faltos de energía. Una negrura intencionada se asentaba en el interior del crucero de batalla, una oscuridad tan profunda que nacía del tuétano de los huesos de acero de la nave. Aquello era absolutamente natural para los Amos de la Noche, ya que todos ellos habían nacido en el mismo mundo sin sol. Para la poca tripulación que poblaba los pasillos de las entrañas del *Pacto*, la oscuridad era, al principio, una presencia incómoda. Pero la mayoría acababa acostumbrándose de un modo inevitable. Seguían llevando sus lámparas de mano y sus potenciadores ópticos, pues eran humanos y no podían penetrar la noche artificial tal y como lo hacían sus señores. Sin embargo, con el paso del tiempo, llegaban incluso a sentirse cómodos en la oscuridad.

Al final, la costumbre se transformaba en algo familiar. Aquellos cuyas mentes no podían hallar comodidad en la negrura quedaban abocados a la demencia, y a que se deshicieran de ellos tras ser sacrificados por su fracaso. Los demás la acataban y se familiarizaban con su entorno invisible.

Los pensamientos de Septimus eran más profundos que los de la mayoría de los tripulantes. Todas las máquinas tenían alma. Lo sabía muy bien en su fuero interno, incluso desde sus días de lealtad al Trono Dorado. A veces le hablaba a la nada, a sabiendas de que la negrura era una entidad por sí misma, una expresión de los sentimientos de la nave. Caminar por la oscuridad total que saturaba la nave significaba vivir dentro del alma del navío, respirar el aura palpable de la perfidia maligna y traidora del *Pacto*.

La oscuridad jamás le contestaba, pero él se sentía arropado por su presencia en el navío en que viajaba. De niño siempre le había tenido miedo a la oscuridad y ese miedo nunca lo había abandonado del todo realmente, y saber que los silenciosos y negros pasillos no eran hostiles era todo lo que le mantenía la mente intacta en la infinita noche de su existencia.

Además, estaba solo. Esa era una dura verdad que admitir, incluso para uno mismo. Era mucho más fácil sentarse en la oscuridad y hablarle a la nave, incluso a sabiendas de que ella nunca contestaría. A veces se había sentido alejado de los demás esclavos y sirvientes a bordo del navío. La mayoría habían estado al servicio de los Amos de la Noche durante mucho más tiempo que él. Lo turbaban. Muchos caminaban por ahí con los ojos cerrados, orientándose de memoria por los fríos corredores, a tientas, o por otros sentidos que Septimus no tenía deseos de comprender.

Una vez, en las silenciosas semanas previas a otra batalla en otro mundo, Septimus había querido saber qué había sido de los seis esclavos que lo habían precedido. El amo estaba recluido, lejos de sus hermanos, rezándole a las almas de sus armas y de su armadura. Había mirado a Septimus, cuando este le hizo la pregunta, con unos ojos tan negros como el espacio entre las estrellas.

Y le había sonreído.

Su señor rara vez lo hacía. Las venas azules visibles bajo sus pálidas mejillas se retorcían como las tenues vetas de un mármol prístino.

—A Primus… —respondió suavemente, como siempre que hablaba sin su casco de combate, si bien con una rica y profunda resonancia— lo mataron hace mucho mucho tiempo. En combate.

—¿Intentasteis salvarlo, mi señor?

—No. No me enteré de su muerte hasta más tarde. Ni siquiera estaba a bordo del *Pacto* cuando ocurrió.

El esclavo quiso preguntarle a su amo si habría intentado al menos salvarle la vida a su predecesor en caso de que se le hubiera presentado la oportunidad, pero a decir verdad, temía que ya sabía de antemano cuál sería la respuesta.

—Ya veo —dijo Septimus, quien se pasó la lengua por los labios resecos—. ¿Y los demás?

—Tertius… Cambió. La disformidad lo cambió. Lo destruí cuando dejó de ser él mismo.

Aquello sorprendió a Septimus. El amo le había hablado en ocasiones anteriores de lo importantes que eran los siervos capaces de resistir a la locura de la disformidad y de conservarse incólumes frente a los Poderes Siniestros.

—¿Murió bajo vuestra propia mano? —quiso saber Septimus.

—Así es. Fue un acto de misericordia.

—Ya veo. ¿Y los otros?

—Envejecieron. Murieron. Todos ellos, a excepción de Secundus y Quintus.

—¿Qué les pasó?

—A Quintus lo mató el Elevado.

A Septimus se le heló la sangre al oír esas palabras. Detestaba al Elevado.

—¿Por qué? ¿De qué lo acusaron?

—No quebrantó ninguna ley. El Elevado lo mató en un arrebato de furia. Simplemente descargó su ira en el ser vivo más cercano, y por desgracia para Quintus, se trataba de él.

—Y… ¿qué le pasó a Secundus?

—Te hablaré de Secundus en otra ocasión. ¿A qué vienen esas preguntas sobre mis antiguos sirvientes?

Septimus tomó aire para contarle la verdad, para confesarle sus miedos, para admitir que le hablaba a la oscuridad de la nave para evitar la soledad. Pero el destino de Tertius no dejó de preocuparlo en todo momento. Muerte debida a la locura. Muerte debida a la corrupción.

—Por curiosidad —le respondió el esclavo a su señor, pronunciando la primera y única mentira que le diría nunca bajo su servicio.

El sonido de los pasos de unas botas trajo a Septimus de vuelta al presente. Se separó de la puerta del amo y tomó aire a la vez que miraba, sin lograr ver nada, en dirección a las pisadas que se aproximaban desde el fondo del pasillo.

Sabía muy bien quién se acercaba. Lo vería. Lo vería aunque se escondiera por los alrededores, por lo que correr no tenía sentido. Olería su rastro y vería el aura de su calor corporal. Así pues, se preparó, deseoso de que se le calmara el corazón frente a la atronadora aprensión que sentía. Eso también lo oiría. Su miedo le haría sonreír.

Septimus pulsó el botón de desactivación de su débil lámpara, lo que apagó por completo la trémula luminosidad amarilla y volvió a llenar el pasillo con la negrura más espesa. Lo hizo tanto como señal de respeto al astartes que se aproximaba como porque no tenía ningún deseo de verle la cara. A veces, la oscuridad hacía que tratar con los semidioses fuese más fácil.

Una vez preparado y listo, Septimus cerró sus ya inútiles ojos para centrar sus percepciones en los sentidos del oído y el olfato. Las pisadas eran pesadas, sin

embargo, no eran las de las botas de una armadura, y el espacio entre ellas era demasiado grande como para que pertenecieran a un ser humano. El roce de una túnica. Y lo más omnipresente de todo, el olor a sangre: ácido, fuerte y metálico, lo suficientemente potente como para provocarle un cosquilleo en la lengua. Era el mismo olor de la nave, pero destilado, purificado, amplificado.

Otro semidiós.

Uno de los semejantes del amo venía para ver a su hermano.

• • • • •

—Septimus —dijo la voz desde las tinieblas.

El esclavo tragó con dificultad, con miedo a hablar pero consciente de que debía hacerlo.

—Sí, señor. Soy yo.

El susurro de unos ropajes, el sonido de algo suave sobre el metal. ¿Estaría el semidiós acariciando la puerta de su señor?

—Septimus —repitió el otro semidiós. Su voz era inhumanamente profunda, un retumbar de sílabas—. ¿Cómo se encuentra mi hermano?

—Todavía no ha salido.

—Eso lo sé. Lo oigo respirar. Está más sereno que antes. —El semidiós sonaba distraído—. No te he preguntado si ha salido, Septimus. Te he preguntado por su estado.

—Esta aflicción ha durado más que la mayoría, señor, pero mi amo ha estado en silencio durante casi una hora. He contado los minutos. Es lo máximo que ha permanecido tranquilo desde que la aflicción se apoderó de él.

El semidiós rio entre dientes. Sonó como el choque de dos nubes de tormenta. Septimus sintió una leve punzada de nostalgia; hacía años que no había visto una tormenta o siquiera estado bajo un cielo de verdad.

—Vigila lo que dices, vasallo —dijo el semidiós—. Llamarlo aflicción denota que es una maldición. Mi hermano, tu amo, ha sido bendecido. Él ve cómo ve un dios.

—Perdonadme, vuestra grandeza. —Septimus ya estaba de rodillas, con la cabeza gacha, sabiendo que el semidiós podía ver su sumisión claramente en medio de la total oscuridad—. Tan sólo empleo las palabras que usa mi señor.

Hubo una pausa prolongada.

—Levántate, Septimus. Tienes miedo, y eso te está afectando al juicio. No te haré daño. ¿Es que no me reconoces?

—No, gran señor. —Lo que era cierto. El esclavo nunca había sido capaz de diferenciar entre las distintas voces de los semidioses. Todos ellos hablaban con los profundos gruñidos de un depredador felino. Su amo era el único que sonaba

diferente, gracias al matiz de suavidad que envolvía sus gruñidos leoninos. Septimus sabía que esta distinción se debía más a la familiaridad que a cualquier diferencia verdadera en el tono de voz de su dueño, pero eso no lo ayudaba a distinguir a los demás—. Podría hacer una suposición, si me lo ordenarais.

Oyó el sonido del semidiós cambiando de postura, así como el susurro acompasado de su atuendo.

—Compláceme.

—Creo que sois lord Cyrion.

Otra pausa.

—¿Cómo lo has sabido, vasallo?

—Porque os habéis reído, mi señor.

En el silencio que siguió a esas palabras, incluso en la oscuridad, Septimus tuvo la certeza de que el semidiós estaba sonriendo.

—Dime —dijo al fin el astartes—, ¿han venido los demás, hoy?

El esclavo tragó saliva de nuevo con dificultad.

—Lord Uzas estuvo aquí hace tres horas, lord Cyrion.

—Me imagino que eso fue desagradable.

—Sí, mi señor.

—¿Qué hizo mi querido hermano Uzas cuando vino? —El matiz sarcástico en la voz de Cyrion resultó inconfundible.

—Escuchó con atención lo que decía el amo, pero él no dijo nada. —Septimus recordó la fría negrura mientras estaba en el pasillo con Uzas y oía al semidiós respirar roncamente, a la par que escuchaba el ronroneo de su exquisita armadura de guerra—. Llevaba puesta la coraza, señor. No sé por qué.

—No es ningún misterio, en realidad —le contestó Cyrion—. Tu amo todavía lleva la suya puesta. Esta última «aflicción» la contrajo mientras estábamos enzarzados en un combate, por lo que quitársela supondría arriesgarnos a que se despertase de la visión.

—No lo entiendo, señor.

—¿No lo entiendes? Piensa, Septimus. Ahora puedes escuchar los gritos de mi hermano, pero están enmudecidos, filtrados por los altavoces de su casco y aún más por el metal de su celda. Pero si uno quisiera oírlo mejor… está aullando sus profecías por el canal de comunicación. Todo el que lleve puesta la armadura puede oírlo gritar a través de las frecuencias de comunicación.

A Septimus se le heló la sangre de pensarlo. La tripulación de semidioses de la nave estaba escuchando a su dueño chillar de agonía durante horas sin fin. La piel le picaba como si la oscuridad se la estuviera acariciando. Esa incomodidad… ¿Eran celos? ¿Impotencia? Septimus no estaba seguro.

—¿Qué es lo que decís, señor? ¿Con qué sueña mi amo?

Cyrion apoyó la mano contra la puerta otra vez, y cuando habló, su voz carecía del buen humor que había dejado traslucir tan sólo unos momentos antes.

—Sueña con lo que soñaba nuestro primarca —dijo en voz baja el astartes—. Con sacrificios y batallas. Con una guerra sin fin.

• • • • •

Cyrion no estaba del todo en lo cierto.

Hablaba con la seguridad que daba la experiencia, porque estaba demasiado acostumbrado a las visiones de su hermano. Pero en esta ocasión, una nueva faceta se vio entretejida en las profecías del guerrero aquejado por aquel ataque. Dicha faceta vio la luz exactamente nueve horas después, cuando la puerta, al fin, se abrió.

El semidiós trastabilló al salir al pasillo, completamente cubierto por la armadura de combate, y se inclinó contra la pared opuesta del corredor. Sentía que sus músculos se asemejaban a cables de fuego que rodeaban a unos huesos fundidos, pero el dolor no era lo peor. Podía soportar el dolor, y así lo había hecho incontables veces anteriormente. Era la debilidad. La vulnerabilidad. Eran cosas como aquellas las que lo enervaban y hacían que dejara los dientes al descubierto en una mueca feroz debido a lo extraña que le resultaba esa sensación.

Movimiento. El hijo del dios lo sintió a su izquierda. Aún cegado por el desesperante dolor que le habían provocado los ataques, giró la cabeza hacia la fuente de movimiento. Su habilidad para oler presas, tan mejorada como cada uno de los sentidos que poseía, había registrado rastros familiares: el toque ahumado del empalagoso incienso, el almizcle del sudor y el regusto metálico de un arma escondida.

—Septimus —dijo el hijo del dios. El sonido de su propia voz le resultaba extraño; rasposo y sibilante incluso a través de los altavoces del casco.

—Estoy aquí, mi amo. —El alivio del esclavo se hizo añicos cuando vio lo débil que estaba su señor. Eso era nuevo para ambos—. Os perdimos durante exactamente noventa y una horas y diecisiete minutos —informó el esclavo a su dueño de la forma en que siempre lo hacía tras los ataques.

—Mucho tiempo —dijo el semidiós, mientras se alzaba en toda su estatura. Septimus miró a su amo erguirse y tuvo la delicadeza de apartar el débil foco de la lámpara de mano al proyectar su tenue luz hacia el suelo. Todavía daba luz suficiente como para ver, lo que brindaba un brillo tranquilizador al pasillo.

—Sí, mi señor. Mucho tiempo. Las aflicciones están durando más.

—Así es. ¿Quién fue el último en acudir a mi puerta?

—Lord Cyrion, hace siete horas. Pensé que ibais a morir.

—Durante cierto tiempo, yo también lo pensé. —El silbido propio del despresurizado se dejó oír mientras el semidiós se quitaba el casco. Bajo aquella luz tenue, Septimus fue capaz de distinguir los suaves rasgos y los ojos tan negros como

charcas de alquitrán de su amo.

—¿Qué soñasteis? —preguntó el esclavo.

—Con augurios tenebrosos y un mundo muerto. Ve hasta mis cámaras de armas y haz los preparativos. Tengo que hablar con el Elevado.

—¿Preparativos? —Septimus vaciló—. ¿Otra guerra?

—Siempre hay otra guerra. Pero antes tenemos que encontrarnos con alguien. Alguien que demostrará ser vital para nuestra supervivencia. Tenemos que partir.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, mi señor?

El semidiós mostró una de sus escasas sonrisas.

—A casa.



NOSTRAMO

Un asteroide solitario giraba en la quietud del espacio. Situado a decenas de miles de kilómetros lejos del cuerpo planetario más cercano, estaba claro que no era un satélite natural perteneciente a alguno de los planetas del sector.

Eso era bueno. Eso era muy muy bueno.

Para la aguda visión y la sonrisa confiada de Kartan Syne, aquel pedazo de roca que giraba eternamente a través del espacio muerto del Segmentum Ultima era una belleza. O mejor dicho, lo que representaba era una belleza, porque lo que representaba era dinero. Un montón enorme de dinero.

Su navío, una nave comercial de transporte pesado fuertemente armada con el nombre deliciosamente ostentoso de *Doncella de las Estrellas*, se hallaba en órbita alta alrededor del gran asteroide. La *Doncella* era en realidad una chica de gran tamaño a la que se le desplazaba el peso de un lado para otro cuando se trataba de hacer maniobras delicadas, y aunque Syne odiaba que las mujeres con las que se acostaba estuvieran un poco entradas en carnes, le encantaba que el casco de su nave fuera de generosas dimensiones. Sacrificar velocidad a cambio de una mayor capacidad de carga bien lo merecía.

Los piratas no eran un problema. La *Doncella* estaba erizada de baterías de armas, todas ellas compradas con los beneficios de sus prospecciones mineras. Normalmente se conformaría con que le pagaran los honorarios de un buscador, pero en casos como aquel, y los casos como aquel sólo aparecían muy de vez en cuando, sentía la necesidad de entrar en órbita baja y enviar a sus equipos de servidores para que empezaran a cavar. Esos equipos ya estaban allí abajo en esos momentos, como si fueran los amos lobotomizados de sus pequeñas colonias mineras. Sólo habían pasado unas horas desde el aterrizaje, pero su tripulación de autómatas ya estaba trabajando con tesón.

Recostado en su trono de mando, Syne observó la pantalla del occulus mientras el aparato le mostraba el asteroide que giraba bajo él, que con su superficie gris y sus venas de plata suponía un montón de beneficios sin explotar todavía. Estudió la placa de datos que tenía en las manos por centésima vez en menos de una hora mientras leía las cifras del escaneo planetario. Sonrió otra vez cuando sus ojos pasaron por encima de los números que había al lado de la palabra «adamando».

¡Por el Trono Sagrado, era rico! El Adeptus Mechanicum pagaría bien por una nave cargada hasta los topes de mineral de adamantio, pero pagarían el rescate de un alto señor de Terra por las coordenadas de aquella roca. El truco sería dejar suficiente mineral como para que las naves exploradoras del Mechanicum confirmaran su enorme valor, pero una vez hubiera llenado la bodega del mineral cuando acudiera a ellos. Teniendo en cuenta la cantidad del valioso mineral incrustado en el asteroide, eso no supondría problema alguno, en absoluto.

Miró las cifras otra vez y sintió que una sonrisa recorría todo su atractivo rostro. Su mirada se perdió hasta quedarse en blanco y la sonrisa se ensanchó todavía más. Aquella sonrisa burlona se vio interrumpida menos de tres segundos después, cuando las alarmas de proximidad empezaron a resonar en el descuidado puente de mando de la *Doncella*.

Tanto los servidores como el personal humano empezaron a moverse por la cámara circular atendiendo a sus puestos de control.

—Que me dieran un informe de la situación ahora mismo sería algo de lo más apropiado —le dijo Kartan Syne a nadie en especial. Como respuesta, uno de los servidores esclavizados a la consola de navegación soltó una perorata en binario desde su boca entreabierta.

Syne suspiró. Hacía tiempo que quería reemplazar a ese servidor.

—Bien, me he quedado en las mismas, pero gracias por contestar —dijo Syne—. ¿Podría contestarme alguien que no esté roto?

Por la sangre del Emperador, aquello sin duda era malo. Si otro comerciante libre había puesto sus ojos en este yacimiento, entonces Syne tendría que adentrarse en las turbias aguas del reparto de beneficios, y eso podría terminar en un baño de lágrimas para todos los implicados. Peor aún, podría tratarse del propio Mechanicum. Nada de honorarios de descubridor, nada de bodegas llenas de mineral, ni tampoco oportunidades para negociar.

El oficial de navegación, Torc, apartó los ojos por fin de su pantalla monocroma, así como de la brillante escritura rúnica que se desplazaba por ella. Su uniforme era tan oficial como el de Syne, lo que significaba que ambos hombres podrían haberse sentido como en casa en una barriada de subcolmena.

—Es un navío astartes —anunció Torc.

—No, no lo es. —Syne se echó a reír.

Torc tenía el rostro pálido, y su lento gesto de asentimiento detuvo en seco la risa de Syne.

—Lo es. Ha salido literalmente de la nada, Kar. Es un crucero de batalla astartes.

—Qué raro. —El capitán mercader sonrió—. Al menos no están aquí para extraer minerales. Acércanos y echemos un vistazo. Puede que nunca volvamos a ver uno otra vez.

Con lentitud, la imagen del occulus cambió de un gentil borrón de estrellas a centrarse en la nave de guerra. Vasta, oscura y letal. Dentada, alargada y mortífera. Azul medianoche, coronada de rebordes de bronce, oscurecida en algunos sitios tras siglos de daños de combate. Era una lanza aserrada de violentas intenciones: la furia de los astartes en su forma transportada por el espacio.

—Es toda una belleza —comentó Syne con sinceridad—. Me alegro de que estén de nuestro lado.

—Esto… Se encuentra en rumbo de ataque.

Kartan Syne le dio la espalda a aquella imagen majestuosa para mirar a Torc con el ceño fruncido.

—¿Que está qué?

—Está en ángulo de ataque. Se está encarando a nosotros.

—No, no lo está —repitió, pero esta vez sin reírse.

Torc todavía seguía mirando su pantalla de visualización de datos.

—Sí que lo está.

—Que alguien me dé su código de transpondedor. Y que abran un canal.

—Tengo el código de identificación —dijo Torc, mientras las puntas de sus dedos golpeaban las teclas al tiempo que miraba a la pantalla—. En la ficha aparece como el *Pacto de Sangre*, pero no tiene registro de afiliación.

—Sin código de afiliación. ¿Es eso normal?

—¿Y cómo voy a saberlo? —Torc se encogió de hombros—. Nunca había visto una nave astartes hasta ahora.

—A lo mejor todas las naves astartes hacen esto —reflexionó Syne. Tenía sentido. Los astartes eran famosos por su independencia respecto a la jerarquía tradicional imperial, así como en sus actividades operativas.

—Puede ser —le contestó Torc, aunque sin sonar muy convencido.

—¿Cómo va ese canal de comunicación? —quiso saber Syne.

—Canal abierto —murmuró un servidor, cuya cabeza estaba unida a la consola de comunicación a través de varios cables negros.

—Resolvamos esto ya, ¿vale? —Syne se recostó en su trono de nuevo mientras activaba el transmisor de voz—: Al habla el capitán Kartan Syne de la nave mercante *Doncella de las Estrellas*. He tomado posesión de este asteroide y de sus beneficios potenciales. Que yo sepa, no estoy violando ninguna ley fronteriza de la región local. Les envío mis saludos, navío astartes.

El silencio fue la respuesta al saludo. Un tenso silencio que dejó a Syne con la sensación, extremadamente incómoda, de que el canal seguía encendido y que los astartes a bordo de la otra nave escuchaban lo que decía y optaban por no responder.

Lo intentó otra vez.

—Si he actuado mal y tomado posesión de una fuente de provecho que vuestras nobles fuerzas hayan marcado previamente, estoy abierto a las negociaciones.

—¿Negociaciones?

—Cállate, Torc.

—¿Estás loco? —Torc no se calló—. Si es de ellos, larguémonos ahora mismo.

—¡Que te calles, Torc! ¿O es que los astartes extraen alguna vez sus propios materiales?

Torc se encogió de hombros una vez más.

—Llegamos los primeros para la toma de posesión. —Syne insistió, sintiendo cómo decaía su confianza—. Simplemente intento dejar abiertas nuestras opciones. ¿O es que necesito recordarte que también está el asunto de casi cien servidores y de un equipo de minería pesado, valorado en varios miles de coronas, que tenemos en la superficie del asteroide? ¿Necesito recordarte que Eurydice está ahí abajo con los equipos de prospección? No iremos muy lejos sin ella, ¿a que no?

Torc palideció y por un momento no dijo nada. Sobraba decir que se había mostrado categórico al aconsejar que mantuvieran a Eurydice a bordo, así como de negarle otra más de sus excursiones fuera de la nave al estilo de «me aburro, así que me voy».

—El crucero mantiene su rumbo hacia nosotros —informó Torc.

—¿Vector de ataque? —preguntó Syne al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante en su trono.

—Quizá. No sé cómo atacan estas naves. Aunque tienen una colección de armas frontales que es increíble.

A Syne le gustaba pensar de sí mismo que era un bonachón. Le gustaban las bromas tanto como a cualquiera, pero aquello se encontraba ya bastante más allá del mundo de la comedia ligera.

—Por el Trono del Dios Emperador —maldijo Torc por lo bajo—. Sus lanzas están activadas. Sus… Todas sus armas están activadas.

—Esto empieza a ser ridículo —dijo Syne. Activó el transmisor otra vez, intentando, sin éxito, no parecer desesperado—. Crucero astartes *Pacto de Sangre*. En nombre del Dios Emperador, ¿cuáles son vuestras intenciones?

La respuesta fue un susurro, un susurro que llevaba implícita una sonrisa en el tono de voz. Sonó a través del puente de la *Doncella* y Syne lo sintió en la piel: el frío de la primera ráfaga de aire que siempre precede a una tormenta.

—Que lloréis mientras sufrís el mismo destino que vuestro dios cadáver —susurró la voz—. Hemos venido a por vosotros.

• • • • •

La batalla no duró demasiado.

El combate en las profundidades del vasto espacio consiste en un baile de tecnología a cámara lenta que sólo es iluminado por los destellos de los disparos de las armas y las explosiones provocadas por los impactos. La *Doncella de las Estrellas* era una nave que se encontraba sobradamente capacitada para las funciones a las que estaba destinada, como el transporte de mercancías a larga distancia, las exploraciones y prospecciones de largo alcance, así como para enfrentarse a las codiciosas atenciones de los príncipes corsarios de menor importancia. Su capitán, Kartan Syne, había invertido años de enormes beneficios en la nave. Sus escudos de vacío estaban bien cuidados y sus múltiples capas chisporroteaban en todo su espesor. Sus baterías de armas eran formidables, comparables a las de un crucero de la Armada Imperial de tamaño similar.

El enfrentamiento duró aproximadamente unos cincuenta y un segundos, y la mayor parte de ellos fueron de regalo; el *Pacto de Sangre* jugó con su presa antes de dar el golpe de gracia.

El crucero de batalla astartes se acercó y comenzó con una tormenta de disparos de los cañones láser. Estos certeros rayos de energía desgarraron el espacio entre los dos navíos, y durante algunos segundos, los escudos de vacío que rodeaban a la *Doncella* se iluminaron con un brillo cegador. Donde los rayos impactaban contra los escudos, una profusión de color ondulaba alrededor de la nave mercante, como aceite que se extendiera por la superficie del agua.

Los escudos de la *Doncella* aguantaron aquel castigo durante unos pocos segundos antes de doblegarse al asalto de la nave de guerra. De un modo similar en casi todos los sentidos a una burbuja que explotase, los escudos de vacío se colapsaron con un crepitar de energía, lo que dejó a la *Doncella* sin defensas a excepción del blindaje reforzado del casco.

Cuando llegó ese momento, Kartan Syne había sido capaz de reunir al personal del puente de mando de la nave y la *Doncella* devolvió el fuego. Las descargas de las baterías de armas convencionales del mercante fueron infinitamente más débiles que las lanzas láser de la nave astartes. El *Pacto de Sangre* se acercó más todavía, y en esta ocasión fueron sus escudos los que mostraron los colores titilantes debidos al ataque enemigo, y aunque Syne ya se lo esperaba, para su desesperación vio que los escudos de la nave de guerra parecían no verse afectados en absoluto. El navío que se aproximaba no estaba haciendo el más mínimo caso a aquel ataque insignificante. Ya se estaba preparando para abrir fuego con sus lanzas de energía una segunda vez.

En esta ocasión, la burbuja del escudo estalló y las lanzas perforaron directamente el casco de la *Doncella*. Los rayos abrieron varias incisiones salvajes en la piel de acero de la nave mientras buscaban y trazaban surcos a través del blindaje más débil del casco, que aquellos chorros de fuego láser perforaron con facilidad. La *Doncella* apenas había respondido al fuego enemigo, y sin embargo, ya estaba escorando en el espacio y perdiendo estabilidad, al mismo tiempo que se estremecía debido a la media

docena de explosiones que la sacudieron a lo largo de todo el casco. El *Pacto* había escogido las trayectorias de sus lanzas con el debido cuidado para tomar como objetivo algunas de las secciones con más posibilidades de explotar de la nave: el núcleo del motor, las baterías de plasma y las cámaras de combustible.

A continuación, el crucero de ataque se alejó. Sus motores rugieron en el silencio del espacio para apartarse de su presa, ya incapacitada.

En el puente de mando de la *Doncella*, al mismo tiempo que su nave se estremecía y se sacudía con una miríada de explosiones, Kartan Syne observó el interior de la pantalla del occulus mientras aquella grácil nave se alejaba a toda velocidad. Durante un momento que le revolvió el estómago, se acordó de los días en que había cazado linces grises en Falodar y de la vez que había visto a uno de los grandes felinos matar a una de las bestias equinas que constituían su presa predilecta. El lince había atacado en un movimiento casi imperceptible que abrió una serie de grandes desgarrones en la garganta y en el vientre del equino. Después de hacerlo, se retiró para observar a la criatura desangrarse y morir. Nunca lo había olvidado. Aquella vez, había sospechado que el planeta estaba de alguna manera corrupto al generar tal comportamiento en su fauna.

—¿Te acuerdas de Falodar? —le preguntó a Torc.

No tuvo respuesta. El puente de mando era un torbellino de gritos y sirenas de alarma mientras la tripulación y los servidores trataban inútilmente de mantener entera la nave. Aquel ruido era algo que molestaba a Syne. La verdad es que no creía que con todos esos esfuerzos escandalosos fueran a conseguir nada.

Syne todavía miraba el occulus cuando se produjo el último ataque de lanza. Lo vio abrirse paso hasta él; un rayo de doloroso fulgor blanco que le hirió los ojos y que parecía cubrir una distancia imposible entre las estrellas.

Llegó convertido en un destello de luz abrasadora que silenció de una vez por todas, para su alivio, el pánico de su alrededor.

• • • • •

Eurydice Mervallion vio cómo la *Doncella* era destruida en órbita. Se quedó quieta, paralizada de horror, cuando el mercante explotó bajo los ataques de las lanzas de energía de otra nave, pero aunque examinó el espacio a través de sus magnoculares, la nave enemiga estaba demasiado lejos como para identificarla con un mínimo de claridad. Fuera quien fuese el enemigo, estaba claro que superaba por un amplio margen a la *Doncella* en lo que se refería a potencia de fuego. Lo que significaba que, probablemente, ella también estaba muerta.

En lo que a morir se refería, le costaba hacerse a la idea de que iba a ser así como abandonaría la existencia. Tal vez fuese su don mutante el que la había conducido a

albergar tales suposiciones, pero siempre había dado por sentado que su fin llegaría cuando Kartan Syne le ordenase encontrar la salida de alguna tormenta de disformidad horriblemente complicada y la *Doncella* pasara a ser otra nave descrita a pie de página, al estilo de «perdida con toda su tripulación en el Mar de las Almas», de alguna crónica irrelevante. La verdad era que nunca había dado por sentado que viviría lo suficiente como para ser inhumada en las subcriptas de la Casa Mervallion. De todos modos, eso era algo que le daba igual. La Casa Mervallion, en lo que refería a casas navegantes, no tenía demasiado valor para ella.

Y, sinceramente, tampoco para nadie más.

Mervallion era una de las familias menos conocidas de entre una multitud de grupos de casas menores: pequeña, carente de influencia, que proporcionaba navegantes relativamente mediocres y muy escasa de patrimonio; todo lo cual le había dado motivos más que suficientes a la Navis Nobilite para que la asignaran a un armatoste casi respetable, y eso era ser generoso, como la *Doncella de las Estrellas*, bajo el mando de una comadreja como Kartan Syne.

A pesar de todo aquello y de la escasa importancia de su línea sanguínea y estirpe, opinaba que se merecía una muerte mejor que esa.

El campamento, si es que podía llamarse así, estaba inacabado. Había un carguero posado en el corazón de la base, rodeado de equipos de servidores que todavía descargaban los vehículos de minería y las columnas de perforación. Eurydice contempló el cielo negro desde el interior de su desgarbado, barato e incómodo traje atmosférico, que estaba rematado por una esfera de cristal a modo de casco, sin hacer caso a los servidores que la rodeaban. Arrastraban los pies en sus trajes protectores modificados, y sus partes mecánicas no dejaban de girar, de tensarse y de bloquearse y desbloquearse mientras empujaban los equipos a sus posiciones y conformaban lo que debería haber sido una estación minera totalmente operativa.

No podía evitar sentirse molesta. Aquella era una forma de morir estúpida y sin sentido. Incluso si el enemigo desconocido que acechaba allí arriba no aterrizaba, seguía estando aislada. Su carguero no era capaz de navegar por la disformidad, así que su habilidad para encontrar el Astronomicón no importaba absolutamente nada, y tampoco disponía de suministros para un viaje largo en el caso de que, de alguna manera, tuviera la capacidad de dejar aquella roca baldía atrás.

Lo que sí tenía era un suministro indefinido de aire en el interior del carguero, alrededor de tres semanas de comida y cerca de cien servidores que todavía se preparaban para extraer adamantio de un asteroide rico en minerales. Los esclavos lobotomizados no tenían la inteligencia para darse cuenta de que su nave nodriza no era ya más que un montón de escombros espaciales.

No era la primera vez que se arrepentía de haber aceptado trabajar con Syne. Tampoco era que hubiera tenido alternativa, claro.

Tres años antes, se había vestido con la tradicional toga negra que su familia vestía cuando estaba en Terra, y se había arrodillado ante el celestiarca de la Casa

Mervallion en su salón del trono.

—Padre —dijo ella, con la cabeza gacha.

—Eurydice —respondió él, con una voz apagada y sin tono, como un monótono quejido metálico que brotaba de la aparatosa unidad de comunicación que le reemplazaba la mitad inferior del rostro—. La Casa te ha convocado.

Esas palabras le recorrieron el cuerpo como un escalofrío. Nada volvería a ser lo mismo. A sus veinticinco años estándar, el deber por fin había requerido sus servicios. Aun así, era incapaz de mirarlo a la cara. Eurydice sabía que su padre había tenido suerte al haber sobrevivido a la destrucción de su aerodeslizador seis meses antes. La cirugía rejuvenecedora empleada para reparar su cuerpo había sido tanto cara como difícil, pero estaba lejos de ser el hombre que ella recordaba en su juventud. La Casa Mervallion, incluso a pesar de formar parte de la Navis Nobilite, apenas podía permitirse invertir una fortuna en los tratamientos regenerativos que el celestiarca necesitaría para volver a ser el mismo. Eurydice odiaba ver la ruina en que se había convertido.

Pero aquel era un peso que él tendría que soportar. Había sido él quien había escogido avivar la rivalidad con la Casa Jezzarae. Había sido él quien había firmado el contrato que provocaría la muerte de su heredero. Para ella, su padre se había merecido que le sabotearan el aerodeslizador. Tampoco tenía tiempo para las disputas triviales ni las represalias que unían a ambas casas navegantes más fuertemente que cualquier lazo de sangre.

—¿Quién ha comprado los talentos de nuestra casa, padre?

Sería equivocado decir que había soñado con aquel día. Al menos, no con auténtico entusiasmo. Entre el rango de la Casa Mervallion y el hecho de que ella era la octava de las hijas de su padre y, por tanto, irrisoriamente lejos incluso de oler una herencia, había sabido, hasta donde alcanzaba su memoria, que estaba destinada de por vida a una barcaza transportadora de cargas. Sin gloria, sin honor, sin emoción. Tan sólo una miseria de ingresos para las arcas familiares.

Pero no había podido hacer nada. Ahora que el momento había llegado, se atrevió a imaginar lo que le esperaba. Un escalofrío de esperanza le erizó la piel y se sintió a sí misma sonreír. A lo mejor la habían escogido para guiar alguno de los navíos de guerra imperiales a través del Mar de las Almas, como parte de las cruzadas sin fin del Imperio. Puede que incluso con los astartes…

—El mercader libre Kartan Syne —le respondió su padre.

Tales palabras no significaban nada para ella. Nada, excepto el fin de sus esperanzas, cual vela apagada por un viento repentino. Ningún mercader cuya dinastía tuviera peso en el Imperio se rebajaría a contratar a una hija de la Casa Mervallion.

Aunque habían sido tres años satisfactorios. Por supuesto, pararle los pies a un sonriente Syne no había sido ningún placer, pero había visto buena parte del segmentum en su puesto como navegante de la *Doncella*. Llegó a conocer la nave tan

bien como a la tripulación. Estuviera despierta o dormida, oía la voz de aquel viejo cacharro en los crujidos del casco y en los gruñidos de los motores. La *Doncella* era un lugar agradable, aparte de que sus quejas eran suaves. A Eurydice le gustaba.

Pero había sido poco enriquecedor. Claro que lo había sido. En especial cuando uno consideraba que el dinero tampoco había sido tanto. Era cierto que había ganado más de lo que habría esperado, incluso se había permitido una pequeña asignación a sus finanzas personales, así como el tributo a la Casa Mervallion, pero no podía decirse que viviera de forma holgada. Syne siempre estaba gastando sumas cuantiosas de coronas imperiales en mejorar el enorme trasto que tenía por nave, algo que era como para echarse a reír a carcajada limpia si se tenía en cuenta lo que acababa de suceder. «Buen trabajo, capitán Syne. Todas esas armas fueron de una ayuda inestimable cuando hicieron falta».

Echó otro vistazo a su alrededor con toda tranquilidad, y observó el campamento y a sus ocupados servidores. Luego profirió una sarta de maldiciones que habría hecho que cualquier familiar suyo pronunciase una oración por su aparente demencia. Muchas de las palabras de tal descarga invectiva eran inventadas, pero seguían siendo obscenamente biológicas.

Sin embargo, todas sus preocupaciones perdieron importancia con rapidez. Desarmada, perdida en un asteroide y no tan rica como a ella le hubiera gustado ser, además de condenada a morir en menos de un mes, Eurydice vio una bola de fuego caer velozmente del cielo estrellado.

—¿Tomasz? —llamó por el micrófono del comunicador al jefe de operaciones mineras. No estaba completamente sola allí abajo, pero la docena de técnicos y el destacamento de guardias que la acompañaban importaban más bien poco si el enemigo era capaz de acabar con los viajes de la *Doncella* en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Sí, mi señora? —fue la respuesta desde el otro lado del campamento.

—Esto… Creo que tenemos problemas.

—Lo sé, mi señora, lo sé. Los vemos acercarse, además. Tiene que ir a un lugar seguro.

—¿En serio? ¿Y dónde estaré segura?

Tomasz no le respondió. Eurydice miró por encima del hombro a los cuatro guardias que nunca se apartaban de su lado cuando estaba fuera de sus cámaras de trance. Ellos también tenían la mirada perdida en el horizonte, en algo que se aproximaba.

—Señora Mervallion —le dijo el jefe, Renwar—. Debemos abandonar el yacimiento. Venga con nosotros.

—Suena divertido, pero moriré aquí, gracias.

—Señora…

—Puedes correr, si quieres. Creo que, con Syne muerto, no hace falta que me protejáis con vuestras vidas.

—Señora, el segundo punto de aterrizaje…

—Está a dos semanas a pie desde aquí. —Terminó la frase con una sonrisa—. ¿Crees que podemos ser más rápidos que su nave de desembarco?

—Señora, por favor. Tenemos que irnos.

—Yo no tengo que hacer nada. No tenemos tiempo de poner en marcha el carguero y, con toda seguridad, nos dispararían si lo intentásemos. Y si bien vosotros cuatro parecéis muy orgullosos con vuestras armas, dudo mucho de que sirvan de algo contra lo que quiera que se nos venga encima ahora.

Los soldados compartieron una serie de miradas cargadas de preocupación.

—Señora —dijo Renwar sin mirarla a los ojos—. ¿No puede… usar sus poderes?

—¿Mis qué?

—Su ojo, mi señora. Con todo el debido respeto. ¿No los puede matar?

La frente le escoció. Su tercer ojo, que estaba cubierto por una cinta negra, era el don de su herencia genética como navegante, y latió suavemente bajo el tejido. Quiso rascárselo, cosa imposible con el casco de cristal que le cubría la cabeza.

¿Qué podía decir? ¿Que sus poderes eran débiles? ¿Que su ojo no funcionaba así? ¿Que ella nunca había intentado emplearlo de esa forma?

—Marchaos de una vez —suspiró—. Syne está muerto. No podemos salir de esta roca y tampoco voy a ir con vosotros al segundo campamento.

Los hombres se fueron en silencio y ella sintió su alivio con absoluta claridad. Protegerla no había sido placentero para ninguno de ellos. El miedo venía incluido en el deber. Eurydice era demasiado diferente. Veía en la disformidad, y ningún alma cuerda quería tener nada que ver con aquellos que miraban dentro del empíreo. Tal pensamiento nunca la había deprimido. Siempre había sido así desde su nacimiento. La incomodidad de otros humanos estaba tan arraigada en sus percepciones que ella apenas la notaba.

—¿Tomasz?

—¿Sí, mi señora?

—¿Te vas a llevar los servidores?

—Habíamos planeado dejarlos a modo de distracción, mi señora.

Aquello le hizo soltar una risita a Eurydice. Malditos cobardes. Esperó a que los técnicos y los soldados emprendieran su carrera a saltos de baja gravedad hacia el sur.

Al poco tiempo estaba sola, excepto por el continuo desempaquetar y descargar de los cientos de servidores que había en las cercanías. El fuego en el cielo creció, acercándose. Quienquiera o lo que quiera que fuese que había matado a Syne y al resto de la tripulación, a los que no habría llamado exactamente amigos, a pesar de que Torc tampoco hubiera sido tan malo, estaba, evidentemente, de camino para matarla a ella.

—Bueno, pues… —dijo, y empleó una palabra que había usado mucho en su última diatriba—. Qué mierda.

• • • • •

La partida de desembarco la componían cuatro semidioses y un mortal. Septimus, en un viejo traje atmosférico, seguía a sus señores Cyrion, Uzas, Xarl y a su propio amo. Sus botas hacían que la plancha de la rampa de la cañonera temblara bajo sus pasos hacia la superficie gris plateada del asteroide.

El esclavo humano se permitió a sí mismo un momento de reflexión mientras miraba sonriente a los cielos. Tampoco se trataba exactamente de un cielo, sino sólo estrellas, como siempre, sin nubes ni luz solar, aunque era un cambio de aires suficiente como para hacerlo sonreír mientras seguía a los semidioses.

El señor de Septimus dirigía al pequeño grupo, embutido en su armadura de guerra, respirando el aire reciclado de sabor químico del interior de su casco. La imagen de su visor, tintada de carmesí tras las lentes oculares de color rubí, parpadeó de servidor en servidor mientras el escuadrón se movía a través del pequeño campamento. En sus oscuros puños había un bólter de aspecto antiguo, cargado y listo, aunque él dudaba de que tuviera motivos para dispararlo.

—Servidores —dijo, para que lo oyeran aquellos a bordo del *Pacto*—. Servidores técnicos, preparados para la minería. Cuento ciento siete.

—Sublime.

La voz llegó arrastrando las palabras por el enlace de comunicación. Era un gruñido húmedo y burbujeante, como el de un lobo con la garganta llena de tumores. El propio enlace de voz de Septimus le permitía escuchar a los semidioses hablar. Se estremeció cuando oyó la voz del Elevado.

La escuadra se movió con paciente precisión por los alrededores del campamento, pasando del todo desapercibida para los servidores que estaban trabajando. Los esclavos biónicos no les prestaron la más mínima atención, al ser operarios monotarea y estar enfrascados en los trabajos que les habían encomendado.

—El recuento final es de ciento siete —repitió el amo de Septimus—. Podríamos reconfigurar fácilmente a la mayoría para nuestro uso.

—¿Y eso a quién le importa? —gruñó otra voz entre dientes. Septimus observó como Xarl se detenía unos pasos por delante de ellos. Llevaba varios cráneos, algunos alienígenas y otros humanos, montados sobre la armadura. Otros muchos le colgaban de las cadenas que llevaba sujetas al cinturón, formando faldones en capas que le cubrían los muslos—. No hemos venido aquí para capturar esclavos descerebrados.

—Sí —ladró uno de los otros, seguramente Uzas—. No podemos retrasarnos aquí. El señor de la guerra nos ha llamado a Crythe.

—Septimus —dijo el amo, volviéndose hacia su sirviente—. Confirma que el asteroide es lo que buscamos.

Septimus hizo un gesto de asentimiento mientras escaneaba un puñado de polvo y piedrecitas que tenía en el guante. Su auspex mostró una serie de barras verdes

perfectamente alineadas con otro patrón previamente impreso.

—Confirmado, mi señor.

El carguero de la *Doncella* se alzaba ante todos ellos. Su armamento era patético, pero la única torrera láser montada sobre su casco abrió fuego, de la manera más irritantemente inoportuna posible, contra los semidioses que acababan de desembarcar. Dentro de la nave atracada, Eurydice Mervallion estaba sentada en la consola de mando y dirigía la mirilla de la torreta a través de un pictoenlace distorsionado, con el ceño fruncido encarado hacia la borrosa pantalla y sin acertar en absoluto.

En el exterior, la escuadra seguía intacta, a cubierto tras unos camiones cargadores de mineral de seis ruedas y unos tractores de perforación. Observaban la torreta solitaria descargar su rabia fútil, y como sus rayos rojos impactaban en el polvoriento suelo, en absoluto cerca de ninguno de ellos.

—Bajo fuego enemigo —transmitió Cyrion al *Pacto*. A juzgar por su voz, aquello le hacía gracia.

—Apenas —lo corrigió el amo de Septimus.

—Este es mío —dijo Xarl, saliendo de la cobertura con el bólter en la mano. El arma se estremeció una vez y el eco de su disparo se transmitió por el canal de comunicación, aunque no en aquella atmósfera sin aire. En un lado del carguero, el arma solitaria que había allí detonó bajo el impacto del proyectil explosivo del bólter.

—Otra gloriosa victoria —se burló Cyrion en el silencio que se produjo después.

Septimus no pudo evitar sonreír también él.

—¿De verdad que tenemos tiempo para esta idiotez? —refunfuñó Xarl.

—Hay alguien vivo ahí dentro —dijo el señor de Septimus en voz baja. El escuadrón alzó la vista hacia el carguero, a sus angulosos lados y a las enormes mandíbulas de su rampa de desembarco, iluminada desde dentro por una tenue luz amarilla—. Debemos enfrentarnos a quienquiera que sea.

—Esta presa es insignificante —se mostró en desacuerdo Xarl.

Uzas asintió con un gruñido.

—El señor de la guerra nos llama. La batalla nos espera en Crythe.

—Sí, dejemos que esta presa debilucha se pudra ahí dentro —le contestó Xarl por el comunicador.

Cyrion los interrumpió.

—Esta presa es alguien capaz de dirigir cien servidores. Casi seguro que tiene conocimientos técnicos. Tal habilidad nos sería útil.

—No. —El señor de Septimus respiró hondo—. La presa es mucho más que eso.

Xarl, cubierto de cráneos, y Uzas, cuya oscura armadura lucía un manto de cuero marrón claro que antaño había sido la piel de la familia real de un mundo colmena, asintieron con reticencia.

—Un prisionero, pues —admitió Xarl.

—Amos de la noche. —El húmedo rugido del Elevado llegó hasta ellos—. Entrad.

• • • • •

Se dispersaron una vez estuvieron dentro. El carguero era lo bastante grande para que, incluso estando separados, les llevara unos quince minutos abarcar todo el casco. Uzas se encargó de las cubiertas de almacenaje y de la bodega. Xarl se dirigió al puente de mando y a la cubierta de la tripulación. Cyrion se quedó fuera, vigilando a los servidores. Septimus y su amo avanzaron hacia la cubierta del taller.

Septimus portaba sus propias armas mientras seguía a la tranquilizadora mole de su señor. Sus puños aferraban dos pistolas láser reglamentarias de la Guardia Imperial.

—Guárdalas —le ordenó su amo sin darse la vuelta—. Si disparas contra ella, te mataré.

Septimus guardó las pistolas. Ambos bajaron por una hilera de silenciosos generadores, cada uno de ellos del doble de altura que un ser humano. Sus botas repiqueteaban sobre el enrejado del suelo metálico. Aparte de aquella amenaza, cosa que no era precisamente extraña proviniendo de cualquiera de los semidioses, algo en la respuesta de su amo acaparó su interés.

—¿Ella? —preguntó a través de un enlace directo con su señor.

—Sí. —Su amo avanzó, sin sujetar ninguna arma, pero con las manos acorazadas tensas como garras—. Incluso si no la hubiera contemplado en mi visión, me llega el olor su piel, de su cabello, de su sangre. Nuestra presa es hembra.

Septimus asintió, protegiéndose los ojos frente a la deslumbrante iluminación de las franjas luminosas del techo una vez más. Aquellos artefactos recorrían la cámara a todo lo largo, tal y como ocurría en las tres cámaras anteriores.

—Qué brillante está esto —comentó.

—No, no lo está. La nave tiene poca energía. Simplemente estás acostumbrado al *Pacto*. Prepárate, Septimus. No la mires a la cara bajo ninguna circunstancia. Hacerlo te mataría.

—Mi señor…

El semidiós alzó una mano.

—Silencio. Se mueve.

Septimus no fue capaz de oír nada, excepto los chasquidos del comunicador de su amo cuando este cambió de canal para dirigirse al resto de la escuadra.

—La tengo —dijo él, y se volvió tranquilamente para atrapar al borrón de movimiento que chillaba y que se había lanzado sobre él.

• • • • •

Eurydice los había estado observando desde su oscuro escondite entre dos generadores retumbantes. No tenía más armas que una palanqueta que había sacado de sus herramientas, y aunque se había estado diciendo a sí misma con el ceño fruncido que moriría luchando, pegando patadas y gritando, ese compromiso se desvaneció un poco cuando vio a las dos figuras que venían estructura abajo. Uno era un humano armado con dos pistolas. El otro era un gigante, bastante por encima de los dos metros de altura y que lucía una armadura arcaica.

Un astartes.

Nunca había visto uno antes. No era una visión placentera. Aquella sensación de asombro se unió a la del miedo, mezclándose hasta formar un sentimiento de pánico en la boca del estómago, así como un sabor amargo que le cubrió la lengua de forma obstinada sin importar lo mucho que intentara tragárselo. ¿Por qué estaban atacando los astartes? ¿Por qué habían matado a Syne y destruido la *Doncella*?

Se retiró a las sombras, en un intento de calmar sus palpitaciones, y agarró la palanqueta con manos sudorosas. ¿Y si lo golpeaba en la juntura donde el casco se unía al cuello? Por el Trono que aquello era de locos. Estaba muerta, y no había nada que pudiera hacer por evitarlo. Con una sonrisa sin alegría, de repente se arrepintió de todas las cosas malas que le había dicho a… Bueno, a todo el mundo. Excepto a Syne. Ese siempre había sido un malnacido.

A pesar de todos sus defectos, y su lengua viperina era uno de ellos, Eurydice Mervallion no era una cobarde. Seguía siendo la hija de una casa de navegantes, aunque su nombre no valiera una mierda, que había mirado en la locura de la disformidad al igual que guiado su nave de forma segura en todas y cada una de las ocasiones. La imagen de un semidiós que la acechaba cada vez más de cerca hacía que le doliera la cabeza y que se le revolviera el estómago, pero iba a mantener la promesa que se había hecho a sí misma. Moriría luchando.

Se acercaron caminando por el enrejado del pasillo. A Eurydice la frente le picaba con fiera sensibilidad, por lo que, con la mano que tenía libre, retiró la cinta de seda negra. El aire reciclado de la atmósfera interna del carguero le hizo sentir un hormigueo en el tercer ojo, incluso cerrado como estaba. De forma tan natural como respirar, abrió el ojo lentamente, sintiendo que el incómodo hormigueo se intensificaba en ese momento hasta casi irritarla. El cosquilleo del roce de la lechosa superficie del ojo con el aire hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo. Era un enfermizo sentimiento de vulnerabilidad. El ojo no veía nada, y a pesar de ello sentía el aire caliente y áspero sobre su suave superficie a cada movimiento que hacía.

Estaba lista. Eurydice agarró la palanqueta con ambas manos otra vez.

El gigante pasó por delante de ella lentamente, y mientras lo hacía saltó hacia él con un grito.

La palanqueta le golpeó el casco con el duro estrépito del hierro sobre la ceramita. Fue un extraño sonido, mitad repique metálico, mitad impacto amortiguado y sin eco. Había blandido aquella arma improvisada con todas sus fuerzas junto con la

rabia nacida de la desesperación. El golpe habría hundido la cabeza de un humano, y si hubiera escogido mejor a su objetivo, el cráneo de Septimus habría quedado aplastado matándolo al instante. Pero había escogido al astartes.

Eso fue un error.

La barra ya había impactado tres veces antes de que se diera cuenta de dos cosas. La primera, que sus furiosos ataques contra el casco del gigante apenas lo afectaban. Su casco con cara de calavera lo miraba con lentes oculares de rubí, vibrando tan sólo levemente bajo cada uno de aquellos ataques brutales.

La segunda, que no tenía los pies en el suelo. Eso fue lo que le indujo un pánico agónico. El astartes la había agarrado mientras saltaba y la estaba sujetando por encima del suelo con la mano alrededor de la garganta. Tal revelación se hizo tangible cuando él empezó a apretar. La presión sobre su garganta la estranguló de forma tan repentina, tan completa, que ni siquiera tuvo tiempo de graznar un grito de dolor. La palanqueta golpeó una última vez, desviada por la oscura armadura que le cubría el antebrazo, antes de rebotar contra el suelo con un reverberante estruendo metálico. Eurydice no pudo oírlo; todo lo que oía era su propio corazón atronándole en los oídos. Le propinó varias patadas mientras estaba en el aire, pero golpear con sus botas la placa pectoral y las musleras obtuvo incluso menos éxito que su palanqueta.

El desconocido no se moría. Su ojo… no lo estaba matando. Durante toda su vida había escuchado las historias de que permitir a cualquier ser vivo mirar al tercer ojo de un navegante tendría como resultado una arcana, mística y agónica muerte. Sus tutores habían insistido en que así era; un subproducto del gen del navegante que le confería su obscena y preciada mutación. Nadie entendía la razón que había detrás de aquello. Al menos, nadie en las filas de la Casa Mervallion, pero también era consciente Eurydice de que ella sólo había tenido acceso a tutores de calidad relativamente pobre.

Miró al gigante con el tercer ojo abierto de par en par al tiempo que sus ojos humanos estaban entrecerrados de dolor. Y aun así, el astartes permanecía impertérrito.

Estaba en lo cierto. Si el semidiós hubiera mirado su ojo invidente, del color de la leche cortada, habría muerto al instante, pero tras las lentes carmesíes, el astartes tenía los ojos cerrados. Sabía lo que era aquella mujer. Había previsto ese instante, y un auténtico cazador no necesitaba todos los sentidos para acabar con su presa.

La visión empezó a nublársele. No fue capaz de determinar si el astartes se la estaba acercando a la cara, pero su casco con forma de cráneo acaparaba ya toda su visión, blanco hueso y de ojos color sangre. La voz del gigante era grave, inhumanamente grave, rugiente como un trueno distante. Cuando su visión se nubló y finalmente se oscureció del todo, las palabras del semidiós la siguieron a la inconsciencia.

—Me llamo Talos —le dijo con voz gutural—. Y vas a venir conmigo.

• • • • •

El amo de Septimus fue el último en abandonar el asteroide. Se quedó de pie unos instantes sobre su superficie, y sus botas dejaron huellas eternas en el polvo gris plateado mientras el astartes contemplaba las estrellas. Eran unas estrellas que no reconocía desde la última vez que había pisado aquella roca y mirado hacia el cielo. Aquel asteroide había sido un mundo una vez, un planeta lejos de allí.

—Talos. —La voz de Cyrion crepitó por el comunicador—. Los servidores ya están cargados a bordo y la prisionera está lista para que se la lleven a las cubiertas de los mortales a bordo del *Pacto*. Vamos, hermano mío. Tu visión era cierta, había mucho que descubrir aquí, pero el señor de la guerra nos ha ordenado que acudamos a Crythe.

—¿Qué pasa con los que huyeron?

—Uzas y Xarl los han exterminado. Ven. El tiempo se nos escapa.

Talos se puso en cuclillas y observó como el polvo se aferraba a su armadura de color negro azulado como si fuera un manto ceniciento. Vio un puñado del polvo caer en cascada desde su mano abierta como arena que se le escurriera entre los dedos.

—El tiempo cambia todas las cosas —susurró Talos.

—No todo, profeta. —Ese era Xarl, cuya voz estaba cargada de respeto mientras lo aguardaba en la cañonera—. Luchamos en la misma guerra que siempre hemos luchado.

Talos se puso de pie una vez más y caminó de regreso a la Thunderhawk, que le esperaba con los motores girando llenos de vida y lanzando polvo en todas direcciones mientras se preparaba para el vuelo de regreso hacia la órbita donde el *Pacto de Sangre* los esperaba.

—Esta roca ha recorrido un largo camino —transmitió Cyrion—. Diez mil años a la deriva.

Uzas soltó una risita. No se trataba de que la importancia emocional le fuera algo desconocido. Era simplemente que la situación no tenía ningún peso emocional en su mente. No le podía haber importado menos.

—Estuvo bien estar de nuevo en el hogar, ¿verdad? —dijo, con una media sonrisa todavía dentro del casco.

«Hogar». La palabra dejó una ardiente imagen residual en la mente de Talos: un mundo de noche eterna, donde las torres de metal oscuro desgarraban el cielo negro. Su casa. Nostramo. El mundo natal de la VIII Legión.

Talos había estado allí al final, por supuesto. Todos habían estado. Miles de legionarios, de pie en las cubiertas de sus cruceros de ataque y sus barcazas de combate, observaban aquel velado mundo mientras el fin de la existencia llovía sobre su superficie, perforando la densa capa de nubarrones, rasgando agujeros en el manto

de negrura de la atmósfera y destapando una iluminación venenosa: el brillo naranja de las llamas y de la hecatombe tectónica que arrasaban la superficie. La piel del mundo se desquebrajaba, como si los mismos dioses la estuvieran rompiendo en un arrebato de rencor.

Y en cierto sentido, así había sido.

Diez mil años antes, Talos había visto a ese mundo arder, estremecerse y derrumbarse. Había presenciado en persona la muerte de Nostramo. Era sacrificio. Era venganza. Era justicia, o eso se decía a sí mismo.

Diez mil años. Para Talos, su vida se medía de combate a combate, de cruzada a cruzada; no habían pasado más que un puñado de décadas desde que su mundo natal ardiera. El tiempo estaba sometido a las leyes antinaturales de las regiones infernales del espacio, donde las legiones traidoras se escondían del castigo imperial. Era desquiciante, a veces, llevar la cuenta. La mayoría de sus hermanos ya ni lo intentaban.

Las botas de Talos impactaron con golpes secos contra la rampa mientras subía a la cañonera. Una vez dentro del hangar, echó una sola mirada al rebaño de servidores lobotomizados que permanecían de pie e impasibles en el muelle de despliegue, y golpeó con el puño el panel del cierre de presión de la puerta. La rampa se retiró y las puertas reforzadas se cerraron con un grave golpe hidráulico.

—¿Crees que volveremos a ver otro fragmento de ese tamaño? —preguntó Cyrion mientras la Thunderhawk se estremecía en el aire—. Eso debe de haber sido al menos la mitad de un continente, incluyendo su núcleo exterior.

Talos no dijo nada, perdido por un momento en el recuerdo de aquel fuego iracundo que destelló a través de las roturas en la densa capa de nubes antes de que un mundo entero se hiciera pedazos ante sus ojos.

—Volvemos al *Pacto* —dijo por fin—. Y luego a Crythe.



II

VISIÓN

La sorpresa es un filo insustancial, una espada inútil en la guerra.
Se rompe cuando las tropas se congregan. Se fragmenta cuando los comandantes se mantienen firmes. Pero el miedo nunca se desvanece. El miedo es una hoja que se afila con el uso. Así que deja que el enemigo sepa que venimos. Deja que sus miedos los venzan mientras todo se torna oscuro. Mientras el sol del mundo se pone… Mientras la ciudad queda envuelta en su última noche… Deja que diez mil aullidos prometan diez mil garras. Ya llegan los Amos de la Noche. Y ningún alma que se enfrente a nosotros llegará a ver otro amanecer.

El sabio guerrero Malcharion
Extraído de su obra, *La senda tenebrosa*

Talos caminó por los pasillos del *Pacto* vistiendo su armadura de combate, pero sin la presencia limitadora del casco. Si bien carecía de los modos de mejora visual que le ofrecían los sensores del yelmo, perforar la oscuridad de la nave mediante su visión natural le brindaba una sencillez reconfortante.

A la tripulación mortal le costaba ver en aquella negrura, pues sus ojos eran demasiado débiles como para percibir las leves trazas de iluminación que emitían las luces apagadas de la nave. Por eso se les dejaba llevar lámparas de mano, que les permitían ver en la oscuridad cuando tenían que moverse de un lado a otro de la

nave. Para los astartes nacidos en Nostramo, la oscuridad simplemente no existía.

Talos recorrió los amplios pasillos próximos a la sala de guerra, que hacía tiempo se había convertido en la cámara de meditación del Elevado. Un proceso de ajuste natural, junto con las manipulaciones genéticas que le habían realizado en el cerebro durante su ascenso a las filas de la VIII Legión, habían tenido como resultado que viera el interior del *Pacto* tan claramente como el amanecer de un mundo mucho más luminoso.

Cyrion, protegido por su propia armadura de combate, caminaba junto a él. Talos miró a su hermano y reparó en las arrugas de tensión alrededor de los ojos negros de Cyrion. Era extraño ver que uno de sus compañeros legionarios mostrara indicios del paso del tiempo, pero Talos no se dejaba engañar. Cyrion estaba combatiendo contra la presión resultante de su propia maldición, una maldición que pesaba sobre su hermano mucho más de lo que sus propias visiones mortificantes lo hacían sobre él.

—Si no vienes conmigo, entonces, ¿por qué me sigues? —inquirió Talos.

—Puede que te acompañe —le contestó Cyrion. Ambos sabían lo improbable que era eso. Cyrion evitaba a toda costa al Elevado.

—Aunque quisieras hacerlo, los Atramentar te cerrarían el paso.

Ambos caminaron a través de los laberínticos vestíbulos de la gran nave, acostumbrados al silencio que despertaba su presencia.

—Puede que sí —admitió Cyrion—. O puede que no.

—Voy a dejar que sigas engañándote a ti mismo unos pocos minutos más, Cy. No dirás que no soy un alma generosa.

Talos se rascó la nuca, que llevaba afeitada, mientras hablaba. Uno de los puertos que tenía implantados en la columna, una toma de corriente hecha de cromo y que tenía justo por encima de los omóplatos, había empezado a picarle desde hacía pocos días. Era una pulsación irritante y apagada en el límite de su atención que, además, le hacía sentir el zumbido vibrante del acoplamiento simbiótico que lo fusionaba con la armadura. El espíritu máquina de su armadura de combate debía ser complacido pronto, para lo cual Septimus tendría que ponerse a la tarea de preparar los ungüentos y aceites que Talos usaba para atender sus tomas de conexión inflamadas. El estado de las conexiones neuronales de la armadura que le invadían el cuerpo empeoraba debido a todo el tiempo que se pasaba combatiendo. Incluso su inhumana capacidad curativa y de regeneración física tenía un límite.

En los buenos tiempos, varios sirvientes de la legión y tecnoadeptos habrían atendido sus implantes biónicos y monitorizado sus mejoras genéticas entre combate y combate. Ahora se veía limitado a un solo esclavo, y por mucho talento que Septimus tuviese como artificiero, Talos no dejaba que nadie se acercara a él sin su armadura puesta: ni siquiera su propio vasallo, y mucho menos sus hermanos.

—Xarl te busca.

—Lo sé.

—Uzas también. Quieren saber lo que viste mientras sufrías la aflicción.

—Se lo conté. Os lo conté a todos vosotros. Vi a Nostramo, a un fragmento de nuestro mundo, girar en el vacío. Vi a la navegante. Vi la nave que destruimos.

—Y a pesar de ello, el Elevado te convoca ahora. —Cyrion meneó la cabeza en un gesto negativo—. No somos tontos, hermano. Bueno… al menos la mayoría de nosotros. No puedo hablar en nombre del estado mental de Uzas. Pero sabemos que vas a ver al Elevado y podemos deducir el motivo.

Talos lo miró de reojo.

—Si planeas espiarme, sabes que estás condenado al fracaso. No te van a dejar entrar.

—Entonces te esperaré fuera —aceptó Cyrion—. Los Atramentar siempre han tenido una conversación maravillosa. —Su hermano no iba a cejar en su empeño—. Esta reunión es sobre tu visión. Estamos en lo cierto, ¿verdad?

—Siempre es por ellas —fue la breve respuesta de Talos.

Recorrieron el resto del camino en silencio.

La sala de guerra estaba en el corazón de la nave. Se trataba de una vasta cámara circular con cuatro enormes puertas en cada uno de los puntos cardinales. Los astartes se aproximaron a la puerta sur y se fijaron en las dos inmensas figuras que flanqueaban el pórtico cerrado.

Dos de los Atramentar, los guerreros elegidos por el Elevado, permanecían en muda vigilancia. Cada uno de aquellos astartes de élite llevaba una de las preciadas armaduras de exterminador que quedaban en la legión, con sus inmensas hombreras forjadas con hierro negro y plata pulida hasta que tomaron la forma de los sonrientes cráneos de los leones de dientes de sable nativos de Nostramo. Talos reconoció a los dos guerreros por la insignia de su armadura y los saludó con la cabeza con un gesto de asentimiento cuando se aproximó.

Uno de los exterminadores, cuya armadura de combate estaba cubierta de grabados con pequeñas y doradas escrituras rúnicas en nostramano, en las que se detallaban sus numerosas victorias, agachó la cabeza y se dirigió a Talos y a Cyrion con voz rugiente.

—Hermanos —dijo, pronunciando con lentitud aquella palabra.

—Campeón Malek —le respondió Talos, saludando de nuevo con la cabeza al guerrero para luego alzar el rostro.

La cabeza y los hombros de Talos sobrepasaban a la mayoría de mortales, con sus más de dos metros de altura. Malek, equipado con su antigua armadura de exterminador, estaba cerca de los tres metros.

—Profeta. —La voz se arrastró, profunda y mecánica, desde el interior del casco con colmillos—. El Elevado te ha convocado a ti. —Puntualizó sus palabras con la crepitante amenaza de las garras cubiertas de energía centelleante de su guantelete—. A ti y sólo a ti —repitió el miembro del Atramentar.

Cyrion se apoyó contra la pared y le hizo un magnánimo gesto a su hermano para que se adelantara sin él. Aquella reverencia teatral hizo que en los pálidos rasgos de

Talos apareciera una sonrisa.

—Entra, profeta —dijo el otro guerrero de los Atramentar.

Talos reconoció a la figura por el pesado martillo de bronce que llevaba al hombro. Su casco de exterminador, en vez de lucir los colmillos de medio metro de Malek, estaba adornado por un cuerno de aspecto feroz que le surgía en mitad de la frente.

—Te doy las gracias, hermano Garadon.

Talos hacía mucho tiempo que había dejado de pedir que no se refirieran a él como profeta. Una vez que los Atramentar habían seguido la tendencia del Elevado de usar aquel término, este se había extendido por todo el *Pacto* y había terminado rápidamente por quedarse.

Con una última mirada a Cyrion, entró en la sala de armas. Las puertas se cerraron tras él con un chasquido y un siseo.

—Bueno —dijo Cyrion a los imponentes y silenciosos exterminadores—, ¿cómo va eso?

• • • • •

Solamente había dos almas presentes en la estancia: Talos y el Elevado. Dos almas que se encaraban la una a la otra desde los extremos de una mesa oval que había acogido antaño a doscientos guerreros. Alrededor de los límites de la sala, los bancos de cogitadores y los puestos de comunicación permanecían a la espera y en silencio. Siglos atrás, habían estado bajo el control de una tripulación: los sirvientes de la legión y un pequeño ejército de servidores. En esos momentos, todo lo que quedaba de la tripulación del *Pacto* se concentraba en el puente de mando y en otras secciones vitales de la nave.

—Talos —fue el gruñido semejante al de un dragón que le llegó desde el otro lado de la mesa. La oscuridad era total, tan profunda que a la visión de Talos le llevó varios segundos acostumbrarse a las tinieblas y discernir a la otra figura que se encontraba en la cámara—. Mi profeta —continuó el Elevado. Su voz era tan profunda como el ronroneo de los motores de disformidad—. Mis ojos ante lo invisible.

Talos observó a la figura vagamente humanoide al tiempo que se le acostumbraba la vista y ganaba en nitidez. El Elevado llevaba la misma armadura-reliquia tan reverenciada por los Atramentar, pero… cambiada.

Transformada. Literalmente. Unos parpadeos ocasionales de relámpagos de la disformidad recorrían la superficie de la armadura. Aquella luz espectral no iluminaba en absoluto nada de lo que la rodeaba.

—Capitán Vandred —dijo Talos—. He venido, tal y como me ordenasteis.

El Elevado jadeó, larga y suavemente; aquella alegre exhalación se desvaneció de

forma espectral por el aire como si no fuera más que un viento distante. Era lo más parecido a una risa que podía producir la criatura.

—Profeta mío, ¿cuándo cesarás de dirigirte a mí por mi antiguo nombre? Ya no me resulta entretenido. Ni divertido. Nuestros títulos olvidados ya no significan nada. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Para mí aún significan algo. —Talos observó como el Elevado se acercaba a la mesa. Un pequeño temblor reverberó por la cámara cuando la criatura dio un paso.

—Comparte conmigo tu don, Talos, no tus inapropiadas reprimendas. Tengo esto bajo control. No soy el títere de los Poderes Siniestros, ni el avatar de su propósito. —La cámara se estremeció una vez más ante el siguiente paso del Elevado—. Lo… Tengo… Controlado.

Los ojos de Talos se entrecerraron al oír una vez más aquel viejo estribillo.

—Lo que digas, hermano capitán.

Esas palabras provocaron otra vaporosa exhalación, a la vez tan amenazadora y tan gentil como una navaja que acariciase la piel desnuda.

—Habla, Talos. Habla antes de que pierda la poca paciencia que me queda. Te complací en tu deseo de buscar una roca en el vacío. Te permití que caminases otra vez por la superficie de nuestro fragmentado mundo natal.

—¿Mi deseo? ¿Mi deseo? —Talos estrelló uno de sus puños en la superficie de la mesa central de la sala de armas con la fuerza suficiente como para abrir una serie de fisuras a partir del punto donde impactó el puño—. En una visión vi un fragmento de nuestro mundo natal en la oscuridad sin luz, así que hice que nos dirigiéramos hacia allí. Aunque no te creas que haya sido un augurio, el hallazgo nos brindó alrededor de cien nuevos servidores como tripulación y una navegante, nada menos. Mi «deseo» ha beneficiado mucho a la legión, Vandred. Y lo sabes.

El Elevado tomó aliento. El sonido que hacía la garganta mutada del comandante al succionar aire era como el gemido de un espectro.

—Te dirigirás a mí con respeto, hermano.

Las palabras daban igual; fue la suavidad de la advertencia lo que hizo que la sangre de Talos se helase.

—Dejé de respetarte cuando te transformaste en… esto.

—Hay que mantener las normas de decoro. Somos la VIII Legión. No estamos perdidos en la locura que aferra a aquellos junto a los que fallamos en la superficie de Terra.

Había cien respuestas para eso, pero cada una de ellas hacía que las probabilidades de que lo mataran fueran mayores que con la anterior.

—Sí, capitán —se conformó con responder Talos al fin, tras tragar saliva. No era el momento de discutir. En realidad, nunca lo era. Las palabras no cambiaban nada. La corrupción que corría por el interior del Elevado era demasiado profunda.

—Bien. —La criatura le sonrió—. Ahora háblame sobre las demás verdades que viste. Háblame de las cosas importantes. Cuéntame lo de las guerras… y los nombres

de aquellos condenados a morir —dijo para finalizar.

Y así lo hizo Talos, quien se sumergió en las llamas de aquellos recuerdos una vez más, y…

● ● ● ● ●

»… al principio, no hay nada. Oscuridad, negrura. Es casi como estar en casa.

La oscuridad muere en mitad de una génesis de fuego. Al rojo blanco y brillante como un sol, pasa rápidamente ante sus ojos. Trastabilla y cae de rodillas en las rocas rojas de otro mundo. Ha perdido sus armas sagradas… El bólter y la espada… Cuando se le despeja la vista, no las tiene en las manos.

Una fuerza repentina le invade el riego sanguíneo. Los sensores de su armadura miden las idas y venidas de la vida y la energía dentro de su cuerpo y lo inundan de estimulantes para mantenerlo en la batalla, incluso cuando su inhumana fisiología necesitaría auxilio. Esas sustancias lo recorren como un torrente a través de la sangre, le llenan de fuerza los músculos y le insensibilizan los nervios.

Cuando le alcanzan el cerebro, se le aclara la vista. Coincidencia o providencia, al guerrero no le importa. Hay escombros por todas partes.

Y ahí, desparramado y tirado a un lado como una marioneta con los hilos cortados, hay otro guerrero de la VIII Legión. Talos se dirige a él, sabiendo que tiene que alcanzar al hermano caído antes que nadie.

Lo consigue. Los sensores de objetivo parpadean y zumban cuando se fijan en otras figuras que se mueven dentro del atorbellinado y polvoriento humo de alrededor. Sin embargo, él es el primero en alcanzar al cadáver destrozado. Pero sin su espada… Ni su bólter.

Las mirillas de objetivo se detienen en la espada del guerrero caído, la enmarcan en su visualizador reticular como amenaza y despliegan datos sobre la composición de la espada. Hace clic con un pestañeo en los detalles de los compuestos de metal y suministro de energía y la agarra con ambas manos. Pulsa con el pulgar la runa de activación y la espada sierra comienza a rugir.

Ya se acercan los otros. Tiene que ser rápido.

La hoja de sierra besa la ceramita del astartes muerto y roe la armadura de combate durante varios segundos febriles antes de atravesarla. Talos realiza un tajo rápido y tira la espada a un lado cuando esta ya ha llevado a cabo su función.

Uno de los otros es Uzas. Se abalanza como una bestia, sin hacer caso de Talos, y sus manos se lanzan hacia el casco del guerrero muerto. Para cuando lo libera, Talos ya se ha retirado del saqueo sujetando el brazo mutilado que ha conseguido. Una vez haya quitado la carne del brazo acorazado, el guantelete podrá reconfigurarse y…

• • • • •

»… El Elevado exhaló una vez más su risa vaporosa.

—¿Quién era? —le preguntó—. ¿Quién caerá, para ser saqueado tras su muerte?

—Él era… ellos llevaban…

• • • • •

»… armadura de color azul medianoche, como todos los demás de la legión. Pero la placa facial del casco está pintada de rojo, a semejanza de una sonriente calavera carmesí. Talos…

• • • • •

—No lo vi con claridad —le dijo al Elevado—. Creo que era Faroven.

Talos cerró la mano hasta convertirla en un puño y escuchó el quedo gruñir de los servomotores en todas las juntas de los nudillos. El guante estaba agarrotado y Septimus había dicho varias veces que habría que sustituirlo pronto. Era viejo, simplemente. Los años lo habían deteriorado, y aunque gran parte de su armadura había sido reemplazada con el tiempo, sus guanteletes eran piezas de su armadura de combate modelo Mark IV original.

No tenía problemas en considerar rapiñar a sus hermanos caídos tanto como los tendría un mortal para robarle a los muertos. La legión de los Amos de la Noche había perdido mucho desde su fracaso en la conquista del Trono de Terra, de ahí que su capacidad para forjar nuevas armaduras astartes estuviera seriamente limitada.

Robar a los muertos era una necesidad perdonable en la guerra eterna.

Talos abrió la mano y movió lentamente los dedos.

—Sí —dijo mientras veía moverse la mano, pensando en la noche en la que su guantelete sería reemplazado por otro—. Era Faroven.

El Elevado hizo un sonido que Talos había oído muchas veces: un gruñido de rechazo, descortés y brusco.

—Cuando muera, tienes permiso para coger de él lo que quieras. Su caída no será una pérdida para la legión. Y ahora, continúa. Una explosión. Escombros y humo. El saqueo del equipo de Faroven. ¿Y luego?

Talos cerró los ojos.

—Y luego…

• • • • •

»… ve su espada. Ahí, tirada sobre una pila de escombros. El brillo de la hoja lo enmascara una fina capa de polvo. Se arrastra a por ella, sus botas hacen crujir la grava bajo sus pies: pedazos de roca que fueron la imponente pared de un manufactorum hasta hacía pocos momentos.

La espada que tiene en la mano es una obra maestra tanto en forma como en funcionamiento. El mango y la cruz están fabricados con bronce y marfil pulido y tienen la forma de las alas desplegadas de un ángel. Entre las alas, colocados en la base de la espada por ambos lados, unos rubíes del tamaño de los ojos de un mortal han sido tallados y transformados en lágrimas carmesíes. La hoja está forjada con adamantita bañada en oro, con una serie de runas en gótico alto escritas a mano a lo largo de su superficie y que detallan un extenso e ilustre linaje de enemigos caídos.

Talos no había matado a ninguno de ellos, pues esta espada nunca fue forjada para ser suya. La sujeta ahora y siente el reconfortante peso del arma robada, tan cómoda en este momento como lo fue hace una década cuando la tomó de las manos moribundas de un campeón imperial.

Aurum. La espada se llamaba *Aurum*, la espada de energía del noble capitán Dumah de los Ángeles Sangrientos. Su beso era la muerte; como en todas las armas de energía, un devastador campo energético destrozaba la materia sólida con cada golpe. Pero *Aurum* había sido forjada cuando el Imperio era joven, cuando los tecnosacerdotes de Marte eran tanto artesanos como guardianes de secretos.

En tres ocasiones, sus hermanos de la legión habían intentado matarlo por su espada. En tres ocasiones, Talos había tenido que matar a sus semejantes para defender su botín.

La levanta, activando la célula de energía en el interior del mango, lo que abrasa el polvo de la hoja con un siseo.

Unos relámpagos, tensos y controlados, bailan a lo largo de la hoja, lo suficientemente brillantes como para herir sus ojos nativos de Nostramo.

Talos se abre paso entre los escombros. Los sonidos de la batalla están volviendo ahora. El polvo de los cascotes se aclara. Tiene que encontrar su bólter ames de que el enemigo venga a barrer el sector que acaban de aniquilar con su increíble potencia de fuego.

Él… No lo encuentra. ¿Qué es ese maldito ruido? ¿Ese trueno? El mundo se desmorona…

«¡Por la sangre de los Poderes Siniestros, dónde está esa arma…!».

Él…

• • • • •

… Trastabilló bajo la oleada de recuerdos, tan reales para él en la sala de guerra como cuando la visión atacó por primera vez. El Elevado rugió con desagrado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurrió después?

—El sol —respondió Talos—. El…

• • • • •

»… sol había muerto.

Alza la cabeza al cielo, sin acordarse ya de buscar el bólter. Hace un momento era mediodía, ahora el cielo está tan oscuro como en el crepúsculo. Un eclipse. Tiene que ser un eclipse.

Y lo es.

En cierto sentido, lo es.

Sus retículas de marcación de objetivo se fijan en el enorme gigante que se ha tragado el sol. La información, a la que Talos no está mirando, se desliza en líneas entrecortadas por sus retinas, proyectada en sus ojos mediante la interfaz sensorial del casco.

Las alarmas aúllan a la vez que las runas de alerta parpadean, y mientras alza la vista se da cuenta de por qué la explosión había levantado esta parte de la ciudad. Mira a lo alto, al motivo de la explosión.

Clase Warlord. Sus sensores hacen que las palabras parpadeen una y otra vez, el aullido de las alarmas se convierte en gritos en sus oídos, como si él no supiera lo que está viendo. Como si le tuvieran que recordar que aquello es la mismísima muerte. Los más de cuarenta metros de venganza del Mechanicum han venido a destruirlos a todos ellos. Es más alto que cualquier edificio que continúe en pie.

Sus gigantescas armas se mueven y apuntan, siguiendo a las formas del tamaño de hormigas de los astartes. Sus armas, cañones del tamaño de trenes, rasgan el cielo con el sonido de mil engranajes chirriando; tan sólo apuntan, ni siquiera han disparado todavía. Más abajo, apuntan. Más abajo.

La ciudad se estremece otra vez, incluso antes de que el titán dispare, sencillamente porque el dios de hierro se mueve. El canal de comunicación se llena de mensajes; voces que gritan iracundas mientras la máquina de guerra imperial se acerca cada vez más.

—¡Armas pesadas! —ruge la advertencia en el canal de comunicación general—. ¡Los Land Raiders y los Predators, todas las armas contra el titán!

Ni siquiera sabe si queda alguno de los vehículos de la legión de una pieza, pero si

no responden de alguna forma, el titán los exterminará a todos.

Acompañado por el sonido de las torres de habitáculos desmoronándose, el titán da otro paso.

Y con el sonido de un mundo al ser destruido, dispara otra vez.

Talos…

● ● ● ● ●

»… Abrió los ojos y se dio cuenta de que los había mantenido cerrados.

El Elevado se había acercado mientras Talos todavía estaba bajo el poder de la visión.

—Los titanes no son una sorpresa —le dijo la criatura—. El objetivo primario del señor de la guerra es un mundo forja dentro del Racimo Crythe.

Talos negó con la cabeza, con los labios fruncidos levemente mientras reconocía los bordes de la figura astada del Elevado en la oscuridad.

—Vamos a ser masacrados. Nos interpondremos en el camino de los dioses máquina del Mechanicum y nuestros ojos arderán con la luz de su fuego.

—¿Y qué hay de las propias fuerzas del señor de la guerra? —insistió el Elevado, cuya impaciencia prestaba un matiz de ansiedad a su burbujeante tono. A Talos le recordó a una marmita llevada al punto de ebullición.

—¿Qué pasa con ellas, señor?

—Profeta mío —el Elevado arrastró las palabras con un matiz de amabilidad poco usual. Talos inclinó la cabeza ante su líder, evitando gruñir. El Elevado intentaba enmascarar su irritación para, con toda seguridad, procurar que su mascota vidente no perdiera los nervios ante la retahíla de preguntas—. Talos, hermano mío, ves tanto y a la vez tan poco.

El Elevado sonrió; una imagen de demasiados colmillos y saliva ácida. Talos miró a los ojos negros de su señor, así como a la retorcida cara de un hombre al que una vez había admirado.

—Esa es mi pregunta. —El Elevado mostraba una sonrisa lasciva—. ¿Dónde están? ¿Los ves? ¿Puedes ver a la Legión Negra?

—No puedo…

● ● ● ● ●

»… verlos. Por ningún lado.

Arriba, los dioses metálicos hacen la guerra. Titán contra titán en las ruinas de

una ciudad arrasada. El aire es una tormenta sólida de fuego de cañones y de atronadores estruendos cuando las máquinas de guerra liberan su ira las unas contra las otras. Los titanes se han olvidado de esa batalla insignificante que se desarrolla alrededor de sus pies, y los Amos de la Noche, los que quedan, se reagrupan bajo sus imponentes sombras.

Talos alcanza su transporte; el Land Raider ha asomado por la colina, y el oscuro casco del vehículo destaca como una baliza en medio de la locura que los rodea. Y es entonces cuando ve a Cyrion, todavía medio enterrado en peñascos, a casi mil metros de distancia.

No es una imagen clara, ni una identificación instantánea. La distancia es considerable, por lo que al principio Talos sólo ve una figura que lucha por liberarse de un montón de escombros y cuyos casi imperceptibles movimientos captan su atención por pura casualidad.

Hace clic con un pestañeo en el símbolo de teleobjetivo del visor. Un nombre rúnico centellea en su visualizador retinal, «Cyrion», cuando los sistemas de adquisición de blancos se fijan en su hermano y lo califican como un objetivo no válido.

Echa a correr.

Otro objetivo, «Uzas. Objetivo no válido», destella en código rúnico. Uzas llega a Cyrion antes que él y sube por la pila de escombros hasta quedar detrás del tambaleante astartes.

Talos corre con más rapidez, más rápido, de alguna forma conocedor de lo que va a ocurrir.

Uzas levanta el hacha y…

• • • • •

—¿… y qué?

—Y nada —contesta Talos—. Es como ya he dicho. El señor de la guerra nos enviará contra la legión de titanes de Crythe y sufriremos muchas bajas.

El Elevado dejó que el silencio se prolongara durante un largo rato, permitiendo que su mudo descontento hablara por él.

—¿Puedo irme, señor? —preguntó Talos.

—No estoy para nada satisfecho con estas escuetas visiones, hermano mío.

La sonrisa de Talos fue genuina.

—Me esforzaré en complacer a mi comandante la próxima vez. Tal y como yo lo veo, la profecía no es una ciencia exacta.

—Talos —le replicó el Elevado, arrastrando las palabras—. No eres tan divertido como te piensas que eres.

—Cyrion dice lo mismo, señor.

—Vete. Nos acercamos a Crythe, así que haz los preparativos finales. Asegúrate de que tu escuadra esté revestida de medianoche dentro de una hora. Atacaremos el mundo penal del Racimo Crythe primero, y luego iremos a por el mundo forja.

—Así se hará, señor.

Talos ya se marchaba cuando el Elevado carraspeó para aclararse la garganta. Sonaba como si estuviera regurgitando algo todavía vivo.

—Mi querido profeta —sonrió maliciosamente—. ¿Cómo está la prisionera?



La llamada del Señor de la Guerra

Nostramo ha muerto, y con él nuestro pasado.
El Imperio arde, y con ese fuego llega la promesa de un futuro lleno de cenizas.
Horus fracasó porque sus planes germinaron a partir de las semillas de la corrupción, no de la sabiduría.
Y nosotros fracasamos porque lo seguimos.
No nos va bien cuando la voluntad de otros nos ata con correa.
Ni cuando nos comprometemos con la palabra de líderes que no comparten nuestra sangre.
Tenemos que elegir nuestras guerras con más cuidado en los siglos venideros.

El sabio guerrero Malcharion
Extraído de su obra *La senda tenebrosa*

Eurydice se despertó en una negrura tan profunda que temía haberse quedado ciega. Se sentó y sus manos temblorosas sintieron la relativa suavidad de un catre bajo ella. El olor a su alrededor era una fuerte mezcla de cobre y de aceite para máquinas, y el único sonido aparte de su respiración era un distante aunque omnipresente zumbido de fondo.

Conocía ese sonido. Era un impulsor espacial. En alguna parte, en una cubierta distante, los grandes motores de esta nave la propulsaban por la disformidad.

La imagen de un casco con una aterradora calavera posando sus ojos carmesí sobre ella vagaba por los recuerdos que volvieron de repente a Eurydice. El astartes se

la había llevado.

«Tirios».

Eurydice se llevó las manos a la garganta. Notó lo sensible que estaba, lo que le dolía al tacto, el daño que le hacía al respirar. Un instante después, se llevó la mano a la frente. Sus intrigados dedos se encontraron con un frío metal. Era una pequeña y delgada banda de hierro o acero… fijada a su frente. Le cubría el tercer ojo. Sintió los diminutos tornillos donde le habían taladrado y fijado al cráneo la placa, que era del tamaño justo para aprisionar su don genético.

De repente, oyó el golpe metálico de una puerta de mamparo al abrirse de forma lastimera sobre unas viejas bisagras. Una daga de luz, tenue y amarilla, apuñaló el interior de la habitación. Eurydice retrocedió ante la dolorosa claridad, entrecerrando los ojos para averiguar su fuente.

Una lámpara. Una lámpara en las manos de alguien.

—Despierta, dormilona —dijo la figura.

El hombre entró en la habitación, sin ser nada más que una silueta todavía, a la vez que parecía estar ajustando la lámpara que tenía en las manos. Durante un instante, todo volvió a la oscuridad.

—Que los Poderes se lleven este maldito trasto —refunfuñó el hombre.

Eurydice no supo qué pensar. Se sintió tentada de abalanzarse contra él, a ciegas, para dejarlo inconsciente y huir. Podría hacerlo, de eso estaba segura, si la cabeza dejara de darle vueltas. Ni por un momento se había dado cuenta de que tenía náuseas y el estómago revuelto. Dudaba de que pudiera siquiera levantarse.

El hombre manipuló la lámpara para que generase un brillo general en lugar de un rayo de luz. Todavía muy tenue, el cono luminoso que se proyectaba desde la lámpara se extendió por el techo e iluminó la habitación, similar a una celda, con un resplandor casi parecido al de una vela.

Su mareo alcanzó el punto más alto cuando recobró su aturdida visión. Eurydice vomitó los restos de la última comida que había tomado en la *Doncella de las Estrellas*. La había cocinado Torc. Tras recuperar el aliento, habló con un jadeo rasposo.

—Por el Trono… Eso ya sabía lo suficiente mal cuando entró. —El sonido de su propia voz la impactó. Era tan débil y apagado como la luz de la lámpara. Ese astartes, Talos… casi la había estrangulado. Sólo recordarlo le helaba la sangre. Unos ojos que taladraban los suyos; rojos, sin alma y desprovistos de humanidad.

—No digas esa palabra —dijo el hombre con suavidad.

Ella alzó entonces la vista, limpiándose la boca con la manga y lagrimeando por el esfuerzo. El individuo parecía tener unos treinta o treinta y cinco años. Los enmarañados cabellos le colgaban en mechones de color rubio ceniza a la altura de los hombros, y una barba amarilla y canosa indicaba que no se había afeitado desde hacía días. Incluso en la oscuridad, con las pupilas ahora más grandes para poder ver en las tinieblas, Eurydice se dio cuenta de que el iris de sus ojos era tan verde como el de los jades reales. Le habría resultado atractivo si no fuera un secuestrador hijo de perra.

—¿Qué palabra? —preguntó ella, tocándose el cuello dolorido.

—«Esa» palabra. No uses maldiciones o palabrotas imperiales en esta nave. Ofenderás a los semidioses.

No reconoció su acento, pero sonaba extraño. Además, pronunciaba todas las palabras cuidadosamente y se esforzaba al formar sus frases.

—¿Y por qué debería importarme?

Estaba orgullosa del tono desafiante que había obligado a su voz a adoptar. «No les dejes saber que estás asustada. Enseña los dientes, chica».

El hombre habló de nuevo, y su voz suave contrastó con su mordaz contestación:

—Porque tienen poca paciencia incluso si están de buen humor —le explicó—. Si los haces enfadar, te matarán.

—Me duele la cabeza —dijo Eurydice, al mismo tiempo que se agarraba al borde de su catre. Se le cerró la garganta y la saliva se le espesó dentro de la boca. Por el Trono, iba a vomitar otra vez.

Lo hizo. Se echó un poco hacia atrás para evitar el grueso de su sucia vomitona.

—La cabeza me va a explotar —dijo después, y escupió para limpiarse la boca de los últimos restos del vómito.

—Sí, se debe a la cirugía. Mis señores no querían que me mataras cuando despertases.

Ella sintió una vez más la placa de metal que le cubría la frente y le cegaba el tercer ojo. A través de lo ominoso de sus pensamientos, pronunció la primera de mil preguntas que necesitaba desesperadamente que le contestaran.

—¿Por qué estoy aquí?

Aquello le hizo sonreír, una cálida y sincera sonrisa que Eurydice, alegremente, le habría borrado gustosa de un puñetazo de su hermoso rostro.

—¿De qué demonios te ríes? —le espetó ella.

—De nada. —La sonrisa se desvaneció de la boca pero permaneció en sus ojos—. Discúlpame. Es que me dijeron que eso era lo primero que todo el mundo preguntaba cuando los traían a bordo. También fue lo primero que pregunté yo.

—Y entonces, ¿qué tiene de divertido?

—Nada. Simplemente me di cuenta de que, contigo entre nosotros, yo ya no soy el último en llegar al servicio de mi amo.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Ocho horas estándar. —Septimus había contado los minutos exactos, pero dudaba de que a ella le hubiera importado ese nivel de detalle.

—¿Y tú eres…?

—Septimus. Soy el sirviente de lord Talos. Su artificiero y vasallo.

El individuo comenzaba a irritarla.

—Hablas raro. Despacio, como los idiotas.

Septimus hizo un gesto de asentimiento, y la expresión tranquila de su rostro le indicó que estaba de acuerdo.

—Sí. Perdóname, estoy acostumbrado a hablar nostramano. No he hablado mucho gótico bajo desde hace… —Se calló un momento para recordar—. Once años. Y nunca fue mi primera lengua, de todos modos.

—¿Qué es el nostramano?

—Una lengua muerta. Los semidioses la hablan.

—¿Los… los astartes?

—Sí.

—Ellos me trajeron aquí.

—Yo ayudé a traerte a bordo, pero sí, lo hicieron.

—¿Por qué?

Septimus se aclaró la garganta y se sentó de espaldas a la pared. Parecía que estaba intentando ponerse cómodo.

—Hay una cosa que tienes que entender, y es que hay una única salida de esta nave, y esa es morir. Estás aquí para que se te ofrezca una elección. Será sencilla: vida o muerte.

—¿Qué clase de elección es esa?

—Vive para servir, o muere para escapar.

«La verdad sale a la luz», pensó Eurydice con una amarga sonrisa. Ella misma notó la fragilidad de tal sonrisa, de igual forma que todo el miedo que tenía contenido detrás de los dientes, que no dejaba de apretar. Aquello le hizo sentir frío en la lengua.

—No soy tonta, y sé algo de mitología. Estos astartes son renegados que han traicionado al Dios Emperador. ¿Y piensan que les voy a servir? ¡Por el Trono, no! Jamás.

Septimus hizo una mueca de dolor.

—Ten cuidado con esa palabra.

—A la mierda. Y a la mierda a eso de ser sierva de tus señores.

—La vida bajo su servicio no es como te la podrías esperar —dijo Septimus en tono pensativo.

—Tú sólo dime lo que quieren de mí —exigió ella con la voz temblorosa. Apretó los dientes otra vez para evitar el temblor.

—Tienes un don. —Septimus se dio unos golpecitos en la frente—. Puedes ver en el immaterium.

—Esto no puede estar pasando —dijo ella, y por fin su voz sonó tan suave como la de él—. Esto no puede estar pasando.

—Mi amo predijo tu presencia en ese mundo —le insistió el esclavo—. Él sabía que tú estarías allí, y también sabía que le serías útil a la legión.

—¿Qué mundo? No era más que un asteroide.

—No siempre lo fue. Una vez fue parte de un mundo. Su mundo natal. Pero eso no importa ahora. Tú sabes navegar por el Mar de las Almas, y por eso estás aquí. La legión ya no es lo que era. Su huida de la luz del Emperador empezó hace muchos siglos. Sus… ¿cuál es la palabra? Inf… infra… ¡Maldita sea! Sus recursos se agotan.

Sus reliquias y sus máquinas de guerra se erosionan por falta de mantenimiento. Sus sirvientes mortales están sucumbiendo a la edad.

Eurydice no aguantó las ganas de mostrar una media sonrisa.

—Bien. Son traidores al Dios Emperador. —Sintió que parte de sus fuerzas volvían a ella y se arriesgó a otra sonrisa—. Como si a mí me importara que sus armas no puedan disparar.

—No es tan sencillo. Sus inf… infra…

—Infraestructuras.

«Por el Trono, menudo idiota».

—Sí. Esa es la palabra. Las infraestructuras de la legión están hechas pedazos. Se ha perdido mucho conocimiento, al igual que muchas almas leales; primero en la Gran Herejía y después en las guerras posteriores.

Ella estuvo tentada de responderle: «se me parte el corazón», pero se quedó en una sonrisa silenciosa, esperando no dejar traslucir la incomodidad que sentía con aquel gesto.

Septimus la miró, compartiendo el silencio durante varios instantes.

—¿De verdad era tu vida tan maravillosa antes de venir aquí que para ti esta oportunidad carece de valor alguno? —inquirió el siervo.

Eurydice soltó un bufido. Esa pregunta ni siquiera se merecía que la contestara. Nadie podía considerar que ser secuestrada y esclavizada por mutantes y herejes fuera progresar en la vida. De lo único que estaba sorprendida era de que aún no la estuviesen torturando.

—No estás pensando con claridad. —Septimus sonrió mientras se incorporaba. Eurydice se dio cuenta que el individuo llevaba una pistola enfundada a cada costado, junto a un machete tan largo como su antebrazo que tenía sujeto en la pantorrilla. Tragó saliva con dificultad—. Serás testigo de visiones que otros mortales no tienen nunca la oportunidad de contemplar.

«¿Es que acaso cree que eso debería resultarme tentador?».

—Preferiría no condenar eternamente mi alma sólo por aprender un par de secretos.

Eurydice vaciló a la vez que lo observaba con atención y reparó en la sonrisa que le bailaba en los ojos, así como la forma en que se apoyaba relajadamente contra la pared. Su porte sereno la enervaba. No parecía ser precisamente un hereje lunático, al contrario de lo que ella hubiera esperado encontrar en una nave del Archienemigo.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó de forma abrupta—. ¿Por qué te han enviado?

—Estás asustada y eso hace que te enfades. Puedo entenderlo, pero sería mejor para ti si controlaras tu genio. Tengo que informar de todo lo que se diga en esta conversación a mi amo.

Aquello hizo que Eurydice dudase, pero no estaba dispuesta a dejarse intimidar.

—¿Por qué te han enviado?

—Aclimatación. —Y sonrió otra vez—. Te será más fácil hablar con otro humano que con uno de los astartes.

—¿Cómo acabaste aquí? ¿Te secuestraron? —quiso saber ella.

Septimus encogió uno de los hombros y su chaqueta susurró con el roce propio de un suave material.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo.

Sin previo aviso, la nave se estremeció de forma violenta, agitándose al compás del casco en tensión. Septimus se sujetó a la manija de la escotilla. Eurydice maldijo cuando se golpeó la nuca contra la pared y se hizo un moretón.

Durante unos segundos no vio otra cosa sino colores danzarines.

—No —la contradijo Septimus, alzando la voz por encima del estremecimiento de la nave—. Tiempo es algo que no tenemos.

Eurydice derramó unas molestas lágrimas de dolor al tiempo que escuchaba chirriar y crujir al quejumbroso casco. Conocía muy bien qué sonido era ese. El navío salía de la disformidad irrumpiendo en el espacio real a toda velocidad.

—¿Dónde estamos? —chilló ella.

La respuesta fue un crepitante mensaje de voz a lo largo de la nave que se replicaba mediante miles de altavoces por la miríada de cubiertas del *Pacto*.

—*Viris colratha dath sethicara tesh dasovallian. Solruthis veh zajass.*

—¿Y eso qué significa exactamente? —le preguntó a gritos a Septimus.

—Eso… No es fácil de traducir —le contestó este mientras accionaba la manija de la puerta.

—Trono del Dios —masculló ella, pero el temblor de los alrededores apagó sus palabras—. ¡Al menos inténtalo!

«Hijos de nuestro padre, revestíos de medianoche. Nosotros traemos la noche».

—Significa «hermanos, poneos la armadura. Vamos a la guerra» —le contestó al mismo tiempo que miraba hacia atrás por encima del hombro—. Pero como te dije, no es fácil de traducir.

—¿Guerra? ¿Dónde estamos?

Septimus tiró hacia sí de la puerta abierta y pasó por el portal ovalado.

—Crythe. El señor de la guerra, bendito sea su nombre, nos ha hecho venir a Crythe.

Septimus se detuvo en la entrada de la escotilla. Esperando.

—Crythe estaba a varios días… Semanas, incluso, del asteroide —dijo ella.

—Mis señores conocen muchos secretos. Conocen la disformidad y los senderos que la atraviesan en las sombras que distan de la luz del falso emperador. Estos serán los senderos que tú también aprenderás a caminar. —Hizo una pausa, como si la evaluara—. ¿Vienes?

Eurydice lo observó durante unos instantes. ¿Acaso estaba de broma?

No parecía que lo estuviera.

Se incorporó sobre sus inestables piernas, reticente a coger la mano que él le ofrecía. La nave se sacudió otra vez y ella supo que, al menos, no se trataba del empuje por la disformidad tomando aliento.

Septimus la condujo fuera de la habitación, con su lámpara iluminando el camino. Se percató de la expresión de la cara de Eurydice cada vez que la nave se agitaba y se estremecía.

—Son disparos —le explicó sin darle ninguna importancia—. Nos están atacando.

Eurydice asintió, aunque no tenía ni idea de por qué él se mostraba tan tranquilo.

—¿Adónde vamos? —quiso saber.

—Mi amo me contó el plan de ataque de la legión.

—¿Y entonces?

—Entonces nos prepararemos por si acaso ese plan fracasa. ¿Sabes lo que es una Thunderhawk?

• • • • •

Las naves de la Flota de Combate Crythe rodeaban un mundo llamado Solace y se mostraban inquebrantables en su defensa, y no dejaban de castigar a los invasores por atreverse a asaltar un planeta imperial. Sería recordado como el mayor enfrentamiento espacial ocurrido nunca en el sector, con millones de bajas.

El *Pacto de Sangre* había regresado al espacio real en mitad de una guerra orbital.

• • • • •

El Racimo Crythe.

Cinco mundos, dispersos a través de cinco sistemas solares, que formaban una alianza próspera y compartían la labor defensiva. Anexionado al Imperio de la Humanidad durante la Gran Cruzada, hacía ya diez mil años, se trataba de un imperio dentro de un imperio; un reflejo más pequeño de Ultramar, situado al este galáctico.

Hercas y Nashramar: dos mundos colmena con poblaciones productivas, estables y en expansión que formaban el núcleo del racimo de estrellas. A su vez los abastecía Palas, un mundo agrícola con un clima tan ideal y con un potencial de cultivo tan inmenso que exportaba suficientes recursos como para alimentar al racimo entero.

El cuarto mundo era el mismo Crythe Prime, al que habían dado ese nombre por el comandante imperial que, cumpliendo la voluntad del Emperador, había sido el responsable de someter esa región tras los decadentes años de la Vieja Noche. Antaño

había sido un concurrido mundo colmena, el tercero de la trinidad: Crythe Prime, Hercas y Nashramar. Hacía ya también varios miles de años, las necesidades incansables del Mechanicum agotaron sus depósitos de mineral y la economía planetaria se colapso. Durante unas cuantas décadas se fue incrementando el número de transportes de refugiados que abandonaban el planeta, y antes que dejar deshabitado aquel mundo estéril, el mismo Adeptus Mechanicum lo recolonizó.

El Crythe Prime de finales del M41 era un mundo forja industrial que equipaba a los numerosos y bien preparados regimientos de los Nobles de Crythe de la Guardia Imperial, y era utilizado como el planeta manufactorum natal de la legión de titanes Legio Maledictis.

El quinto y último mundo era Solace. Allí se encontraba, con base alrededor de una fortaleza astillero, el corazón de la fuerza imperial.

Un tercio del planeta estaba poblado, pero al contrario que Crythe Prime, Solace siembre había carecido de minerales de valor y de recursos naturales. El mundo era una roca infecunda, vacía a excepción de los complejos penitenciarios del tamaño de colmenas que se alzaban por su superficie, hogar de cientos de miles de criminales sacados de sistemas vecinos y de las colmenas del Racimo Crythe. Un mundo penal custodiado por el poder del Imperio que la Armada Imperial y los astartes usaban como base para sus luchas antipiratería en el racimo galáctico. Únicamente Crythe Prime, que estaba bajo la garra artificial del Mechanicum, era un objetivo más importante.

El lord almirante Valiance Arventaur comandaba el inquebrantable poder de la Flota de Combate Crythe. La totalidad de los incontables escoltas y de las docenas de cruceros estaba encabezada por la joya de la corona de la flota de combate: el crucero pesado de la clase Vengador *Espada del Dios Emperador*, que con su colosal tamaño y una ciudad compuesta por catedrales que le recorrían la espina dorsal era el hogar de miles de almas.

Si ese hubiera sido todo el poder del Trono dentro del sector, habría seguido siendo un adversario desafiante e implacable, pero además, el lord almirante también podía contar con el apoyo de una guarnición del noble capítulo astartes de los Marines Errantes, quienes estaban permanentemente desplegados dentro del sector para hacer frente a su abundante piratería. Su navío, la fragata de la clase Gladio *Ruptura*, era la letal espada que usaban contra los herejes que se atrevían a acechar en las rutas de comercio de los súbditos fieles al Emperador.

Fue en Solace donde el señor de la guerra descargó primero su ira. Una vez que rompiera las defensas del mundo fieramente custodiado, acabara con la fuerza de la Sagrada Flota y aniquilase la presencia astartes en el lugar… seguramente todo el Racimo Crythe caería. Tal era el magnífico plan del Saqueador.

El plan del Elevado encajaba casi a la perfección en este esquema. Para tener éxito a los ojos del señor de la guerra, iba a usar su genio táctico y calculador.

• • • • •

Talos vio el interior de la cápsula a través del tono rubí de las lentes de su casco. Su escuadra ni siquiera ocupaba la mitad de los doce tronos dentro de los confines de la cápsula. Necesitaban reclutar más guerreros, y pronto. Las bajas sufridas durante las pasadas décadas habían debilitado a la Décima Compañía de la VIII Legión hasta el punto en que, como mucho, el Elevado ya no podía convocar a más de cincuenta astartes.

El proceso de crear nuevos guerreros era arduo y lento, y además, las fuerzas de la legión a bordo del *Pacto de Sangre* carecían seriamente de forjadores de carne y de técnicos capaces de fraguar y transformar niños mediante métodos genéticos hasta convertirlos en astartes en el transcurso de una década.

Xarl siempre decía algo de los tronos vacíos. Cada vez que la escuadra se reunía en una cápsula de desembarco, en una Thunderhawk, en una cápsula de abordaje, en su Land Raider…, fuera cual fuese el lugar en el que estuvieran embarcados momentos antes de un enfrentamiento, él mencionaba el tema de nuevo.

—Cuatro de nosotros —gruñó, tal y como se esperaba de él—. Esto tiene que ser una broma de mal gusto.

—Lo único que me da pena es que fuera Uzas quien sobreviviera en Venrygar —contestó Cyrion por el canal de comunicación—. Echo de menos a Sar Zell. ¿Me oyes, Uzas? Es una pena que salieras vivo tú en vez de él.

—Cyrion, mi querido hermano, ten cuidado con lo que dices —respondió Uzas con un gruñido.

Durante un breve instante, Talos regresó a su visión, y vio de nuevo el hacha de Uzas ascender mientras este se aproximaba a la espalda de Cyrion que subía desde los escombros…

—Sesenta segundos —retumbó una voz mecánica en los altavoces de la cápsula.

Aquello sobresaltó a Talos y lo trajo de vuelta al presente con una sacudida perceptiva de lo más desagradable.

—Que conste que este es el uso más estúpido de nuestras fuerzas que yo recuerde —declaró Cyrion.

—Anotado —respondió Talos con suavidad. No había sido idea suya usar el despliegue con cápsulas, pero quejarse no iba a cambiar nada—. Centraos.

—Es más —continuó Cyrion, haciendo caso omiso del tono de reproche de su hermano—, esto nos va a matar a todos. Os lo garantizo.

—Silencio. —Talos se volvió en su trono, haciendo que los arneses de contención se tensaran sobre su voluminosa armadura mientras se encaraba a su compañero de escuadra—. Ya basta, Cyrion. El Elevado nos ha dado las órdenes. Ahora cállate.

—Uzas, preparado.

—Xarl, listo.

—Cyrion, preparado.

—Recibido —finalizó Talos—. Revestidos de medianoche a mi señal. Tres, dos, uno. Ya.

Los cuatro generadores de energía de sus espaldares chasquearon al activarse y alimentaron su fuerza artificial a través de sus armaduras, lo que llevó sus capacidades físicas mucho más allá incluso del inhumano poder que ya residía en sus cuerpos diseñados genéticamente. El visor de Talos se encendió y filtró su visión carmesí con un texto descendente de estatus color blanco, contadores de munición y docenas de iconos rúnicos estilizados dispersos en las esquinas de su campo de visión. Hizo clic pestañeando específicamente en tres de ellos y frunció el ceño al ver que uno de los tres seguía parpadeando y fuera de enfoque.

—Uzas, tu runa identificativa sigue inestable —advirtió—. Dijiste que lo arreglarías.

—Mi artificiero… murió inesperadamente.

Talos apretó los dientes. Uzas siempre había sido un sádico con sus esclavos, ya fueran sirvientes de la legión o servidores potenciados. Los trataba como a muñecos inservibles; jugaba con ellos para saciar sus propios pasatiempos privados, y la única razón por la que su armadura seguía estando en condiciones era que robaba a sus hermanos caídos con una diligencia que pocos amos de la noche compartían.

—No andamos sobrados de recursos como para que tú andes satisfaciendo tu sed de sangre con el asesinato de esclavos, hermano.

—Puede que te pida prestado a Septimus para que me repare la armadura.

—Sí, puede —replicó Talos. «Ni hablar», fue lo que pensó.

—Cuarenta y cinco segundos —crepitó la voz del servidor de lanzamiento.

—Guardad las armas para el tránsito —ordenó Talos.

Comprobó su bólter una última vez, haciéndolo girar en las manos. Un arma preciosa, y que le había servido bien desde mucho antes de la Gran Traición. Había disparado con ella en Isstvan V y había acabado con la vida de incontables miembros de la legión de los Salamandras como parte de aquella fatídica batalla. Le bastaba sólo con tomar el arma en sus guanteletes para que lo sacudiera un estremecimiento de placer, tan real y táctil como un torrente de estimulantes de combate salido de los puertos inyectores de drogas que tenía en la columna vertebral y las muñecas.

Se llamaba *Anatema*. Su nombre estaba escrito en un lateral, en relieve y en fluida escritura nostramana sobre hierro negro. Talos sujetó el arma a lo largo del muslo izquierdo, como si enfundase una pistola. Pestañeó a un pequeño icono en el límite de su visualizador y la franja electromagnética a lo largo del costado del arma se activó. Con el sonido del choque del metal contra el metal, el bólter quedó anclado a su pierna, a la espera de ser desenfundado para la batalla una vez el icono de liberación quedase confirmado con otro pestañeo.

Una vez que quedó asegurado el bólter, comprobó la espada que había colgado, dentro de su vaina, en las franjas de acoplamientos magnéticos de la pared inclinada

de la cápsula, dado que era demasiado larga como para llevarla a la cintura mientras estaba sentado. Las alas de ángel de la cruz del mango eran blancas como el fino mármol. La lágrima rubí entre las alas resplandeció en medio de aquella penumbra roja, más oscura que su entorno; una gota de sangre envuelta en sangre.

Aurum y *Anatema*, las herramientas de su oficio, sus reliquias de guerra. Frunció los labios en cuanto el corazón le empezó a latir con mayor rapidez.

—Muerte al falso emperador —susurró las palabras como una maldición.

—¿Y eso? —transmitió Xarl.

—Nada —contestó Talos—. Confirmad el estado de las armas.

—Armas preparadas.

—Hecho.

—Armas listas.

—Treinta segundos —emitió la voz una vez más.

La cápsula clase Dreadclaw empezó a estremecerse al tiempo que sus propulsores giraban a plena potencia. Aunque iba a ser disparada desde su hangar, los propulsores de altitud de la cápsula necesitaban estar al rojo vivo para guiarlos hasta su objetivo.

—Décima Compañía, Primera Garra —dijo Talos por el canal de comunicación general—. Listos para el despliegue.

—Recibido, Primera Garra. —La voz que le contestó era grave, demasiado grave incluso para un astartes. El Elevado estaba en el puente de mando, hablando con los escuadrones que se preparaban para la batalla. Talos oyó a las demás escuadras contestar al mismo tiempo que la cápsula empezaba a agitarse cada vez con mayor violencia.

—Segunda Garra, lista.

—Quinta Garra, lista.

—Sexta Garra, a punto.

—Séptima Garra, preparada.

—Novena Garra, preparada.

—Décima Garra, lista.

Ninguna de esas escuadras estaba completa, y Talos lo sabía. Los siglos no habían sido amables. La Tercera Garra al completo había sido masacrada en la batalla de Demetrian a manos de los malditos Ángeles Sangrientos. La Cuarta y la Octava Garra habían sido aniquiladas pedazo a pedazo, batalla tras batalla, hasta que las demás Garras faltas de personal absorbieron sus guerreros. Antaño, Uzas había sido miembro de la Cuarta Garra. A Talos no le entusiasmaba aquella herencia en especial.

—Aquí Talos de la Primera Garra. Recuento de almas.

—Segunda Garra, siete almas.

—Quinta Garra, cinco almas.

—Sexta Garra, cinco almas.

—Séptima Garra, ocho almas.

—Novena Garra, cuatro almas.

—Décima Garra, seis almas.

Talos meneó la cabeza de nuevo en otro gesto negativo. Si incluía a su propia escuadra, el recuento era de apenas treinta y nueve astartes. Una mínima parte estaba con el Elevado a bordo del *Pacto*, pero seguía siendo una cifra siniestra. Eran treinta y nueve legionarios listos para el despliegue. Treinta y nueve de más de cien.

—Recuento de almas confirmado —dijo, a sabiendas de que todos los astartes de la nave estaban conectados a su enlace de comunicación. Dudaba de que la importancia de la cifra se le escapara a ninguno.

—Diez segundos —entonó el servidor.

En esos momentos, la cápsula se agitaba en su nicho al lado de las otras seis, como una hilera de dientes mellados en las encías de un gigante.

—Cinco segundos.

El canal se llenó de voces frenéticas: docenas de rugientes astartes que clamaban venganza, sangre, miedo y el recuerdo de su primarca. Dentro de la cápsula de la Primera Garra, Xarl aulló prolongadamente, un sonido de alegría incontenida. Cyrion susurró algo que Talos no llegó a entender, pero que seguramente sería una bendición al espíritu máquina de sus armas. Uzas profirió una retahíla de juramentos que prometían el derramamiento de sangre en nombre de los Poderes Siniestros. Los invocaba a gritos por su nombre, como un fanático adorador. Talos reprimió las ansias de levantarse del asiento y pegarle un tiro a su hermano.

—Tres.

—Dos.

—Uno.

—Ignición.



Guerra en el vacío

A lo largo de las distintas eras de la humanidad, ha habido estrategas que han dicho que ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo. Yo no pierdo el tiempo contrarrestando los planes de mis enemigos, hermano. Nunca me importa lo que el enemigo pretende hacer, pues nunca le permitiré que llegue a hacerlo. Despierta en sus corazones el regalo del más auténtico terror, y todos sus planes quedarán arruinados en su desesperada lucha por la mera supervivencia.

El primarca Konrad Curze,
Presunto diálogo con su hermano
Sanguinius,
primarca de los Ángeles Sangrientos.

El Elevado consideraba a la guerra en el vacío como algo infinitamente más grácil que cualquier ataque en la superficie. Era un excelente luchador en el combate cuerpo a cuerpo y había segado una copiosa cosecha de vidas con sus propias garras, pero no era lo mismo. Tal salvajismo carecía de la claridad y pureza de un enfrentamiento en el espacio.

Incluso en los años previos a que llegara a ser el Elevado, cuando simplemente era el capitán Vandred de la Décima Compañía de los Amos de la Noche, había experimentado sus mayores placeres como guerrero en esos momentos de guerra orbital en el espacio profundo, donde todo encajaba a la perfección.

Y él no era un mero testigo de esos momentos. Se enorgullecía de diseñar las

batallas perfectas, y se trataba de un placer que había conservado a través de todos los cambios llevados a cabo en sí mismo. Era cuestión de acompasar las propias percepciones a las realidades de la escala y la dimensión de una guerra orbital. La mayoría de mentes, tanto las humanas como las de los astartes, no podían llegar a discernir del todo las distancias entre naves, el mero tamaño de los navíos enfrentados, las cicatrices que dejaban cada uno de los distintos tipos de armas contra los cascos de diferentes metales…

Ese era su don. El Elevado dominaba la guerra en el vacío, y su vasta mente veía su grandeza del mismo modo en que otros hombres veían las armas en sus manos. Su nave era su cuerpo, incluso sin los primitivos tecnoenlaces fabricados por el Mechanicum para fundir al hombre y la máquina. El Elevado se unía al *Pacto* mediante el conocimiento y sus percepciones modificadas. Sentía el corazón de la nave latir en sus propios huesos simplemente con estar en el puente de mando. Tan sólo coger un pasamanos le permitía oírla gritar cuando disparaba sus armas. Otros no sentían más que vibraciones, pero esos otros estaban ciegos a tales matices.

El *Pacto de Sangre* había salido de muchos apuros en toda una serie de enfrentamientos nada favorables durante su historia, además de haber tomado parte en algunos de los conflictos más salvajes en los que se había visto involucrada la VIII Legión. Su reputación y, por ende, la reputación de la partida de guerra que una vez había sido la Décima Compañía, estaba asegurada mediante todo un historial de victorias, en gran medida gracias a la pericia del Elevado en la guerra espacial.

La criatura que una vez había sido el capitán Vandred miraba con atención a la pantalla con forma de ojo del occulus mientras la nave que tanto apreciaba y de la que tanto se enorgullecía irrumpía en el espacio real. El occulus dominaba toda la pared delantera de la cubierta del estrategium. Las mutaciones que habían retorcido la forma física del Elevado no le habían cambiado los ojos, que seguían siendo tan intensamente negros como los de aquellos nacidos en Nostramo, y aquellos orbes de obsidiana relumbraban con la luz que reflejaban una docena de consolas y las detonaciones que iluminaban el occulus delante de él.

Por necesidad, el estrategium soportaba un nivel mayor de luminosidad que el resto de la nave, para que de ese modo la tripulación mortal fuese capaz de llevar a cabo sus tareas con cierta facilidad. El Elevado se permitió, en ese instante, echar un vistazo rápido alrededor de la cámara de varios niveles para asegurarse de que todo estaba preparado.

Eso parecía.

Los servidores esclavizados a sus estaciones farfullaban, zumbaban y manipulaban las consolas con una mezcla de manos humanas y biónicas. La tripulación mortal, incluyendo a los antiguos oficiales de la Armada Imperial que ahora servían a la legión, trabajaban en sus propios puestos de control o supervisaban los equipos de servidores. Pocas consolas o posiciones del estrategium permanecían vacías. Las operaciones que se realizaban en aquella cubierta eran demasiado críticas como para

permitir que sufrieran fallos por falta de tripulantes que las atendieran. Era casi de la forma en que debería haber sido, la forma en que había sido antes de la Gran Traición, antes de que empezara el lento declive de la fuerza de la legión, y el Elevado se deleitó con aquel eco de una era más gloriosa. Experimentó todo eso en el lapso de un único latido de corazón, antes de devolver su atención al occulus otra vez.

Y allí estaba. La guerra en su forma más grandiosa. Un teatro de destrucción donde cientos, incluso miles de vidas se perdían con el paso de cada segundo. Se permitió a sí mismo un largo instante para absorber en toda su plenitud aquella imagen, para saborear la vista de las explosiones exterminadoras de vida, sin importarle qué bando sufriera las bajas.

El sentimiento amenazó con convertirse en una sensación de euforia, por lo que el Elevado se obligó a sí mismo a centrarse otra vez en la batalla que se desarrollaba ante él. No se había ganado el título con la debilidad ni con la falta de moderación. El deber era lo primero.

El Elevado comparaba la guerra en el vacío con el frenesí alimentario de los tiburones. Había pocos recuerdos de su vida anterior a su transformación en astartes que surgieran alguna vez en la superficie de su memoria corrupta, pero había uno en particular que siempre le volvía a la mente cada vez que dejaba que sus pasiones se dejasen llevar por la guerra en el espacio. Cuando era niño, en varios de sus viajes por la costa con su padre, había sido testigo de cómo los tiburones exudaresinas sin ojos se agrupaban para cazar las grandes ballenas en mar abierto. Formaban bancos, aunque sin ningún tipo de vínculo real, pues rara vez alineaban sus movimientos o trabajaban juntos: simplemente no se mataban los unos a los otros al estar cazando la misma presa. Cuando cada tiburón atacaba en un punto vital expuesto de la gran ballena, era el instinto, no la cooperación, lo que los movía. El instinto de ser el asesino más rápido.

Para el Elevado, la guerra orbital se parecía mucho a eso en aquel momento. Cada nave era un tiburón que nadaba en el campo de batalla tridimensional del espacio, y únicamente los más talentosos comandantes de flota podían atenazar sus instintos y reunir a sus fuerzas en una eficiente jauría. La criatura astartes sonrió, lo que dejó a la vista una serie de colmillos y unas encías negras mientras observaba el occulus. Él no era un comandante de flota. Su talento nunca se había limitado a buscar tal unidad de grupo.

De hecho, era justo lo contrario. El Elevado no tenía deseos de inspirar la unión táctica dentro de las flotas con las que navegaba. Todo lo que le importaba era la disolución de todo orden en el seno de la armada enemiga.

La manera más fácil de ganar una batalla galáctica era asegurarse de que ningún comandante enemigo consiguiera la unidad táctica de sus propias fuerzas. Si podía comprometer su cohesión general, cada nave podría quedarse aislada de cualquier apoyo potencial y ser destruida, sola, pieza por pieza.

Era un enfoque por el que el Acechante Nocturno había enaltecido al Elevado en

varias ocasiones. Como había dicho el mismísimo primarca, era inútil conocer los planes de un enemigo. Este debería ser derrotado antes de que sus planes ni siquiera llegaran a ponerse en marcha.

• • • • •

La flota de invasión a Crythe del señor de la guerra había entrado en el sistema hacía ya varios días, algo que le resultó muy obvio al Elevado en cuanto el crucero de ataque de los Amos de la Noche salió del espacio disforme. Docenas de cascos de nave destrozados, cuyas desgarradas pieles de metal declaraban su afiliación a ambos bandos enfrentados, vagaban inertes en el vacío tras haber sido destruidas en las primeras fases de la guerra.

El Elevado ordenó a sus timoneles que guiaran el navío a través de aquel silencioso cementerio, con los motores a plena potencia, para llegar hasta el conflicto principal, donde el señor de la guerra por fin había forzado a las fuerzas del Trono a establecer una defensa orbital.

Los ojos de la criatura se deleitaron ante los ancestrales nombres que aparecían en la parpadeante imagen hololítica. Pertenecían a grandes navíos que habían hecho la guerra durante miles de años, cuyos nombres y títulos permanecían grabados en la inmensa marea que era la memoria del Elevado a pesar de las idas y venidas del tiempo.

Allí estaba el *Forjahierros*, que había servido a la legión del primarca Perturabo. Allá, el *Corazón de Terra*, que todavía lucía las cicatrices que había ganado cuando asedió el mundo que le daba nombre. Y, rodeado de naves más pequeñas, en el corazón de la tormenta, el *Espíritu Vengativo*.

El Elevado hizo un gesto con la garra.

—Aproxímate al buque insignia del señor de la guerra mientras transmites nuestros códigos de identidad, después rompe la formación y dirígete a toda máquina a la vanguardia de la flota.

El *Pacto de Sangre* se desplazó a toda velocidad hacia el torbellino de la batalla orbital y el Elevado se imaginó las cubiertas de mando de las naves imperiales al ver que otra poderosa nave se unía a las fuerzas del Archienemigo. Sonarían las alarmas de las consolas, se gritarían órdenes… Era una imagen de lo más evocadora, incluso aunque sólo fuera por un instante.

Pero el *Pacto* era vulnerable. Aceleró con los motores al rojo vivo a la vez que sobrepasaba al *Espíritu Vengativo*, más allá de la vanguardia de las fuerzas del Caos.

Aquello era algo que tenía que hacerse de prisa.

Un rápido vistazo al occulus le mostró al Elevado que el resultado de la batalla era inevitable. La flota imperial estaba perdida. Miró a la ancha mesa holográfica que

estaba delante de su trono sobredimensionado, así como el lento baile que hacían los iconos en tres dimensiones. En cuestión de segundos, vio el destino de cada uno de los iconos en movimiento y calculó las muchas formas en las que cada nave podría moverse en relación con las demás. Un juego de muchas, si bien finitas, posibilidades que se descubrió ante sus ojos.

Miró al occulus otra vez. Las fuerzas del falso emperador seguían siendo lo suficientemente numerosas como para infligirle daños a la flota asaltante del señor de la guerra, y eso era lo que importaba. La victoria a un precio demasiado alto no era en absoluto una victoria.

Sonrió, y de sus ojos se derramaron lágrimas de sangre aceitosa. Las oscuras lágrimas corrían heladas por una cara tan pálida como la porcelana y mostraban las venas de debajo como gruesos cables negros. Sus músculos faciales estaban retorcidos y le hormigueaban los conductos lacrimales. El Elevado no estaba acostumbrado a sonreír. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tenido la oportunidad de disfrutar de un entretenimiento de semejante grandeza, y lo mejor de todo era que el señor de la guerra estaba mirando.

Era hora de sacarle provecho.

• • • • •

Había dos naves imperiales que destacaban en la fuerza de combate enemiga. Se trataba de dos objetivos que debían ser destruidos para disolver toda esperanza de unidad táctica. El Elevado los había puesto a los dos en su punto de mira y expresó sus deseos a la tripulación del estrategium. Esta se puso manos a la obra para hacer que sus deseos se hicieran realidad.

El *Pacto de Sangre* irrumpió furiosamente en la batalla y sus escudos de vacío absorbieron los daños que ocasionaban los pocos cazas y cruceros ligeros que habían reaccionado con la rapidez suficiente a su repentina llegada. Como un halcón de bronce y negro azulado, pasó veloz al lado de dos naves de tamaño similar y las dejó atrás sin hacer caso de las andanadas de las baterías de armas de sus costados.

Cuando por fin fueron capaces de perseguir a la penetrante daga que era la nave que las había evitado, otras naves las atacaron. Estos nuevos atacantes llevaban el negro y dorado de la Legión Negra, los propios astartes del señor de la guerra.

El *Pacto de Sangre* ni siquiera aminoró mínimamente su avance. Los Amos de la Noche cazaban presas mayores.

Un crucero de ataque astartes era una nave poderosa que destacaba en acciones de bombardeo superficial y de superación de bloqueos. Era un enemigo temible en la guerra espacial, ya que si bien carecía de la capacidad ofensiva de una barcaza de combate o de un crucero pesado de la Armada Imperial, debido a su armamento y a la

densidad de sus escudos podía vencer con facilidad a la mayoría de navíos de tamaño similar. Si el Elevado se hubiera unido a la batalla orbital por encima de Solace y liberado la furia de las lanzas y las baterías de armas del *Pacto*, los Amos de la Noche habrían hecho una contribución importante y útil, digna de alabanza.

Eso, sin embargo, no le parecía suficiente.

La mayor amenaza de un crucero de ataque astartes era su cargamento. Aunque el *Pacto* disponía de armas capaces de arrasar ciudades y de escudos que podían aguantar un fuerte castigo durante horas sin parpadear, sus armas más mortíferas y temidas ya habían sido confinadas en sus cápsulas de despliegue y esperaban a ser lanzadas.

El crucero de los Amos de la Noche era una nave pesada y enorme, aunque grácil a pesar de su tamaño. Se deslizaba como si fuese un tiburón, con lentitud y suavidad, mientras se zambullía hacia la nave de clase Gótica *Decidido*, de mucho mayor tamaño. El crucero imperial era tanto un monumento como una nave de guerra: una pequeña ciudad de estructuras llenas de catedrales que sobresalían a lo largo de su espinazo central, cuya agresiva belleza era una inspiración para la flotilla de naves de apoyo que se congregaba a su alrededor y que orbitaba como un satélite en su presencia.

El occulus a bordo del *Pacto* quedó cegado por los disparos de las baterías de lanzas del *Decidido*. La nave de mayor tamaño seguía fijada como objetivo en los navíos de ataque del señor de la guerra; todavía no había tenido tiempo de apuntar con sus brutal selección de baterías a la nave recién llegada, aunque las naves de apoyo que la acompañaban comenzaron a acumular energía para destruir al crucero de los Amos de la Noche que se dirigía hacia ellas a toda velocidad.

El Elevado observó cómo uno de los iconos situados tras el símbolo del *Pacto* parpadeaba hasta desaparecer. El *Ojo Impertérrito* había dejado de existir, destrozado bajo el asalto final del *Decidido*. Una nave de la Legión Negra: una de las del señor de la guerra. El Elevado pensó que era algo muy extraño haber perdurado durante milenios sólo para morir en aquel lugar. El *Ojo Impertérrito* había estado en el asedio de Terra diez mil años atrás. En esos momentos, ya no era más que un montón de escombros espaciales y el innoble recuerdo de un fracaso.

Le había llegado el turno al *Pacto*. El estrategium se estremeció una vez más, y no con suavidad.

Pero los escudos seguían aguantando, y el Elevado lo sabía muy bien. Sentía la piel de la nave con tanta intensidad como la suya propia. Tres naves disparando por el través y… algo más.

—Los escudos aguantan —comunicó un oficial mortal al trono de mando—. Fuego de tres cruceros ligeros y fuego menor de una escuadrilla de cazas.

«Cazas —se rio entre dientes—. Qué pintoresco».

El Elevado asimiló dicha información al instante y la traspasó a su visión general del *ballet* de iconos en formación que se desplegaba ante sus ojos. El *Decidido* era su

primer objetivo porque sus escudos ya habían desaparecido. Lo supo en el momento en que el visualizador de batalla hololítico había parpadeado el hecho de que, a juzgar por su lugar en la formación, el crucero de clase Gótica se había retirado de la lucha para reponer sus escudos de vacío. El que la flotilla revoloteara a su alrededor como parásitos tan sólo confirmaba su deducción. Era una de las mayores naves de la Flota Imperial, con un enjambre de guardianes que lo rodeaban mientras trataba de restaurar sus escudos. Estaba claro que era una pieza clave en la defensa.

El Elevado ladró unas forzadas maniobras y el *Pacto* luchó por obedecer. Empezó debajo del *Decidido* y, con los motores rugiendo, ascendió a toda velocidad. Sus escudos siguieron resistiendo los disparos enemigos, y no dejaron de rielar al detener la lluvia de fuego mientras el crucero de ataque se deslizaba casi verticalmente más allá del costado de estribor del *Decidido*. La nave de los Amos de la Noche casi no ofreció objetivo alguno a las enormes baterías de armas de los costados de la nave imperial, pero estas dispararon de todas maneras. Fue una maniobra muy curiosa de acuerdo a los estándares de la guerra orbital tradicional. Avanzar al través de la nave enemiga habría permitido un intercambio más natural de baterías pesadas al estar las naves una al lado de la otra, pero con aquella maniobra de elevarse verticalmente no parecía conseguir nada en absoluto. Si bien la descarga de los costados del *Decidido* rasgó el espacio, del todo desperdiciada, las baterías de armas del *Pacto* tampoco habrían hecho casi nada… si en realidad hubieran llegado a disparar. Las armas del navío de los Amos de la Noche permanecieron en silencio.

A bordo del *Pacto de Sangre*, toda la tripulación humana del estrategium seguía gritando o vomitando a consecuencia de las inauditas fuerzas gravitacionales provocadas por la sorprendente maniobra. Muchos habían muerto. El Elevado se enjugó unas sangrientas lágrimas de alegría de las mejillas.

Había sido algo maravilloso.

—Confirma —le dijo sencillamente a uno de los servidores de la consola de lanzamiento de las cápsulas.

—Garras Séptima, Novena y Décima desplegadas —murmuró el esclavo mitad máquina como respuesta.

—¿Contacto? —exigió saber.

—Confirmado —fue la respuesta átona—. Confirmado contacto con éxito de las cápsulas de abordaje.

Un momento después, una voz familiar crepitó por los altavoces del estrategium.

—Elevado —dijeron con la profunda resonancia de un astartes—. Aquí Adhemar de la Séptima Garra. Estamos dentro.

La sonrisa hizo que la criatura derramase más lágrimas dolorosas. Acababan de atravesar un cordón de naves imperiales a través del corazón de la flota enemiga y, cuando los oficiales del *Decidido* se diesen cuenta de lo que había pasado, tres escuadras de astartes estarían abriéndose paso de un modo sanguinario hacia las cubiertas de mando.

Sin duda, había sido algo maravilloso. El *Decidido* y los líderes de la flota a bordo ya podían darse por muertos. Una vez que las demás tripulaciones imperiales se enterasen de la matanza a bordo de sus naves más importantes, el miedo se extendería por toda la flota como un cáncer despiadado.

Uno menos. A por el siguiente.

—Timonel —dijo mientras el estrategium se estremecía bajo otra descarga—. Dirígete al *Espada*. Redirige toda la energía a los motores y ponios a máxima potencia.

—Mi señor —dijo un oficial cercano al trono tras carraspear para aclararse la garganta—. Los escudos del buque insignia enemigo siguen levantados.

«No por mucho tiempo».

—Vector de aproximación: depredación insidiosa.

—A la orden, mi señor.

El Elevado se pasó por los labios su negra lengua.

—Dispara todas las lanzas frontales y torpedos a la sección sexagésimo tercera del casco mientras avanzamos a su proa. Haz que coincida el disparo del cañón de bombardeo con el momento exacto en que nuestras lanzas y torpedos impacten.

No era una orden fácil de cumplir. Una docena de servidores y de oficiales mortales se inclinaron sobre sus consolas para afanarse trabajando en sus controles y cálculos.

—Así se hará, señor —aseguró el oficial que se encontraba más cerca de él.

El Elevado no fue capaz de recordar su nombre. O eso, o es que nunca se había aprendido el nombre del humano, no estaba seguro. La criatura conocía al hombre como su oficial de puente, y eso era todo lo que necesitaba saber.

—Pero… —titubeó el hombre.

—Habla, humano.

—Mi señor, Elevado de los Dioses Oscuros… Este vector de ataque nos conducirá al interior de la solución de disparo del *Espada* durante quince segundos.

—Trece —lo corrigió el Elevado con la misma sonrisa que mostraría un cráneo—. Y por eso, tan pronto como disparemos con todas nuestras armas de proa, la nave ejecutará un picado coronus con los motores a toda máquina y los propulsores de babor sobrecargados en un setenta por ciento. Avanzaremos aguantando el máximo viraje negativo sostenible y las sacudidas durante diez segundos.

El rostro del oficial palideció, si tal cosa era posible en un hombre que no había sentido la luz del sol sobre la piel desde hacía ya varias décadas.

—Mi señor…, somos una nave demasiado grande como para…

—Silencio. Coordinarás este ataque con las armas principales de las naves *Forjahierros, Espíritu Vengativo* y la *Hoja Ignea*. Contacta con sus estrategiums e infórmalos de nuestras intenciones.

—Como ordenéis, mi señor.

El oficial tragó saliva con un esfuerzo evidente. Sus ojos, tal y como notó el

Elevado, eran de un marrón particularmente rico. No parpadeaban de aquí para allá con nerviosismo, como hacían la mayoría de los de los mortales en presencia del Elevado, pero seguía siendo reacio a expresar su opinión en presencia de su amo. Las razones para ello eran claramente obvias, por supuesto. Discutir con los astartes siempre, siempre, terminaba en sangre y dolor.

La nave se quejó con una larga serie de crujidos agónicos mientras pasaba a través del arco de fuego directo de otro crucero de gran tamaño. Una vez más, los Amos de la Noche rehusaron defenderse y dejaron que los escudos recibiesen todos los impactos al mismo tiempo que se abalanzaban sobre el objetivo que habían escogido.

—Habla, humano —le ordenó el Elevado—. Entretenme con tu opinión en estos momentos previos a nuestra victoria.

—Un picado coronus, señor. Las fuerzas gravitacionales ya serían más que suficientes por sí solas para matarnos y los propulsores de altitud estarán desconectados durante semanas tras quemarse. Los riesgos…

—Son aceptables. —El Elevado le hizo un gesto de asentimiento al oficial—. El señor de la guerra nos está observando, mortal. Igual que yo te observo a ti. Haz que mis deseos se cumplan, o serás reemplazado por otro más capacitado para cumplir mis órdenes.

El oficial tenía que haberlo sabido. Cuando se volvió a su estación y susurró para sus adentros: «Esto destruirá a la puñetera nave…», debía haber sabido que el Elevado lo oiría sin dificultad.

—Oficial de puente —lo llamó el astartes al mismo tiempo que mostraba una sonrisa torcida.

El hombre no se volvió. Estaba demasiado ocupado afanado en su consola, enviando órdenes binarias a las mentes de los servidores de los estrategiums para que se preparasen para la locura que iba a producirse.

—¿Sí, mi señor?

—Si no realizas esta maniobra de manera impecable, haré que te comas tus propios ojos y morirás esta noche, despellejado y aullando por una piedad que jamás llegará.

El puente de mando se quedó en silencio y el Elevado sonrió ampliamente en un gesto húmedo.

—No me importa nada quemar los propulsores de altitud, ni los esclavos que morirán reparándolos. Un picado coronus, tan cerca como esta nave pueda permitirse tal maniobra, coordinado con los disparos de las tres naves ya mencionadas.

»¡Y hazlo ya!

• • • • •

Aquello fue más allá de lo simplemente audaz.

El *Forjahierros*, el *Espíritu Vengativo* y el *Hoja Ignea* tomaron posiciones para apoyar la maniobra de los Amos de la Noche disparando sus armas en una salva coordinada, aunque a una distancia considerable. El Elevado sospechaba que sus propios capitanes colaboraban con su plan más por divertida curiosidad que por la creencia de que en realidad funcionaría, pero allá ellos con su falta de coraje.

Casi todos los capitanes de flota de ambos bandos miraron atentos, al menos durante un instante, al *Pacto de Sangre*, el único navío de la flota del señor de la guerra en superar el pasillo de líneas enemigas, al haberse deslizado más allá del enorme crucero acorazado clase Vengador *Espada del Dios Emperador*. Muchos capitanes también se dieron cuenta, para su sorpresa, de que la nave estaba realizando los movimientos iniciales propios para un desgarrador, centrífugo y desquiciado picado coronus.

Empezó su maniobra de ataque enfrentándose a una potencia de fuego increíble. Moviéndose como un fantasma a través del arco de fuego de la gran nave, el *Pacto* sufrió la ira de las lanzas frontales y de las baterías de armas del *Espada*, que ya estaban escupiendo torrentes de furia contra el enemigo al que se enfrentaban. La nave de los Amos de la Noche recibió el martilleo de los disparos de las inmensas armas que iban destinados a impactar a otras naves del Caos, y sus escudos primero crepitaron y luego se hicieron añicos en cuestión de segundos.

A todos los que estaban presenciando aquella maniobra les pareció que el *Pacto de Sangre* se estaba sacrificando a sí mismo para efectuar un ataque de embestida. Y que lo iba a lograr, también. Tanto peso, inercia y capacidad explosiva podrían reventar los escudos del *Espada* y destripar a la nave hasta su propio núcleo.

Pero el *Pacto* no embistió a su presa.

Devolvió el fuego justo cuando sus pantallas de vacío se desactivaron; una devastadora descarga de lanzas, proyectiles sólidos y plasma de sus baterías de proa, junto con la cabeza explosiva de una bomba de magma disparada por su cañón de bombardeo, y que estaba principalmente diseñada para ataques a la superficie de planetas.

Toda aquella carga explosiva impactó contra el *Espada* justo al mismo tiempo que las otras tres naves astartes traidoras coordinaban el fuego de sus armas de proa hacia el mismo objetivo y disparaban al unísono. Aquella maniobra estaba todo lo cerca de la unidad de los tiburones de aquel mar negro como el Elevado podría haber imaginado, aunque eso no era lo que ocupaba la mente del comandante de los Amos de la Noche.

Todo aquel inmenso castigo que desencadenaron contra la nave enemiga fue suficiente, aunque por poco, como para que se cumplieran los deseos del Elevado. El colosal *Espada del Dios Emperador*, el orgullo de la Flota de Combate Crythe, el buque insignia del lord almirante Valiance Arventaur, ya no brillaba tras una invencible pantalla de energía ondulante.

Sus escudos habían caído, sobrecargados por el salvaje y repentino asalto del crucero de ataque astartes.

El Elevado no era un necio. Conocía muy bien la guerra en el vacío, de igual forma que conocía las capacidades de sus enemigos, la fuerza de sus armas y el poder de sus naves. Él sabía que el *Espada del Dios Emperador* estaba bien provisto de sistemas de seguridad y de generatoriums auxiliares, además de que su ataque no había infligido ningún daño real a la nave insignia aparte de sobrecargar de forma temporal sus escudos al obligarlos a absorber aquella avalancha de fuego de una sola vez. Los escudos estarían conectados de nuevo al cabo de pocos instantes, de un minuto como mucho, por lo que la nave quedaría una vez más protegida con múltiples capas de escudos y sería una fortaleza de nuevo.

El *Pacto de Sangre* dio un viraje más cerrado de lo que un crucero de su tamaño era capaz de hacer y se lanzó a sí mismo en un picado rotatorio potencialmente terminal por el través del crucero acorazado al que casi había embestido. Las alarmas martillearon los sentidos de toda la tripulación a lo largo de la nave. El navío con forma de punta de lanza rugió picado abajo mientras recibía disparos secundarios de los costados del *Espada* al sobrepasarlo. No devolvió el fuego. Una sola descarga del poderoso buque insignia imperial redujo las baterías de armas de babor del *Pacto* a la nada.

Mientras seguía girando tras sobrepasarla, el *Pacto* dejó tras de sí un sendero de restos. A medio camino de su picado, el Elevado sintió el momento perfecto de conexión con la batalla.

«Aquí».

«Ahora».

Mientras las armas imperiales destrozaban su nave, sintió ese momento con claridad prístina, y entonces rugió una sola palabra.

—¡Lanzamiento!

• • • • •

—Tres —dijo la voz del servidor.

—Dos.

—Uno.

—Lanzamiento.

Talos sintió como el mundo se estremecía bajo él, al mismo tiempo que cada uno de los músculos de su cuerpo se ponía en tensión. No era un sentimiento de estar cayendo, exactamente, ni tampoco de mareo. Sus sentidos alterados eran resistentes a toda clase de desequilibrios y de percepciones descoordinadas. Mientras que cualquier humano habría cubierto de vómito el interior de la cápsula y habría muerto

por la intensa presión del lanzamiento, los astartes que iban a bordo simplemente sufrieron una leve sensación de incomodidad en el fondo de sus estómagos. Así era disfrutar de la bendición de la reconfiguración perceptiva.

—Impacto dentro de cinco segundos.

La voz automatizada de la cápsula resonó en todas partes y en ninguna a la vez. Talos oyó a Uzas resollar por el canal de comunicación, contando alegremente los segundos que quedaban.

Talos contó en silencio, y se agarró con fuerza al arnés cuando sólo quedó un segundo. Los propulsores de guiado de la cápsula cobraron vida con una sacudida casi tan fuerte como el impacto que llegó un instante después. La cápsula se estrelló contra su objetivo con una fuerza capaz de romper fuselajes, lo que en su interior sonó como el rugido de un dragón.

Una runa parpadeó en su visualizador retinal en una línea curvada de escritura nostramana y, tras aquel impacto estremecedor, Talos estrelló el puño en el panel de liberación del trono. Las sujeciones se desbloquearon y los cuatro astartes de la Primera Garra salieron de sus asientos sin perder ni un solo instante para agarrar las armas con sus oscuros puños.

La escotilla de la cápsula se abrió con el chirrido del metal torturado y el siseo del aire presurizado al liberarse. Talos habló por el comunicador con voz suave y segura mientras observaba con atención el interior de un corredor de acero en forma de arco: su primer contacto visual con el interior del *Espada del Dios Emperador*.

—*Pacto*, aquí la Primera Garra. Estamos dentro.



EL «ESPADA DEL DIOS EMPERADOR»

El veneno penetra cualquier armadura.
Cuando te enfrentes a un adversario invencible, simplemente bendice su riego sanguíneo con ponzoña.
Su palpitante corazón transportará las toxinas por su cuerpo con mayor rapidez.
El miedo es un veneno igual de potente.
Recuerda. El miedo es un veneno que acaba con cualquier enemigo.

El sabio guerrero Malcharion
Extracto de su obra, *La senda tenebrosa*

El teniente Cerlin Vith escuchaba la conversación en la red de comunicaciones desde su posición en el puente. Le habían llegado órdenes de la máxima autoridad: repeler a la partida de abordaje que en ese momento arrasaba las cubiertas de operaciones bajo el puente. Cerlin sabía que había más partidas de abordaje moviéndose por algunas partes de la nave, pero otras escuadras de soldados se encargarían de ellas. Vith tenía sus órdenes, y estaba decidido a cumplirlas. Sus hombres custodiaban el puente de mando y tenía un grupo de refuerzos en camino.

No estaba preocupado. El *Espada del Dios Emperador*, su hogar desde hacía veinte años, era una gran nave, como cualquiera de la flota de su Sagrada Majestad. Una tripulación de alrededor de veinticinco mil personas consideraba al navío de combate su hogar, incluso aunque una gran porción de ellos fueran esclavos y servidores miserables que trabajaban toda su vida en las cubiertas caldeadas del maquinarium.

Nadie se lanzaba al abordaje de un navío de semejante tamaño.

Al menos, matizó Vith, si pretendías seguir vivo.

Era muy cierto que el *Espada* ya no desempeñaba el servicio de vanguardia. Y también era igualmente cierto que el glorioso navío había sido relevado de las flotas de mayor importancia, pero continuaba siendo la joya de la corona de la Flota de Combate Crythe. Eran otros tiempos, simplemente. El crucero de la clase Vengador era un luchador nato, un guerrero temible a corto alcance, diseñado para irrumpir en un torbellino de enemigos e infligirles un castigo dos veces superior al que recibiría él. Tenía la potencia de fuego más que suficiente para lograrlo, pero a medida que pasaba el tiempo, perdía el favor de los almirantes, pues dichas tácticas poco ortodoxas eran criticadas por un Imperio cada vez más defensivo.

Eso era lo que Cerlin se decía a sí mismo. Era algo de lo que estaba convencido, porque los oficiales se lo habían dicho infinidad de veces.

El amado *Espada* de Cerlin no estaba fuera de juego para siempre. Sencillamente estaba pasado de moda. Se decía esto a sí mismo una y otra vez, porque aunque fuera un simple soldado al servicio del Trono Dorado, se enorgullecía mucho de servir donde lo hacía. Ante todo, el teniente Cerlin Vith deseaba estar una vez más en vanguardia de las líneas de batalla. Se apresuró a echar un vistazo por un ojo de buey para ver el negruzco moratón de tortuoso espacio disforme que era el Gran Ojo: el núcleo de la influencia del Archienemigo.

Así que no estaba preocupado. El *Espada del Dios Emperador* era indestructible, invencible. Los temblores de la nave eran la vibración interminable de sus propias armas, que desataban una oleada infernal de disparos contra el maldito Archienemigo. Cuando los escudos habían flaqueado un rato antes, los habían vuelto a levantar en menos de un minuto. E incluso si volvían a caer, el casco que los cubría a todos ellos con su blindaje, fiel y protector, era tan fuerte como la fe de un hombre devoto.

Nada, absolutamente nada, podría destruir nunca al *Espada*.

Repitió esas palabras en el interior de su cabeza, sin rastro de desesperación en su silenciosa voz. El hecho de que los hubieran abordado era… Bueno, era una locura. ¿Qué enemigo mínimamente cuerdo podría siquiera intentar tal cosa? Lo cierto era que le resultaba completamente imposible entender esa táctica. ¿Qué clase de inepto comandante desperdiciaría las vidas de sus hombres arrojando un puñado de ellos a una nave que presumía de más de veinte mil almas listas para defenderla?

Era hora de mostrarle a la primera partida de asalto el error que estaban cometiendo.

Aparentemente, la nave enemiga había realizado una serie de maniobras extraordinarias para llevarlos hasta el crucero imperial, si es que las comunicaciones procedentes del línea del estrategium eran de fiar.

No importaba. Fuera cual fuese la verdad, lo cierto era que habían sido capaces de abordar una nave que no había sufrido invasiones desde hacía más de una docena de años, así que quizá el almirante, bendito fuera su nombre, estaba en lo cierto. Tal vez

aquello era una situación grave.

Sin embargo, Cerlin tenía reputación de solucionar los problemas graves. Por eso, la mayoría de veces, era el escogido para defender las cubiertas de mando.

Vith lideraba la condecorada sección Helios Nueve, cuyo historial de distinciones y de puntería no habrían avergonzado a un francotirador de la Guardia Imperial. Él mismo había seleccionado a los hombres y mujeres de Helios Nueve, así como rechazado en dos ocasiones en los últimos diez años que lo ascendieran, porque no quería estar por encima del puesto que él creía que le venía mejor. Estar al mando de una docena de escuadras de individuos armados significaría tener que mezclar mucha mediocridad con sus mejores soldados. Estar al mando de la Helios Nueve significaba que no comandaría sino lo mejor de lo mejor.

La Helios Nueve incluso se equipaba como si no estuviera dispuesta a aceptar tonterías. En aquellas ocasiones en las que se ordenaba a la unidad descender a las profundidades de las entrañas del *Espada* para imponer algo de orden entre los criminales y la escoria que trabajaban bajo las cubiertas, la visión de su pulcra y oscura armadura de caparazón, con el símbolo del sol brillante en la pechera, era suficiente para que cada esclavo y sirviente pareciera estar ocupado y respetara las reglas. La Helios Nueve; o los «Quemaduras» y los «Nueves», como se los llamaba en las colonias de esclavos que se afanaban en las entrañas de la nave, eran bien conocidos por su implacable conducta. Una más que conocida tendencia a actuar de forma inmediata e inmisericorde constituía la base donde se asentaba su reputación, que se habían ganado después de varios casos de ejecución de algunos esclavos, quienes con cuyo comportamiento se habían atrevido a mostrar indicios de desobediencia o de incumplimiento del deber.

La Helios Nueve contaba con cincuenta hombres y mujeres, desplegados por las cubiertas de mando escuadra por escuadra. Los cuarenta y nueve asesinos favoritos de Vith estaban listos para enfrentarse al enemigo con el propio Vith a la cabeza de la escuadra de mando, todos listos para proteger al almirante sentado en el trono.

Cada uno de los miembros de la Helios Nueve estaba equipado con potentes escopetas para maximizar el daño a corta distancia sin que los impactos de los proyectiles afectasen al casco de la nave. No necesitaba echar un vistazo a su alrededor para saber que sus hombres estaban preparados. Habían nacido preparados y se habían entrenado a fondo desde entonces para estar más preparados todavía. Nada los derrotaría. El teniente Cerlin Vith tenía fe ciega en ello hasta que llegaron los primeros informes por el comunicador.

—… bólters… —había dicho una de las primeras comunicaciones chisporroteantes. En ese momento, tragó saliva con dificultad.

«Bólters».

Eso no era bueno.

Le llegaron más informes al microrreceptor, entrecortados por un gran número de chasquidos, de las escuadras de soldados de otras partes de la nave. Las

transmisiones estaban incoherentes y confusas, distorsionadas por los combates que tenían lugar en el interior y por la batalla que se libraba en el exterior de la nave. Pero estaba oyendo una serie de palabras que no le gustaban; unas palabras que no quería escuchar.

—… requerimos armas más pesadas para…

—… nos retiramos…

—¡… Trono del Emperador! Nos están…

Cerlin, de pie en el centro de la cámara de techo bajo del puente principal, presionó el reborde del auricular en su oreja mientras ajustaba el manguito del micro a la comisura del labio.

—Aquí Vith. ¿Equipos del maquinarium?

—Afirmativo, teniente.

La respuesta de las escuadras que defendían los propulsores de plasma le restalló en el oído. Los equipos que defendían las cámaras del maquinarium eran, si la memoria no le fallaba, los Dioses Menores, los Bufones de la Muerte, los Cincuenta Afortunados y los Ojos Certeros. Vith no tenía ni idea de a qué oficial le hablaba, pues la transmisión no era lo suficientemente clara, pero todas ellas eran escuadras sólidas y de confianza. No tanto como la Helios Nueve, ni de lejos, pero lo bastante buenas como para combatir. La recepción de los mensajes tenía como trasfondo violentos chillidos de distorsión que aguijonearon los oídos de Cerlin con la agudeza de sus tonos.

—Me llegan transmisiones sobre bólters y de que se ha desatado la muerte en todas sus formas.

—Afirmativo, tenie… —repitió la voz—. Tenga en cuenta que los asaltantes son…

—¿Son qué? ¿Que los asaltantes son qué?

—… st…

—¿Escuadra de mando? Escuadra de mando de defensa del maquinarium, aquí Vith, repita.

—… los… es…

Increíble. Sencillamente, aquello era increíble.

Le fue fácil sumergirse en su propio mundo, aislado de la batalla de mayor tamaño. El puente tenía la actividad de una caótica colmena: oficiales navales que gritaban y se movían de una consola a otra mientras prestaban atención a la furiosa batalla que se desarrollaba en el exterior de la nave. Los servidores zumbaban y parloteaban cuando obedecían las órdenes que les eran dadas. Casi cien tripulantes, tanto esclavos lobotomizados como humanos, trabajaban para que el *Espada* continuase desencadenando toda su letal potencia de fuego contra los enemigos del Trono Dorado.

Tras intentarlo unos instantes, Vith se aisló de todo ello. Su mundo se había reducido a fragmentos de conversaciones de comunicador y al área inmediata alrededor del trono del lord almirante Arventaur. Dicho trono, que se elevaba sobre

una plataforma desde la que se veía el puente de mando más abajo, acomodaba la delgada y enchaquetada silueta del almirante con aparente comodidad, a pesar del respaldo arqueado hecho con las curvilíneas costillas de alguna extraña criatura xenos. El almirante Valiance Arventaur se reclinó en su trono de hueso con las sienes repletas de cables que la unían al asiento y, a su vez, a los sistemas de la nave.

Vith sabía que el almirante, quien tenía los ojos cerrados y parecía estar inmerso en un trance, estaba dejando que su consciencia fluyera en el interior del espíritu máquina de la nave. Sabía que el almirante sentía el casco de la nave como su propia piel, de igual forma que los apresurados esfuerzos de la tripulación dentro de los corredores de acero eran como la sangre que latía por su propio cuerpo.

Sin embargo, a Vith eso le daba igual. Mantener al anciano con vida era todo lo que importaba. El almirante tenía una batalla que librar y, por lo que parecía, Vith también tenía la suya propia.

Todavía se oía el tronar de los impactos contra la nave, pero el casco seguía estable, por el momento. Varios soldados se miraron.

—Señor, conozco ese sonido —dijo a Cerlin uno de los que estaba más cerca al frente de la columna—. Serví en el *Decimus* y realizamos varios abordajes con los astartes. Con el capítulo de los Marines Errantes, señor.

Cerlin no se volvió. Su mirada seguía fija en las puertas dobles cerradas y bloqueadas del lado de estribor de la cámara. El retumbar procedía de allí, y él también conocía ese sonido. Había tardado un momento en reconocerlo, puesto que nunca hubiera esperado oírlo a bordo de su propia nave.

Era sin duda el tronar característico del fuego de bólter.

Unos astartes los habían abordado. Los astartes traidores.

Por fin, la confirmación sobre la naturaleza del enemigo le llegó de todos lados. Las clasificaciones navales coincidían en que la nave enemiga que pasaba por su lado era con toda seguridad un navío astartes, excomulgado por herejía, registrado como el *Pacto de Sangre*.

Aquella era sin duda una información que realmente le habría sido más útil a Vith antes de que hubiera decidido defender la cubierta de mando con sólo cincuenta hombres.

—Helios Nueve —transmitió a los soldados desplegados a lo largo del anillo exterior de la cámara—. El enemigo se acerca a las puertas de estribor. No mostréis piedad.

Se permitió mirar al lord almirante, quien sudaba, con los dientes apretados y los ojos cerrados como si estuviera bajo las garras de alguna pesadilla extenuante.

Que las puertas de estribor explotasen hacia el interior hizo que devolviera la atención justo donde debería haberla tenido desde el principio.

• • • • •

Una vez que abordaron la nave, Talos había desembarcado de entre los retorcidos restos del casco donde había impactado la cápsula, con *Aurum* en una mano *y Anatema* empuñada en la otra. A pesar de los diez minutos de combates escasos e intermitentes que habían librado desde ese momento, apenas había disparado el bólter una sola vez. Lo mismo ocurría con Cyrion o Xarl. La escuadra conservaba la munición para el momento en el que realmente hiciera falta: una vez que alcanzasen el puente de mando.

Su cápsula había impactado contra el costado de la nave enemiga en la zona de las cubiertas de artillería, que estaban densamente pobladas, y la carnicería resultante fue una tediosa pérdida de tiempo que los sacó a todos de quicio.

Excepto a Uzas. Uzas adoró cada instante que habían tenido que invertir en abrirse paso a través de la aterrorizada tripulación, que trataba de defenderse como podía con herramientas y armas de mano. El rugido de su bólter le resonaba a Talos en la cabeza como un martilleo continuo, algo incómodo e irritante.

En un momento dado, Talos había empujado a Uzas contra la arqueada pared de un pasillo mientras se encontraban bajo el fuego de una escuadra de soldados en desbandada que huían delante de ellos. Había pegado el casco de Uzas contra la pared metálica y le gruñó algo a través de las ranuras de su altavoz.

—Estás desperdiciando munición. Contrólate.

—Son presas. —Uzas se retorció para liberarse del agarre de su hermano.

—Son presas indignas. Usa tu espada. Céntrate.

—Presas. Todos ellos son presas.

El puño de Talos se estrelló contra la cara del otro guerrero y le abolló la placa facial. Este se golpeó la cabeza contra la pared una segunda vez, lo que hizo más ruido que los disparos. Un proyectil sólido disparado desde el puñado de tripulantes mortales situados en el fondo del pasillo rebotó en la hombrera de Talos. Este hizo caso omiso del impacto y pestañeó para borrar las parpadeantes runas de alarma de la pantalla de su visor.

—Contrólate, o te liquido aquí y ahora.

—Sí. Sí. Control —dijo Uzas por fin. Se dispuso a recoger el bólter del suelo. Talos podía ver la reticencia en todos los movimientos de su hermano mientras este acoplaba el bólter a su musiera y desenvainaba la espada sierra.

Su compostura no duró demasiado. Cuando la escuadra entró en otra cámara que albergaba una de las grandes torretas del crucero acorazado, Uzas abrió fuego contra los servidores que no habían recibido órdenes de huir, a pesar de que la tripulación humana ya lo hubiera hecho momentos antes.

Talos encabezaba la marcha, sin importarle ya si Uzas se quedaba atrás. Que se atiborrara de su necesidad de inspirar terror. Que se esforzara en vano con los

servidores sin mente, con la mera esperanza de ver un destello de miedo en sus ojos antes del fin.

Avanzaron a toda velocidad masacrando a los tripulantes escasamente equipados que eran lo suficientemente necios como para ponerse en medio. La mayoría, o bien carecía del coraje para quedarse o bien tenía el buen juicio de huir; pero no todos los mortales huyeron.

El sargento Undine del escuadrón armado Ultimo Aviso defendió la posición que le habían encomendado, al igual que un total de siete de sus hombres, cuyas armas disparaban sin cesar una descarga tras otra pasillo abajo, hacia los astartes que se aproximaban.

Las rasgadas lentes de Talos parpadearon con avisos de amenaza innecesarios y el sensor de su visor atenuó el sonido de los proyectiles que impactaba contra su coraza hasta dejarlo en algo parecido al granizo chocando contra el suelo. La valiente defensa final de Undine y los bravos soldados de Ultimo Aviso terminó varios segundos después, cuando Talos pasó entre ellos al mismo tiempo que trazaba arcos con *Aurum* a la vez que maldecía, molesto. Esos retrasos lo sacaban de quicio, y si bien los proyectiles de las escopetas apenas representaban una amenaza para la integridad de su armadura, aquella lluvia de fuego podía impactar en alguna conexión o juntura vulnerable y retrasarlo todavía más.

Y no todos aquellos que no pudieron huir ofrecieron resistencia. Docenas de mortales se quedaron paralizados, aterrorizados, mientras unos gigantes salidos de las pesadillas de la humanidad corrían a zancadas entre ellos. Se quedaban con la boca abierta, murmurando rezos inútiles y bendiciones incoherentes ante el hecho de ver a los astartes traidores en persona.

Talos, Cyrion y Xarl pasaron de largo sin hacerles caso. Sin embargo, mientras seguían avanzando, el sonido de una hoja sierra les indicó que, aparentemente, Uzas no se estaba dispuesto a dejar con vida a aquella masa de individuos aterrorizados.

«Por fin», pensó Talos tras dar la vuelta a una esquina más.

—El puente de mando está detrás de esas puertas —dijo Xarl, mientras señalaba con la cabeza al portal cerrado que tenían ante ellos. Al final del ancho pasillo, las puertas dobles permanecían cerradas e invulnerables. Uzas les pegó un único puñetazo, lo que sólo produjo una pequeña muesca y el sonido metálico de la ceramita contra el adamando: una roca chocando contra un yunque.

—Presas —murmuraba Uzas. Los otros oían su voz espesarse por la saliva. Estaba babeando dentro del casco—. Presas.

—Cállate, anormal —le espetó Xarl.

Los demás hicieron caso omiso de Uzas cuando este empezó a arañar el mamparo bloqueado, como un animal enjaulado ansioso de que lo liberaran.

—Estas no van a explotar —dijo Cyrion—. Demasiado gruesas.

—Entonces, con las espadas sierra —respondió Xarl mientras ponía ya en marcha la suya.

—Demasiado lento. —Talos hizo un gesto negativo con la cabeza y alzó a *Aurum* —. Esto ya nos ha llevado demasiado tiempo —dijo mientras avanzaba con su espada de energía robada.

• • • • •

La Helios Nueve ya estaba preparada cuando los Amos de la Noche la atacaron. Bajo las órdenes de Vith, habían tomado posiciones en las inmediaciones de la cámara del puente. El gran número de pasadizos adyacentes ofrecía una inmensa cantidad de cobertura. La tripulación del puente estaba demasiado ensimismada en la guerra orbital. Tenían sus deberes que hacer y, aunque miraban nerviosamente a la puerta de estribor, cada uno de los oficiales presentes debía prestar atención a la guerra en el vacío, lo que hacía que se inclinaran sobre las consolas y alzaran la vista hacia la amplia imagen que ofrecía la pantalla del occulus.

Nadie, exceptuando a toda la Helios Nueve, se había esperado que las puertas reforzadas cedieran tan fácilmente. Las puertas, de alrededor de un metro de espesor y de metal laminado sobre metal, habían permanecido inquebrantables desde que la nave se había construido, hacía casi doscientos años.

Vith maldijo cuando sonó la explosión. Los astartes traidores habían agujereado profundamente las puertas para plantar los explosivos allí donde cualquier detonador convencional podría, ciertamente, reventar las puertas blindadas de la cubierta de mando.

Por el Prono del Emperador, ¿dónde estaban sus refuerzos?

—¡Helios Nueve! —gritó por el enlace de comunicación, sin la menor idea de si podían siquiera oírlo por encima del atronador eco—. ¡Repeled a los invasores!

Sin que lo vieran ni Vith ni ninguno de los guardias, los ojos del viejo almirante se abrieron. Inyectados en sangre, intensamente azules y entrecerrados de ira.

• • • • •

La explosión, junto al puñado de granadas cegadoras que la siguió, fue el suceso decisivo que apartó el poderoso *Espada del Dios Emperador* de la batalla orbital sin cuartel. En varios de los informes que se redactarían sobre la guerra por Crythe, el crucero acorazado clase Vengador siguió siendo una poderosa baza en la defensa imperial hasta que fue finalmente destruido por completo. Se reconocía que el asalto a su puente de mando fue el golpe que inutilizaría la nave al reducirle algo de su anterior efectividad, pero el *Espada del Dios Emperador* continuaría luchando de

manera totalmente honorable.

Sin duda alguna, la historia podía verse de otro modo cuando eran los perdedores quienes la contaban.

Algo curiosamente ausente de los anales imperiales que documentaron la batalla fue que el *Espada* vivió su última media hora de existencia de forma relativamente indigna, despojado de toda su gloriosa furia, así como de su pertinente y honorable defensa final. En lugar de eso, desató su desvirtuada rabia sin dirección ni atino mientras los cruceros del señor de la guerra lo despedazaban de forma sistemática; entre ellos el *Pacto de Sangre*, que no tuvo reparos en abrir fuego contra una nave a pesar de que sus propios astartes se encontraban todavía a bordo. Una victoria rápida y decisiva no requería menos. Además, los astartes a los que se lanzaba en misiones de abordaje estaban entrenados para retirarse inmediatamente una vez hubieran completado sus objetivos.

Las granadas cegadoras que lanzó la Primera Garra repiquetearon al rodar por el suelo a medida que se deslizaban por los mosaicos incrustados de la cámara del puente, para detonar medio segundo después. Una cortina de humo negro se propagó de cada una de las granadas, y si bien el humo expelido por cada artefacto no era, ni de lejos, suficiente como para oscurecer ni la mitad del amplio puente de mando, esa nunca había sido la intención con que las habían lanzado. Las cuatro granadas tintinearon sobre la cubierta hacia el puesto de mando de artillería que tenían delante y explotaron allí, lo que cegó a la docena de oficiales y a los servidores de las consolas de las armas de proa.

Mientras los oficiales navales daban aturdidos pasos hacia atrás a causa de la nube de humo cegadora, los servidores se quedaron donde estaban; esclavizados en sus puestos y emitiendo quejidos de advertencia monocordes ante la radiación electromagnética de bajo nivel que les robaba la visión.

En aquel momento, las armas frontales del gran *Espada* quedaron en silencio.

En otra nave, el Elevado sonrió ampliamente, ya que sabía que era la señal de que la Primera Garra había alcanzado el puente de mando enemigo.

Varios de los tripulantes del puente de mando del *Espada* aullaron plegarias al inmortal Señor de la Humanidad. De entre ellos, solamente los más píos y los más desesperados creyeron de verdad que el Dios Emperador los iba a salvar.

La Helios Nueve, protegida tras un buen número de coberturas en forma de barandillas y consolas de trabajo angulosas, alzó sus armas al unísono en dirección a la puerta de estribor destruida.

De ahí emergió una figura, más negra que las sombras desde las que avanzó furtivamente. Vith la contempló: un asesino inmenso, demasiado grande en todos los sentidos como para ser considerado humano, revestido con una voluminosa armadura de ceramita forjada en una era olvidada. Cerlin devoró los detalles en el tiempo que duró un latido de corazón: en una mano portaba una espada dorada, tan larga como el mismo Vith, que crepitaba cargada de energías letales y de la que

todavía goteaba el metal fundido de la puerta que había perforado. En la otra mano, un bólter sobredimensionado con un amplio cañón, abierto igual que las fauces de una gran bestia.

La placa facial de su casco estaba pintada con la forma de un cráneo de mirada fija, de blanco hueso sobre azul medianoche, con unas brillantes lentes rojas iluminadas desde dentro. Un pergamino, desgarrado y con marcas de quemaduras de armas de pequeño calibre, descansaba sobre su hombrera izquierda, y la superficie del papel color crema estaba cubierta de runas extrañas a los ojos de Vith. En el otro hombro, un puñado de cadenas cortas colgaban de la ceramita, con broncíneas calaveras que pendían de los eslabones de hierro oscuro como fruta mórbida y que cascabeleaban con el movimiento de la figura.

Los inquisitivos ojos de Vith repararon en un detalle sobre todos los demás: la destrozada águila imperial tallada en marfil a lo largo de la pechera de la armadura que unos tajos de espada habían quebrado con el objeto de ultrajar el símbolo con un simple, pero efectivo, acto de profanación.

El líder de los guardias no sabía que el Amo de la Noche había cogido la placa pectoral de un astartes caído del capítulo de los Ultramarines hacía pocos años. No tenía ni idea de que hacía diez mil años, cuando el guerrero se había puesto por primera vez aquella armadura, tan sólo a la favorecida III Legión, la de los Hijos del Emperador, le había sido concedido el honor de llevar el aquila sobre el peto acorazado. No tenía ni idea de que Talos la llevaba ahora, aunque profanada, con satisfecha ironía.

Lo que sabía Vith, y eso era todo lo que importaba, era que el astartes traidor estaba en mitad del puente de mando y que, a menos que corriera, o quizá incluso aunque corriera, era hombre muerto.

Vith era muchas cosas. Un oficial corriente, pudiera ser. Un poco demasiado apegado a la bebida, ciertamente. Pero no era ningún cobarde. Moriría con las mismas palabras con las que tantos soldados imperiales habían muerto en los labios con el paso de los milenios.

—¡Por el Emperador!

A pesar de lo noble del sentimiento, su grito quedó del todo enmudecido a causa de lo que los Amos de la Noche hicieron a continuación.

• • • • •

Las retinas de Talos se vieron bombardeadas por las chillonas runas que parpadeaban sin cesar en su visor. Un objetivo tras otro objetivo tras otro objetivo, y las imágenes destacaban sus armas con destellos blancos. Tras su primer paso dentro de la cámara, ni siquiera alzó las armas ni buscó cobertura. Tan pronto como emergió del umbral

hecho pedazos, echó la cabeza hacia atrás, lo que limpió su visor de runas de peligro, y gritó.

Fue un rugido que ningún humano que no estuviera modificado podría entonar jamás: tan resonante y primitivo como el carnosaurio reptiliano de un mundo salvaje. El rugido, ya de por sí inhumanamente alto, sonó amplificado a niveles ensordecedores gracias a los altavoces del casco de Talos. Potenciado como estaba por sus tres pulmones, el grito se prolongó durante casi quince segundos a pleno volumen y reverberó por los pasillos del *Espada* como un torrente. Los tripulantes conectados a sus consolas lo sintieron físicamente, lo que envió vibraciones a través de los huesos de acero del navío. A lo largo de la embarcación, los tecnoadeptos y servidores que estaban conectados a los sistemas de la nave sintieron estremecerse el espíritu máquina del *Espada* como respuesta a aquel rugido ultraterrenal.

En el puente de mando, el lord almirante Valiance Arventaur, quien era uno con el espíritu máquina del *Espada* de una forma infinitamente más íntima que cualquier otra, comenzó a llorar sangre.

Todo aquello pasó desapercibido para los soldados que rodeaban a su comandante. Ellos, como todos los demás humanos de la amplia cámara circular, estaban de rodillas y se tapaban con las manos los oídos, de los que salía sangre. Varios se habrían suicidado para escapar del sonido avasallador que los estaba destrozando si hubieran sido capaces de alcanzar sus armas, que yacían tiradas allá donde las habían dejado caer.

Talos bajó la cabeza y vio que las runas de peligro comenzaban a parpadear una vez más. La nube de humo ya era menos espesa, pero se había dispersado hasta cubrir gran parte de la cubierta de mando. Todos y cada uno de los mortales del puente estaban tendidos boca abajo. El *Espada* flotaba inerte en el espacio y la mayoría de sus armas habían enmudecido. Talos se imaginó a la flota del señor de la guerra reunirse para rodear a la nave imperial, con los ojos de cada capitán brillando con ansias asesinas.

El tiempo era oro. Las garras desplegadas en el *Espada del Dios Emperador* contaban con un par de minutos como mucho para completar los objetivos de la misión y volver a sus cápsulas antes de que la destrucción inminente acabara con ellos.

En ese momento ocurrió algo que Talos nunca olvidaría hasta el día de su muerte. A través de un claro en el humo, y más allá de las aturdidas formas de la ensordecida tripulación, se encontró con los ojos del almirante. Estos sangraban espesas lágrimas rojas, como los regueros que corrían de su nariz y orejas, pero su expresión era inconfundible. Nunca, en los incontables años que Talos había combatido contra los sirvientes del falso emperador, lo había mirado con tanto odio uno de aquellos deshechos imperiales.

Atesoró el momento en el único y cálido instante que duró, y entonces susurró tres palabras:

—Visión de caza.

El espíritu máquina de su armadura obedeció la suave orden y enmascaró la visión tintada de rojo de sus lentes con un profundo y contorneado conjunto de azules. A través del humo, e incluso a través de la cobertura de consolas y de puestos de control, la tripulación del puente se le presentó en un torbellino de borrosas manchas de fuentes de calor naranjas, rojos y amarillos que contrastaban con el frío azul que los rodeaba.

Cyrion, Xarl y Uzas se colocaron detrás de él, quien oyó los susurros de sus órdenes mientras activaban su propia visión de caza.

Avanzaron decididos, con las visiones térmicas encendidas y las espadas y bólters listos para derramar la sangre de los mejores y más preparados del *Espada*, a la vez que los mortales gateaban en pos de sus armas.

• • • • •

El almirante fue el último en morir.

Llegados a ese punto, el puente de mando era un osario. A través del humo que se disipaba y que por fin había sucumbido a los purificadores de aire de emergencia, todo lo que uno podía ver eran los cuerpos destrozados de un centenar de tripulantes y de sus defensores masacrados, la Helios Nueve. Los cuatro guerreros de los Amos de la Noche se movían de un lado a otro blandiendo las espadas sierra contra las consolas para despedazar por completo el centro neurálgico del moribundo *Espada del Dios Emperador*.

Los nombres de las víctimas no significaban nada para Talos, quien no tenía ni idea de que el último en caer al lado del trono del almirante, y cuya escopeta le había lanzado su ladrido insignificante, había sido Cerlin Vith.

Vith expiró lo que le quedaba de vida a través de los pulmones perforados, incapaz de levantar la barbilla del pecho. Había sido irrelevante para Talos, un borrón térmico irritante, pues el astartes traidor lo había despachado con una simple estocada de su hoja dorada. Mientras Vith caía, Talos lo expulsó de una patada de la tarima del trono, con la atención ya puesta en otra parte mientras la cabeza de Vith se estampaba contra una barandilla y el mortal descendía lentamente hacia la muerte.

El lord almirante Valiance Arventaur alzó la vista, fija en la criatura que iba a ser su asesino. Los ojos color sangre del casco de Talos miraron abajo, al anciano tundido con su asiento. En ese momento vio que tenía sentido que el almirante no se hubiera levantado para defender el puente de mando. El mortal no existía, en carne y hueso, por debajo de la cintura. Su torso uniformado se unía directamente al trono de mando por medio de unos cables serpenteantes suturados contra su pelvis, lo que lo unía corpóreamente a la nave de forma tan segura como los cables tentaculares de su

cogote, que enlazaban su consciencia con el espíritu máquina del *Espada*.

Talos desperdició quizá un segundo en preguntarse cuándo el almirante había accedido a aquella invasiva y restrictiva cirugía, así como durante cuánto tiempo había estado confinado aquí, como pieza viviente del navío que comandaba, ligado a su trono como un desastre semihumano de carne, cables y tubos recicladores de fluidos.

Desperdició ese segundo, después, embargado por la curiosidad, malgastó otro en una pregunta.

—¿Por qué te has hecho esto a ti mismo, mortal?

Nunca obtuvo respuesta. La barbilla sin afeitar del almirante tembló cuando trató de hablar.

—Dios Emperador —susurró el hombre.

Talos activó su espada de energía de nuevo mientras hacía un movimiento negativo con la cabeza.

—Vi a vuestro Emperador. Lo hice unas cuantas veces, en la época anterior a que nos traicionara.

La espada se clavó en el pecho del almirante deslizándose con una suavidad enfermiza, centímetro a centímetro. El uniforme blanco de la Flota de Combate Crythe se quemó en la zona donde la hoja cargada de energía de la espada tocaba el tejido. La punta de la espada se hundió en el hueso del trono de mando sobre el que se apoyaba la espalda del humano, como si se tratara de un nuevo vínculo entre el almirante y su puesto de mando.

Los efectos fueron inmediatos. Las luces del puente parpadearon y la nave misma chirrió y giró, atormentada, como una ballena herida en las negras aguas de Nostramo. La muerte del almirante inundó el espíritu máquina de la nave y Talos retiró el arma de un tirón seco. La sangre siseó sobre la hoja de la espada al evaporarse con el calor.

—Y no era ningún dios —le dijo el Amo de la Noche al moribundo—. Quizá no fuese un hombre. —El astartes sonrió—. Pero jamás fue un dios.

El almirante trató de hablar una vez más, las manos temblorosas mientras intentaba alcanzar a Talos. El Amo de la Noche agarró las frágiles manos del agonizante maestre naval y se las dejó cruzadas sobre la herida de espada que tenía en el pecho.

—Jamás fue un dios —repitió Talos, amable—. Conoce la verdad, mientras mueres.

Con el último aliento del almirante, las luces del puente se apagaron para siempre.

● ● ● ● ●

La tripulación del *Espada del Dios Emperador* quizá habría sido capaz de recuperar el control de la nave si no hubiera sido por dos factores del ataque de los Amos de la Noche.

En primer lugar, los equipos de tripulantes y de guardias que llegaron al puente se encontraron con que el timón y todas las consolas de control de la sala estaban inservibles, destrozadas, y mostraban las heridas dentadas que habían dejado las espadas sierra de la Primera Garra. Usando visores de baja luminosidad para ver en la oscuridad, estos presuntos salvadores también encontraron al almirante muerto en su trono de hueso. Su cara mostraba un retorcido rictus que se hallaba en alguna parte entre el dolor, el odio y el miedo.

Puede que las cubiertas de mando hubieran quedado arrasadas más allá de una rápida reparación, pero los suboficiales a bordo del *Espada* simplemente tenían que asegurarse de que el crucero acorazado pudiera retirarse de la batalla, con lo que su blindaje podría protegerlo fácilmente hasta que pudiera impulsarse lejos de la batalla orbital. Los esfuerzos de las dotaciones de tecnoadeptos y oficiales se redoblaron, y se dirigieron a todo correr a las cubiertas del maquinarium, que era donde el segundo factor había sido descubierto.

Talos y la Primera Garra no habían estado solos en el abordaje de la nave.

El segundo impedimento para recuperar cualquier cosa parecida al control de la nave fue que el sector del maquinarium secundario estaba en manos del enemigo. Si bien esta sección de la nave no era, ni de lejos, tan vital para el funcionamiento general como las cubiertas del motor principal, suponía una interrupción importante del flujo energético y de la eficacia propulsora. Los Amos de la Noche no habían atacado las secciones principales ni se habían dedicado a enzarzarse en tiroteos prolongados. Atacaron lo que necesitaban atacar; suficiente como para eliminar al *Espada* del combate con un mínimo de esfuerzo y de tiempo.

Los equipos de guardias irrumpieron en las inmensas cámaras de motores con la intención de expulsar a los invasores, pero la Segunda y Sexta Garras habían salido de sus cápsulas de desembarco disparando con los bólters, y aguantaron aquella posición hasta que recibieron la orden de retirarse. Cuando por fin llegó, los desafiantes soldados imperiales recuperaron las cámaras de maquinarium secundarias, sólo para encontrarse con un regalo de despedida de los Amos de la Noche, quienes habían plantado explosivos en la misma sección de la nave por la que habían irrumpido sus cápsulas tras perforar el casco. Cuando los detonadores activaron las cargas, los explosivos destruyeron una gran sección de la ya debilitada pared del casco, lo que dejó una buena parte de las cubiertas del maquinarium secundario abierta al vacío.

Aquello acabó con cualquier esperanza de la tripulación de utilizar las cubiertas principales del maquinarium situadas en el costado de estribor del crucero acorazado, y también dejó los motores secundarios silenciosos y muertos. Sin capacidad de maniobra, sin cerebro, y sin un corazón que latiera ahora que el puente y el maquinarium estaban inutilizados, el *Espada del Dios Emperador* derivó en el espacio:

una nave desnuda sin sus escudos sufriendo un millón de heridas de las armas de la flota del señor de la guerra.

En el transcurso de media hora, un puñado de astartes había matado a varios cientos de almas imperiales, desbaratado las dos zonas clave del navío y se había retirado tras asegurarse de que no se pudieran hacer reparaciones importantes a tiempo.

A bordo del *Pacto de Sangre*, el Elevado, quien ya esperaba por anticipado las alabanzas que recibiría del señor de la guerra, ordenó al timonel que se aproximase con rapidez a la agonizante nave enemiga y que se preparase para recibir a las cápsulas de abordaje, que volvían a las plataformas de aterrizaje de estribor.

Las pantallas personales montadas en los brazos de su trono de mando desplegaban una serie de datos digitales en un flujo incesante de runas verdes sobre fondo negro.

La Segunda Garra se había retirado y estaba a la espera de que la recogieran.

Lo mismo ocurría con la Sexta Garra.

La Quinta Garra… no respondía. No lo había hecho desde su lanzamiento. El Elevado sospechaba que la cápsula había sido destruida casi tan rápidamente como abandonó el *Pacto*, reducida a pedazos por el abrasador fuego de las baterías del gran crucero. Una lástima, la verdad. Cinco almas perdidas.

Pero la Primera Garra… Su cápsula todavía estaba atrapada. Aquella garra había sido la última en ser lanzada desde el *Pacto* y su cápsula no había impactado tan cerca de sus objetivos como las demás.

—Talos —dijo el Elevado, arrastrando la palabra.

• • • • •

—Esto no está pasando. —Cyrion tuvo que golpear con fuerza la espada sierra contra la pared para liberarla del guardia al que había empalado y que gritaba entre espasmos —. No vamos a llegar a tiempo.

La Primera Garra estaba enzarzada en combates en la miríada de pasillos entre el puente y la cubierta de artillería, donde su cápsula de abordaje había perforado el casco. A su alrededor, la gran nave se estremecía violentamente y se rompía en pedazos. Los amos de la noche no tenían ni idea de qué parte de la nave quedaba intacta todavía, pero a juzgar por los gritos que se sucedían por las transmisiones interferidas del enemigo, no habría nada digno de qué hablar en los próximos y escasos minutos.

Se encontraron con una marea de tripulantes imperiales a su paso, lo que en un principio fue una sorpresa y que rápidamente se convirtió en una molestia. Mientras destripaban a los mortales que corrían hacia ellos en el pasillo de techo bajo, Xarl

había bromeado con que era divertido ver a humanos correr hacia ellos, para variar.

—Hace que la caza sea más fácil —sonrió.

—Si tú lo dices, aunque deberías preguntarte de qué están huyendo si nosotros somos la opción más preferible —le respondió Cyrion.

Xarl alcanzó a una oficial que huía agarrándola de la garganta para pegarle un cabezazo que le hundió la frente y le rompió el cuello. Lanzó el cuerpo a la horda que se acercaba, lo que derribó a varios guardias al suelo para luego ser pisoteados por los astartes que avanzaban. La sangre de la mujer quedó esparcida por toda la parte delantera del casco de Xarl, manchando de oscuro el blanco cráneo de su placa facial pintada.

—Entiendo lo que quieres decir, hermano —le dijo a Cyrion.

Mientras Talos escuchaba los fragmentos de transmisiones enemigas que llegaban a sus oídos, *Aurum* ascendía y descendía con precisión mecánica, casi sin que tuviera que prestar atención a sus movimientos. Se le dibujó una imagen en la mente: la de la sección de nave que tenían por delante y el terrible daño que estaba recibiendo al ser acosada por la flota del señor de la guerra, como una bandada de buitres que se disputara un cadáver fresco.

—Parece ser que las cubiertas de artillería que están entre este lugar y nuestra cápsula están recibiendo lo peor del castigo de nuestra flota —les dijo con tranquilidad.

Su bólter rugió una vez, aunque a una distancia demasiado corta. El proyectil de gran calibre atravesó el pecho de un imperial y salió por su espalda, para detonar contra la pared de atrás.

Aquello hizo reír a Cyrion entre dientes mientras observaba.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Uzas, que ya parecía haber recuperado el juicio, mientras dibujaba mandobles de derecha a izquierda con sus armas—. ¿Podemos cruzar las secciones dañadas?

—No hay gravedad y están incendiadas —respondió Talos—. No, tenemos que regresar al puente. Lo más cerca posible, al menos. Incluso llegar a la cápsula nos llevaría demasiado tiempo. La nave ya está destrozada, y la tripulación corre en desbandada como las hormigas de un nido que ha sido pateado.

—¡Pues entonces lleguemos allí matando!

—Silencio, hermano —le ordenó Talos a Uzas—. El simple número de vidas con las que necesitaríamos terminar es la razón principal por la que eso llevará demasiado. La cubierta de artillería debe de estar hecha pedazos en este momento. Esos mortales vienen de ahí.

—¿Cómo lo sabes?

—Por los uniformes, Xarl —contestó Talos.

Xarl, quien siempre necesitaba ver las cosas por sí mismo, agarró a otro humano que intentaba huir. El uniforme del hombre era igual al de los demás. ¿De qué estaba hablando Talos? Levantó del suelo por el grasiento pelo al hombre, que luchaba por

zafarse, y se acercó la cara del histérico oficial a la placa facial manchada de sangre. A través de los altavoces de la amenazadora rejilla del morro del casco, la voz de Xarl sonó a un volumen demencialmente alto.

—Dime dónde estaba tu puesto. ¿Era en la cubierta de arti…?

El oficial, bastante ensordecido por aquel entonces, empuñó apresuradamente una pistola con una de sus temblorosas manos y le disparó a Xarl a bocajarro en plena cara. El pequeño proyectil rebotó con un sonido breve y vibrante contra la ceramita y empujó la cabeza de Xarl un poco hacia atrás, antes de incrustarse contra la frente del hombre con un crujido húmedo. Xarl echó un vistazo al profundo agujero rojo del cráneo del hombre y soltó el cadáver mientras maldecía en nostramano. Le llegó el sonido de las carcajadas del malnacido de Cyrion por el canal de comunicación.

—Vale —refunfuñó, sin hacer caso de las risas de Cyrion—. ¿Por qué el puente de mando?

—Porque tiene varias cubiertas debajo que no explotarán si una lanza impacta contra ellas —dijo Talos—. Y porque voy a hacer algo de lo que nos podríamos arrepentir.

Una vez dicho eso, le pestañeó a la runa en espiral de su pantalla retinal, el símbolo que representaba al *Pacto*.

• • • • •

El Elevado oyó la voz de su profeta más que las palabras que este pronunció. Talos sonaba tranquilo, pero había un áspero matiz de irritación en el tono del astartes. Estaban aislados de su cápsula, y abrirse paso luchando contra la tripulación aterrorizada evidentemente les llevaría demasiado.

Asintió con su astada cabeza y le confió las órdenes a un servidor que controlaba una de las estaciones artilleras de lanzas.

—Tú. Servidor.

—Sí, mi señor.

—Fija el disparo de una sola lanza en las tres cubiertas que se encuentran por debajo del puente de mando principal de la nave insignia enemiga. Dispara en el ángulo que te voy a transmitir. —Tecleó en una almohadilla montada en el brazo de su trono con su ennegrecida garra—. Deja de disparar exactamente al cabo de un segundo coma cinco.

Sí, eso debería bastar. Penetrar el casco. Cortar profundamente y hacer una incisión en su carne metálica sin causar demasiados daños. Rasgar un trozo de fuselaje y exponer las cubiertas de mando al vacío. Podría funcionar, sí.

Sería una lástima perder al profeta si aquello salía mal.

—Señor —lo llamó uno de los oficiales mortales.

El Elevado se dio cuenta con una simple brizna de interés de que el individuo todavía llevaba su viejo uniforme de la Armada Imperial desde hacía más o menos una década.

—Habla.

—Los servidores del muelle cinco informan de que una Thunderhawk se prepara para despegar. Solicita permiso.

El Elevado hizo un nuevo gesto de asentimiento. Ya se esperaba algo así.

—Déjala partir.

—Los servidores también informan, Elevado, de que los tripulantes no son astartes.

—Te he dicho que los dejes partir —masculló el Elevado con una voz profunda y húmeda y la saliva goteándole de los colmillos.

—Co… como vos digáis, mi señor.

El Elevado se volvió hacia el servidor artillero al que se había dirigido antes.

—Preparado, señor.

—Fuego.

● ● ● ● ●

La nave se estremeció otra vez, con más violencia que nunca.

—Eso estuvo cerca —dijo Xarl.

Los sistemas estabilizadores de su armadura se activaron, pero casi tuvo que agarrarse a la arqueada pared del pasadizo para lograr mantenerse en pie. La Primera Garra se había retirado a las cubiertas de mando, sin buscar ya abrirse paso a tajos entre la tripulación humana que huía en otra dirección. Allí, en la oscuridad de los pasillos que se entrecruzaban bajo las cámaras del puente, los amos de la noche envainaron sus espadas y aseguraron los bólters a sus musleras con los cierres magnéticos. La iluminación de la nave estaba muerta, como legado del fallecimiento del lord almirante, así como de las heridas del espíritu máquina del *Espada*, pero los cuatro pares de lentes carmesíes lo veían todo en aquella oscuridad con claridad cristalina.

A lo lejos, mientras el retumbar de la nave remitía a un temblor de fondo una vez más, los sentidos auditivos de Talos percibieron una leve onda sonora: una serie de golpes sordos metálicos a lo lejos.

—¿Oís eso? —preguntó Xarl.

—Son los mamparos cerrándose —afirmó Cyrion.

—Corred más rápido —ordenó Talos, y la escuadra echó a correr, con las pesadas botas tronando sobre la cubierta de acero—. Corred mucho mucho más rápido.

De forma tenue, en el oído derecho, oyó una voz conocida.

—¿Mi señor?

Los guerreros de los Amos de la Noche corrieron a toda velocidad a través de la oscuridad, giraron varias esquinas y echaron de forma aplastante a un lado a los tripulantes que se obstinaban en permanecer, escondidos y aterrorizados, en los pasillos envueltos en penumbra.

—La escuadra está usando la frecuencia cobalto seis-tres —jadeó Talos por el microrreceptor del casco.

—Cobalto seis-tres. Recibido, mi señor.

—Confirma nuestras runas de posición.

—Las runas de posición aparecen en mis pantallas augurales. La runa de lord Uzas parpadea y es débil. Y… mi señor, la nave se está desintegrando, con un ochenta por ciento de daños en el…

—Ahora no. ¿Ha disparado el *Pacto*?

—Sí, mi señor.

—Lo que yo pensaba. Busquemos la cubierta más cercana a las secciones abiertas al vacío de los niveles de mando.

El silencio se prolongó durante cinco segundos. Seis. Siete. Diez. Talos podía imaginarse a su sirviente escaneando la imagen hololítica del crucero acorazado que se deshacía, observando las runas de posición de la Primera Garra mientras navegaba por los túneles.

Veinte segundos.

Treinta.

Y por fin…

—Mi señor.

La sacudida fue tan violenta que tanto Cyrion como Uzas se cayeron. Talos trastabilló y dejó una muesca en el casco en el punto donde se estampó contra el metal. La nave se estaba desintegrando. Sin duda alguna.

—Deténgase, amo. La pared izquierda; derríbela.

Talos no vaciló. La pared, que parecía ser igual a cualquier otra en su huida rumbo a los oscuros pasadizos de las cubiertas de mando, explotó bajo la ira de cuatro bólters.

Más allá de la pared, sólo durante un instante, brilló el fuego.

Más allá del fuego no había nada excepto la infinita noche del espacio, que absorbió a los cuatro guerreros al vacío con una hambrienta exhalación.

● ● ● ● ●

El dolor lo inundó.

Talos miró hacia abajo… hacia arriba… al planeta que tenía debajo… arriba. Una

lúgubre roca color rojo óxido decorada con los finos hilos de la capa de nubes. Se preguntó cómo sabría su aire.

Las estrellas daban vueltas pasando por delante de su campo de visión y él se quedó mirando, sin ver nada en realidad.

Entonces apareció una catedral que giraba con lentitud; un palacio de vidrieras y de cientos de pináculos en el espinazo del *Espada* envuelto en llamas. Tampoco vio nada de esto.

La oscuridad se apoderó de él durante un momento, lo que fue un alivio que amortiguó el dolor. Cuando este pasó, la boca le sabía a sangre y le cegaban las brillantes runas de alarma que parpadeaban por todo su visor. Intentó comunicarse con Cyrion, con Xarl, con Septimus… Pero no recordaba cómo hacerlo.

El dolor, como la luz de un sol naciente, floreció dentro de su cráneo otra vez. Unas voces le hablaban al oído.

«Armadura: sellada al vacío», decía una de las runas. Talos intentó moverse, pero no estaba seguro de que pudiera hacerlo. No había resistencia a sus movimientos, ni tracción a nada que hiciese, hasta el punto de que no estaba seguro de que ni siquiera se estuviera moviendo.

Su visión giró de nuevo y le reveló puntitos estelares y fragmentos de metal que rotaban con parsimonia en las inmediaciones. Le costaba ver con claridad, y eso le preocupaba más que cualquier otra cosa. Una de sus lentes estaba más oscura de lo que debería, borrosa y casi negra, mostrando unas tenues y pálidas runas. Sangre, se percató. La sangre le tapaba una de las lentes del casco.

Una de las voces empezó a acercarse a algo parecido a la claridad. Era Xarl, y Xarl maldecía. Obviamente maldecía sobre algo relacionado con la sangre.

La visión de Talos giró, y entonces lo vio suspendido en mitad de la nada, a la deriva en la oscuridad; las calaveras encadenadas de su hermano flotaban alrededor de su armadura como una docena de lunas que orbitaran a su alrededor. Sintió un trueno, un profundo temblor, cuando la mano que le acercó Xarl se estampó contra su pecho.

—Lo tengo —gruñó este—. De prisa, esclavo. Tengo la pierna partida por completo y estoy sangrando dentro de la armadura.

La voz de Septimus apareció de la confusa oscuridad.

—Estoy llegando.

—¿Tienes a los otros?

—Sí, señor.

—Confírmame que tienes a Uzas.

—Sí, señor.

—Ah. —La voz de Xarl se apagó—. Qué pena.

Talos, a quien en ese momento lo cegaba la sangre que corría por sus lentes, agarró la muñeca de Xarl mientras su hermano lo sujetaba. Sintió como sus sentidos se enfocaban de nuevo, y aunque no era capaz de ver, el silencio sobrenatural y la falta

de peso le dijeron todo lo que necesitaba saber. Estaba en el espacio, sin propulsión de ningún tipo, girando en la oscuridad sin ningún control.

—Esta ha sido la idea más estúpida que jamás he tenido —dijo con los dientes apretados.

—Me alegro de que sigas vivo —se rio Xarl, con su dura y áspera voz—. Deberías haber visto cómo te golpeaste la cabeza al salir.

—Ahora puedo sentirlo.

—Genial. Te lo mereces. Ahora cállate y reza para que ese condenado canijo en quien confías tanto no estrelle esta maldita Thunderhawk.



SECUELAS

Si todavía queda algo de nobleza en la legión de Konrad, entonces se halla profundamente enterrada bajo demasiadas capas de ansias retorcidas, perversiones y desobediencia. Sus métodos son estúpidos, irreflexivos y un estorbo para el flujo organizado de la guerra controlada. Pronto los Amos de la Noche deberán responder por su conducta y ser reeducados en el modo imperial de hacer la guerra, no sea que sus perversos apetitos los pierdan.

El primarca Rogal Dorn,
Comentario grabado en la batalla de Galvion, en M31

Diez minutos después de que la Primera Garra destruyese la pared que los separaba del vacío del espacio, sus cuatro integrantes se hallaban en el estrategium del *Pacto de Sangre*, desplegados en una media luna alrededor de la base del trono del Elevado. Dos de los Atramentar, Malek y Garadon una vez más, como pudo darse cuenta Talos, flanqueaban al antiguo capitán con las armas desactivadas, aunque preparadas.

El Elevado prestaba poca atención a los aspectos mundanos de la guerra orbital en ese momento. Su bella danza en el vacío había terminado y lo único que hacía era esperar recibir los galardones por su osadía. Por el momento, el Elevado se conformaba con dejar que sus suboficiales dirigiesen la nave hasta las formaciones de la batalla principal y que añadiesen las formidables armas del crucero de ataque a la contienda.

La Flota de Combate Crythe estaba acabada. Tanto el *Decidido* como el *Espada del Dios Emperador* estaban condenados a convertirse en unos simples despojos chamuscados que acabarían orbitando alrededor de Solace, mientras que las naves más pequeñas estaban siendo atacadas y machacadas de manera salvaje por la aplastante potencia de fuego de la flota del señor de la guerra.

La cubierta se estremeció al mismo tiempo que el Elevado hacía un gesto en señal de reconocimiento a los cuatro guerreros de la Primera Garra que estaban a sus pies.

—Bien hecho —declaró la criatura.

Talos no llevaba el casco. Este se había abollado cuando escaparon del *Espada* en llamas, pues el tirón del vacío había hecho que se golpeara la cabeza con una fuerza tremenda contra la pared rota cuando el espacio le absorbió. Xarl cojeaba sobre la pierna derecha, que casi había perdido en el mismo momento en que Talos había evitado por poco ser decapitado, e incluso su mejorada fisiología de astartes trabajaba a marchas forzadas para soldar los huesos, que casi habían sido reducidos a gravilla. Cyrion y Uzas estaban físicamente ilesos, pero los órganos internos de Cyrion aún estaban trabajando frenéticamente debido al breve tiempo pasado en el vacío. Un disparo afortunado de escopeta había debilitado la protección de su armadura al dañarle la placa pectoral, por lo que había tenido que aguantar la respiración durante varios minutos una vez que su armadura hubo soltado todo el aire presurizado al espacio. Uzas, cuya racha de suerte había sido rápidamente objeto de las maldiciones por parte de los demás, estaba totalmente ileso.

—Estás loco, Vandred. —Talos le habló al trono de mando sobre el estrado elevado. Su cabeza afeitada era todo un espectáculo de cortes y de estelas de sangre de la herida en la coronilla.

Inmediatamente, la atmósfera se agrió. Ambos Atramentar alzaron las armas: Malek hundió los hombros de su brutal coraza de exterminador y unas anchas garras surgieron crepitantes de energía del interior de los guanteletes sobredimensionados de la armadura. El martillo de Garadon emitió un zumbido mientras acumulaba energía al activarse.

Si hubiera seguido siendo humano, Talos podría haber sido guapo.

Con sus rasgos modificados de astartes, estaba más allá de los estándares de la humanidad clásica, pero todavía había algo perceptiblemente imponente e inspirador en su mirada. Sus ojos negros, glaciales, miraron al Elevado. Ellos no podía siquiera imaginar cuánto se parecía en ese momento a una estatua de mármol de las eras paganas de la Vieja Tierra.

—¿Qué has dicho, profeta mío? —preguntó el Elevado, con un ronroneo que podría asemejarse al de un león ansioso por atacar.

—Tú —Talos señaló con *Aurum* a la monstruosa figura—, tú estás loco.

La nave se estremeció bajo los disparos de las armas imperiales. Nadie prestó atención, a excepción de la tripulación mortal de los puestos de control que circundaban el puente.

El Elevado se relamió los colmillos.

—¿Y con qué alarde de imaginación has llegado a tal conclusión, Talos?

—Los riesgos que corriste no eran necesarios. He oído lo de la Quinta Garra.

—Sí, una pena.

—¿Una pena? —exclamó Talos al mismo tiempo que casi empuñaba el bólter.

Su vacilación fue más que evidente en su lenguaje corporal, por lo que Malek, de los Atramentar, avanzó un paso. Tanto Cyrion como Xarl alzaron los bólters y apuntaron a los guardias de élite que se encontraban a ambos lados del trono. Uzas no hizo nada, aunque todos pudieron oírle soltar una risita por los altavoces de la armadura.

—Sí —dijo el Elevado, en absoluto impresionado por el amago de enfrentamiento —. Una pena.

—Hemos perdido a cinco astartes en una sola operación. Por primera vez desde hace milenios, la Décima Compañía está por debajo de la mitad de sus efectivos. Nunca habíamos sido tan débiles.

—La Décima Compañía… —El Elevado, arrogante y condescendiente, esbozó una sonrisa torcida—. La Décima Compañía no existe desde hace milenios. Somos la partida de guerra del Elevado. Y esta noche hemos ganado mucho honor a ojos del señor de la guerra.

Aquel enfrentamiento no iba a cambiar nada. Talos bajó la espada y dejó que la ira que lo embargaba saliese fluyendo de su interior como la corrupción de un grano que ha sido reventado. Enterró las ansias de manchar su espada con los fluidos vitales del Elevado. Al sentir aquel cambio de actitud, Cyrion y Xarl bajaron los bólters. El campeón Malek, de los Atramentar, retrocedió un paso hasta su posición, mirando impasible desde su casco con colmillos.

—La Quinta Garra ya no existe —dijo Talos, más calmado—. Necesitamos llevar a cabo un reclutamiento de inmediato. No podremos combatir durante mucho más tiempo con apenas cuarenta astartes.

Dejó que aquellas incómodas palabras flotaran en el aire. Cada uno de ellos sabía las décadas de atención y esfuerzo que requeriría el reclutamiento. Para obtener efectivos que combatiesen en la compañía se necesitaría una gran cantidad de logística y maestría para forjar genéticamente nuevos astartes a partir de unos infantes preadolescentes. El *Pacto de Sangre* carecía de casi todo aquello que hacía falta, lo cual era el motivo por el que no se había reclutado a nadie desde la Gran Traición. Lo que quedaba de la Décima Compañía había estado luchando con los mismos guerreros desde la Herejía de Horus.

—Los cambios son inevitables; el Tejedor de Destinos está con nosotros y conoce la verdad acerca de esto —gruñó guturalmente el Elevado. Ante tales palabras, los pesados cascos de los Atramentar asintieron en señal de respeto. Uzas produjo un sonido monosilábico que bien podría haber sido de respeto o de placer. Talos sintió que se le erizaba la piel y que se le entrecerraban los ojos.

—¿Quiénes somos nosotros para tener que responder a las exigencias de los Poderes Siniestros? Somos los Amos de la Noche, los hijos del octavo primarca. Somos nuestros propios dueños.

—El Tejedor de Destinos no exige nada —respondió el Elevado—. Tú no lo entiendes.

—No tengo deseos de entender a las entidades de las que eres esclavo.

El Elevado sonrió, de forma patentemente falsa, e hizo un ademán con una garra blindada.

—Estoy cansado de recordártelo, Talos: lo tengo bajo control. Ahora márchate antes de que la Primera Garra se una a la Quinta en dejar de existir.

Talos negó con la cabeza ante aquella amenaza, y le devolvió la sonrisa antes de abandonar el estrategium con paso airado.

Una vez salieron del puente, Cyrion se comunicó con Talos por el enlace.

—Está peor que antes.

—Como si eso fuera posible.

—No, hermano. Su miedo. Puedo sentir cómo le bulle debajo de la piel. Está perdiendo la lucha contra el demonio con el que compite por la posesión de su cuerpo.

• • • • •

Septimus y Eurydice todavía estaban en el muelle de carga del hangar.

La Thunderhawk *Negrura* estaba posada en su plataforma de aterrizaje y liberaba de vez en cuando unas volutas de aire presurizado a medida que la cañonera, similar a un ave de presa, se enfriaba. Los propulsores de popa de la nave de ataque transportadora de tropas concordaban con el nombre de la cañonera, pues tenía los tubos de escape del motor requemados a causa de décadas de vuelo orbital y suborbital. Septimus era diligente en asegurarse de que la *Negrura* siguiera en tan buenas condiciones como se esperaba de ella, pero era ante todo un artificiero, no un tecnosacerdote. Sus habilidades consistían en arreglar y mantener las armas de su amo, no en hacer que una antigua cañonera siguiera volando.

Eurydice observaba al esclavo sentado en la cubierta de la plataforma de aterrizaje a la sombra de la Thunderhawk mientras hacía dar vueltas en las manos el casco con semblante de cráneo de su amo.

—Esto no va a ser fácil —se dijo a sí mismo.

Era un milagro que el casco no se hubiese hecho pedazos: estaba tremendamente abollado en su lado izquierdo, donde la cabeza de Talos había chocado con el borde de la pared derribada cuando el vacío arrastró a la Primera Garra al espacio. Eurydice no decía nada. Todavía estaba nerviosa y repasaba mentalmente una y otra vez la hora

anterior. Poner en marcha una Thunderhawk… Llevarla en medio de una batalla orbital… Por el Trono, este lugar era de locos.

Septimus alzó la vista hacia ella, con los ojos color jade entrecerrados. Eurydice se preguntó si sus pensamientos concordaban con los suyos. Al parecer, así era.

—No siempre es así de malo —dijo sin sonreír.

Eurydice gruñó lo que podría haber sido una concesión.

—¿Alguna vez es peor?

—Con frecuencia —asintió Septimus—. Si crees que los astartes son malos, espérate a que vayamos a las cubiertas de la tripulación.

Ella no contestó. Sencillamente, no quería saberlo.

Septimus levantó el enorme casco de dimensiones sobrehumanas de nuevo.

—Debería empezar con esto en seguida.

Pero no se movió. Vacilaba, y ella sabía el motivo. Por fin, Eurydice saltó:

—No se te permite dejarme sola.

—La única forma de que puedas alejarte de mi presencia es que uno de los dos muera.

A Eurydice le dolieron la frente y el tercer ojo, que tenía cubierto de modo permanente, con una súbita ferocidad. Sentía como si su visión bruja quisiese mirar a través del acero y matar a aquel estúpido y arrogante esclavo que tenía delante.

—Odio esto —dijo, antes de darse cuenta siquiera de que iba a hablar.

—Todos odiamos esto —asintió Septimus otra vez, hablando despacio, y no sólo debido a su mal gótico; hablaba como si le dijese una obviedad a un niño—. Todos, en mayor o menor medida, odiamos esto. No somos nada para ellos. Son semidioses.

—No hay más dioses que el Emperador —dijo Eurydice, despectiva.

Septimus se rio al oírle decir aquello, y esa blasfemia irreverente la crispó.

—Eres un hereje —dijo las palabras con suavidad pero con un tono de voz desagradable.

—Lo mismo que tú ahora. ¿Te crees que las fuerzas del Trono te darán la bienvenida después de que hayas pasado cierto tiempo, por muy breve que este sea, a bordo de un navío astartes traidor? —Su humor se desvaneció—. Abre bien los ojos, navegante. Estás tan condenada como el resto de nosotros, y esta nave —en ese momento hizo un ademán hacia la penumbra del muelle de lanzamiento que los rodeaba—, es ahora tu hogar.

Ella tomó aliento para rebatirlo y Septimus alzó una mano, interrumpiéndola.

—Ya basta de discutir. Escúchame con atención.

Septimus dejó descansar en el regazo el casco con aspecto de calavera mientras se rascaba la nuca.

—Esta es la Décima Compañía de la VIII Legión. Hace miles de años, todos los guerreros tenían sirvientes y servidores suficientes como para que el hecho de que yo pilotase una vieja Thunderhawk por el espacio constituyese una falta merecedora de un solo castigo: la muerte. Carecen de recursos, incluyendo almas para que les sirvan.

—Un destino más que adecuado —le contestó Eurydice con una sonrisa helada—. Son unos traidores.

—Te crees que con esa sonrisa vas a disimular el miedo que sientes. —La miró a los ojos durante un largo instante—. No engañas a nadie. A mí no; y lo cierto es que a ellos tampoco.

La sonrisa abandonó el rostro de Eurydice con la misma rapidez con que había aparecido.

Septimus siguió hablando.

—No te niego que sean herejes, pero deja que te lo plantee de otra forma. ¿Alguna vez has oído hablar de Lok III?

Eurydice se acercó de forma reticente a Septimus, quien se hallaba sentado en la rampa de desembarco de la Thunderhawk, en mitad de la penumbra del espacioso muelle del hangar. Otras Thunderhawk permanecían silenciosas e inertes por toda la superficie de aquella cavernosa área, sin que nadie las hubiera tocado desde hacía años. Décadas, quizá. Había camiones de transporte y cargadores de munición igualmente carentes de toda actividad. A unos cincuenta metros de ellos, un servidor solitario yacía flácido e inerte de espaldas sobre el suelo, con el color gris de su piel aún más gris por la pátina de polvo que lo cubría. Parecía que se había quedado sin energía y que se había desplomado, abandonado allí para que se pudriese en presencia de aquellas venerables máquinas de guerra. Eurydice no fue capaz de apartar la vista del cadáver. Tenía la piel ajada y pegada a los huesos, casi momificada, aunque su descomposición se veía probablemente retrasada por las partes mecánicas que mantenían a raya la podredumbre de las secciones orgánicas que quedaban.

Eurydice se estremeció. Era demasiado fácil percatarse de que aquella nave era una imagen hueca de sí misma.

—No —dijo por fin, y se sintió cómoda de un modo siniestro con el calor corporal de Septimus al sentarse a su lado. El *Pacto* era tan frío…—. Nunca he oído hablar de Lok III.

—Tampoco hay mucho que oír —admitió él, y luego se calló, pensativo.

—No he visto demasiado de la galaxia —dijo ella—. Syne procuraba que nuestras prospecciones se sucediesen en un puñado de sectores para ahorrar costes de viaje. Además, yo…

—¿Tú qué?

—Mi familia, la Casa Mervallion, está en el escalafón más bajo de la Navis Nobilite. Creo que Syne se preocupaba de no exigirme demasiado. Preocupado de que su navegante fuera de… mala calidad.

Septimus asintió, con un aire comprensivo en la mirada que no gustó a Eurydice. Esperó a que él comentara la confesión que acababa de realizarle, pero Septimus sencillamente retomó la conversación anterior.

—Lok III está a gran distancia, cerca de la región del espacio conocida en los anales imperiales como el Sector Scarus.

—A mitad de galaxia de distancia.

—Sí. Yo nací ahí. No era un mundo forja, pero se le acercaba. Las industrias cubrían el planeta y yo trabajaba de piloto transportista, llevando cargamento desde las dársenas orbitales al manufactorum que me había contratado, y viceversa.

—Que… bien.

—No, era indescriptiblemente aburrido. Lo que trato de decirte debería resultarte obvio. Sí, se me considera un hereje debido a mi lealtad. Sí, estoy esclavizado a trabajar para traidores que combaten contra el Trono de Terra. Y sí, hay oscuridad dentro de esta nave que tiene hambre de nuestra sangre. Pero veo las cosas de forma realista. Lo que tengo ahora es mejor que morir. Y una vez que aprendas a caminar por las zonas oscuras que hay aquí… será casi seguro. Es prácticamente como una vida de verdad. Yo tenía una vida repetitiva; otro pequeño engranaje más de una inmensa y aburrida existencia. Pero ¿esto?, esto es diferente. Todas las semanas pasa algo nuevo, algo increíble, algo que me quita el aliento. Rara vez en el buen sentido, debo admitir.

Ella lo miró, y se dio cuenta de que Septimus le hablaba completamente en serio.

—Hablas en serio —comentó, a falta de otra cosa que decir.

—Pues sí. Al ser artificiero y piloto, se me concede una gran libertad en la nave. Me valoran bien.

—Un esclavo valioso.

Él entrecerró los ojos mientras la miraba fijamente.

—Trato de mantenerte con vida. Si no te adaptas a esta existencia, tu vida tocará a su fin. Es así de sencillo.

Tras una larga pausa, Eurydice le preguntó algo más:

—¿Eres feliz?

—Sospecho que crees que ese es un comentario muy profundo y trascendental. —Septimus hizo de nuevo un gesto señalando el muelle del hangar—. Pues claro que no soy feliz. Soy el esclavo de unos semidioses herejes y vivo en una nave tocada de una oscuridad indescriptible. La tripulación mortal vive temerosa de las cosas que acechan en las cubiertas en tinieblas de la nave, y dichas cosas no son siempre los astartes.

Septimus soltó una risita tras decir esas palabras; aquel sonido era débil y carecía por completo de cualquier nota de alegría. El casco con semblante de cráneo que sostenía con las dos manos les sonreía a ambos.

—Y entonces, ¿cómo te atraparon? —preguntó Eurydice.

Septimus no apartó la vista del casco.

—Atacaron Lok III. En principio me cogieron para servirles como piloto, y la hip… hipno…

—¿Hipnosis?

—Hipnosis. Sí. —Septimus pronunció la palabra unas pocas veces más, como si la paladease—. No estoy seguro de si es que me había olvidado de esa palabra o si es que simplemente no la conocía. Como te dije, el gótico nunca ha sido mi lengua materna.

»El proceso fue una agonía. Ellos enseñan a través de programas de condicionamiento y de implantación mediante hipnosis que graban a fuego la información en la mente de forma directa. Por eso sé pilotar una Thunderhawk; aunque, incluso tras una década, no lo hago con la pericia de un verdadero piloto astartes.

Ella escudriñó el muelle del hangar otra vez, imaginándose el aspecto que habría tenido durante la época en la que había funcionado a pleno rendimiento: una colmena bulliciosa llena de actividad, de tripulantes que corrían de aquí para allá, de servidores y cargadores de munición que traqueteaban y zumbaban sobre el suelo marcado con runas, y sacudida por el aullido de las turbinas mientras las cañoneras rugían momentos antes de despegar.

Debió de haber sido algo impresionante. Aunque odió admitirlo, aquello estaba mucho más cerca de lo que ella habría querido para sí misma: guiar a los navíos de los astartes por las estrellas.

—Ahora te tiene reparando su armadura —comentó ella, mirándolo fijamente—. ¿Es eso un descenso de categoría?

—Técnicamente, un ascenso. Los artificieros son los sirvientes más respetados de la armería de una legión.

Eurydice se rio; el sonido resonó extraño y reverberante en el vacío muelle del hangar.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó Septimus.

—No es que te hagas respetar, precisamente.

—Lo dices únicamente porque no lo has visto todo, Octavia —le replico él con una sonrisa.

—¿Por qué me llamas así?

—Porque yo soy el séptimo de los sirvientes de mi señor. Y tú eres la octava.

—Eso es bastante improbable.

—Tu tono desafiante desaparece. Te lo noto en la voz.

—Te lo estás imaginando.

—Pues qué pena. —Septimus se puso de pie, con el casco abollado en las manos —. Porque si es así, vas a morir muy pronto.

• • • • •

Mientras Talos se encaraba al Elevado y Septimus hablaba con Eurydice, los últimos vestigios de la batalla orbital se sucedían hasta su inevitable conclusión. La Flota de Combate Crythe estaba aniquilada, así que los pocos navíos supervivientes que pudieron huir a la disformidad ya no son relevantes en este relato, aunque muchos realizaron actos notables en otros combates que libraron cuando se unieron a otras

armadas del sector.

Lo siguiente que llegó fue la fase de consolidación.

Las fuerzas del señor de la guerra habían destruido por completo la presencia naval imperial de la zona, y su flota orbitaba en las posiciones atmosféricas asignadas sobre el mundo penal, Solace. Las insignias que lucían las naves de esta flota eran dispares. La estrecha pupila del Ojo de Horus marcaba a un total de siete navíos de la Legión Negra, una porción enorme de su poderosa flota, mientras que la calavera con colmillos de los Amos de la Noche estaba patente tanto en el *Pacto de Sangre* como en su nave hermana, la *Premonición del Cazador*, de tamaño mucho mayor y que ya se encontraba entre las demás naves de la armada. El grueso de la flota lo formaban transportes de carga que llevaban a las legiones de los perdidos y los condenados: los destacamentos de la Guardia Imperial y de las Fuerzas de Defensa Planetaria que habían renegado de su lealtad al Emperador y habían jurado fidelidad a la causa del señor de la guerra a lo largo de las campañas más recientes. En total, el señor de la guerra acudió a Crythe con la capacidad de desatar la furia de alrededor de unos dos mil astartes traidores y más de un millón de soldados humanos. El puesto de honor dentro de la flota se concedió a los inmensos armatostes pertenecientes a la Legio Titanicus de los Saqueadores Glaciales, antaño del Mechanicum de Marte. Una legión de titanes completa a disposición del señor de la guerra que contaba con casi una docena de dioses máquina de varias clases.

Rara vez se había visto una flota semejante del Caos salvo en aquellas cruzadas sagradas que el señor de la guerra desencadenaba contra los mundos leales al Emperador, y la noticia de aquella congregación de elementos del Archienemigo se extendió por todos los planetas imperiales cercanos, lo que provocó rumores temerosos sobre una nueva Cruzada Negra en nombre del Saqueador.

Con Solace tomado y la flota aniquilada, la guerra por el Racimo Crythe no había hecho más que comenzar. Los escáneres de largo alcance contaban un lúgubre relato, enervante incluso para los capitanes de su letal armada. El mundo forja, Crythe Prime, seguía rodeado por una amplia flota que respondía al Adeptus Mechanicum, el cual había rehusado de un modo firme responder a las llamadas de auxilio de la Flota de Combate Crythe. Curiosamente, el navío *Ruptura*, de los Marines Errantes, se había retirado a Crythe Prime para aliarse con el Mechanicum en vez de luchar y morir con la flota imperial.

El tiempo era vital, y eso era algo que todos los oficiales de la flota del señor de la guerra sabían muy bien. El Imperio de la Humanidad iba a responder a aquel ataque con toda la furia posible, y además de los refuerzos navales, ya se habrían puesto en camino los grupos de combate de la Guardia Imperial y de los astartes tan pronto como la sitiada Flota de Combate Crythe envió las primeras llamadas astropáticas de auxilio.

El *Pacto de Sangre* se acercó a su nave hermana, la poderosa barcaza de combate *Premonición del Cazador*. La nave de mayor tamaño había sido uno de los buques

insignia de la legión antes de que los Amos de la Noche se disolvieran con el paso de los siglos, y constituía una imagen impresionante para aquellos que no hubieran contemplado una muestra de la fuerza de su legión desde hacía varios años. Incluso el Elevado, aunque él detestara admitirlo, se sentía cautivado por la imagen del poderoso y principesco navío; una lanza de color azul medianoche ribeteada de oro y bronce.

El Elevado la deseaba. Deseaba estar al mando de esa nave, y todo el mundo de la cubierta vio arder esa ansia en sus ojos de obsidiana.

La destrucción de la Flota de Combate Crythe no era la única razón por la que el señor de la guerra había ordenado que Solace fuera tomado en primer lugar. Tan importante como la muerte de los defensores orbitales era la preservación de la población en su superficie. Si el lord almirante Valiance Arventaur hubiera estado más familiarizado con los motivos y métodos del Archienemigo, en vez de haberse pasado la mayoría de su carrera combatiendo contra piratas eldars, habría apuntado con todas las armas de su amado *Espada del Dios Emperador* al mismo Solace, para de ese modo destruir todos los centros poblados del mundo penal y negarle así al señor de la guerra el botín que buscaba. Sin duda alguna, eso habría hecho mucho más por salvar el Racimo Crythe.

Pero, por supuesto, el almirante no hizo nada parecido. Lo que hizo fue morir con una espada en el corazón a la vez que le susurraba maldiciones incoherentes a su asesino.

La flota del Caos orbitaba en el espacio alrededor de un mundo con casi un millón de prisioneros: violadores, asesinos, herejes, ladrones, mutantes y criminales de mil tipos diferentes; todos ellos retenidos en horribles condiciones y rechazados por un Imperio que los había despreciado debido a sus perversiones.

Al cabo de una hora, mientras los cascos de la Flota de Combate Crythe se convertían en simples pedazos de chatarra ardientes en mitad del espacio, las naves de transporte de tropas del señor de la guerra comenzaron a aterrizar. En la superficie, cientos de miles de nuevos guerreros en potencia observaban arder los cielos, pues alzaban la vista desde las ventanas de sus celdas al tiempo que el rescate y la libertad acudían a sacarlos de allí.



LA SUPERFICIE DE SOLACE

Talos. El profeta de los Amos de la Noche. Traédmelo.

Abaddon *el Saqueador*,
Comandante de la Legión Negra,
señor de la guerra del Caos

Talos y Xarl entrechocaron las espadas.

La actividad en la cámara de entrenamiento era, como la mayoría de lo que ocurría en el interior del *Pacto*, una simple sombra de su antiguo ser. Los dos astartes se batían en duelo singular en el centro de la estancia, que tenía una forma escalonada de un modo muy similar a un anfiteatro donde se libraran luchas de gladiadores. La espada de energía desactivada de Talos chocaba con la apagada hoja sierra de Xarl. Para respetar al espíritu máquina de las armas, los hermanos se entrenaban con sus propias armas en lugar de con espadas de práctica, aunque las mantenían desactivadas.

La espada sierra de Xarl era una de las armas reglamentarias de los astartes, un artefacto increíblemente duro y resistente, con unos dientes aserrados de aspecto terrible afilados a nivel monomolecular. Sin embargo, *Aurum*, la espada que Talos le había arrebatado a un capitán de los Ángeles Sangrientos al que él mismo había matado, era una reliquia de un poder increíble. Una espada de energía normal partiría en dos incluso una honorabie espada como la *Verdugo* de Xarl, y además, *Aurum* era algo más parecido a un objeto arcano que a un arma. Se batían en duelo sin el crepitante fuego azul de la espada de energía ni el rugiente lamento de la espada sierra.

En cierto modo, eso era peor. Sus movimientos desprendían el tufo inconfundible

de un entrenamiento en vez de un combate de verdad. A Talos siempre le incomodaba el relativo silencio del combate de prácticas como algo desquiciante y poco satisfactorio, y era en ese tipo de ocasiones en las que más meditaba sobre cómo lo habían forjado genéticamente y lo habían entrenado para actuar en el campo de batalla. Alguien como él era más un arma que un hombre; esto nunca había sido más obvio que en sus momentos de desasosiego.

Para un simple mortal, aquello se habría considerado como un duelo entre dioses. Los filos cortaban el aire con más rapidez de la que un ojo humano normal podría verlos. Se trataba de un choque tras otro que acababa convirtiéndose en una tormenta de velocidad y fuerza imparables. Si en ese momento algún astartes hubiera estado observando el combate, lo podría haber visto con una claridad más profunda. Era evidente que ambos guerreros estaban completamente distraídos, con los pensamientos puestos en otra parte, algo que resultaba más que obvio en cada duda e ínfimo parpadeo.

Las bancadas de tamaño humano que estaban dispuestas a su alrededor en el interior de la arena habían acogido en el pasado a un pequeño ejército de servidores de combate, construidos para servir como entrenamiento y destinados a perfeccionar destruidos bajo las hojas de los astartes que acudían a aquel lugar para afinar sus técnicas de combate. Aquellos días habían pasado hacía ya mucho tiempo. Los pasillos por donde los servidores habían caminado de forma torpe tras salir de las diversas cámaras de almacenamiento de los compartimentos de ingeniería se encontraban en silencio y a oscuras. Aquello era otro recordatorio de una época que se había ido para siempre.

Talos sintió que la ira aumentaba al mismo tiempo que se inclinaba hacia atrás y desviaba un tajo dirigido a su garganta. La melancolía no era algo que le sentase bien. Se trataba de algo ajeno a sus pensamientos normales y, sin embargo, últimamente en su vida parecía casi como si estuviera allí desde siempre.

Aquello era algo que lo enfurecía. Tenía la sensación de que se trataba de un punto vulnerable en sus defensas, de una herida que no iba a sanar.

Xarl notó la frustración en los golpes de su hermano, y cuando sus desactivadas espadas se cruzaron de nuevo, se inclinó más cerca de él. Sus caras, ya de por sí muy semejantes debido a las mejoras genéticas que habían modificado sus cuerpos, se miraron con la misma rabia. Las amargas miradas de sus ojos oscuros se enfrentaron de forma tan evidente como las espadas que empuñaban.

—Estás perdiendo los nervios —le gruñó a Talos.

—Me molesta tener que moderarme contigo a causa de tu pierna —masculló Talos, señalando con la cabeza de un modo casi imperceptible el miembro en proceso de curación de Xarl.

Por toda respuesta, Xarl empujó a su hermano con una carcajada, destrabándose con una elegancia sorprendente para alguien que había confiado con tanta frecuencia en la furia para ganar sus combates.

—Ven a por mí —le dijo mientras sonreía en la oscuridad.

Como todas las áreas del *Pacto de Sangre* a las que únicamente los astartes tenían acceso, las cámaras de entrenamiento estaban totalmente sumidas en la negrura. No era ningún problema para los ojos oscuros de los nacidos en Nostramo, pero en otras épocas, los servidores de combate habían necesitado llevar equipos de visión nocturna y sensores aurales mejorados para que los ayudasen en la detección de movimientos.

Talos avanzó una vez más con la guardia alta mientras ejecutaba una serie de impecables tajos a dos manos desde su izquierda, con la intención de forzar a Xarl a apoyarse más y más en su pierna derecha. Oyó los gruñidos de dolor de su hermano mientras este se esforzaba por defenderse.

—Sigue así —dijo Xarl, quien ni siquiera jadeaba a pesar de que llevaban entrenándose a un ritmo inhumano desde hacía ya casi una hora—. Tengo que acostumbrarme otra vez a apoyar el peso en esta pierna.

En vez de continuar con el ataque. Talos se detuvo.

—Espera —le dijo al mismo tiempo que alzaba una mano.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Xarl a la vez que bajaba a *Verdugo*. Miró a su alrededor, por toda la silenciosa y oscura zona de entrenamiento, sin ver nada más que las filas de asientos vacíos, sin oír nada más que el suave ronquido de los motores orbitales de la nave, sin oler nada a excepción del sudor de sus cuerpos vestidos con túnicas y el débil aroma de siglos de aceite para lubricar armas—. No siento a nadie en las proximidades.

—Vi cómo Uzas mataba a Cyrion —dijo Talos, sin añadir nada más.

Xarl se echó a reír.

—Bueno. Eso está bien. ¿Vamos a luchar, o no? —En un momento de preocupación muy poco característico en él, Xarl ladeó la cabeza para dirigirse a su hermano—. ¿No te has curado de la herida de la cabeza? Creía que ya estabas bien.

—No estoy bromeando.

En la oscuridad, atravesada con facilidad por la visión de alguien que había nacido en un mundo sin sol, Xarl vio que los negros ojos de su hermano se dirigían a él sin rastro alguno de humor.

—¿Me hablas de tus visiones?

—Sabes muy bien que sí.

—Pues lo viste mal, Talos —replicó Xarl, quien lanzó un salivazo al suelo—. Es fácil odiar a Cyrion. Está corrupto de la peor de las maneras. Pero ni siquiera un estúpido rabioso como Uzas lo mataría.

—Cyrion es leal al Acechante Nocturno —dijo Talos.

Xarl soltó un bufido de desprecio.

—Ya hemos tenido antes esta discusión. Es un astartes que conoce el miedo. Eso es tan corrupto como cabe imaginarse en uno de los nuestros.

—El comprende el miedo.

—¿Sigue oyendo al demonio que lucha dentro del Elevado?

Talos dejó que el silencio respondiera por él.

—¿Lo ves? —insistió Xarl con un gesto de asentimiento—. Cyrion es capaz de sentir el miedo. Eso es algo antinatural. Está corrupto.

—Él percibe el miedo. No lo siente en su fuero interno.

Xarl bajó la vista hacia su espada sierra, que se mantenía en silencio al estar desactivada.

—Todo eso no es más que retórica. Los Poderes Siniestros lo han corrompido, lo mismo que han hecho sin duda con Uzas. Pero todavía son hermanos, y confío en ellos… de momento.

—¿Que confías en Uzas? —exclamó Talos a la vez que inclinaba la cabeza hacia un lado en un gesto de curiosidad.

—Somos la Primera Garra —le respondió Xarl, como si eso lo justificara todo—. Al menos, la corrupción de Uzas es bien visible. Cyrion es el peligroso para nosotros, hermano.

—He hablado con Cyrion sobre este tema en muchas ocasiones, y te digo que estás equivocado —le advirtió Talos.

—Ya veremos. Cuéntame tu visión.

Talos le describió otra vez la imagen de Uzas, hacha en mano, mientras avanzaba sobre los montones de escombros de un edificio demolido para luego abalanzarse sobre Cyrion mientras este yacía inerte. Se lo explicó a Xarl en ese momento, tan fielmente como pudo, sin omitir nada. Le habló de las atronadoras sirenas de guerra de los titanes por encima de ellos y de la polvorienta roca gris de los edificios caídos, todavía rojos como el magma allí donde las armas de los imponentes dioses máquina habían abrasado la roca. Le describió cómo descendía el hacha, la forma en la que se enganchó a la articulación del cuello de Cyrion y la sangre que brotó momentos después.

—Eso sí que suena a algo propio de Uzas —admitió Xarl por fin—. Un asesinato cruel y perfectamente llevado a cabo contra una presa sin defensa alguna. Ya no estoy tan seguro de que esta sea una de tus bromas tontas.

—Uzas detesta profundamente a Cyrion —le recordó Talos. Se dirigió hacia uno de los lados de la zona de entrenamiento, donde la vaina de *Aurum* descansaba contra la pared de metal—. Pero ya me he equivocado antes —añadió por encima del hombro.

Xarl hizo de nuevo un gesto negativo con la cabeza. Estaba más pensativo de lo que Talos jamás lo había visto, lo que resultaba poco tranquilizador simplemente por lo extraño que era. Se le ocurrió de repente que quizá Xarl era uno de esos que poseía una inmensa fe en su maldición profética. Parecía casi… preocupado.

—¿Cuántas veces? —preguntó Xarl—. ¿Unas pocas en cuántos años? No, hermano, esto tiene todo el hedor de una realidad desagradable.

Talos no respondió nada. Xarl lo sorprendió al seguir hablando:

—Todos confiamos plenamente en ti. No me gustas, hermano, y lo sabes. No eres

alguien que caiga bien con facilidad. Te crees moralmente superior a los demás y a veces corres unos riesgos tan insensatos como los del Elevado. Te has adjudicado el mando de la Primera Garra a pesar de que jamás te han ascendido por encima de ninguno de nosotros. En el pasado no eras más que un apotecario, y a pesar de eso actúas como si ahora fueras nuestro sargento. ¡Por el falso trono, actúas como si fueras el capitán de la Décima Compañía! Tengo cien razones para que me caigas mal y todas ellas son válidas. Pero confío en ti, Talos.

—Es bueno saberlo —repuso Talos mientras envainaba la espada y se detenía otra vez.

—¿Cuándo fue la última vez que te equivocaste? —insistió Xarl—. Anda, dímelo, por favor. ¿Cuándo fue la última vez que una de tus profecías no se cumplió?

—Fue hace ya mucho tiempo —le respondió Talos—. Unos setenta años, más o menos. En Gashik, en aquel mundo donde nunca dejaba de llover. Había soñado que nos enfrentaríamos a los Puños Imperiales, pero el planeta permaneció indefenso.

Xarl se rascó la mejilla, pensativo.

—Setenta años. No te has equivocado desde hace casi un siglo. Pero si Cyrion muere y estás en lo cierto al asegurarme que no está corrupto, podríamos usar sus glándulas progenoides para forjar genéticamente a otro astartes en su lugar. No pasa nada.

Talos pensó seriamente en blandir la espada de nuevo.

—Lo mismo se podría decir de la muerte de cualquiera de nosotros.

Xarl alzó una ceja.

—¿Cosecharías la semilla genética de Uzas?

—No, tienes razón.

Y era cierto. Talos preferiría convertir esa materia biológica en cenizas antes que verla implantada en otro guerrero de los Amos de la Noche.

Xarl hizo un gesto de asentimiento mientras Talos seguía hablando, aunque era evidente que estaba distraído.

—Si eso llegase a pasar, mataré a Uzas.

Talos ni siquiera tuvo la certeza de que lo hubiera escuchado.

—Meditaré sobre este asunto —le respondió Xarl y, sin decir nada más, salió de la zona de entrenamiento y descendió hacia la oscuridad más profunda de la nave.

Después de la incomodidad que lo había invadido durante el momentáneo intercambio de sinceridad fraternal de unos instantes antes, aquel Xarl sí que se parecía mucho más al guerrero que Talos había aprendido a tolerar: el que se marchaba de un modo furtivo y en silencio y que guardaba para sí sus juicios de valor.

Talos se sintió atrapado entre el deseo de seguir a Xarl o de buscar a Cyrion, pero se vio privado de esa capacidad de decisión unos instantes después.

Unos pasos retumbantes le llamaron la atención y otra figura emergió de la primera hilera de asientos. Vio una armadura cubierta de símbolos de relámpagos, demasiado voluminosa incluso para tratarse de una armadura astartes.

—Profeta —lo saludó el campeón Malek, de los Atramentar.

—Sí, hermano.

—Se requiere tu presencia.

—Ya veo —contestó Talos, pero no se movió—. Informa al Elevado de que en estos momentos estoy sumido en mis meditaciones y que lo atenderé dentro de tres horas.

El sonido de una avalancha de rocas surgió del casco parecido a la cabeza de un mastín de la armadura de exterminador de Malek. Talos supuso que era su risa emitida entre dientes.

—No, profeta, no es el Elevado quien requiere tu presencia.

—Entonces, ¿quién? —quiso saber Talos mientras paseaba los dedos por la empuñadura *de Aurum*, que ya llevaba envainada en la cintura—. Nadie exige mi presencia, Malek. No soy ningún esclavo.

—¿No? ¿Nadie? ¿Y qué pasaría si la presencia del profeta de los Amos de la Noche la hubiera exigido el propio Abaddon en persona, el comandante de la Legión Negra?

Tilos tragó saliva, aunque no porque se sintiera asustado o preocupado, sino por el repentino nerviosismo que lo invadió. Aquello lo cambiaba todo.

—El señor de la guerra desea hablar conmigo —dijo con lentitud, como si no estuviera seguro de haber oído bien lo que le habían dicho.

—Así es. Debes estar listo dentro de menos de una hora, junto a la Primera Garra. Dos de los guerreros del Atramentar van a acompañarte.

—No me hace falta una guardia de honor. Iré solo.

—Talos —gruñó Malek con voz gutural.

Talos todavía tenía la vista alzada hacia él. Ninguno de los miembros del Atramentar lo había llamado por su nombre antes, por lo que en esos momentos sintió un dramatismo terrible al oír que lo utilizaban.

—Te escucho, Malek.

—No es hora de ir por tu cuenta, hermano. Llévate a la Primera Garra.

Y ni rechistes cuando Garadon y yo también estemos contigo. Esto es una muestra de fuerza tan cierta como las tácticas del Elevado en la guerra espacial.

Tardó bastantes segundos, pero Talos hizo por fin un gesto de asentimiento.

—¿Dónde tendrá lugar el encuentro?

Malek alzó un enorme puño de combate, lo que hizo que su armadura de exterminador emitiera chasquidos metálicos y sus juntas servodirigidas chirriasen cuando se movió. Cuatro cuchillas surgieron con tuerza de los nudillos. Cada una de aquellas hojas afiladas era tan larga como el brazo de un humano normal. Al recibir una orden que Talos ni siquiera llegó a oír, las cuchillas relámpago hicieron honor a su nombre y quedaron envueltas por una serie de campos de energía crepitante que iluminó con un parpadeo intenso y feroz toda la oscuridad de la zona de entrenamiento.

—Solace —le contestó Malek—. El señor de la guerra camina ahora mismo por la

superficie del último planeta que ha conquistado, y allí es donde debemos dirigirnos para reunimos con él.

—La Legión Negra —repitió Talos tras unos breves instantes, y una sonrisa lúgubre cruzó sus rasgos—. Los Hijos de Horus, que poseen un historial de traiciones tan grande como el de su caído padre.

—Así es, la Legión Negra. —Las garras de Malek se deslizaron de regreso a sus fundas, en el dorso de sus enormes puños acorazados, donde quedaron bloqueadas a la espera de que las reactivase—. Que es por lo que vamos a acudir revestidos de medianoche.

• • • • •

La superficie de Solace tenía una mezcla polvorienta de colores rojos y marrones propia de las costras viejas y de la carne quemada. Era un mundo feo en todos los sentidos, incluso en el mismo sabor del aire. Durante siglos, una intensa actividad volcánica había arrasado el hemisferio sur, y la enorme cantidad de cordilleras que habían escupido fuego a la atmósfera había impregnado el escaso aire de todo el planeta con un fuerte sabor a ceniza.

Las torres de las colonias penales no eran más agradables a la vista que todo lo demás que cubría la superficie del planeta. Eran unos pináculos de piedra rojiza, retorcidos y de aspecto brutal, que sobresalían como espadas rotas de las formaciones montañosas naturales. La arquitectura gótica tan apreciada por la mayoría de los planetas imperiales también se encontraba allí, pero en su forma más primitiva y menos refinada. Quienquiera que hubiera diseñado las prisiones de Solace, si es que alguien había llevado a cabo alguna clase de diseño, sabía con total certeza que aquel mundo sería el hogar de unos individuos a los que a duras penas se podría considerar parte del Imperio. El desprecio que sentía hacia los prisioneros que habían sido destinados a pudrirse en ese mundo bajo sus nublados cielos quedaba patente en su arquitectura.

La Thunderhawk de los Amos de la Noche, la *Negrura*, sobrevoló el cielo a toda velocidad. Su piloto no dejó de ajustar el consumo de los propulsores cuando la cañonera pasó del vuelo orbital al atmosférico.

—Nos acercamos —anunció Septimus al mismo tiempo que tiraba con suavidad de una de las muchas palancas que controlaban las toberas de la nave.

Era obvio que el asiento del piloto había sido diseñado para un individuo de mayor tamaño y no dejaba de chirriar. Septimus pulsó una serie de interruptores y observó la imagen hololítica de un color verde intenso que representaba el terreno y que las ondas emitidas por el auspex actualizaban cada pocos segundos. Perdieron altitud con suavidad, y la velocidad también disminuyó poco a poco, y fue notificando

todo aquello sin apartar los ojos de las imágenes de la consola.

—Complejo Penitenciario Pináculo Delta Dos, aquí la Thunderhawk *Negrura*, de la VIII Legión. Nos acercamos desde el sur. Respondan.

El silencio fue toda la respuesta que recibió a sus intentos de comunicarse.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó por encima del hombro.

Talos, acorazado y armado, de pie detrás del trono del piloto, negó con la cabeza.

—No te molestes en volver a intentarlo. La Legión Negra no es que sea precisamente famosa por su habilidad a la hora de restablecer las infraestructuras de los mundos que conquista.

Cyrion estaba realizando con actitud reverente las últimas comprobaciones de su bólter.

—¿Y nosotros sí?

Talos no se volvió hacia su hermano. En la espaciosa cabina de mando se encontraba la Primera Garra al completo, de pie detrás de los asientos del piloto y del copiloto, donde se sentaban Septimus y Eurydice. Talos observaba desde allí la delgada y polvorienta neblina roja que se abría al paso de las ventanas frontales mientras se acercaban a su destino.

—Nosotros no conquistamos mundos —respondió Talos—. Nuestra misión no es la misma que la suya, ni tampoco lo es nuestra meta.

Septimus se mantuvo al margen de la discusión y esperó hasta que tuvo la certeza de que ninguno de los dos iba a seguir hablando.

—Cinco minutos, mi señor. Vamos a acercarnos a la plataforma de aterrizaje en lo alto de la torre.

—Tu capacidad de pilotaje está mejorando, esclavo.

Quien le hizo el comentario fue Xarl, que dio un paso al frente y apoyó una de las manos cubiertas por guanteletes en el respaldo del asiento de Septimus. El gesto no le resultó nada tranquilizador. Septimus veía con claridad sus reflejos en la pantalla de visualización. Ninguno de los astartes llevaba puesto el casco: Talos, atractivo y de aspecto severo; Cyrion, con cara cansada pero medio sonriente; Xarl, con rostro amargado y cargado de desprecio, y por último, Uzas, con unos ojos carentes de toda expresión y la mirada perdida en ningún sitio en especial.

Y Eurydice. Su reflejo fue el que vio en último lugar, ya que todavía no estaba acostumbrado a su presencia. Sus miradas se encontraron en el reflejo de la ventana de la cabina, y ella lo miró con tanta indiferencia que aquella expresión podría haber significado cualquier cosa. Tenía el cabello castaño completamente desaliñado, y le enmarcaba el rostro con una serie de mechones desiguales. La banda de hierro todavía le mantenía cubierto el tercer ojo, y Septimus a menudo pensaba qué aspecto tendría aquel órgano.

La navegante llevaba puestos unos pantalones y una chaqueta. Aquellas prendas harapientas de color azul oscuro eran las habituales en los sirvientes de la legión, aunque no había sido tarea fácil convencerla de que se pusiera ese uniforme, que le

estaba muy holgado. Sólo cedió ante la insistencia de Septimus cuando este le comentó el mal olor que desprendía al llevar puesta todavía la misma ropa con la que la habían capturado hacía ya varias semanas.

Todavía no la habían marcado. El tatuaje que Septimus llevaba debajo de la ropa y que le cubría los omóplatos le picaba como si respondiera a sus pensamientos. Se trataba de una calavera alada, tatuada con tinta negra mezclada con sangre de astartes.

Si la navegante les juraba lealtad, y si llegaba a sobrevivir, no tardarían en marcarla.

La cortina que formaba la neblina roja se descorrió por fin delante de ellos para mostrarles un puñado de picos agudos rematados por un pináculo que sólo podía ser su destino. Talos y los demás cogieron los cascos para ponérselos y los aseguraron. Septimus estaba familiarizado con las diferencias que mostraban y que le resultaban tan conocidas como sus auténticos rostros. El casco de Cyrion era el más antiguo de todas aquellas máscaras mortuorias, un modelo Mark II de ojos entrecerrados y de estética casi medieval. Su armadura mostraba pocos trofeos, pero estaba decorada con una gran profusión de rayos irregulares blanquiazules. Dos rayos bajaban de sus lentes de color rubí y le caían por el casco igual que si fueran lágrimas zigzagueantes.

Por el contrario, el casco de Xarl era el más reciente, una pieza del modelo Mark VII conseguida tras un combate que habían librado hacía poco contra los Ángeles Oscuros. El astartes le había ordenado a uno de los pocos artificieros que le quedaban a la legión que la modificara pintándole una calavera demoníaca en la placa facial. Xarl mostraba sus trofeos con orgullo y entusiasmo: las calaveras humanas y alienígenas le colgaban de una serie de cadenas por toda la armadura, lo mismo que los pergaminos que le cubrían las hombreras que detallaban hazañas pasadas.

Uzas llevaba puesto un casco modelo Mark III de aspecto siniestro, y el símbolo que lo cubría estaba poco elaborado, además de trazado con muy poco cuidado. La huella de una mano roja de dedos separados contrastaba enormemente con el azul oscuro. Aquella marca la había realizado con su propia mano empapada de sangre presionada contra la placa facial del casco.

El casco de Talos, un modelo Mark V cubierto de tachones y reparado hacía poco gracias a la habilidad de su sirviente, mostraba una calavera de color crema con una runa nostramana grabada en la frente. Eurydice le había preguntado a Septimus qué significaba aquel símbolo mientras este le daba forma de nuevo al casco en la cubierta de mantenimiento del *Pacto*.

—Quiere decir algo parecido a «revestido de medianoche» —le explicó él mientras repintaba la calavera tanto con reverencia como con la habilidad que confería la práctica—. No tiene una traducción exacta al gótico bajo.

—Me estoy cansando ya de oír siempre lo mismo.

—Bueno, pues es la verdad. Nostramo era un mundo con una política superior muy enrevesada y con un submundo y unos bajos fondos muy complejos que infestaban todos los estratos de las diferentes capas sociales. El nostramano tiene sus

raíces en el gótico alto, pero cambió mucho a lo largo de generaciones enteras de personas descreídas, *desconfiantes*, y *despacíficas* que utilizaban frases y expresiones propias.

—Esas palabras, «desconfiante» y «despacífico», no existen —sonrió Eurydice sin poder evitarlo mientras lo observaba trabajar. Ya se estaba acostumbrando a sus torpes intentos de hablar la lengua universal.

—Lo que he explicado sigue siendo válido —insistió Septimus, quien en ese momento estaba pintando de color blanco hueso la zona que rodeaba a la lente ocular izquierda—. El nostramano es, en comparación al gótico, una lengua muy ostentosa y exageradamente poética.

—A todos los criminales les gusta considerarse gente culta —le respondió ella al mismo tiempo que torcía el labio con una mueca. Para su sorpresa, él se mostró de acuerdo con un gesto de asentimiento.

—Por lo que conozco de la historia de Nostramo, sí, esa es la misma conclusión a la que también llego yo. El lenguaje se hizo muy… No conozco la palabra.

—Pomposo.

Septimus se encogió de hombros.

—Supongo que es la más parecida.

—Entonces, ¿qué significa ese símbolo?

—Es una combinación de tres letras, que a su vez representan tres palabras. Cuanto más complejo es un símbolo, más probable es que cierto número de conceptos y letras compongan el ideograma definitivo.

—Ya me arrepiento de haber preguntado.

—Vale —contestó él sin levantar la vista de su tarea—. Significa, traducido literalmente, «exterminador de vidas y cosechador de espíritus».

—¿Cómo se pronuncia en nostramano?

Septimus pronunció tres palabras que a ella le parecieron hermosas. Sonaron suaves, delicadas y curiosamente intimidantes. La conclusión a la que llegó fue que el nostramano le sonaba como si un asesino estuviera acostado a su lado y le susurrara al oído.

—Abréviamelo —le pidió a la vez que sentía un cosquilleo en la piel al oír cómo sonaba la voz de Septimus al hablar en aquella lengua muerta—. Dime qué significa, pero con traducción literal o sin ella.

—Su equivalente podría ser «Cazador de Almas» —le contestó Septimus mientras sostenía el casco en alto y examinaba su trabajo.

—¿Así es como los demás guerreros de los Amos de la Noche llaman a tu señor? —quiso saber Eurydice.

—No. Se trata del nombre que le otorgó su padre primarca mártir. Los hijos de la VIII Legión preferidos del primarca portaban… títulos o nombres como ese. Para la legión, él no era más que el apotecario Talos de la Primera Garra, o el profeta de la Décima Compañía. Para el Acechante Nocturno, señor de la VIII Legión, él era el

Cazador de Almas.

—Pero ¿por qué? —insistió Eurydice.

Y Septimus se lo contó.

• • • • •

La Thunderhawk se posó sobre la plataforma de aterrizaje acompañada de un chorro de vapor y el choque metálico de sus garras, al cerrarse, soportaron todo el peso de la cañonera. La rampa de desembarco situada bajo la cabina descendió con un sonido quejumbroso sin que sus pistones hidráulicos dejaran de gruñir. Una vez bajó del todo hasta apoyarse en la cubierta, los guerreros de los Amos de la Noche desembarcaron con las armas preparadas.

Talos encabezaba la marcha, con *Aurum* activada y *Anatema* empuñado. La Primera Garra lo siguió con los bólters levantados a la altura del pecho. Tras ellos iban los guerreros del Atramentar, y las servojuntas de las armaduras de exterminador de Malek y Garadon gruñían al compás de las pesadas botas que tronaban al pisar la cubierta.

Le habían ordenado a Septimus en los instantes previos al aterrizaje de la nave que se quedara en la cañonera. A pesar de que Eurydice no estaba incluida en la orden, ya que, de hecho, los amos de la noche seguían sin hacerle ningún caso, ella se quedó con Septimus.

—Septimus, si cualquiera se acerca a la Thunderhawk, dale un aviso, uno solo, y si sigue acercándose, abre fuego —le ordenó Talos.

El sirviente asintió. La *Negrura* poseía un armamento poderoso: disponía de varios bólters pesados montados en las alas y en los costados de la nave, y todo ese armamento lo manejaban servidores sin miembros esclavizados directamente a las consolas de disparo. Las armas también se podían disparar desde la consola principal de la cabina, lo que era una suerte teniendo en cuenta el lamentable estado de los servidores que poseía la Décima Compañía: sólo la mitad de las torretas de los bólters pesados de la Thunderhawk estaban manejadas por servidores. Varias de las demás cañoneras a bordo del *Pacto de Sangre* carecían por completo de servidores tripulantes.

Los astartes avanzaron con rapidez pero con cautela. La plataforma estaba vacía y abierta a un cielo iluminado por las estrellas cubierto sólo levemente por una fina capa de nubes descoloridas. Vieron en el lado norte de la plataforma quemada por los propulsores un pequeño búnker con puertas dobles que conducían al interior de la torre.

—Parece un ascensor —comentó Xarl al mismo tiempo que señalaba con la cabeza al pequeño edificio.

—Parece una trampa —le replicó Uzas con un murmullo.

Como si lo hubieran oído, las puertas dobles se abrieron con un lento chirrido mecánico, lo que dejó a la vista a cuatro figuras de pie iluminadas por las luces interiores de un ascensor.

—No me había equivocado —apuntó Xarl.

—Puede que yo tampoco lo haya hecho —insistió Uzas.

—Silencio —mascullo Talos por el comunicador.

Malek, de los Atramentar, repitió la orden. Talos pensó durante unos momentos en exigirle al campeón que no diese órdenes a su escuadra, pero lo cierto era que, técnicamente, la Primera Garra no estaba realmente bajo su mando ni el de Malek, pero este contaba con un rango superior al suyo.

Las oscuras figuras salieron con paso firme del ancho ascensor, con unas zancadas pesadas y poco gráciles que concordaban con la manera de andar de los exterminadores del Atramentar.

Los guerreros de la Primera Garra alzaron los bólters con una sincronización perfecta, y cada uno de ellos apuntó con precisión a una figura diferente. Malek y Garadon empuñaron en posición de combate sus armas de cuerpo a cuerpo y cada uno se desplegó a uno de los flancos de los amos de la noche.

—Justaerin —les advirtió Malek.

Todos conocían ese término. Se trataba de la escuadra de élite de exterminadores de la Primera Compañía de los Hijos de Horus.

—Ya no. —Talos no bajó el bólter—. No sabemos si mantienen ese título. Los tiempos cambian.

Los cuatro exterminadores de armaduras negras y ojos rojos se acercaron con sus propias armas alzadas. Eran bólters de doble cañón y bocachas de bronce, además de un cañón automático muy ornamentado que uno de ellos llevaba acoplado al brazo y que estaba formado por dos tubos gemelos tan largos como lanzas. Todas aquellas armas apuntaban hacia los recién llegados. Mientras que los exterminadores de los Amos de la Noche llevaban unos mantos oscuros sobre sus voluminosas siluetas, sobre los hombros de los guerreros de la Legión Negra se veían una serie de estacas puntiagudas que formaban un arco sobre sus espaldas, y en ellas había clavada una amplia selección de cascos de astartes de diversos capítulos imperiales. Talos reconoció los colores de los Puños Carmesíes, de la Guardia del Cuervo y los de unos cuantos capítulos a los que nunca se había enfrentado. Aquellos perros imperiales se habían dividido y reproducido igual que alimañas.

—¿Quién de vosotros es Talos?

La voz del exterminador que estaba a la cabeza del grupo resonó a través de los altavoces de su casco como una transmisión desafinada, llena de crepitaciones y de estática.

Talos le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza al guerrero de la Legión Negra.

—El que te apunta con la espada al corazón y con el bólter a la cabeza.

—Bonita espada, camarada —le respondió con voz rasposa el exterminador al mismo tiempo que señalaba con el bólter de asalto hacia *Aurum*, que le apuntaba a la placa pectoral. Talos miró por encima de la hoja dorada de su espada el texto del peto de la armadura del guerrero, donde se leía Falkus escrito con unos rasgos ya algo desvaídos.

—Por favor, decidme que esa rima no era un intento de ser ingenioso —transmitió Cyrion por el canal de comunicación interno de la escuadra.

—Falkus, soy Talos de la VIII Legión —se presentó con voz tranquila y lenta—. Me acompaña la Primera Garra de la Décima Compañía; así como el campeón Malek y Garadon, el Martillo del Elevado, ambos de los Atramentar.

—Os ponéis un montón de títulos —dijo otro de los exterminadores de la Legión Negra, el que llevaba el arma automática de cañones largos. Su voz era más grave que la del primero y llevaba un casco con astas parecido al de Garadon.

—Eso es porque matamos a un montón de gente —le respondió Xarl.

Para subrayar sus palabras, apuntó uno por uno con el bólter a los cuatro guerreros de la Legión Negra. Fue un gesto completamente insolente, poco sutil e incluso infantil. A Talos lo irritaba que aquel tipo de actitudes teatrales hieran necesarias.

—Aquí todos somos aliados bajo la misma bandera, la del señor de la guerra —declaró el astartes del cañón automático—. No son necesarias semejantes muestras de hostilidad.

—Pues entonces, bajad vuestras armas antes de seguir —les sugirió Xarl.

—Como los buenos y amables anfitriones que sois —añadió Cyrion.

Alguno de los miembros de su escuadra, aunque Talos no estaba seguro de quién, se había comunicado por uno de los canales codificados con Septimus, que seguía a bordo de la *Negrura*. Lo supo porque los bólters pesados montados a estribor y en las puntas de las alas rotaron para fijar como objetivo a los cuatro exterminadores de la Legión Negra.

«Buen detalle», pensó. Probablemente había sido idea de Xarl.

Los guerreros del señor de la guerra bajaron sus armas unos momentos después, aunque resultó evidente que lo hicieron sin ganas y sin una verdadera sincronización en los movimientos.

—Se mueven con cierta negligencia —comentó Garadon, y el asco que eso le provocaba fue obvio por el tono de voz con el que lo dijo.

—Venid con nosotros, hermanos —los invitó el primer exterminador de la Legión Negra, al mismo tiempo que asentía con su casco de aspecto brutal—. El señor de la guerra, vástago bendito de los Poderes Oscuros, requiere vuestra presencia.

Los guerreros de los Amos de la Noche bajaron las armas sólo cuando los astartes de la Legión Negra se dieron media vuelta.

—¿Os acordáis de esa época en la que solíamos confiar los unos en los otros? —

preguntó Cyrion por el comunicador.

—No —le respondió Xarl.

—Acabemos de una vez con esto —los interrumpió Talos, y nadie le discutió.

• • • • •

La prisión parecía encontrarse sumida en mitad de un motín.

Las ventanas del ascensor revelaron mientras descendían que todos los niveles de las amplias cámaras rojas estaban abarrotados de prisioneros que no dejaban de aullar, gritar, pelearse y correr de un lado a otro. En uno de esos niveles vieron a través de una de las ventanas la cara de un hombre que chillaba mientras golpeaba con los puños el cristal, donde dejó unas manchas ensangrentadas. Sin embargo, echó a correr en cuanto vio lo que había dentro del ascensor, lo que fue toda una suerte para él, ya que Uzas había estado a punto de abrir fuego con su bólter para acabar con la vida de aquel idiota.

—A estos los agruparemos y los meteremos en nuestras naves de esclavos para prepararlos para la guerra contra el mundo forja —gruñó con su tono de voz gutural el astartes armado con el cañón automático—. De momento, los hemos dejado tranquilos para que disfruten y saboreen su primer derramamiento de sangre desde que los encarcelaron.

—Los soltamos —comentó Falkus, el jefe de la escuadra—. Desactivamos los cierres de sus celdas de contención y los hemos dejado salir. Están empleando sus primeros momentos de libertad para masacrar a los guardias de confinamiento que todavía están vivos.

A juzgar por el tono de voz que había empleado, aquello lo enorgullecía y lo divertía a partes iguales.

Aunque llegaban apagados a través del hueco del ascensor, a veces lograban distinguir el estampido de los disparos en mitad de los aullidos. Era evidente que no todos los guardias estaban dispuestos a morir sin ofrecer resistencia.

El ascensor se detuvo con una sacudida cuando llegó a un nivel que no parecía muy distinto a los demás. Lo que vieron fue una horda de prisioneros, muchos de ellos con el torso desnudo y provistos de piezas de cubertería o trozos de mobiliario como todo armamento. Todos parecían estar entregados a la tarea de golpearse los unos a los otros hasta la muerte, y lo hacían con gran entusiasmo.

Hasta que se abrieron las puertas del ascensor.

De todas las legiones fundadoras que se habían apartado de la luz del falso emperador, a la que más despreciaba Talos era a la Legión Negra, a los Hijos de Horus. Detestaba a sus guerreros por lo bajo que habían caído a lo largo de los años posteriores a la muerte de su padre primarca. Para él, no eran más que una amalgama

de cada uno de los pecados y las perversiones que existían en el espectro de la experiencia mortal, unos seres que iban armados y protegidos con armaduras como los astartes, pero sin una pizca de la nobleza que una vez habían tenido. Estaban más que dispuestos a aliarse frecuentemente con demonios, y luchaban a su lado sin dejar de prestar atención a sus susurros procedentes de la disformidad para así obtener retazos de sabiduría. Del mismo modo que el Elevado, al que un demonio había corrompido y que ya no era más que una sombra del hombre que había sido en el pasado, repugnaba sobremanera a Talos, también lo hacían los guerreros de la Legión Negra con su abrazo lascivo a los Poderes Siniestros.

Pero cuando las puertas se abrieron, sintió, aunque fuera tan sólo por un instante, un breve atisbo de por qué vivían como lo hacían.

El nivel que se extendía ante ellos era una larga cámara con un pasillo central en el que se abrían celdas a ambos lados, unas frente a otras. Todas las puertas de las celdas estaban abiertas. Aquí y allá se veían los restos desparramados de los guardias, a los que los prisioneros recién liberados habían destrozado literalmente. Esos mismos prisioneros, quizá unos trescientos delincuentes, asesinos y criminales violentos, enmudecieron de repente.

Todos se quedaron en silencio y se pusieron de rodillas con la cabeza inclinada con gesto reverente hacia el ascensor.

Los exterminadores de la Legión Negra salieron bamboleándose del ascensor y marcharon con pasos retumbantes por el pasillo central sin prestar ninguna atención a los suplicantes que les mostraban su devoción. El poder de aquellos astartes era obvio. Ellos no vivían penurias, ni sufrían por la falta de esclavos, ni se esforzaban por no exponerse a un Imperio iracundo. Y eso, durante un momento, le dijo algo a Talos. Los comprendió, aunque los odiara.

Los guerreros de los Amos de la Noche los siguieron, y Talos sospechó que los demás estaban tan ansiosos como él por empuñar las armas que llevaban enfundadas. Estaba acostumbrado a ver a humanos obligados a obedecer mediante el miedo, pero aquello… aquello apestaba a algo distinto. Tuvo la sensación de que el aire estaba cargado de un olor sulfuroso que ni siquiera sus filtros de respiración eran capaces de ahogar por completo. Quizá se trataba de algo encantado o demoniaco, algo que se utilizaba para inspirar semejante adoración en un espacio tan corto de tiempo.

Al final del pasillo había otro par de puertas que conducían al interior de una cámara cuadrada. El brillo de las luces se atenuó hasta casi dejar de existir. Tan pronto como las puertas se cerraron detrás de ellos, Talos oyó como comenzaba de nuevo la pelea de los prisioneros del bloque de celdas. En cierta manera, aquel alboroto era más tranquilizador que el silencio.

La cámara a la que llegaron había sido antaño un comedor. Los prisioneros la habían destrozado por completo durante los disturbios iniciales que siguieron a su puesta en libertad, y lo que quedaba era un amasijo de mesas rotas y taburetes, además de los cadáveres de veintidós guardias y presos que se encontraban en varios

estados de desmembramiento. Había muchas otras puertas que conducían al interior del complejo que formaba la prisión, pero Talos no llegaría a ver de esa prisión nada más que aquello.

—Vaya una criatura que es el ser humano, que emplea sus primeros instantes de libertad en destruir su propio cubil —dijo alguien desde el centro de la estancia destrozada.

Los guerreros de la Legión Negra se arrodillaron y las juntas de sus armaduras emitieron sonoros chirridos a causa de aquel movimiento tan poco familiar. La armadura de exterminador no estaba diseñada para inclinarse ante otros. Estaba diseñada para matar sin parar, sin piedad, sin descanso. La mandíbula de Talos se tensó ante el espectáculo que ofrecía la élite del señor de la guerra poniéndose de rodillas. Ni siquiera los Atramentar, los mejores guerreros de la Décima Compañía, se inclinaban jamás ante el Elevado.

La figura en el centro de la sala se dio la vuelta, y Talos miró a los ojos del ser más poderoso y temido de la galaxia. La figura le sonrió con una expresión de bienvenida.

—Talos —lo saludó Abaddon el Saqueador, señor de la guerra del Caos—. Tú y yo tenemos que hablar.



El señor de la guerra

Cuando te hayas adentrado en el corazón del enemigo, muestra únicamente tu fuerza.
Jamás dejes al descubierto la garganta, jamás envaines la espada. Somos astartes. No somos diplomáticos. Ni embajadores.
Todos somos guerreros.
Si estás dentro de la fortaleza enemiga, ya has roto sus mejores defensas.
Cuentas con toda la ventaja.
Utilízala.

El sabio guerrero Malcharion
Extraído de su obra *La senda tenebrosa*

Abaddon le sonrió mientras le hablaba.

Una sonrisa así era lo último que Talos se habría esperado de él. Equipado con su propia armadura de exterminador, el señor de la guerra empequeñecía a sus guerreros y a los Atramentar. La protección de ceramita negra estaba tallada con un cuidado exquisito y cubierta de filigranas ornamentadas, además de engalanada con rebordes de bronce y cobre. En el centro de la placa pectoral se veía el Ojo de Horus, siempre atento a todo, con su pupila rasgada y llameante con un fuego de color naranja. Una capa de pelaje de color gris blanquecino —el pellejo de alguna criatura lobuna inmensa— le colgaba desde unos hombros descomunales. Al igual que sus guerreros de élite, a lo ancho de la espalda tenía desplegada una serie de expositores de trofeos parecidos a puntas de lanza, en cada una de las cuales había empalado un puñado de

cascos astartes. Bastantes de ellos estaban inclinados en el ángulo adecuado para mirar con expresión inerte a Talos. Esas fúnebres miradas fueron un recuerdo poco sutil de los millones de vidas que se habían perdido a causa de las maquinaciones del señor de la guerra a lo largo de diez mil años de rebeliones y herejía.

Tenía la mano derecha rematada por una garra de combate de aspecto terrible con un diseño arcaico y único. Las afiladas garras, cada una tan larga como el brazo de un astartes, estaban curvadas y destellaban bajo la trémula luz de las parpadeantes lámparas de las paredes. Horus, el hijo favorito del Emperador, había llevado ese mismo guantelete en la Gran Cruzada y luego durante la herejía que se produjo a continuación. Lo había utilizado para matar al ángel Sanguinius, y había herido al Emperador hasta casi acabar con él. Ahora, aquella pavorosa arma adornaba el puño de su hijo genético, el líder de su caída legión.

Aquella arma por sí misma casi provocaba la necesidad de arrodillarse, de mostrar respeto al individuo que portaba las cuchillas de la herejía definitiva.

Pero fue el rostro del señor de la guerra lo que más le llamó la atención a Talos, por encima de todo lo demás. Las facciones de Abaddon no podrían ser consideradas hermosas bajo ningún concepto, y la sensación de regia letalidad que emanaba de él era algo que un humano normal jamás podría proyectar. Tenía la cara cubierta de arrugas y cicatrices producidas por los siglos de guerras que había librado, y esas marcas a lo largo de su pálida piel hablaban de mil batallas en mil mundos distintos. Tenía la cabeza rasurada salvo por una cola de caballo de cabellos negro azulados que le surgía de la coronilla.

Talos vio en sus ojos la muerte de la galaxia. Ardían con un brillo interior en el que relucían los sueños de conquista que plagaban cada instante que pasaba despierto, aunque también estaban teñidos de una rabia desesperada, por el ansia de vengarse contra el corazón del Imperio.

Al igual que el propio Caos, Abaddon era un cúmulo de contrastes.

Talos también odiaba aquella sonrisa cálida de bienvenida. Casi era capaz de oler la corrupción bajo la piel del individuo, aquel hedor rancio de metal requemado y carne contaminada que acariciaba los límites del olfato de Talos.

—¿Lo oléis? —le transmitió a la Primera Garra.

—Sí —le contestó Xarl—. Huelo a carne descompuesta y… a algo más. Todos ellos están rebosantes de corrupción. Es más que probable que los exterminadores oculten mutaciones bajo sus armaduras.

—El señor de la guerra huele como si hubiera estado hirviendo carne humana en aceite para máquinas —opinó Cyrion, lo que apenas le resultó útil a Talos.

Todo lo que recibió de Uzas fue un breve chasquido de asentimiento. Aquella breve descarga de estática equivalía a una afirmación.

—Gracias por venir a verme, hermano —le dijo el señor de la guerra.

Las palabras que pronunció eran corteses, lo que contrastaba con su voz. Esta vibraba desde el fondo de su garganta, con un sonido gutural y salvaje, lo que daba

como resultado otra contradicción que añadir a la creciente lista. Talos se preguntó cuántos de aquellos detalles serían intencionados, cuántos estarían pensados para que los suplicantes bajasen la guardia cuando estuvieran en presencia del Saqueador.

—He contestado a tu llamada, señor de la guerra —respondió Talos.

Las retículas de adquisición de objetivo del Amo de la Noche se centraron en el comandante de la Legión Negra y emitieron una serie de destellos blancos al detectar las armas que llevaba encima: la Garra de Horus, el bólter de asalto acoplado a la gran cuchilla relámpago, la espada que colgaba en la cadera del señor de la guerra.

«Amenaza», parpadeó una runa de alerta nostramana a lo largo de su visualizador retinal. Talos no la borró del visor.

—Pero no te arrodillas —dijo Abaddon, y el gruñido gutural que salió de sus labios permitió que las palabras se acabaran de transformar en una pregunta.

—Yo sólo me arrodillo ante mi primarca, señor de la guerra. Tras su muerte, no me inclino ante nadie. No pretendo ofenderte.

—Ya veo. —La atención de Talos se vio atrapada por la Garra de Horus durante un momento cuando el señor de la guerra señaló con un gesto a la puerta con aquellas garras grandes como guadañas—. Hermanos míos, así como mis honorables invitados de los Amos de la Noche… Dejadnos. El profeta y yo tenemos mucho que discutir.

El enlace de comunicación de Talos se activó con un chasquido.

—Estaremos cerca —le aseguró Cyrion.

—Nos mantendremos junto a los Justaerin —gruñó Malek y Talos captó el tono de impaciencia con una claridad preocupante.

Cyrion también lo percibió.

—Lo dices como si quisieras que ellos nos provocaran.

Ninguno de los Atramentar comentó nada al respecto, aunque los demás captaron una serie de chasquidos apagados mientras los dos exterminadores compartían información confidencial.

Una vez que estuvieron solos en el comedor en ruinas, Talos estudió con detenimiento la sala desplazando los ojos por todo aquel desastre.

—No es esta la clase de lugar en la que me habría esperado encontrarle, señor.

—¿No?

Abaddon se le acercó con movimientos oscilantes a causa de su pesada armadura, aunque de alguna manera lo hizo de un modo más amenazante que los otros exterminadores. Talos se percató de que se trataba de su economía de movimientos. Cada uno de los movimientos del señor de la guerra era preciso, medido y exacto. Llevaba puesta la armadura como si fuese una segunda piel.

—Un comedor destruido en la torre de una prisión, no es el sitio donde cabría esperar que encontrarse a aquel que nos lideró a todos una vez.

—Todavía os lidero, Talos.

—Bajo cierto punto de vista, sí —admitió el Amo de la Noche.

—Quería caminar por los pasillos de esta torre prisión en persona, y no tengo ni el

tiempo ni el deseo de concertar ceremonias innecesarias. Estaba aquí y exigí tu presencia. Así que la reunión se celebra aquí.

Talos sintió cómo le hormigueaba la piel ante la superioridad en el tono de voz del comandante. ¿Quién era él para hablarle así a uno de los hijos de Konrad Curze? Un capitán de una legión fragmentada retorcido por los favores concedidos por los demonios. Merecía respeto por su poder, pero no obediencia. Tampoco lealtad, ni servidumbre.

—Aquí estoy, señor de la guerra. Ahora dime el motivo.

—Para que pudiera verte cara a cara. La Legión Negra cuenta con su propio grupo de hechiceros y profetas, Talos.

—Eso he oído decir.

—Son muy valiosos para mí, además de ser vitales para mis planes. Le doy una gran importancia a sus palabras.

—Eso también lo he oído decir.

—En efecto. —Aquella odiosa sonrisa apareció de nuevo—. Y me pregunto, ¿dónde encajas tú? ¿Estás contento con la existencia que te ofrece tu legión? ¿Respetan tu don por lo que es?

Entonces le quedó claro. Para Talos se hizo evidente el motivo de la reunión. Qué falta de sutileza tan alarmante…

El Amo de la Noche contuvo un gruñido de rabia y sus ojos se entrecerraron sobre la parpadeante runa de amenaza que todavía estaba presente en su visualizador. Los sistemas de su armadura monitorizaron sus crecientes pulsaciones y, al sospechar que iba a haber un combate, inundaron sus venas con potentes estimulantes químicos. A Talos le llevó varios instantes exhalar el aliento y hablar mientras hacía caso omiso del ardor que sentía en sus músculos cargados de energía.

—Soy una especie diferente a las criaturas que tú llamas hechiceros, señor.

Abaddon dejó de caminar sin rumbo y miró su propio reflejo en el plateado lustre de sus garras.

—¿Crees que no percibo la desaprobación en tu tono?

—Evidentemente no, mi señor. Es asco, no simple desaprobación.

En ese instante, Abaddon lo miró, con las cuchillas de su venerable garra cortando el aire en silenciosos y lentos tajos. Casi parecía ser un hábito suyo, semejante a la forma en la que un hombre que se aburre se haría crujir los nudillos. Las garras del Saqueador siempre se movían, siempre cortaban, aunque sólo fuera el aire.

—Me insultas, Amo de la Noche —musitó Abaddon, aunque sin dejar de sonreír.

—No puedo cambiar el espíritu de mi legión, señor de la guerra. Soy, como me has llamado, un Amo de la Noche. No soy ningún hechicero al que haya tocado la disformidad, ni un tejedor de hechizos caído en el Caos. Comparto la semilla genética del Acechante Nocturno. De mi padre, y no de los Poderes Siniestros, heredé yo este… don.

—Tu sinceridad es estimulante.

—Me sorprende que pienses así, señor de la guerra.

—Talos —dijo Abaddon, quien miró de frente al Amo de la Noche una vez más—. Se está preparando otra Cruzada Negra.

En ese momento, el señor de la guerra se detuvo, alzó la garra y Talos se vio obligado a recordar un cuadro que había visto una vez de Horus aferrando un mundo ardiendo con ese mismo guantelete. Él había asumido, aquella vez, que el mundo se suponía que debía de ser Terra. Así pues, era irónico que el cuadro representase el fracaso definitivo de Horus: en su garra ardía el único mundo que no había podido conquistar.

—Esta vez… —El señor de la guerra volvió a hablar, y cerró sus antinaturales ojos y las garras plateadas se estremecieron—. Esta vez, los mundos fortaleza que rodean la Puerta de Cadia arderán hasta que su superficie no sea más que un recuerdo ceniciento. Esta vez, la misma Cadia morirá.

Talos observó con atención al señor de la guerra, quien no dijo nada hasta que su narcisista éxtasis se desvaneció y abrió los ojos de nuevo. El Amo de la Noche rompió el silencio que se prolongó entre ellos caminando hasta el cadáver de un recluso. Se arrodilló al lado del cuerpo. El hombre había perdido una gran cantidad de sangre sobre los restos de la mesa en la que yacía, pero había muerto por el amplio y contundente traumatismo de uno de los lados de su cabeza. Talos mojó dos dedos en el charco de sangre coagulada del mortal y se los acercó a la rejilla del casco para poder oler el aroma cobrizo.

Estaba ansioso por saborearla, por dejar que la sustancia vital fluyese por su físico mejorado genéticamente y que este lo absorbiera en sus venas para poder percibir el fantasmal eco de los sueños de aquel hombre, sus miedos, sus deseos y terrores.

Aquella era una de las maravillas de la fisiología astartes: catar la vida de aquellos cuya sangre habías derramado. Un don de cazador, ciertamente.

—Parece que mi promesa no te impresiona demasiado —dijo el señor de la guerra.

—Con todos mis respetos, señor, todas tus anteriores cruzadas han fracasado.

—¿Eso crees? ¿Acaso eres uno de los miembros de mi círculo interior para juzgar si se llevaron a cabo mis planes y si se consiguieron mis objetivos?

Talos flexionó la mano, y con ella el guantelete que pronto reemplazarían con secciones de la armadura de Faroven.

—Tú le haces daño al Imperio, pero en realidad nunca avanzas en la consecución de nuestra causa. ¿Me preguntas si los Amos de la Noche se unirán a ti cuando ataques Cadia? No puedo hablar por mi legión al completo. El Elevado te seguirá, como siempre hace, estoy seguro de que muchos de nuestros jefes harán lo mismo.

Abaddon hizo un gesto de asentimiento, como si aquello confirmase lo que había dicho. Las venas de sus mejillas se oscurecieron cuando sonrió de nuevo.

—Hablas de desunión. Tu legión carece de un líder firme.

—Muchos aseguran ser el heredero del Acechante Nocturno. El Maestre de la

Garra ha desaparecido, pero su reivindicación no tenía mayor peso que las demás, a pesar incluso de poseer una de nuestras reliquias simbólicas. Existe un número excesivo de líderes que tienen artefactos similares y que nuestro padre llevó antaño. El capitán Acerbus dirige la mayor coalición de compañías, pero su insistencia en un mando unido apesta a desesperación y a necesidad. No ha aparecido ningún auténtico heredero, como hiciste tú con vuestra legión. El trono de nuestro padre permanece vacío.

—De nuevo capto el desasosiego en tus palabras.

—No lo escondo, señor de la guerra.

—Admirable. Así pues, dime: ¿es que acaso no clama tu corazón por tomar ese trono para ti?

Talos se quedó petrificado. No se lo esperaba. Hasta aquel momento había sospechado que el señor de la guerra pretendería usar su maldición de alguna forma, quizá incluso atraerlo a las filas de la Legión Negra como un consejero más, como una mascota. Pero aquello…

Aquello era algo completamente nuevo, y sospechó que se trataba de una artimaña pensada para confundirlo.

—No —contestó finalmente.

—Has vacilado.

—Has formulado una pregunta difícil.

Abaddon se acercó más a Talos, y sus botas aplastaron los escombros con cada pisada atronadora. Los cascos y cráneos humanos empalados en las estacas de trofeos cascabelearon al unísono, creando una melodía repiqueteante semejante a la de algún instrumento musical primitivo.

«Amenaza», parpadeó la runa, y el Amo de la Noche miró a través de su visión enrojecida al señor de la guerra, quien ya se hallaba a menos de diez metros de distancia. No fue capaz de evitar compararle con el portador original del título. Horus, el amado hijo del Emperador, el Señor de las Dieciocho Legiones. Talos solamente había visto al primer señor de la guerra en una ocasión, pero había sido un momento de devastadora potencia en la tormenta que se había convertido su memoria.

—Vi al primer señor de la guerra una vez —dijo en voz alta, sin querer.

Abaddon se echó a reír con la serie de gruñidos guturales de un depredador.

—¿Dónde?

—En Darrowmar. Luchamos junto a los Lobos Lunares en la ciudad capital.

—Los Lobos Lunares. —Abaddon mostró abiertamente el desprecio que sentía por el uso del primer nombre de su legión, anterior a que se convirtieran en los Hijos de Horus en honor a su primarca y mucho antes de que se convirtiesen en la Legión Negra para expurgar la vergüenza del fracaso de su padre—. Eran días de ceguera y de guerra basada en la más oscura de las mentiras.

—Cierto. Pero aquellos también fueron días de unidad —replicó Talos mientras

recordaba la majestuosidad de Horus, cabeza de su legión, con la armadura blanco grisácea pulida hasta tener un acabado perlado y marfileño.

Era humano, pero… más. Era astartes… pero más. Dentro del primer primarca se concentraba todo lo que era grande y glorioso en la humanidad, destilado hasta la perfección por los forjadores de carne y los tejedores de genes de los laboratorios fortaleza ocultos del Emperador.

Estar ante su presencia era bañarse en luz, quedar inundado por una inspiración más vital y real que los ardientes compuestos químicos que fluían por la sangre de un astartes. Horus lo atraía todo hacia sí con su brillo cegador. Con sólo caminar por el campo de batalla, se aseguraba de convertirse en el eje alrededor del cual todo giraba. Se transformaba en el corazón de la batalla, en un vórtice de matanzas que resultaba intocable para la sangre y el barro del campo de batalla, incluso mientras segaba las vidas del enemigo.

Y eso que Talos apenas lo había visto. Se había formado su opinión del dios viviente desde el otro lado de la zona de guerra de un paisaje urbano, tras ver poco más que las vibrantes imágenes ofrecidas por el teleobjetivo de su visión mientras trataba de evaluar las líneas de vanguardia de los Lobos Lunares. Había sido igual que mirar el cuadro en movimiento de un héroe de la antigüedad.

Miró a Abaddon. «Cómo cambian los tiempos».

—¿Qué recuerdas del señor de la guerra Horus? —quiso saber Abaddon.

—Me dolieron los ojos en su presencia, incluso desde tanta distancia —respondió Talos—. Nací en Nostramo —añadió, a sabiendas de que eso lo explicaría todo.

—Ah, los Amos de la Noche… Sois tan literales…

Aquella idea pareció divertirlo, lo que a Talos le pareció de una mezquindad increíble. Lo vio todo claro en ese momento. Abaddon era un avatar de aquello en lo que se habían transformado las legiones traidoras. Talos lo observó y tuvo la certeza de que ninguno de ellos eran los iguales de sus progenitores primarcas. Ninguna de las legiones podría pronunciar semejante aseveración. Todos ellos no eran más que las meras sombras de sus padres, y sus padres habían fracasado.

Aquel pensamiento le provocó una sensación de humildad, y las débiles garras de la melancolía quisieron atrapar de nuevo su consciencia. Se deshizo de tales pensamientos invasores frunciendo el ceño y centró de nuevo toda su atención en descubrir los puntos débiles en la armadura de Abaddon. Existían muy pocos, pero notó cómo el espíritu máquina de la armadura respondía a su actitud, despierta otra vez, atraída de vuelta a la rabia. Aquello lo ayudaba a concentrarse.

—Todavía no me has dicho tus motivos para convocarme, señor de la guerra.

—Seré breve, entonces. Después de todo, tenemos una cruzada que forjar en los próximos días. Dime, profeta, ¿has visto algo de la guerra por Crythe en tus visiones recientes?

—No —mintió Talos de inmediato.

—No. —El señor de la guerra entrecerró los ojos—. Sencillamente… «no». Cuánta

elocuencia.

—No he visto nada que pueda ayudarte con tu plan, nada que pueda proporcionarte nueva información o servicio alguno.

—Pero has visto algo.

—Nada que tengas derecho a saber.

Las cuchillas de la garra tintinearon al surgir al aire cuando Abaddon cerró y abrió el guantelete una única vez.

—No es que sea famoso por mi paciencia —dijo lentamente, con la voz cargada de amenaza—, pero me basta con confirmar lo que ya sospechaba. Eres un vidente, y has visto lo que va a pasar.

—Parece ser que mis visiones te interesan bastante. Creía que tenías tus propios hechiceros. —Sus palabras mostraron un leve rastro de orgullo mordaz. A Abaddon pareció haberle pasado inadvertido, o no haberle importado si se había dado cuenta.

—Tienen dificultades para penetrar en el velo de la disformidad. Tú, evidentemente, has hecho lo que ellos no pueden. Has visto el futuro. No debería sorprenderte que un comandante desee fervientemente una información de ese calibre.

Talos no dijo nada, conocedor de a qué conducía todo aquello.

—Talos, hermano mío. Quiero hacerte una oferta.

—La rechazo. Te agradezco el honor de lo que quiera que pudiera ser esa oferta, pero mi respuesta es no.

—¿A qué viene ese rechazo tan irrespetuoso?

Por primera vez, Abaddon frunció el ceño y torció la boca, y esa mueca dejó al descubierto unos dientes sucios y ennegrecidos tras aquellos labios de color azulado.

—Si me estás ofreciendo la oportunidad de ponerme al mando de toda la VIII Legión, me niego porque es una tarea imposible y porque no es algo que esté en tu mano conceder. Si me estás pidiendo que abandone mi legión, me niego porque no tengo interés en hacer tal cosa.

—Desprecias mi oferta sin ni siquiera haberla escuchado.

—Tu oferta no será de mi interés. Queda muy poco de cualquiera de las antiguas legiones en nosotros, señor de la guerra. Ya no creo que vayamos a ser los verdugos del Imperio. Ya no creo que estemos siendo fieles a nuestros padres. La corrupción ha clavado profundamente sus garras en muchos de nosotros.

—Entonces, ¿por qué sigues luchando? —le preguntó Abaddon sin dejar de mirarlo fijamente, con los dientes apretados y los ojos inyectados en sangre.

—Porque eso es lo único que me queda. Nací para combatir, y fui forjado en los fuegos de la guerra. Soy un astartes. Lucho porque lo apropiado es que luchemos. El Emperador abandonó la Gran Cruzada y exigió a la humanidad que le abriese el camino de su ascenso hasta convertirse en una deidad. Yo no espero derribarlo del Trono Dorado, pero tal arrogancia, tal maldad, ha de combatirse siempre.

—¿Y qué hay de Curze?

Talos se acercó a él con los músculos tensos.

—No pronuncies su nombre con esa falta de respeto, Abaddon.

—¿Es que crees que me intimidas, gusano?

—Creo que me he dirigido a tu primarca por su título, el de Primer Señor de la Guerra, a pesar de su gran fracaso. Honrarás del mismo modo al señor de mi legión, quien demostró que tenía razón incluso en su propia muerte.

—Entonces dime, ¿qué hay del Acechante Nocturno? ¿Es que su asesinato no significa nada para ti?

—El Emperador traicionó a mi progenitor genético. Incluso sin los ideales de la Gran Herejía, la simple necesidad de vengarme sería suficiente como para vivir sólo con tal de ver caer al Imperio.

Al oír aquello, Abaddon asintió una vez más.

—Respeto a los Amos de la Noche como mis hermanos, pero tienes razón. Sois una legión fragmentada.

—¿Y la Legión Negra no lo está?

El señor de la guerra se dio media vuelta y su voz se convirtió en un murmullo amenazador.

—¿Qué es lo que has dicho?

«Amenaza, amenaza, amenaza», parpadeó la runa.

—¿Tú peleas, señor de la guerra, porque piensas que todavía se puede ganar? ¿Tras siglos de derrotas, tras los fracasos de las Cruzadas Negras, tras las luchas internas y la guerra que ha debilitado a tu legión y que la ha arrojado a la ignominia junto con las demás legiones? ¿O no es verdad que tus guerreros están esclavizados a los demonios para de ese modo contrarrestar las tremendas pérdidas que ha soportado la legión desde la muerte de vuestro primarca?

»Absorbéis fuerzas de otras fuentes porque el poder de vuestra propia legión casi ha desaparecido.

La respuesta a aquella declaración fue el silencio, un silencio que Talos interrumpió de nuevo.

—Esta reunión no es más que una muestra de todo eso. Te preguntas el modo en el que mi poder podrá ayudar a tus debilitados ejércitos.

Abaddon podría haberse reído. Reírse habría sido la reacción propia de un gran líder, de permitirle aquel comentario a un guerrero de menor rango, de hacerlo entrar en razón para que aceptara su forma de pensar mediante la persuasión y la empatía, aunque todo lo que dijera fuera falso. Sin embargo, Abaddon no era ese tipo de líder. A pesar de ello, fue lo suficientemente agudo para al menos darse cuenta de que a Talos nunca podría engañarlo.

El bólter de asalto tronó una sola vez. Dos proyectiles salieron rugientes de las bocas, una descarga por partida doble disparada desde un par de aullantes fauces demoniacas esculpidas en bronce sucio. La placa pectoral de Talos, con su resplandeciente aquila profanada de marfil pulido, crujió bajo el impacto, pero no

fueron los proyectiles en sí lo que lo hicieron desplomarse de rodillas. Fue el gas que surgió como una exhalación neblinosa de tinte negruzco que se propagó a su alrededor.

De rodillas incluso antes de llegar a pestañear, en su visualizador retinal aparecieron una serie de alarmas y de alertas rúnicas parpadeantes que le indicaron que sus signos vitales caían en picado. El espíritu máquina de su armadura estaba encolerizado, y Talos sintió a través de sus sistemas de conexión el creciente deseo de destripar a cualquier ser viviente que se le pusiera por delante. Era el instinto astartes, el instinto de defenderse acabando con todas las amenazas presentes.

El espíritu máquina de la armadura de Talos era una conciencia feroz e híbrida llena de ira, de orgullo y de cautela, nacida de la unión de las muchas piezas efe armadura que había canibalizado para su uso a lo largo de los muchos años de guerra. En esos momentos le rugía en la propia sangre, aullaba a través de los puertos de conexión de su cráneo, de su columna vertebral y de sus extremidades, lo que disparó su propia cólera. Reconoció al instante la frustración del espíritu máquina ante la imagen rúnica de su visor. Era incapaz de asimilar las alarmas provocadas por los signos vitales decrecientes con el inaudito hecho de que, de alguna forma, todos sus contadores de munición estaban al máximo.

Lo habían herido sin que él hubiera devuelto los disparos. Aquello era algo antinatural. No era así como se libraban las guerras. Jamás le había sucedido algo parecido.

—Visión rapaz —le exigió al alma de su armadura.

Su mirada quedó cubierta con el lienzo de azules fríos de su visión térmica, pero por alguna razón, siguió sin ser capaz de penetrar el asfixiante gas.

Y realmente se estaba asfixiando. Aquello ya era una locura en sí mismo. Con cada inspiración tragaba otra voluta del gas negro, que se filtraba a través de la placa pectoral partida. Olía a alquitrán en llamas, sabía igual que la tierra quemada la semana posterior a una batalla. Sintió cómo los músculos de la garganta y del pecho sufrían espasmos, cómo se tensaban igual que si fueran cables de hierro. Unas nuevas runas vitales de alarma destellaron. Se trataba de unas runas que jamás había visto antes.

Veneno. En realidad lo estaban envenenando.

—¡Abaddon! —rugió, pero se sintió horrorizado por el susurro jadeante en que se había transformado su voz—. Morirás por esto…

Cuando oyó la risa que Abaddon le dio por respuesta, empuñó a *Aurum*. Tardó un número indeterminado de latidos de corazón en darse cuenta de que la espada se le había escapado de la mano sin fuerza para repiquetear en los escombros que cubrían el suelo. Lo único que notaba era el sabor a sangre y a tierra carbonizada. Lo único que sentía era el frío, un dolor frío en los pulmones, que estaban a punto de quedar bloqueados.

—Voy a hacerte una oferta, profeta.

La voz del señor de la guerra le llegaba desde algún sitio que no era capaz de ver. Apenas podía levantar la cabeza. Ni siquiera había sido capaz de mirar el aquila partida de su placa pectoral ni evaluar los daños que había sufrido la armadura. Las listas y los números que desfilaban a lo largo de su visión le decían todo lo que necesitaba saber sobre su estado.

Envenenado. ¿Cómo era posible algo así? El gas… la niebla demoníaca…

«Mátalo antes de morir».

El pensamiento surgió de forma súbita desde las profundidades de su mente, y por un momento aquella sensación tan extraña lo dejó helado. Parecía ser más un pensamiento que una voz, un ansia más que una orden, y en aquella duda yacía la respuesta. En aquel punto tan cercano a la muerte, el espíritu máquina de su armadura penetró con facilidad en su mente ya debilitada. Se trataba de una invasión acompañada por una presión desagradable, mucho más fría y concentrada que las emociones primitivas y los instintos de supervivencia que solían chocar contra sus pensamientos conscientes. A aquellos se les hacía caso omiso con facilidad, y se los dominaba con un simple momento de concentración. Aquello era una lanza de hielo clavada en el cerebro, lo suficientemente potente como para que sus miembros sufriesen espasmos en un intento agónico de obedecer aquellas palabras.

El señor de la guerra continuó hablando:

—Y si no la quieres escuchar de mis labios, la tendrás que escuchar de mis aliados.

• • • • •

—Eso ha sido un disparo de bólter.

En cuanto dijo aquellas palabras, Cyrion alzó su propio bólter y lo apuntó a la altura del casco cornudo de Falkus.

—Eso ha sido un disparo de bólter —repitió en voz más baja—. Dime que me equivoco.

Disponía de las lecturas de análisis de audio del casco en uno de los bordes de su visión para asegurarse de que estaba absolutamente en lo cierto, pero aquello lo había tomado por sorpresa y necesitaba ganar tiempo.

Los guerreros de los Amos de la Noche y de la Legión Negra se encararon en el pasillo central, rodeados por más de cien prisioneros arrodillados.

—Abaddon —habían comenzado a cantar desde que salieron del comedor—. Abaddon… Abaddon… Abaddon… —Lo hacían con una convicción absoluta y la reverencia propia de un rito religioso. Sin embargo, se callaron en cuanto los astartes de los Amos de la Noche alzaron las armas.

—Fue un bólter de asalto —lo corrigió Uzas, y todos notaron la sonrisa en su voz —. No un bólter. Han sido dos cañones. Talos está muerto. Su runa vital está

inestable.

Era verdad. Después de que sonara aquel solitario disparo de bólter en el lejano comedor, la runa vital de Talos había empezado a parpadear en el borde de sus visualizadores retinales.

El momento de tensión se prolongó, pero los exterminadores de la Legión Negra se mantuvieron impasibles. «Para ellos es fácil —pensó Cyrion—. Están apoyados por casi un centenar de fanáticos».

—Talos —llamó por el comunicador. Nada. Cambió de canal con un parpadeo en la runa pertinente—. Septimus.

Una vez más, no hubo respuesta. Pestañeó a una tercera runa.

—*Pacto*, aquí la Primera Garra.

Un nuevo silencio.

—Nos tienen incomunicados —transmitió al resto de la escuadra.

—Amos de la Noche —dijo con tono bajo y solemne Falkus, de la Legión Negra —. Ha habido un incidente lamentable con vuestra Thunderhawk. Venid. Os proporcionaremos otro transporte de regreso a vuestra nave.

—Hay que luchar contra ellos —transmitió Xarl—. Y matarlos a todos.

—Sangre, cráneos y almas. —Cuando habló Uzas, les dio la impresión de que estaba babeando otra vez—. Tenemos que luchar.

—No perdáis la cabeza, estúpidos. —Quien dijo aquello fue Garadon, Martillo del Elevado—. Incluso nosotros nos veríamos superados en este lugar.

—Cierto —admitió Cyrion con un gesto de asentimiento—. Primero debemos encontrar respuestas, y luego tomarnos la venganza que sea precisa.

—¡Luchemos! —insistió Xarl. Estaba claro que la humillación de que los obligasen a salir de allí era algo que le resultaba imposible de soportar—. No podemos dejar a Talos aquí.

—Ambas legiones se encuentran al borde del conflicto por lo que está pasando aquí ahora mismo. —La áspera voz de Garadon interrumpió el amenazador desvarío de Xarl—. Y nos superan en número tanto en la órbita como en la superficie. Esperad al momento adecuado y atacad cuando la presa sea más débil.

—Eres un cobarde, Garadon —gruñó Xarl.

—Y tú vas a responder por ese insulto —le respondió el Martillo del Elevado—. Pero baja el bólter. Este no es un combate que podamos ganar.

Los guerreros de los Amos de la Noche bajaron las armas y se resignaron a que los escoltaran fuera del pasillo. Un coro de abucheos y carcajadas los siguieron mientras los prisioneros se ponían en pie. Varios les lanzaron botellas o dispararon al aire las escopetas que habían robado, lo que provocó la activación de las runas de alerta en los visores de los amos de la noche.

—Todos y cada uno de estos miserables va a pagar por esto con su sangre —prometió Xarl.

Una serie de chasquidos afirmativos le llegaron de cada uno de los miembros de la

escuadra. Una botella le dio a Uzas en un lado del casco, y los otros lo oyeron reír.

—¿Qué demonios te hace tanta gracia? —saltó airadamente Xarl.

—Nos han hecho quedar como imbéciles. —Uzas estaba sonriendo—. Han matado a Talos. Han matado a la tripulación de la Thunderhawk. Han capturado nuestra cañonera. Todo esto ha sido una serie de jugadas inteligentes. ¿Es malo estar impresionado porque nos hayan superado con tanta facilidad?

—Cierra la boca —le espetó Xarl—. A Talos no lo han matado. Su runa vital sigue activada.

—Lo mismo da. Ahora está en sus manos. Que le vaya bien.

Cyrion hizo caso omiso de aquella disputa. Se encontraban rodeados de mortales arrodillados, y su don secreto estaba cargado de estímulos. Aquellos humanos en realidad estaban asustados tras aquella máscara de devoción. Sus miedos rezumaban hasta saturarle la conciencia formando riachuelos gorgoteantes de voces contradictorias.

… no quiero morir…

… por fin la libertad, ¿nos dejarán marchar?…

… una trampa, nos van a matar…

Cyrion cerró los ojos al sentir que esa aglomeración de miedos amenazaba con asfixiar sus propios pensamientos con un vertiginoso borrón de emociones que apenas comprendía. Se había caído dentro del sumidero que se extendía bajo las profundidades de los cimientos subterráneos de la colmena Joria cuando no era más que un niño. Se quedó sumergido e incapaz de nadar durante los interminables segundos que pasaron antes de que su padre lo rescatara. Se había ido hundiendo en la negrura al mismo tiempo que miraba fijamente hacia la luz provocada por el fuego que rielaba en la superficie del agua. Estar rodeado de demasiados humanos siempre le recordaba ese preciso instante, cuando se había sentido desvanecer, engullido por entero y sumido en el olvido por alguna clase de fuerza inmensa, extraña e implacable. Sabía que se moría mientras miraba la tenue penumbra que se extendía por encima de él, y sintió que todo lo que había dentro de su mente se escapaba de su control.

Era consciente de eso mismo en estos instantes. El sentimiento era el mismo, acompañado de la conocida y fría aceptación de lo inevitable. Sencillamente, estaba tardando más en suceder.

La visión de Cyrion recuperó el enfoque una vez que se concentró en las voces de su comunicador en lugar de en los susurros que tenía dentro de la cabeza. Cambió a los altavoces del casco una vez más, y dejó que un poco de su rabia rezumase en su tono de voz.

—Tú. Hijo de Horus.

Uno de los exterminadores de la Legión Negra volvió un poco la cabeza mientras seguía avanzando pesadamente.

—¿Sí, Amo de la Noche?

—¿Qué es exactamente lo que le ha ocurrido a nuestra Thunderhawk?

—Un acontecimiento cargado de la más terrible desgracia —le contestó, y Cyrion captó los chasquidos amortiguados de transmisión que emitían los guerreros de la Legión Negra mientras se reían en el canal de comunicación interna de la escuadra—. Como señal de cortesía, vamos a devolveros a la órbita en uno de nuestros propios transportes —le informó Falkus.

Las puertas del ascensor situadas al final del pasillo se abrieron con estrépito otra vez. Un astartes con servoarmadura negra se les acercó, con una sonrisa en sus pálidos rasgos y un brillo en los oscuros ojos.

Cyrion habló con los demás por el comunicador tan pronto como el recién llegado comenzó a caminar hacia ellos.

—Tenías razón, después de todo, Uzas.

Los guerreros de los Amos de la Noche observaron a la figura que se acercaba; todos la reconocieron, y cada uno de ellos tuvo que resistirse a las ganas de apuntar hacia ella con sus armas y abrir fuego.

Uzas asintió, con aspecto de estar todavía divertido.

—Os dije que era una trampa.

—Mis hermanos, mis hermanos —dijo el recién llegado. Las charcas negruzcas que eran sus ojos se fijaron, uno por uno, en todos ellos—. Me complace sobremanera que nos hayamos vuelto a encontrar —les dijo en un fluido nostramano.

• • • • •

Septimus y Eurydice seguían en la cabina.

Septimus estaba tanto preocupado como molesto, sin embargo, intentó no mostrar ninguna de aquellas emociones, aunque la verdad es que no estaba consiguiendo en absoluto ocultarlas. Eurydice acabó por darse cuenta de que las palabras que murmuraba a veces en nostramano eran maldiciones. Ella tenía un éxito igualmente mediocre simulando no estar asustada, pero los astartes se habían ido desde hacía ya el tiempo suficiente como para sacar de sus casillas a Septimus, por lo que se le había contagiado su preocupación.

Las comunicaciones se habían interrumpido por completo casi una hora antes, tan pronto como los astartes descendieron al interior de la torre prisión. Con un repentino y agudo crepitar de retroalimentación, la conexión se había perdido y la estática era todo lo que había podido oír del grupo de astartes desde entonces. Eso en sí mismo no lo preocupaba. Dudaba de que allí hubiese algo que pudiera hacerles verdadero daño a los semidioses. Lo que le preocupaba, sin embargo, eran él y Eurydice.

Septimus había intentado comunicarse cada cinco minutos desde el fallo del comunicador, pero sin éxito. No había sido capaz de contactar ni con la Primera Carra, que seguía en el complejo que tenían bajo ellos, ni con el *Pacto*, que se mantenía en la órbita, y todo estaba empezando a oler sospechosamente a una trampa.

Había llegado el momento de considerar las opciones que tenían.

Se planteó durante unos momentos despegar y quedarse en la posición manteniendo la cañonera flotando a unas pocas docenas de metros sobre la plataforma. Eso, desafortunadamente, era inviable por dos razones. La primera era que sus órdenes eran que debía quedarse donde estaba. La segunda era que incluso si desobedecía sus órdenes y despegaba, la *Negrura* no disponía del suministro de combustible suficiente para sus propulsores atmosféricos. Si es que quería regresar a órbita y volver al crucero de ataque que les aguardaba allí. Las lecturas de combustible mostraban, en su mejor estimación, que podría quemar combustible durante quince minutos antes de que necesitase volver al *Pacto*. Si su amo salía y requería que se realizase una extracción inmediata mientras él estaba lejos, o incluso si estaba gastando combustible volando innecesariamente en las cercanías, quizá no lograrían regresar al espacio.

No. Aquello no merecía la pena de tenerse en cuenta. Así que, con las puertas selladas, la rampa de descenso cerrada y las torretas de armas apuntando al ascensor del edificio, Septimus esperó, con los ojos entrecerrados, observando los sensores de la nave y engañándose a sí mismo al creer que no parecía tan preocupado como estaba.

—¿Te vas a tranquilizar ya? —le preguntó Eurydice, haciendo trizas su autoengaño.

Tenía las botas apoyadas sobre la consola de mando y se reclinó en el sobredimensionado asiento del copiloto con el crujido del cuero al retorcerse. Septimus, al contrario, estaba encorvado sobre la imagen del auspex observando cómo se extendía el pulso de la onda verde por la pantalla cada seis segundos. Palpitaba hacia afuera desde el icono de la *Negrura* en el centro de la pantalla.

Ella carraspeó con disimulo para intentar captar su atención.

—¿Qué? —dijo sin mirar. Otro pulso.

—Estás preocupado.

—Algo así.

—¿Cuándo van a volver? —Otro pulso. Nada todavía.

—¿Tengo pinta de que me incluyan en sus planes? —se rio, aunque sonó forzado.

—Sólo era una pregunta. De todas formas, ¿qué es lo que te preocupa?

—La prisión que tenemos debajo. Más concretamente, sus reclusos. —Señaló con la cabeza hacia la placa de datos que descansaba en el brazo de su asiento y cuya pantalla mostraba listas de información en diminutas letras verdes—. Nos encontramos en el centro penitenciario Torre Delta Dos —explicó Septimus—. Los

noventa y seis reclusos internados aquí están a la espera de que los ejecuten, aunque se los mantiene con vida cierto número de años para que trabajen de esclavos en operaciones mineras de excavación profunda de túneles. Estos no son reincidentes ni criminales de poca monta. Son asesinos, violadores y herejes.

—Pero las puertas están selladas, ¿no? —Su voz mostró un tono de inseguridad en ese instante, una leve sugerencia de duda.

—Ninguna puerta es invulnerable. Los mamparos de los flancos podrían parar cualquier cosa que se me ocurra ahora mismo, pero la rampa principal de descenso funciona con sistemas hidráulicos comunes. Está cerrada y bloqueada, pero… Mira, no estoy preocupado. Lo único que hago es estar preparado.

—¿Preparado para qué, exactamente? ¿Por qué iba a correr nadie hacia una cañonera astartes? Son ganas de que te maten.

—No lo sé. Supongo que la mayoría no se nos acercaría. Pero ¿y si lo hicieran? Bueno, quizá algunos podrían querer intentar huir del planeta tras robar la nave. Y puede que, dado su encarcelamiento aquí, no estén demasiado cuerdos. O… —Su voz se fue apagando.

—¿O qué? No empieces una frase como esa para luego dejarla en el aire.

Septimus se encogió de hombros.

—Quizá si se enteraran de que hay una mujer a bordo…

Ella hizo un gesto de asentimiento, pero Septimus se dio cuenta de que estaba luchando por mantener su actitud bravucona.

—Esta nave tiene… Bueno, tiene armas, ¿verdad?

—Pues sí, las… tiene.

—No me gusta la forma en que has dicho eso.

—La mitad de las armas están desconectadas, incluyendo la principal, el cañón de batalla. Tenemos poca munición y los bólters pesados de los flancos de la nave ya no tienen servidores esclavos.

—¿Por qué no?

Otro pulso. Otra pantalla vacía.

—Porque los servidores están muertos. Lo están desde hace años, y fue a mí a quien le encargaron que sacara los cadáveres de sus puestos de control.

Pasaron varios segundos mirándose detenidamente en silencio, y tras eso, otra pantalla de la consola emitió una señal. Septimus se volvió en su trono y se inclinó para examinar el informe.

—Vaya, vaya, vaya…

—¿Más malas noticias? —le preguntó ella, sin estar segura de realmente querer una respuesta.

—No exactamente. Acaba de despegar otra nave; y no uno de los cargueros de las llanuras de ahí abajo. Esta era de la clase Thunderhawk. Con señales identificativas de la Legión Negra.

—¿Lo que significa…?

—El auspex sonó porque registró a la Primera Garra a bordo de la nave mientras se dirigía a la órbita.

—¿Qué? ¿Nos han abandonado aquí?

Septimus continuó mirando la pantalla.

—No todos. La señal de Talos no está. El sigue en el complejo penitenciario.

Septimus no era un individuo que disfrutase con esa clase de misterios. Abandonó la pantalla para pulsar unas cuantas teclas. Compuertas selladas, leyó en un relampagueante icono en la consola. Era la tercera vez que comprobaba las puertas en el rato que llevaban allí.

Cuando Eurydice tomó aliento para formular otra pregunta, el auspex campanilleó de nuevo. El sonido no tenía nada de premonitorio o fúnebre. Era casi melódico.

—Maldita sea —exclamó Septimus, al mismo tiempo que se levantaba del trono.

Eurydice se puso alerta en el asiento. El auspex tintineaba con un leve repicar tras otro.

—¿Tenemos problemas? —quiso saber.

Septimus tenía la mirada clavada en el exterior a través de la ventana de proa, a las puertas abiertas del ascensor y a lo que surgía impetuosamente de ellas.

—Oh, totalmente —le contestó, y empuñó ambas pistolas.

—Entonces, dame una de esas —le pidió Eurydice mientras se ponía de pie tras seguirle la mirada.

—Toma, coge las dos —le dijo, entregándoselas antes de inclinarse sobre la consola de control—. Y ni se te ocurra dispararme.

Eurydice le lanzó una mirada fulminante que él no vio. Septimus pulsó con rapidez una larga secuencia de teclas de la consola.

—¿Qué haces? —quiso saber ella.

—Esto —dijo, y los bólters pesados que seguían activos en la nave se iluminaron con llamaradas en cuanto desataron su ira.

• • • • •

Jerl Maddox todavía no se podía creer la suerte que había tenido. Libertad.

La libertad.

La libertad tras ocho años en aquella maldita cloaca. Ocho años de comer la fría y amarga pasta que hacían pasar por comida mañana, tarde y noche. Ocho años de turnos de catorce horas bajo aquella condenada roca, cavando y cavando y cavando con la vana esperanza de encontrar un puñado de mineral. Ocho años de dolores de espalda, de visión borrosa, de encías infectadas, así como de mear sangre tras cada paliza de los guardias.

Bueno, pues bien, había llegado la hora de que pagaran, vaya que sí. Se llevó la escopeta a la altura del pecho y tiró adelante y atrás del guardamanos que cargaba la munición para disfrutar de la sensación. Clac, clac. «Ah, joder, sí». Eso era otra cosa. Le había quitado el arma a Laffian, y tanto mejor, porque Laffian había sido uno de los peores guardias del Sector R.

El Sector R. —Únicamente Infracciones de Nivel Omega—, ya no era el hogar de Maddox, y el hecho de que pudiera sentir todavía la sangre de Laffian en la cara era sencillamente un toque adicional de victoria.

Aquello también había formado parte del pago de la venganza. Pago por aquella vez que Laffian le había zurrado tan fuerte a Jesper que al pobre diablo se le saltó un ojo de lo machacada que le había dejado la cabeza. Maddox sonrió ampliamente, y el hedor de sus propios dientes hizo que le llorasen los ojos. Laffian no parecía tan bravucón con el pecho reventado y la pierna amputada a la altura de la rodilla.

También había gritado algo acerca de sus niños. Sí, como si eso fuera a cambiar las cosas. La sonrisa de Maddox se convirtió en una risa maliciosa.

—Cierra el pico, Bocanegra —le dijo alguien a su lado.

Maddox tragó, presionando los labios. En los limitados confines del ascensor, que era un tanto incómodo para los casi cincuenta que lo ocupaban, varios de los hombres hicieron una mueca con los labios o lo insultaron mostrándose de acuerdo con un tono monocorde.

—Perdón —masculló, pero lo único que consiguió con eso fue que se quejasen otra vez.

No tenía la culpa. Tenía las encías infectadas. Tenía los dientes podridos y casi le colgaban en la boca; los que le quedaban, vaya. No es que tuvieran acceso a un doctor en el Sector R, ¿verdad? Y ellos olían igual de mal, de todas formas. Cincuenta de ellos, todos sudando y ensangrentados con sus monos blancos…

—Vosotros también apestáis —murmuró.

Los cuerpos empezaron a volverse en su dirección. Maddox bajó un poco la cabeza, evitando todo contacto ocular cuando el hombre que tenía delante se encaró con él.

—¿Has dicho algo, Bocanegra?

Era Indriga, un tipo de unos sólidos dos metros de músculo tatuado y cicatrices de cuchillo. Lo habían metido en el Sector R por matar y comerse a una pobre prostituta.

—Nada. Nada, Indriga.

—Exacto, nada, joder. Y ahora cierra la boca antes de que nos hagas vomitar hasta la papilla.

Maddox siguió mirando al suelo, intentando por todos los medios no sonreír. No podía evitarlo. Seguía viendo a Laffian aullando y trastabillando sin una pierna… Y entonces, la temblorosa sonrisa se convirtió en una espasmódica risa maliciosa. Una gota de cálida y espesa saliva salpicó la culata de su escopeta robada. El arma de Laffian. Volvió a reírse.

Los hombres de su alrededor se apartaron, maldiciendo. Muy probablemente lo habrían matado si el ascensor no se hubiera detenido y las puertas se hubiesen abierto. El escaso aire con sabor a ceniza flotó a su encuentro cuando los prisioneros miraron a la plataforma de aterrizaje del exterior.

—Ahí está —dijo Indriga, que fue el primero en salir.

Se refería a una nave; un transporte pequeño para tratarse de una nave militar, que era el único marco de referencia que tenía Maddox, quien había sido guardia imperial antes de su arresto por… fuera lo que fuese que dijeron que había hecho. Él no había hecho nada, y lo sabía. Ni por asomo. Él no. Él era un guardia imperial. Que lo partiera un rayo si era capaz siquiera de recordar aquello en lo que habían insistido que había hecho mal…

Alguien que lo empujaba hacia adelante devolvió súbitamente su atención de regreso al presente.

—Vamos a capturarla —dijo uno de ellos.

Se parecía vagamente a un halcón, con las alas curvadas hacia abajo, y era de color azul oscuro, como el color de los más profundos océanos. Ese pensamiento hizo que el estómago de Maddox se agitara y revolviera. Odiaba el mar. No podía sumergir la cabeza bajo la superficie sin imaginarse que algo, en las profundidades, le devolvería la mirada.

Él se quedó algo rezagado mientras sus camaradas de prisión corrían hacia adelante con las porras robadas y las armas en alto. Sus salvadores, los dioses guerreros de negro, habían escogido a algunos de los reclusos más fuertes y en forma del Sector R para subir a aquel lugar y cumplir con su sagrada tarea. Había gente en esa nave, y tenían que morir. Los dioses habían hablado.

Y, ¡joder, sí!, uno de ellos era, supuestamente, una mujer.

Estaba bien ser libre. Estaba bien ser el campeón elegido de los dioses que le habían concedido la libertad que tantísimo merecía. Incluso el horrendo aire sabía mejor que de costumbre.

Aquellos fueron los pensamientos que se arremolinaban en la mente de Jerl *Bocanegra* Maddox en el momento de morir. Cuando cayó, aún estaba demasiado perdido en sus pensamientos de libertad como para comprender de verdad lo que le estaba pasando, de modo que murió con el cuerpo despedazado, todavía sonriendo y oliendo de forma apestosa mientras sus labios no producían ningún sonido.

Los cañones de las torretas de la cañonera seguían disparando los proyectiles de bólter, que impactaban con un sonido sordo en la carne blanda tan sólo para detonar un instante después del impacto. Reducían a los reclusos a carcasas despiezadas de carne y hueso, que quedaban desparramadas y convertidas en feas manchas a todo lo largo y ancho de la plataforma de aterrizaje. De los altavoces montados en el exterior de la Thunderhawk, una voz se dirigió a ellos tranquilamente en un gótico de fuerte acento.

—Sed todos bienvenidos —les dijo Septimus—. Por favor, disfrutad del último

error que cometeréis jamás.

• • • • •

Cyrion comprobó su bólter otra vez y después se lo ancló a la musiera.

—Para ya —le transmitió Malek—. Pareces irritado.

—Pues no veo porqué iba a estarlo —bufó Cyrion con voz burlona.

La Primera Garra y sus escoltas del Atramentar estaban sentados en los tronos con arnés de una cañonera de la Legión Negra, y todo a su alrededor se estremecía mientras la Thunderhawk penetraba en la atmósfera.

—¿Es que van a quedarse con la *Negrura*? —preguntó Cyrion—. Si lo intentan, será un error de lo más estúpido.

—Sólo querían a Talos —le respondió Xarl. Hizo clic en la parpadeante runa que confirmaba el canal de comunicación interno con Cyrion—. Y los Atramentar sabían que sucedería. Estaban aquí para asegurarse de que no nos pasábamos de la raya, y a la primera posibilidad de derramar sangre, cedieron. El Elevado ha planeado todo esto.

La voz de Cyrion sonó cansada. El peso de los miedos de los prisioneros, aunque ya se había desvanecido, todavía caía como una losa sobre su mente.

—Estoy harto de esto, Xarl.

—¿De qué?

—De la traición. De la muerte de la confianza. De que el silencioso y lacrimoso terror de los mortales me torture la mente.

Xarl no dijo nada al principio. La simpatía no era algo propio de él.

—Estás corrupto, Cyrion —dijo al fin.

—Algo así —contestó este, tomando aliento—. El Elevado siempre se ha resentido de la posición de Talos en la legión como hijo favorito de nuestro padre, pero esto ha sido ir demasiado lejos. ¿Intentar matarlo? ¿Es que Vandred se ha vuelto loco?

La respuesta de Xarl llegó tras una amarga risa.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que quería a Talos muerto? Fuera de juego, ciertamente. Quizá entre las filas de la Legión Negra. Una victoria tanto para Abaddon como para el Elevado.

—Como Ruven —comentó Cyrion.

—Sí, hermano —advirtió Xarl, y su voz sonó más baja al contestarle ahora—. Como Ruven.

• • • • •

Eurydice maldijo con fuerza cuando la Thunderhawk se estremeció otra vez.

—Por el Trono, no quiero morir aquí.

Septimus no se volvió para mirarla. Estaba del todo concentrado en los listados de munición, que estaban descendiendo a una velocidad descorazonadora. Encendió el comunicador.

—Aquí la Thunderhawk *Negrura* de la VIII Legión.

—No funciona. —Eurydice se tragaba el pánico ante sus desesperados intentos—. El *Pacto* no puede oírte. Talos no puede oírte.

—Cállate —replicó—. Aquí la Thunderhawk *Negrura* de la VIII Legión llamando a la nave de combate *Premonición del Cazador*. ¿Me reciben?

—¿El… El qué?

—Es otra de nuestras naves en órbita —le explicó él—. Uno de los buques insignia de los Amos de la Noche.

—¿Por qué no estás disparando?

Septimus ni siquiera necesitó mirar hacia los visualizadores de munición.

—Porque todas las armas que pueden fijar objetivos tan cercanos al casco se han quedado sin proyectiles.

La cabina se estremeció de nuevo, esta vez con la fuerza suficiente como para lanzar a Eurydice de vuelta a su asiento.

—¡Trono! —gritó.

Septimus hizo un gesto de dolor.

—Eso no es bueno. Están dentro.

—¿Qué?

Él no le contestó.

—Aquí la Thunderhawk *Negrura* de la VIII Legión llamando a la nave de combate *Premonición del Cazador*. Por favor, respondan.

Ya se oían aullidos en la cubierta de abajo. Los prisioneros que habían sobrevivido a la aniquilación a que los habían sometido los bólters pesados ya estaban sin duda dentro de la cañonera.

—Maldita sea. —Septimus abandonó la consola y desenvainó la hoja curvada del machete que tenía amarrado a la pantorrilla—. Merecía la pena intentarlo.

Eurydice le lanzó una de las pistolas.

—Después de todo, parece que no voy a guiar a los herejes de tus señores a través del Mar de las Almas.

En la boca de Eurydice apareció una leve sonrisa maliciosa, en algún punto entre la amargura, el terror y el triunfo.

Septimus apuntó con la pistola a la puerta cerrada de la cabina.

—Eso ya lo veremos.



LOS CUATRO DIOSES

Nuestros hermanos huyen por todos los rincones del Imperio para esconderse a la sombra de los Dioses Oscuros que los protegen. Sólo nosotros, los Amos de la Noche, los hijos de Konrad Curze, somos lo bastante fuertes como para mantenernos firmes sin ayuda de nadie. ¡Llevaremos nuestra ira al imperio que nos traicionó, y aunque los eones vean cómo nos dividimos y fragmentamos debido a la infinita y próxima guerra, seguiremos sin corrompernos hasta que las mismas estrellas mueran!

El sabio guerrero Malcharion
Epílogo de su obra, *La senda tenebrosa*

Talos abrió los ojos a la nada.

Para alguien que veía en la oscuridad absoluta de forma tan natural como lo haría un humano a la luz del día aquello era tan incómodo como extraño. Se dio la vuelta, todavía incapaz de ver, sin estar seguro de si eso se debía a que no había nada que ver en aquella negrura o de si se había quedado ciego. Se le ocurrió, no sin cierta diversión, que él había infligido este mismísimo castigo a un gran número de mortales a lo largo de los años al obligarlos a despertarse en las tinieblas del interior del *Pacto*. Una leve sonrisa se extendió por sus labios mientras disfrutaba de la ironía.

Sintió el aire frío contra la piel.

¿La piel? Al notar por primera vez aquella sensación, fue capaz de verse a sí mismo. Puso las manos delante de la cara. Eran blancas como el hueso y estaban

cubiertas de venas azules. También vio la túnica de hilo negro que llevaba puesta. Estaba fuera de su armadura. ¿Cómo era posible? ¿Había sido su herida tan terrible que la Primera Garra le había quitado la armadura y…?

Un momento. Su herida.

Sus pálidas manos abrieron la parte frontal de la túnica y desnudaron su pecho a la oscuridad. Su torso, un pálido y esculpido eco de las antiguas estatuas de mármol de los belicosos dioses de los Romanii, estaba inmaculado y no mostraba herida alguna. A lo largo del esternón tenía las clavijas y tomas de corriente necesarias para unirse a los sistemas potenciadores de su armadura, y también era capaz de discernir el duro escudo del caparazón negro que tenía implantado bajo la piel y que formaba la armadura subdérmica que le cubría el cuerpo como una protección adicional, aparte de permitirle comunicarse con los sistemas sensoriales de su armadura extrema.

Ni rastro de heridas.

—Talos —le habló una voz desde la oscuridad.

Se volvió para encararse a ella y sus manos fueron al encuentro de armas que ya no estaban allí, dondequiera que «allí» fuera.

El que le hablaba era un Amo de la Noche. Talos reconoció la armadura de forma instantánea, pues se trataba de su propia armadura.

Estaba delante de sí mismo en medio de aquella vacuidad, y se quedó mirando a su imagen acorazada con una expresión que rayaba en la furia.

—¿Qué locura es esta?

—Una prueba —respondió su reflejo, quitándose el casco. El rostro bajo el yelmo era y no era su viva imagen. Unos ojos de plata le devolvían su atenta mirada, y el rostro al que pertenecían tenía el centro de la frente marcado con una runa estilizada de repugnante devoción. La marca al rojo vivo estaba fresca aún, pues por la cara de su reflejo todavía corría sangre.

—Tú no eres yo —dijo Talos—. Yo jamás llevaría la marca de esclavo de los Poderes Siniestros.

—Soy lo que podrías ser. —Su imagen le sonrió, dejando al descubierto unos dientes tan plateados como sus ojos—. Si fueras lo suficientemente audaz como para liberar todo tu potencial.

«Y si no la quieres escuchar de mis labios, la tendrás que escuchar de mis aliados». Las palabras del señor de la guerra le volvieron a la memoria en ese momento, y le recorrieron la consciencia como la sangre corría por los extraños ojos de su reflejo.

—Tú no eres uno de los Poderes Siniestros —le dijo a la imagen que tenía ante sí —. No eres un dios.

—¿No lo soy? —le contestó su reflejo, sonriendo con indulgencia.

—Ningún dios sería tan burdo, tan poco sutil. ¿Pondrías los ojos sobre una única alma? Nunca.

—Poso los ojos sobre un trillón de almas a cada momento que pasa. Es la naturaleza de un dios el existir de tal modo.

Un pensamiento ominoso trepó desde las dudas de Talos hasta alcanzarle los labios.

—¿Es que estoy muerto?

—No. —El dios le sonrió de nuevo—. Aunque estás herido en el mundo de la carne.

—Entonces, ¿esto es la disformidad? Has sacado mi espíritu de mi cuerpo.

—Silencio. Vienen los demás.

Tenía razón. Otras figuras se manifestaron a su lado: una detrás, otra a la izquierda y otra a la derecha, y entre todas ocuparon los puntos cardinales alrededor de donde él se encontraba en la oscuridad. No fue capaz de centrar la vista en ellas. Cada vez que se daba la vuelta, no veía nada excepto a aquellas figuras en los lindes de su visión.

—Esto es lo que yo te ofrezco —dijo la primera figura, y le tendió una mano enguantada a Talos—. Eres de mente aguda y grande de visión. Sabes que tus ejércitos de hijos de dioses van a fracasar sin verdaderos dioses que los lideren. Tus dioses de carne han caído. Tus padres han sido asesinados. No crees en deidades, y es en esa impiedad donde yace la derrota.

—Tócame y morirás —le advirtió el astartes—. Lo digo en serio, falso dios. Si me tocas, vas a morir.

—Yo soy Slaa Neth. Yo soy el Sediento. Yo soy un dios, más de lo que jamás lo fue tu padre genético. Y esto es lo que te ofrezco —repitió la figura.

Talos…

● ● ● ● ●

… abrió los ojos en un campo de batalla.

Había conquistado un campo de batalla en cuerpo y alma. El enemigo, un ejército imperial, había quedado reducido a un cementerio de tanques desvencijados y de cadáveres que se extendían de un lado a otro del horizonte.

Se alzaba por encima de sus guerreros mientras estos se arrodillaban ante él, y sentía el placentero picor de algún nuevo estimulante químico de combate inundando sus venas. Estaba herido, pues de las grietas de su abollada armadura fluía un icor rojizo que le bajaba por la superficie de la coraza. Esas heridas, grandes desgarrones y rasguños en su carne abiertos al frío aire del campo de batalla, le dolían con un placer tan intenso que gritó su gratitud a las estrellas en lo alto.

¿Era eso lo que se sentía al ser un primarca? ¿Reírse ante unas heridas que matarían incluso a un astartes? ¿Sentir la guerra como una diversión mientras aplastabas a un millón de enemigos bajo el poder de ejércitos invencibles?

Quizá era eso lo que había sentido el Acechante Nocturno. Aquella emoción

exultante. Sus propias garras manchadas de sangre le abrieron unos cuantos desgarrones en la mejilla mientras se rascaba, y se echó reír ante aquel delicioso dolor. El sufrimiento en sí no era más que una broma para aquellos que jamás podrían morir.

—Príncipe Talos —le gritaban sus tropas—. Príncipe Talos.

No, no gritaban. Lo veneraban. Hacían reverencias y lloraban y rezaban por su atención. Esto…

• • • • •

—… no está bien —gruñó Talos—. El Acechante Nocturno nunca se alzó por encima de nosotros como un ser inmortal, perfecto. Estaba moribundo y maldito, y era más fuerte por todas las pruebas y agonías que tuvo que soportar. Así no es como él vivió —declaró, dándole la espalda a Slaa Neth—. Ni tampoco como viviré yo.

—Cyrion —sonrió la figura.

Talos jamás había sonreído así en su vida.

—¿Qué pasa con él?

El astartes entrecerró sus negros ojos y buscó de nuevo instintivamente unas armas que no estaban allí.

—Su alma ya ha sentido mis caricias. Tu hermano oye los miedos de todos los seres vivos. Es mi regalo para él.

—Él se resiste.

—Sólo en la superficie. Las partes de su mente que gritan en silencio se deleitan con el sonido de las almas llorando. Se alimenta del miedo. Él disfruta de lo que siente.

—Estás mintiendo —replicó Talos, pero la fragilidad de su convicción resultó evidente en aquel gruñido—. Desaparece.

La primera figura desapareció con una risa y quedó invisible para Talos, quien miraba ahora a la segunda. No se sorprendió de ver la imagen de otro Amo de la Noche. Su propia armadura lo miraba una vez más. Talos sintió como una sonrisa se arrastraba por sus labios ante esa imagen. Se trataba de su armadura al desnudo, con las reparaciones y las piezas recuperadas de otros astartes muertos sin pintar y los colores originales aún visibles. Su placa pectoral todavía era del profundo azul de los Ultramarines. La greba de la armadura tenía el regio color amarillo de los Puños Imperiales, y la musiera acoplada a ella era del bronce balístico del diezmado capítulo de los Confesores de Acero. El despliegue arlequinesco de colores pertenecientes a diferentes capítulos era lo que conformaba la armadura de la figura, y Talos se perdió en los recuerdos de dónde y cuándo había tomado cada pieza. Ni siquiera había pensado en la mayoría de ellas durante años. Décadas, incluso.

La hombrera que le había arrancado al cadáver de un veterano de los Puños Carmesíes era un recuerdo especialmente satisfactorio. Se habían enfrentado cara a cara, en un combate poco sofisticado de furia contra furia, de unos guanteletes que le agrietaban la armadura al otro, hasta que Talos fue capaz de aplastarle la laringe a su oponente. Cuando por fin el astartes leal al Imperio se asfixió hasta perder la consciencia, Talos le rompió la columna vertebral y le abrió el cráneo contra el casco del Land Raider de la Primera Garra que lo esperaba. Cuando el puño carmesí murió por fin, el Amo de la Noche dejó que su cuerpo cayera al suelo.

Era extraño cómo los siglos le afectaban a la memoria. Antes creía que su memoria era casi eidética. Ahora se daba cuenta de que había olvidado los tres minutos de pelea más feroces de toda su vida.

La segunda figura se quitó el casco y mostró un rostro que era su viva imagen, a excepción del curvilíneo símbolo tatuado en una de sus pálidas mejillas.

—Me conoces —dijo la segunda figura, y tenía razón.

Talos la conocía. Pudo reconocer la cadencia levemente condescendiente del discurso del hombre, al igual que el aroma asquerosamente dulzón que surgía de su armadura. El mismo olor que emanaba del Elevado.

—Eres el Forjador de Destinos —dijo Talos—. Vandred es uno de tus esclavos.

La figura asintió. Sus ojos eran una réplica perfecta de los de Talos.

—Él es uno de los míos. Un campeón de mi causa, un beneficiario de mis dones. No un esclavo. Su voluntad le pertenece.

—Yo no lo veo así.

—Piensa lo que quieras. Él posee cierto valor para mí. Tú, por otro lado, podrías ser mucho más valioso.

—No me interesa el…

• • • • •

»… poder.

Esa fue la primera sensación que atronó en sus corazones gemelos, como si impulsasen la fuerza misma a través de su cuerpo con cada doble latido. Aquello no era el risible poder de la inmortalidad y el placer despreocupados, sino algo mucho más familiar en su conjunto. Volvió la cabeza para dirigirse a los demás en el interior de la cubierta de mando.

Los Atramentar, los ocho al completo, estaban arrodillados ante él. Más allá de ellos, la tripulación del puente de mando trabajaba en sus puestos de control; cada uno de los humanos acompañado de un servidor auxiliar y todos trabajando con diligencia.

Hizo un ademán a los exterminadores que se postraban ante él.

—Levantaos.

Se levantaron y ocuparon sus posiciones a los flancos de su trono.

Tan claro como el sonido de su propia respiración en el interior del casco, tan real como su propia visión bañada de rojo, sintió con súbita certeza que uno de los Atramentar iba a hablar. Sería sobre el castigo del Elevado.

—Señor —le dijo con voz gutural Abraxis, el guerrero Atramentar más próximo al trono—. El Elevado espera vuestro juicio.

Supo entonces, incluso antes de que empezara a hablar, que el Elevado sucumbiría bajo treinta y ocho ciclos nocturnos de tortura física y psíquica. Los Atramentar podrían encargarse de lo primero. El mismo Talos se encargaría de lo último.

—Recordad mis palabras, hermanos —dijo Talos—. No resistirá cuarenta noches bajo nuestras atenciones.

Los ocho exterminadores asintieron, a sabiendas de que decía la verdad, a sabiendas de que lo había previsto en los vientos del destino.

—Nos encontramos a una hora de nuestro destino, mi señor —dijo uno de los oficiales mortales del puente. Talos cerró los ojos y sonrió ante las imágenes que vio impresas en su mente.

—Cuando regresemos al espacio real, busca los rastros de los motores de tres cargueros y usa la tercera luna como escudo contra los ecos de sus auspex. Inutilízalos con rapidez y prepara a la Primera, Segunda y Tercera Garras para los abordajes.

Comenzaron los susurros. Pensaban que él no podría oírlos; los susurros sobre su nuevo poder, sobre la fuerza en alza de la Décima Compañía. Pues que lo adulasen con susurros. Talos no precisaba de alabanzas descaradas.

Talos se relajó en el trono de mando y dejó divagar sus pensamientos en la infinitud de lo que estaba por llegar, sintiendo las hebras del destino igual que si fueran un millar de hilos bajo las yemas de sus dedos. Cada hebra conducía a un posible futuro que se representaba ante sus ojos simplemente concentrándose por un instante. El futuro…

● ● ● ● ●

—… no está escrito. —Tomó aliento y se sintió desnudo sin su armadura, a la par que devorado por la creciente ansia de matar a esas apariciones que tenía delante—. Soy un vidente y sé que el sendero del futuro lo oscurecen decisiones todavía por tomar.

Su reflejo, con su armadura canibalizada, hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Te puedo ofrecer la visión secreta que cualquier mortal debe tener para poder penetrar las tinieblas.

—Mi segunda visión es pura. —Talos escupió en la pechera de la parcheada

armadura, donde, muy a su pesar, el águila imperial seguía brillando sin que la hubieran profanado—. Acarreas la pérdida de la cordura. Vete.

Se volvió hacia el tercero y percibió un zumbido que sintió casi de forma táctil, casi correteándole por la piel. Una nube de moscas cubría la armadura de la tercera figura. Eran gordas y de color rojo sangre, aunque a través de aquella masa de criaturas repugnantes que pululaban por la superficie de la armadura formando una marea ondulante y aleatoria se distinguían de vez en cuando algunos retazos de color azul.

La figura no llevaba casco. La cara era su propia cara, pero plagada de úlceras hinchadas y de cortes infectados. La figura negó con la cabeza y habló con los gruñidos de una bestia ahogándose a través de unos labios agrietados de entre los que surgía un fluido poco espeso de color naranja.

—Me han invocado aquí, pero tú jamás serás uno de mis campeones —le dijo—. No me sirves, y tampoco tienes deseos de portar el poder que ofrezco.

Talos se centró en el primer punto que ofrecía cierta coherencia en toda aquella estúpida locura.

—¿Quién te ha invocado?

—Uno de los tuyos tejió sus plegarias en el noespacio a cambio de un parpadeo de mi atención. Era un magus que le suplicó a la disformidad.

—¿Un astartes? ¿Un Amo de la Noche? ¿Un humano?

La figura se desvaneció, llevándose consigo su rancio hedor al olvido cuando se marchó.

—¿Quién te invocó? —le gritó Talos a la oscuridad.

Cuando el silencio fue la única respuesta, se volvió hacia la cuarta y última figura, que sólo apareció realmente una vez hubo completado aquel movimiento.

Esta última mostraba la mayor desigualdad con respecto a la propia imagen de Talos, y ya sólo eso hizo que el Amo de la Noche torciese la boca en una mueca de desprecio. Esta figura, al contrario que las demás, se movía como si no pudiera estarse quieta. Pasaba el peso del cuerpo de un pie a otro, encorvada como una bestia a punto de saltar, con el aliento sibilando a través de los altavoces del casco.

La armadura en sí misma era roja, del rojo de la sangre más oscura, ribeteada de un bronce tan mugriento que parecía tan poco lustroso y pobre como el cobre. Seguía siendo su armadura, pero le faltaban sus trofeos de siempre y mostraba los daños de combates recientes, que al igual que las superficies repintadas y las modificaciones de bronce la convertían en una imagen inquietante. Ver su posesión más preciada tan deformada…

—Más te vale que valga la pena —dijo Talos con los dientes apretados.

La figura se llevó las temblorosas manos al casco y se lo quitó. Su cara mostraba un amasijo de cicatrices, quemaduras e implantes biónicos que enmarcaban una ancha sonrisa malévola.

—Yo soy Kharnath —gruñó a través de su sonrisa llena de dientes afilados.

—Conozco ese nombre.

—Sí. Tu hermano Uzas lo grita cuando toma cráneos para mi trono.

—¿Es uno de tus esclavos?

Talos fue incapaz de apartar la mirada de su cara. La mitad de la cabeza había sido reemplazada por una placa biónica que estaba cubierta de manchas de aceite y que se fundía a la carne viva e inflamada. La piel que le quedaba estaba arrugada y mostraba un aspecto desigual debido a las quemaduras, o se encontraba oscurecida por diversos cortes mal curados que debieron de ser unas heridas terribles si habían sido capaces de superar la fisiología regenerativa astartes, mejorada genéticamente.

Lo más exasperante de todo era la forma en la que se balanceaba, jorobado y simiesco, con la misma sonrisa de mirada perdida que Uzas mostraba cuando intentaba mantener la atención en una conversación difícil.

—Sangre y almas —resolló—. Sangre para el Dios de la Sangre. Almas para el Devorador de Almas.

—¿Acaso Uzas es tu esclavo? Contéstame.

—Todavía no. Pronto. Pronto se alzará como campeón entre mis guerreros. Pero no ahora. Todavía no.

—Quienquiera que te haya invocado para ganarme a tu causa ha perdido el tiempo.

—Nos queda poco tiempo. —La figura seguía sonriéndole—. Y tengo muchas visiones que mostrarte.

Talos tenía más insultos que escupirle, más rechazos que expresar, pero de repente se encontró con que no podía hablar. Se le bloquearon los pulmones, y fue como si se le hubieran convertido en unas losas de piedra que se estremecían debajo de sus costillas fusionadas. El momento fue un eco salvaje del instante en que había sido envenenado, y lo asaltó la misma sensación al tiempo que la carne de su cuerpo se estremecía, robándole el aliento. Sin embargo, esta vez, mientras caía de rodillas, sus resuellos ya no eran maldiciones, sino risas.

El guerrero sangriento se desvanecía. Talos supo que, en el mundo de la carne, sus pulmones estaban purgando la corrupción que lo había traído allí.

—Contempla mis dones —le insistió Kharnath, ya desesperado, con una voz feroz por la impaciencia—. Contempla la fuerza que te ofrezco. ¡No dejes pasar esta oportunidad única!

—Vuélvete al infierno.

El Amo de la Noche le sonrió a través de los dientes ensangrentados y vomitó una vaharada de niebla negra en la nada.

● ● ● ● ●

Talos abrió los ojos otra vez.

Se sintió vulnerable de inmediato. Estaba boca arriba. Tendido en el suelo.

Reconoció el techo cubierto de marcas del comedor a través del filtro rojo de la imagen de su visor, y su retícula de objetivo enmarcó a tres figuras que se alzaban sobre él. No sabía quiénes eran o qué indicaba su presencia. Los tres eran simples mortales vestidos con túnicas oscuras que estaban cubiertas de marcas con símbolos blasfemos y que se apartaron tan pronto como recuperó la consciencia.

—Visión rapaz —dijo, lo que enmascaró aún más sus vagas identidades, reducidas a una intensa imagen borrosa de rastros térmicos.

El primero murió tan pronto como Talos se levantó y estrelló el puño en la cara del humano. El Amo de la Noche sintió como cedía la cabeza del hombre con el crujir seco de la dislocación de sus huesos craneales, y el cadáver salió despedido sin emitir ningún otro sonido. Ya había alcanzado a la segunda figura con túnica antes de que la primera golpease el suelo cubierto de escombros, y cerró los guanteletes alrededor de su frágil cuello, lo que provocó varios chasquidos húmedos cuando lo retorció. Los ojos del mortal casi se salieron de las órbitas mientras un sonido como de ramitas secas partiéndose reverberó en el aire. Una vez que la cabeza del hombre cayó hacia atrás, y tras varios segundos de divertida observación, Talos dejó caer el cuerpo.

La tercera figura estaba intentando escapar por una serie de puertas dobles que conducían a las profundidades del complejo penitenciario. El Amo de la Noche la alcanzó con tres rápidas zancadas y agarró aquel borrón calorífico a la fuga. La mancha térmica gritó en sus manos.

Ni siquiera había empezado a hacerle daño. Todavía no.

Talos levantó del suelo al miasma borroso de colores rojos y amarillos y desactivó la visión rapaz. Su visión natural se encontró con una cara humana, masculina, de mediana edad y sollozante.

—¿Es que te vas? —preguntó con voz gutural el astartes a través de sus altavoces.

—Por favor, por favor, no me mates —sollozó el hombre.

Talos percibió a través de los receptores olfativos del casco el incienso empalagoso de la túnica del mortal y el agrio hedor de su aliento. Estaba infectado con… algo. Había algo dentro de su cuerpo. Un cáncer, quizá, que le devoraba los pulmones… Corrupción. Apestaba a corrupción.

Talos dejó que el hombre mirase fijamente al cadavérico rostro impasible de su casco durante varios latidos de su mortal y aterrorizado corazón. «Deja que aumente el miedo. —Eran las palabras de su padre genético, las enseñanzas de la VIII Legión —. Muéstrale a la presa lo que puede hacer el depredador. Muéstrale que la muerte está cercana. La presa quedará subyugada a tu voluntad».

—¿Deseas unirte a tus amigos en la muerte? —le espetó, a sabiendas de que los altavoces del casco transformaban su amenaza en un ladrido mecánico.

—No, por favor. Por favor. ¡Por favor!

Talos se estremeció involuntariamente. Súplicas. Siempre había pensado que

suplicar era algo particularmente repulsivo, incluso desde que era niño, en las pandillas callejeras de la colmena Atra en Nostramo. Mostrarle ese nivel de debilidad a otro ser…

Con un gruñido salvaje, pegó la cara del hombre que lloraba y suplicaba contra la fría parte frontal de su yelmo. Las lágrimas brillaron sobre la ceramita. Talos sintió que el espíritu máquina de su armadura se revolvía ante aquella sensación nueva, igual que una serpiente de río que culebrease en un profundo cenagal. Se despertó otra vez para alimentarse de la pena y del miedo del mortal.

—Dime el nombre de tu señor —gruñó el Amo de la Noche.

—Ru… Ruv…

Talos le rompió el cuello al mortal y salió corriendo de la estancia.

Ruven.

• • • • •

Ruven reprimió las ansias de encogerse ante la mueca de desagrado del señor de la guerra.

Las garras de Abaddon arañaron la hombrera del hechicero de forma no muy cariñosa, desgarrando el pergamino de juramento que estaba unido a ella. Varias tiras del tejido consagrado cayeron con suavidad al suelo, flotando pacientemente bajo el aliento de un viento invisible.

—Se ha despertado pronto. —Abaddon repitió las últimas palabras que Ruven había pronunciado.

—Sí, mi señor de la guerra. Además… —Ruven odió tener que añadir aquello—, ha matado a mis acólitos.

Abaddon gorgoteó una carcajada a través de su boca con colmillos.

—Era un guerrero de los Amos de la Noche antes de que llegaras a mi legión, y a pesar de eso, sus actos te sorprenden todavía.

Ruven inclinó su yelmo con rayos pintados sobre la ceramita negra. Estaba tanto intrigado como confundido por la retórica declaración del señor de la guerra.

—Sí, mi señor de la guerra.

—Eso hace que tu negligencia sea para mí el doble de sorprendente.

Abaddon y Ruven se encontraban en la planta inferior del complejo penitenciario, supervisando la marcha andrajosa de los convictos hacia la nave de esclavos, que tenía forma de proyectil ensanchado para disponer de una amplia capacidad de carga y que los esperaba posada sobre la polvorienta llanura roja que se extendía a los pies de la montaña que albergaba la prisión.

Varios sirvientes de la legión, unos cuantos servidores y la voluminosa forma de los astartes con armaduras de color negro dirigían la columna de convictos. De vez en

cuando propinaban alguna paliza o, en unos pocos casos, realizaban ejecuciones si el júbilo que alguno de los convictos sentía al verse libre lo llevaba a intentar escapar.

Unos acólitos con túnicas, vestidos de forma idéntica a los humanos que Talos había asesinado tan sólo unos minutos antes, caminaban al lado de la columna buscando hacer prosélitos mientras proclamaban la gloria del señor de la guerra, el falso gobierno del Trono Dorado, las abominaciones cometidas en el nombre del Emperador por sus ejércitos, así como lo inevitable que era la caída del Imperio en nombre de la justicia. Varios de aquellos sacerdotes aullaban a los miles de prisioneros en una serie de lenguas que eran poco más que jerigonzas desconocidas para todos excepto para los siervos favorecidos de los Dioses Oscuros, quienes buscaban cualquier señal de reconocimiento en los ojos de los convictos con la esperanza de toparse con un individuo al que el Caos ya hubiese corrompido, y apartar a ese hijo bendecido por los Poderes Siniestros de la carne de cañón que constituían los mugrientos regimientos de esclavos que se formaban a partir de la población reclusa del mundo prisión.

Solace quedaría despojada de toda vida antes de que se alzara el sol.

El hechicero, Ruven, siguió sin decir nada.

—De todas formas, tus acólitos no valían para nada —le dijo Abaddon—. Escucha cómo berrean estos predicadores sobre la indignidad del falso emperador. Toda esa teatralidad, ¿para qué? El Imperio traicionó a todas las almas de este mundo. Rechazadas, odiadas y olvidadas simplemente por el pecado de vivir sus propias vidas tal y como ellos habían elegido. Todos estos hombres no necesitan más ideología que saber que se les va a dar la oportunidad de vengarse del Imperio mediante el derramamiento de sangre.

—Si mi señor de la guerra no aprueba los métodos de los acólitos que he adiestrado…

—¿A ti te parece que los apruebo?

—No, mi señor de la guerra.

—Déjate de rodeos, Ruven. ¿Dónde está ahora el profeta de los Amos de la Noche?

Ruven cerró los ojos y se llevó una de las manos cubiertas por guanteletes a un lado del yelmo, como si intentase captar un sonido lejano.

—Ahora mismo se abre camino hacia la plataforma de aterrizaje, mi señor de la guerra.

—Bien. —Los cascos de astartes empalados en los expositores de trofeos del Saqueador castañetearon al unísono cuando Abaddon se volvió hacia el hechicero—. Fuiste un estúpido al dejar que tus acólitos se quedasen tanto como lo hicieron.

—Lo fui, mi señor de la guerra. Sus cánticos eran necesarios para mantener la visión, pero el profeta vomitó las toxinas antes de lo que cabía esperar.

—¿He de suponer que se resistió a tus intentos de conversión? —La voz de Abaddon delató la poca fe que había tenido en la idea desde el principio.

—Rechazó a los Oscuros, mi señor de la guerra. En su propia cara. Y no fue una conjuración menor; invoqué reflejos de los Cuatro Poderes. Un pequeño riachuelo de la energía de los vientos de la disformidad para que cada uno de ellos le ofreciera sus dones.

Los símbolos blasfemos que Abaddon llevaba marcados en la carne ardieron y le escocieron con una intensidad enloquecedora.

—¿Qué fue lo que vio? ¿Qué le resultó tan fácil de rechazar?

—No lo sé, mi señor de la guerra. Pero todo fue una visión auténtica. Sentí la presencia de los Cuatro. Un vistazo momentáneo de su atención, si me lo permitís.

Abaddon se rio para sus adentros, aunque el sonido no tenía ni una pizca de humor.

—Grotesco y nada sutil, aunque sumamente entretenido.

—Sí, mi señor de la guerra.

—Regresa a la órbita, Ruven. Tu tarea aquí ha concluido.

El hechicero vaciló y agarró con fuerza su báculo, creado a partir de los huesos fusionados de un alienígena tiránido.

—¿No deseáis que intercepte al Amo de la Noche y lo intente de nuevo?

Abaddon se quedó contemplando la columna de humanos que tenía delante, donde uno de sus astartes de la Legión Negra arrastraba fuera de la cola a un prisionero que gritaba. Con un solo mandoble de espada, la cabeza del humano salió despedida de sus hombros.

—Lo han hecho sentirse vulnerable, y su legión parece ser incluso más débil a su juicio. Las grietas que ya existen en su determinación no tardarán en abrirse del todo. Todo esto no gira en torno a tratar de convertir de golpe a ese cabrón puritano. Ha sido simplemente el primer movimiento de una partida mucho más larga de regicida.

—¿Debo informar al Elevado de nuestro fracaso?

Abaddon sonrió ampliamente.

—¿Nuestro fracaso?

—Mi fracaso, señor de la guerra.

—Mucho mejor. No, yo mismo hablaré con el Elevado y le informaré de que su vidente mascota ha sobrevivido incólume. Vandred fue un estúpido al pensar que ocurriría tan rápido.

—Entonces, haré como me ordenáis, mi señor de la guerra.

Abaddon ni siquiera le contestó. Tal obviedad no precisaba de un gesto de confirmación. En vez de eso, se volvió, y en sus feroces rasgos apareció durante un momento un gesto de irritación.

—Al menos mataste a los esclavos, ¿no?

El Elevado había ganado la batalla orbital para mayor gloria de Abaddon en menos tiempo del que este había planeado. Lo menos que podía hacer para compensar al comandante de los Amos de la Noche era un pequeño favor como aquel.

—Acaba con los esclavos a bordo de la Thunderhawk —le había pedido el Elevado —. Pero no permitas que lo ocurrido se relacione con ninguna de las dos legiones.

—Lo que quieras, hermano —le había contestado Abaddon—. ¿Qué motivos tienes para hacer que esto parezca un accidente sin sentido?

El Elevado había sonreído al oír que lo describía de esa forma.

—Un motivo insignificante, pero necesario. Eliminar a los aliados de un rival en potencia. Mi profeta está reuniendo todos los recursos que puede. No me va a usurpar el puesto de comandante.

Abaddon lo encontró bastante curioso. Las garras del Elevado tenían que estar limpias de ese asesinato. Resultaba divertido ver cuán sutiles podían ser los Amos de la Noche cuando querían.

—Envié a cincuenta prisioneros, mi señor —dijo Ruven—. Invadieron su Thunderhawk, y los guerreros de los Amos de la Noche regresaron a la órbita en una de nuestras propias naves.

—Cincuenta. —«Qué deliciosamente excesivo»—. ¿Contra cuántos?

—Dos esclavos.

Abaddon hizo un gesto de asentimiento y se dio la vuelta para mirar otra vez las columnas de convictos liberados. Cincuenta contra dos y el crimen perpetrado sin culpable aparente.

Al menos algo se había hecho bien.

• • • • •

Talos había sido incapaz de contactar con cualquiera de los demás miembros de la Primera Garra por el comunicador, y tampoco lo había conseguido con la *Negrura* o con el *Pacto de Sangre*. Sospechaba que había interferencias, aunque no se le ocurrió cuál podía ser el motivo. Matarlos a todos allí abajo no tenía ningún sentido, pues la Legión Negra no ganaría nada con ello. Si bien Abaddon tenía mil defectos, y el exceso de confianza se encontraba en el primer lugar de la lista, no era ningún necio.

Su comprensión de la perspicacia táctica había aumentado notablemente a lo largo de los siglos.

Por otro lado, nada de lo que hiciera la Legión Negra era especialmente predecible. «Hubo una vez —pensó Talos—, en que ellos fueron los mejores de todos nosotros».

Los poderosos también caen.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, miró con atención a los cuerpos desparramados por la plataforma de aterrizaje. No le llevó mucho tiempo darse cuenta de que habían sido destrozados por los disparos de bólter pesado. La atención de Talos se fijó de inmediato en la Thunderhawk, silenciosa sobre su gris y engarfiado

tren de aterrizaje y cuya rampa de desembarco estaba bajada. En el casco azul se veían vetas negras de metal retorcido y quemado allí donde se habían empleado explosivos para destruir los sistemas hidráulicos de la rampa. Era evidente que los convictos estaban extremadamente bien equipados.

Talos ya estaba avanzando mientras observaba todos aquellos detalles haciendo crujir carne y huesos bajo sus botas, con la espada y el bólter preparados.

—Nnnngh —gimió uno de los cadáveres cercanos.

Talos no aminoró la marcha. Echó un vistazo al ensangrentado despojo humano de dientes negros y le reventó la cabeza con un único proyectil de bólter. El eco del arma resonó por el casco de la Thunderhawk.

—Septimus —transmitió.

La respuesta que recibió no le agradó en absoluto.



LOS CAZADORES CAZADOS

Se habían apoderado de ella y se la habían llevado.

Habían profanado la *Negrura* con el nauseabundo hedor a pánico de los mortales; habían hecho pedazos a Septimus y se habían llevado a Eurydice.

Talos envainó la espada, se ancló el bólter al muslo y se acuclilló al lado del trono de mando donde Septimus yacía inerte. Un oscuro rastro de sangre a lo largo del suelo mostraba por dónde se había arrastrado el esclavo. Estaba casi tendido sobre el trono del piloto, desmadejado como una marioneta a la que hubiesen cortado los hilos, convertido en una masa de heridas sangrantes, extremidades rotas y huesos fracturados.

Todavía respiraba. Talos no estaba seguro de cómo aquello era posible.

El Amo de la Noche apartó el cadáver de un convicto de una patada, se quitó el casco y se arrodilló al lado de su sirviente. El olor penetrante de la sangre derramada y el apestoso hedor a muerte reciente le asaltaron el sentido del olfato. Septimus tosió unas cuantas gotas de sangre fresca a través de los labios partidos y se volvió para mirar al astartes.

—Se la han llevado —le dijo con voz sorprendentemente clara—. Mi amo, lo siento, no puedo ver. Se la han llevado.

Talos cogió una jeringuilla y un rollo de vendas de piel sintética autoadhesiva del narthecium que llevaba acoplado al muslo. Ese equipo no era más que una pálida sombra de las herramientas de apotecario que había poseído antaño, pero estas se habían perdido hacía ya una era, en un mundo sin nombre años después de que la Gran Herejía dividiera la galaxia.

Lo primero que hizo fue inyectar una combinación de coagulante, calmantes y plasma astartes en el muslo de Septimus. Lo segundo fue vendar lo que quedaba del rostro de su esclavo.

—Se la han llevado —repitió una vez más Septimus mientras lo vendaba alrededor de los ojos.

—Lo sé. —Talos se puso de pie de nuevo tras aplicar aerosol desinfectante en las heridas abiertas de las piernas, el torso y los brazos del mortal. Redujo los tajos más profundos mediante torniquetes y dejó los vendajes al alcance de Septimus, sobre la consola de control—. Tienes que ponerte el resto tú solo. Los vendajes están al lado de las palancas elevadoras secundarias.

—Sí, amo.

—Han utilizado explosivos para volar la puerta de la rampa principal —dijo, y no era una pregunta.

—Sí, amo.

—Entendido. Descansa, Septimus.

—No veo nada —repitió el esclavo. Su voz aún era fuerte, si bien ya había empezado a dar cabezadas al sentir los efectos tanto de la conmoción como del contenido de la jeringuilla, que empezaba a actuar sobre los órganos—. Me han arrancado los ojos.

—Te han arrancado uno de ellos. En el otro tienes heridas, pero no lo has perdido —le respondió Talos mientras estudiaba a los cadáveres.

Iodos ellos habían caído muertos por los disparos de una pistola láser o por los feroces tajos del machete que Septimus se había llevado de su mundo salvaje. Los dos sirvientes habían luchado como tigres antes de ser superados; la evidencia de su coraje estaba por todas partes, mutilada y silenciosa en la muerte.

—Si no puedo ver… —Septimus reposó la cabeza contra el respaldo del trono—, no podré pilotar la cañonera de vuelta al *Pacto*.

—Eso no importa, ahora mismo. ¿Sabes lo que le ha pasado a la Primera Garra?

El esclavo tragó saliva, y el sonido fue espeso y húmedo.

—Volvieron a órbita. En una Thunderhawk de la Legión Negra.

Talos resopló con los dientes apretados. Una trampa nada sutil en la que, sin embargo, todos habían caído por completo.

—Calla —le dijo a Septimus—. No te muevas.

—¿Vais a por ella?

—Dije que te callaras.

—Que cacéis bien, mi señor.

—Siempre.

Talos, astartes de la Primera Garra de la Décima Compañía de la VIII Legión, se dirigió, airado, a las puertas de la cabina. Empuñó la espada de energía con una mano y con la otra se puso otra vez el casco, cuya visión de búsqueda de objetivos tiñó su propia visión de un rojo asesino. El guerrero inhumano le dijo cuatro palabras a su esclavo herido por encima del hombro, una promesa que emergió como un gruñido mecánico de su casco a imagen de una calavera.

—Volveré dentro de poco.

• • • • •

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que el cazador había actuado con tanta decisión.

Se dio cuenta de que era demasiado tiempo. Había perdido las riendas de su propia pureza, había hecho caso omiso del sencillo poder que implicaba ser fiel a la naturaleza de uno mismo.

Notó como sus instintos bullían de vida en cuanto sus corazones gemelos empezaron a latir con mayor rapidez. Corría con las botas de su segunda piel de ceramita golpeando con fuerza la cubierta de metal. Aquel sonido de alarma fue algo que agradeció, ya que sonaba de un modo semejante a unos tambores de guerra tribales, a los amenazadores latidos de un dios encolerizado. El cazador no se iba a esforzar en disimular que se acercaba. Que los enemigos supieran que la muerte iba a por ellos.

Se desplazó por el complejo penitenciario de pasillo en pasillo, sin fiarse del ascensor para desplazarse y poniendo toda su te en la fuerza de su propio vigor renovado. Mientras corría a toda prisa, cayó en la cuenta de que, durante la hora siguiente al momento en que lo habían envenenado y de haberse despertado de la visión a la que lo habían inducido mediante la hechicería, su cuerpo se había visto sometido a un tremendo aletargamiento. Esa debilidad ya había desaparecido, eliminada con un sencillo flujo de adrenalina.

«Eurydice». Malditos fueran por llevársela, y maldita fuera la Legión Negra por preparar aquella trampa tan pueril y mezquina. Ella tenía que ser la navegante del *Pacto*. Talos no iba a aceptar nada que no fuera eso, y menos después de ver de forma tan clara en su visión que la encontraría en la superficie de los restos de Nostramo.

Se internó más y más hacia el interior del complejo, y corrió con un placer sin restricciones debido a los estimulantes de combate que le hormigueaban en la sangre. El espíritu máquina de su armadura ansiaba aquella caza. Su tenue consciencia estaba viva y compartía su júbilo. Ambos necesitaban esa persecución.

En la esquina del visor llameó una runa que le llamó la atención. El numeral «8» nostramano. Latía con sus propias pulsaciones y mostraba una lista de los signos vitales y la distancia desde su posición con señales de un rojo apremiante. La cirugía que bloqueaba el ojo disforme de Eurydice con una pequeña placa de hierro no era la única modificación que los servidores de la Legión le habían hecho a la navegante. Tenía una baliza localizadora implantada en la garganta que indicaba su posición, mediante chasquidos, a cualquier guerrero de los Amos de la Noche sintonizado con su frecuencia. Un implante habitual para los esclavos de la VIII Legión.

Le llevó exactamente seis minutos y treinta y un segundos llegar hasta las cámaras del generatorium del vestíbulo. Casi siete minutos de carrera a través de corredores mudos e inertes, de dejar atrás celdas vacías, así como unos cuantos pasillos todavía

cargados con la sudorosa carne mortal de los convictos que esperaban a que los condujeran a las naves de esclavos. Algunos de ellos se le habían acercado, confundiéndolo con alguno de sus salvadores de la Legión Negra. El cazador respondió a su pleitesía con mandobles de espada sin dejar de correr mientras lo hacía, sin permitirse aminorar la marcha para acabar con sus irritantes blasfemias. Gritos iracundos y asustados lo seguían a su paso cada vez que su espada cantaba. Aquellos gruñidos y aullidos bestiales, semejantes a los de los animales conducidos al matadero, presas del pánico debido a la presencia de un depredador mayor, casi provocaron una sonrisa en sus labios. El cazador intentó no sonreír, a pesar de que sus meras existencias lo divirtieran. Tan débiles. Tan asustados.

Seis minutos y treinta y un segundos después de que hubiera abandonado la Thunderhawk en la plataforma de aterrizaje, Talos llegó al vestíbulo. Al ser capaz físicamente de sobrevivir a la caída, se precipitó desde los tres últimos pisos tras desgarrar de par en par una puerta cerrada y saltar a la oscuridad del hueco del ascensor. Aterrizó con un estruendo resonante que hizo eco a lo largo de las cámaras de acceso a los pisos del generatorium.

Sin perder ni un segundo, Talos retomó la carrera y corrió a través de la sala de control vacía. Varios ventanales ocupaban toda una pared y daban a una vasta caverna abovedada que albergaba los generadores, que no dejaban de chirriar y chasquear, y que se encargaban de proporcionar energía a todo el complejo penitenciario que se levantaba por encima de ellos. Cada uno de los veinte generadores tenía cinco pisos de altura. Eran unos edificios de pistones que no cesaban de martillear, de engranajes quejumbrosos y de vibrantes unidades de células energéticas incrustadas a los lados, igual que si fueran las escamas de alguna especie de bestia reptiliana. Los pasillos y pasarelas que atravesaban aquella ciudad en miniatura estaban iluminados con el rojo relampagueante de las luces de emergencia.

Se le distorsionó la visión con líneas disruptivas ondulantes que danzaban a lo largo de sus imágenes retinales. Las runas se torcían y se desvanecían. Era debido a la distorsión eléctrica, que se estaba produciendo en grandes cantidades y le anulaba los receptores de información del casco.

Era demasiada energía. Talos escaneó la sala de control, con la capacidad suficiente como para albergar a treinta trabajadores o más, aunque en ese momento estuviese completamente vacía de todo personal. «¿Escudos de vacío?». Tanta energía no podía ser simplemente para iluminar la torre de multitud de pináculos que se alzaba allí arriba. Aquellos generadores debían de abastecer también de energía a los escudos de vacío que servían para defenderse de los bombardeos orbitales o de los impactos de meteoritos.

¿Defender de la muerte una fortaleza llena de criminales que, de todas formas, estaban esperando a ser ejecutados?

«Ah, la despreciable ignorancia del Imperio de la Humanidad».

Anatema descargó una salva de proyectiles de bólter que impactaron en un

amplio abanico a lo largo de las consolas de control que tenía delante.

Se le aclaró la visión. Cayó la oscuridad. Y, por fin, se hizo el silencio.

No fue un proceso inmediato. Al principio, la oscuridad se vio rota por los chispazos moribundos de las consolas destruidas, que iluminaron las tinieblas igual que si fueran rayos de tormenta. Cuando las consolas de control destruidas centellearon por última vez, su visión se estabilizó al tiempo que caía la oscuridad. Una oscuridad total y absoluta, tan sólo imaginable por aquellos que pasaban la vida sin ver jamás el sol.

Fue entonces cuando se hizo el silencio. Las torres generadoras tardaron casi un minuto en apagarse por completo. Quedaron convertidas en unos grandes armatostes carentes de toda utilidad y cuya voluntad había muerto sin la guía de las consolas de control. Los sistemas de seguridad aullaron al activarse en el interior de la sala de observación, y las luces rojas de emergencia se encendieron de inmediato. Talos vació el resto del cargador en el puesto de control de los sistemas de seguridad y le dio la espalda a la explosión resultante.

Se hizo la oscuridad una vez más. Las torres del generador chirriaron, chasquearon y se quejaron lentamente al apagarse durante el transcurso de cuarenta y seis segundos y, entonces, para alivio suyo, reinó el silencio en la ciudad autosuficiente del generatorium.

Talos atravesó de un salto el cristal de las ventanas de la sala de control, cayó veinte metros y aterrizó sin ningún problema en el suelo del piso inferior con un estrépito tremendo de ceramita sobre acero. Miró a través de las tinieblas, escuchó atentamente el silencio y simplemente susurró tres palabras.

—Visión de presa.

● ● ● ● ●

Indriga no estaba asustado.

Estaba, sin embargo, perdiendo la paciencia. Los demás empezaban a ponerse nerviosos, ya que se habían apagado todas las luces y se habían desactivado por completo las torres generadoras. La chica ya no se resistía, pero aquello apenas suponía un alivio. Ya había arrancado trozos de carne a Edsan y a Mirrick con las uñas y la boca, e Indriga sospechaba en su fuero interno que aquella perra peligrosa sencillamente estaba esperando al momento oportuno para actuar de nuevo.

Los cuatro hombres estaban petrificados en la oscuridad, entre dos torres que se estaban terminando de apagar. Habían oído el estrépito de los cristales destrozados incluso por encima de los gemidos moribundos de las torres.

Activaron las lámparas de mano, e Indriga y Edsan encendieron las linternas que llevaban acopladas a las escopetas que les habían robado a los guardias asesinados en

la prisión.

La chica gimió y tosió con la fuerza suficiente como para hacer que Indriga se sobresaltara.

—Haz que se calle —susurró—. Y mantén la puñetera luz apuntada hacia el suelo.

Edsan obedeció bajando el arma que había hurtado para que el foco no enfilase las avenidas que se extendían entre las torres.

—Te acabas de cagar en los pantalones, Indri. Te he visto saltar como si te hubieran pegado un tiro.

No había burla en el tono de Edsan. Más bien era pánico.

—No estoy asustado —le respondió Indriga con un susurro—. Y tú baja la puñetera voz, por el puto Trono.

Al principio, Edsan no contestó. Indriga parecía claramente asustado, y eso era una muy mala señal. Indri era un criminal de colmena como la mayoría de ellos, pero su piel estaba ennegrecida por las listas tatuadas que detallaban a cuántos había matado, así como sus creencias blasfemas. Uno no adquiría semejante tamaño sin haberse desarrollado en un tanque de crecimiento o sin que algún matasanos fanático de los implantes lo hubiera troceado y ensamblado de nuevo, eso estaba claro.

Finalmente, los nervios pudieron con él, y volvió a hablar.

—Indri. Somos cuatro, ¿verdad? Eso es bueno, ¿a que sí?

—Sí.

Edsan tenía la clara sensación de que Indriga no lo estaba escuchando ni en lo más mínimo. Aquello no era nada nuevo. Indriga había sido toda una novedad para el sector R, y nunca había tenido tiempo para elementos de poca monta como Edsan, aunque esta vez no era que Indriga le estuviese haciendo caso omiso por una simple falta de respeto. Esta vez, Indri estaba igual que si le llegara el olor de un incendio a la vuelta de la esquina y estuviera planteándose echar a correr.

Era extraño. Cada vez que lo miraba se acordaba de uno de aquellos musculosos perros de ataque que el jefe de Edsan solía utilizar en las peleas de foso. Se los manipulaba genéticamente para que llegasen a ser unas moles de músculos como losas, con unas mandíbulas tremendas, que se ponían tensos y se estremecían antes de salir a luchar a la vez que miraban atentamente hacia unas cosas que sólo ellos eran capaces de ver. Sabía que en esos momentos estaban activando las glándulas que producían las sustancias estimulantes, claro, pero seguía siendo extraño ver a un animal tan… concentrado. Indriga mostraba ese mismo aspecto en aquellos momentos. Se estremecía, pero al mismo tiempo estaba rígido y miraba a… Bueno, ese era el problema. Al igual que aquellas feas cosas perrunas, él miraba a sólo el Emperador sabía qué.

—¿Ves algo? —le preguntó Edsan con un susurro.

—No, pero puedo oírlo.

Y entonces, de repente, Edsan también lo oyó. Quizá la chica también lo oyó, porque gimió otra vez, lo que hizo que se ganara una bofetada de Mirrick, quien aún

sangraba y seguía sentado allí atrás con ella. Un nuevo sonido se entremezcló con el aullido decreciente de los generadores. Era algo rítmico, semejante al metálico tune, tune, tune de… de… de algo. Edsan ni siquiera sabía a qué sonaba. Jamás lo había oído antes. Su mente inestable se centró en la única comparación que pudo establecer en mitad de su creciente pánico: «Suena igual que las pisadas de un gigante». Cuando supiera la verdad del asunto, menos de un minuto después, le horrorizaría saber lo preciso que había sido.

Indriga alzó la escopeta.

—Viene alguien.

—¿Viene a por ella? —Edsan tragó saliva con dificultad. La cautela taciturna de Indriga le hacía perder los nervios. Aquello iba mal. Quizá podrían dejar a la chica y largarse—. Indri… ¿Han venido a por ella?

Eurydice habló por primera vez desde que se la habían llevado a rastras. Pronunció las palabras a través de sus labios partidos, y lo hizo llena de desdén:

—No. Viene a por vosotros.

• • • • •

De todos los hijos del Emperador, uno siempre se mantuvo al margen de sus hermanos.

Por un giro del destino que anunciaría el desastre que se le avecinaba a la raza humana, al padre Emperador le arrebataron sus veinte hijos. Fueron unos niños desarrollados en tanques de crecimiento y cuya carne se forjó laboriosamente hasta convertirse en una obra maestra biológica en los laberínticos laboratorios genéticos bajo la superficie de Terra, diseñados para convertirse en todo lo que era idílico y noble en el ser humano; para ser avatares, por decirlo de algún modo, de la perfección de la humanidad.

Las crónicas de sus encumbramientos y caídas figuran en varios tomos de mitología y grabaciones de hechos contrastados, muchos de ellos olvidados por la mayoría de mortales del Imperio en aquel lapso de tiempo que había durado diez mil años, censurados por la Inquisición o bien distorsionados por el paso del tiempo hasta apenas ser fieles a la verdad.

Si bien los veinte hijos al completo se reunieron finalmente un día con su señor a medida que el Emperador conquistaba una por una las estrellas en su Gran Cruzada, a diecinueve de dichos hijos los criarían, para bien o para mal, una serie de mentores suplentes. Sus cápsulas de incubación descendieron desde los cielos de veinte mundos, y veinte planetas rindieron homenaje a los seres divinos que se alzarían para forjar el destino de cada mundo mientras maduraban hasta alcanzar la edad adulta.

En Chemos, un mundo de manufactorías y con una polución tan espesa que

cubría el cielo con una cortina de niebla naranja repugnante, el primarca Fulgrim ascendería en las filas de los laboriosos trabajadores y dirigentes para convertirse en el señor de las factorías fortaleza, lo que llevaría a su gente a una nueva era de recursos y prosperidad.

En Caliban, el austero primarca conocido como «el León» crecería para dirigir una gloriosa cruzada de órdenes de caballería contra las corrompidas bestias de los bosques de su mundo natal. En Fenris, las leyendas cuentan que al primarca Leman Russ lo criaron primero los terribles lobos de aquel mundo helado, para luego llegar a la mayoría de edad y liderar a los bárbaros clanes de guerreros como su rey más poderoso.

En un mundo cuyo nombre se perdió hace mucho en las nieblas del tiempo, el primarca Angron llegaría a la edad adulta siendo un esclavo de foso, maniatado por los señores de su mundo aparentemente civilizado y traumatizado por las experiencias de su sanguinaria maduración.

Para bien o para mal, el destino quiso que a cada uno de esos hijos del Imperio los criaran otros, que los formasen instructores, guías, mentores, amigos y enemigos. Solamente un primarca creció solo, a escondidas de los ojos de la humanidad, sin guía de ningún tipo ni adultos que lo criasen: Konrad Curze. Para la gente de Nostramo, el mundo que siempre estaba cubierto por el abrazo de la noche, él era, al menos al principio, del todo inhumano. El primarca jamás tuvo un nombre humano en aquel planeta.

El niño sobrevivió viviendo como un salvaje a la sombra de las torres de la humanidad. Escarbó entre las basuras de las calles y callejones de Nostramo Quintus, la capital planetaria, una extensa metrópolis que cubría una gran parte del hemisferio norte. Allí el crimen, como en todo Nostramo, era tan patente como la vida misma. Sin una balanza moral más allá de la evidencia que se mostraba ante sus propios ojos, el joven primarca comenzó la tarea que daría forma a su existencia.

Al principio fue bastante humilde, al menos, comparada con la justicia Imperial. Los criminales callejeros, los asesinos, los violadores, los matones, los pandilleros y los atracadores que poblaban las oscuras avenidas de Nostramo Quintus no tardaron en comenzar a susurrar un nombre que surgía de sus labios trémulos de miedo.

El Acechante Nocturno.

Los mataba a todos. Cuando apenas era un adolescente, si el chico veía un acto de violencia o un crimen, saltaba de las sombras, salvaje y enfurecido, y destripaba a aquellos que depredaban sobre sus semejantes humanos. Así fue como el floreciente núcleo de su humanidad buscaba instaurar el orden en su entorno.

El miedo, primario y verdadero, era algo que el joven dios comprendía a la perfección. Descubrió sus usos y aplicaciones, pues observó cómo aquellos que eran presa del terror eran mucho más maleables y obedientes. Fue en aquellas negras calles donde aprendió la lección que daría forma a su legión. La humanidad no necesitaba amabilidad, indulgencia o confianza para progresar. La gente no respetaba la ley ni

vivía sus ordenadas vidas movida por el altruismo o alguna ideología compartida.

Obedecían los principios sociales porque estaban asustados. Incumplir la ley era una invitación para que actuara la justicia, y la justicia conllevaba el castigo.

Él se convirtió en ese castigo. Se convirtió en la promesa de la justicia. Exhibía a criminales conocidos para que todos los vieran cuando llegaba la débil luz del amanecer: crucificados y destripados, encadenados a las paredes de edificios públicos y en las ornamentadas puertas de los señores del crimen más ricos, así como de los jefes de los bajos fondos. Siempre les dejaba las caras intactas, retorcidas con el silencioso y eterno grito de una muerte agónica, pues él sabía que las fúnebres miradas de los asesinados provocaban de forma automática una empatía y una comprensión más profundas en el interior de los corazones de aquellos que fijaban la mirada en sus ojos vidriosos.

Pasaron los años y muchos más murieron. El Acechante Nocturno no tardó en alcanzar con sus pálidas garras los escalafones más altos de la sociedad criminal, golpeando, estrangulando y masacrando a los cabecillas, los organizadores y los oficiales del núcleo corrupto de la ciudad. El miedo que saturaba de forma tan espesa las calles pronto alcanzó los salones de los ricos y poderosos.

La ley imperó. La victoria y la obediencia mediante la amenaza del castigo. El orden mediante el miedo.

Se dice en los anales de la VIII Legión que cuando el Emperador llegó a Nostramo le dijo las siguientes palabras a su hijo largamente perdido: «Que la paz sea contigo, Konrad Curze, pues he llegado y te voy a llevar a casa». La respuesta del primarca también se conserva: «Ese no es mi nombre, padre. Soy el Acechante Nocturno».

Quizá los hijos de Konrad Curze, si su señor se hubiese criado en otro mundo y aprendido lecciones diferentes, habrían sido unos astartes más convencionales y la VIII Legión un eco distante de las tenaces criaturas que eran a finales del cuadragésimo primer milenio. Pero la descendencia del Acechante Nocturno aprendió las mismas lecciones que su padre genético, lo que hizo que llevara consigo los mismos ideales a lo largo de los siglos.

—Cazador de Almas —le dijo una vez el primarca a Talos.

—¿Mi señor? —respondió, como siempre incapaz de mirar directamente a los ojos de su padre.

Se concentró en la armadura de color medianoche del Acechante Nocturno, decorada con rayos que habían sido pintados por los mejores tecnoartesanos de Marte y de cuyas cadenas pendían los cráneos de muchísimos enemigos caídos, como si fueran ristras de frutos que colgaran.

—Pronto, Cazador de Almas.

El tono melancólico de la voz de su señor no era nuevo. La susurrada reverencia sí que lo era. La sorpresa hizo que Talos alzase la mirada al rostro de su padre, demacrado y casi sin labios, del mismo color gris pálido y apagado del amanecer en un mundo muerto.

—¿Mi señor?

—Pronto. Hemos huido de los mastines que mi padre nos ha echado a los talones, y el tener la razón se ha de comprar con sangre.

—Tener la razón siempre se compra con sangre, mi señor.

—Esta vez, el tributo de sangre tendré que pagarlo yo. Y por propia voluntad, hijo mío. La muerte no se compara en absoluto a tener la razón. Muere con la verdad en los labios, y el eco de tu vida jamás se desvanecerá.

Su padre siguió hablando, pero Talos ya no oyó nada más de lo que dijo. Aquellas últimas palabras fueron una hoja de fuego helado en sus entrañas.

—Vais a morir —dijo sin aliento—. Sabía que esto pasaría, mi señor.

—Porque lo has visto. —El primarca sonrió ampliamente.

Como siempre, la sonrisa carecía de toda alegría. El Acechante Nocturno nunca había mostrado, que Talos supiera, ninguna emoción humana que se pareciera al simple humor. No había nada que lo divirtiera. No disfrutaba con nada. Incluso los instantes más sangrientos de la guerra tornaban sus rasgos en una siniestra máscara de concentración y, alguna rara vez, de asco. La sed de batalla parecía estar más allá de él, o bien él había trascendido su febril gozo.

Aquel era el resultado de sacrificar la humanidad de uno por el bien de la gente del Imperio. Y sería recompensado por su gran sacrificio; recompensado con la persecución de los asesinos del Emperador en pos de su sangre.

—Sí, mi señor —contestó Talos, a quien se le secó la boca y cuya voz profunda parecía la de un niño comparada al gutural retumbar de la de su padre—. Lo he visto. ¿Cómo lo sabíais?

—Escucho tus sueños —contestó el primarca—. Tú y yo compartimos una maldición. La maldición de la presciencia. Eres como yo, Cazador de Almas.

Para Talos, aquello no era ningún honor. A pesar de no haberse sentido nunca tan unido con el primarca que en ese instante, no había honor en todo aquello, tan sólo un sentimiento de vulnerabilidad que amenazaba con eclipsar incluso lo maravilloso de encontrarse a la sombra de su señor genético, tan parecido a una deidad. Ya sólo volverían a hablar una única vez más antes de que al Acechante Nocturno lo abrazara la muerte, y, sin que nadie se lo dijera, Talos también lo supo.

¿Qué había hecho fluir tales pensamientos de nuevo por su mente? ¿El frenesí del instinto, la emoción de la caza? Espoleado, Talos aumentó la velocidad de la carrera. La runa vital de Eurydice latía en sus retinas como el castañeteo irregular de un motor averiado. Estaba herida, eso era lo único que estaba claro. La implantación de la baliza había sido algo simple y funcional, de modo que no revelaba muchos detalles. Escuchaba la respiración apagada de Eurydice junto con las pulsaciones de sus captores, así que exageró la fuerza de sus pasos para que supieran que se aproximaba.

Entonces, cuando consideró que era el momento adecuado, cuando pudo oírlos susurrarse el miedo los unos a los otros, el cazador se fundió con las sombras, hizo que sus pisadas fueran más suaves y se quedó esperando.

Uno de los mortales, a quien la piel le olía a mugre y al sudor producido por el terror, pasó por delante del escondite del Amo de la Noche, que se encontraba oculto entre unos condensadores de la altura de dos seres humanos. Talos reprimió el deseo de lamerse los labios.

—Saludos —dijo en voz baja y sonriente.

La escopeta dio un respingo y descargó un disparo atronador en mitad del silencio. El convicto había disparado el arma incluso antes de haberse dado la vuelta debido al sobresalto. Tuvo menos de un segundo para mirar a la oscuridad y ver un par de ojos rojos oblicuos que lo miraban antes de que Talos le cayera encima.

Su muerte fue lamentablemente rápida, y Talos sintió pena por no haberla prolongado más. El cadáver, con el cuello roto, cayó a la cubierta metálica con un estrépito seco. El Amo de la Noche ya se había marchado antes de que tocara el suelo.

—¿Edsan? —preguntó alguien—. ¿Edsan?

—Está muerto —dijo una voz a su espalda.

Mirrick consiguió emitir un gruñido de sorpresa antes de que la cabeza le quedase separada de los hombros. Talos hizo caso omiso del cuerpo que se desplomaba, pero agarró la cabeza antes de que cayera al suelo.

La mantuvo sujeta por el lacio y grasiento pelo y siguió avanzando por la oscuridad. La cabeza siguió agitándose mientras colgaba del guantelete, y el rostro se estremeció durante unos instantes por los espasmos nerviosos de los músculos faciales.

El tercero en morir fue Sheevern.

Sheevern se había quedado con la mujer y se mantenía de pie, por encima de ella, con una porra de energía en las manos. Como la mayoría de los prisioneros, le había arrebatado el arma a un guardia durante el motín. A diferencia de la mayoría de prisioneros, era inocente de los crímenes por los que lo habían encerrado.

Sheevern no era un hereje. Había estado cumpliendo condena por haberse asociado con un culto gobernante insurgente que había renegado del Edicto Imperialis y abandonado el gobierno imperial. Al ser un político del régimen, lo habían acusado de herejía cuando el Imperio de la Humanidad regresó para recuperar el mundo de las manos de sus gobernantes corruptos; a pesar de que él se había mostrado en contra de la secesión al Trono. Le resultaba una ironía muy amarga verse condenado a cadena perpetua por herejía cuando había pasado más de veinte años en el cargo satisfaciendo en secreto sus verdaderos apetitos y necesidades sin que ninguno de aquellos actos saliera a la luz. Tenía las manos manchadas con la sangre de cinco mujeres y de dos muchachos jóvenes. Sheevern no se arrepentía de nada. No creía que tuviera nada de qué arrepentirse.

—¿Indriga? —preguntó al aire.

No obtuvo respuesta. A sus pies, la mujer se rio otra vez en voz baja. Sheevern le propinó una patada en uno de los costados y notó que algo, una costilla o dos, quizás, se partían bajo puntera de la bota.

—Cállate de una puta vez —le espetó.

Le picaban las orejas. Un zumbido, parecido al provocado por un enjambre de insectos, le irritaba los sentidos.

—¿Qué diablos es ese sonido? —murmuró, agarrando con firmeza la porra en sus manos de dedos finos.

Era el murmullo de una armadura astartes modelo Mark IV activada. Talos emergió de las sombras que tenía delante, iluminado únicamente por el tenue resplandor de la linterna de Sheevern.

—Toma, cógela —dijo el Amo de la Noche.

A pesar del rugido que emitían los altavoces del casco, la voz casi sonó afable.

Sheevern agarró por puro instinto lo que le lanzaron. Lo sostuvo con una mano durante un momento antes de soltarlo con un grito ahogado. Tenía el brazo y la mano empapados de sangre. La cabeza de Mirrick rebotó contra el suelo enrejado.

—Espera —le rogó Sheevern a la figura, que cada vez era más nítida—. ¡No la he tocado! —mintió.

El pie desnudo de Eurydice lo golpeó de forma repentina y furiosa con una patada en la corva.

Sheevern trastabilló, justo a tiempo para encontrarse de frente con el bólter del Amo de la Noche, que le impactó en la cara. El cañón del arma sobredimensionada se estampó dentro de su boca jadeante, lo que le hizo trizas los dientes cuando el frío metal se abrió paso hasta el fondo de su garganta. Apenas tuvo tiempo de chillar una protesta apagada antes de que el bólter retumbara y el proyectil le arrancara la regordeta cabeza al antiguo político.

Talos le dio un manotazo de revés al cuerpo decapitado para echarlo a un lado y bajó la mirada hacia Eurydice. La habían maltratado y estaba llena de magulladuras, su ropa estaba rasgada y uno de los ojos cerrado a causa de la hinchazón producida por un golpe. A pesar de todo, tenía mucho mejor aspecto que Septimus. No había nada que no se pudiera curar, al menos en lo que se refería al daño físico que había sufrido.

—Nos vamos —le dijo Talos.

—Queda otro más —dijo con voz débil a través de los labios hinchados—. El más grande.

—No importa, nos vamos —dijo él, agachándose para recogerla.

Talos se echó la navegante al hombro, empuñó el bólter con la mano que le quedaba libre y emprendió el camino de regreso a través de la cámara del generatorium.

● ● ● ● ●

—Aquí Indriga —dijo el convicto a un comunicador de mano.

Estaba agazapado en silencio en la oscuridad, bajo las vigas de sustentación de los cimientos de una torre generadora. Sus palabras sonaron como un susurro despectivo. No estaba hecho para esconderse. Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no salir de allí y abrirle la cabeza al monstruo acorazado que estaba escapándose.

—Habla —le contestó una sibilante voz masculina.

—Mi señor Ruven, vino a por la bruja —dijo el prisionero.

—Eso hace que me pregunte cómo es posible entonces que tú sigas vivo a pesar de ello.

Las palabras se le atragantaron a Indriga durante unos largos segundos.

—Me escondí, mi señor.

—¿Se ha ido?

—Se está marchando ahora mismo. —Permaneció callado un momento—. Se ha llevado a la bruja.

—¿Qué quieres decir con que «se la ha llevado»? ¿Por qué iba a querer llevarse un cadáver?

Indriga tragó con dificultad, y ese sonido se transmitió por el enlace. Ruven gruñó previendo la respuesta.

—Nos la trajimos con nosotros —le explicó Indriga—. Queríamos…

—Ya es suficiente. Tus ansias mortales no me importan en absoluto. Has fracasado en obedecer las órdenes más básicas, Indriga. Y ahora morirás por ello.

—Mi señor…

—Yo de ti empezaría a correr.

Indriga bajó el comunicador manual al mismo tiempo que fruncía el labio en una mueca de asco cuando oyó acercarse de nuevo los pasos del asesino acorazado. Era obvio que volvía para acabar el trabajo.

«Tiene que haberme oído susurrar…».

Indriga necesitaba verlo. Encendió la linterna de la escopeta y salió de un salto de su escondite con el foco de luz por delante como si fuera una lanza.

La inmensa forma acorazada que se alzaba en medio de aquella penumbra giró sobre sí misma, sin duda para proteger a la mujer que llevaba consigo. La escopeta de Indriga retumbó una, dos, tres veces y una cuarta, y cada disparo descargó un lluvia de proyectiles que repiquetearon y se incrustaron en la coraza de ceramita.

Talos se dio la vuelta en el mismo instante en que la escopeta de Indriga soltó un chasquido, vacía ya de cartuchos. Había protegido a Eurydice, a quien tenía sobre el hombro izquierdo, al haberse dado la vuelta para evitar los disparos. Disparó su enorme bólter una vez apuntando bajo, y el proyectil penetró en el estómago de Indriga. Detonó un instante después, lo que despedazó al convicto y lo esparció a lo largo del pasillo. El trozo más grande, compuesto por el pecho, los brazos y el aullante rostro de Indriga, siguió con vida durante veinte agónicos segundos. Talos hizo caso

omiso de sus chillidos mientras recogía el comunicador manual que había soltado el prisionero.

—Profeta —dijo la voz al otro lado del canal.

—Ruven, hermano mío —respondió Talos con suavidad—. Ha pasado mucho tiempo, hermano. Debí de haber reconocido tu burda mano cuando tus cuatro «dioses» se pasaron tanto tiempo soltándome sus tonterías.

—Ahora soy Ruven de la Legión Negra y los ojos del señor de la guerra. Talos, te aseguro que no sabes de qué estás hablando.

—El Elevado dice lo mismo. Estoy harto de las explicaciones de los corruptos y de los condenados. El señor de la guerra ya ha traicionado a otras legiones antes, pero esto es descarado y vulgar, incluso tratándose de alguien como él.

—Si tú lo dices, hermano… No tienes pruebas, aparte de una placa pectoral agrietada, de que él ni siquiera estuviera involucrado. ¿Y a quién le iba a importar eso? ¿Al Elevado? Es el títere de Abaddon, y siempre lo ha sido. Un escuadrón de Amos de la Noche cayendo en una trampa de lo más obvia es algo que carece de importancia en la cruzada que se avecina.

Indriga exhaló su último aliento a los pies de Talos. El silencio resultó incómodo, pues los chillidos de aquel inútil le habían sido curiosamente gratos.

—Tu insignificante pandillero cultista está muerto —dijo Talos mientras se marchaba.

—No creo que vaya a llorar por eso. Dime, ¿cómo es posible que te haya resultado tan fácil rechazar a los Cuatro Poderes? ¿No te ofrecieron nada que te tentase? ¿Ni siquiera por un momento?

—No consigo entender para qué me has atraído a la superficie de este planeta, hermano —dijo Talos, mirando al humano destrozado—. Deberías haber sabido que yo jamás abandonaría a mi legión.

—La VIII Legión es débil. El Elevado te quiere quitar de en medio, sientes poco amor por tus hermanos y, por encima de todo, el mismísimo Abaddon se interesa por ti. ¿Es que eso no te dice nada? ¿Cómo puede ser?

Talos ya se marchaba con Eurydice en brazos cuando respondió:

—Te mataré la próxima vez que te vea, Ruven.

El Amo de la Noche sabía la importancia que tenía la navegante gracias a su visión del futuro, y casi la había perdido sólo unos días después de capturarla. Aquel estúpido asunto por poco le cuesta también a Septimus.

Era posible que todavía le costara a Septimus si su sirviente no conseguía sobrevivir a la cirugía regenerativa.

Había sido una negligencia. Una negligencia sin límites.

—Escúchame bien, Ruven. Seas o no la mascota del Saqueador, te voy a cortar en pedazos.

—¿Por qué has rechazado a los Poderes? Dímelo, Talos.

—Porque soy hijo de mi padre —le respondió Talos antes arrojar el comunicador

a un lado y seguir caminando.

—Me alegro de haber hablado otra vez contigo, hermano mío. Echaba de menos tu sinceridad directa y tu naturaleza tan estrecha de miras. ¿Talos? ¿Talos?

Talos percibió que Eurydice se despertaba mientras ascendía por la escalera al siguiente nivel.

—Gracias —dijo ella con suavidad.

No se le ocurrió respuesta alguna para eso. La palabra le resultaba demasiado extraña.

DOS
LA VIEJA GUERRA

Llegará el momento en que nuestra legión se disperse fragmentada por las estrellas.
Cuando los poderes que despreciamos serán los aliados a los que muchos acudirán.

Y la visión de las sendas de vuestros futuros me está vetada, tendréis que recorrerlas solos.
Pero sabed esto:
La guerra que arde en nuestra sangre seguirá rugiendo dentro de diez mil años.
Desangrad al Imperio. Desgarradlo, destrozadlo.
No mostréis piedad alguna.

Pero tened cuidado. En la Vieja Guerra no existe la unión entre los traidores.
Confiad en vuestros hermanos de legión.
Y no confiéis en nadie más.

El primarca KONRAD CURZE.



TRES SEMANAS MÁS TARDE

El esclavo escuchaba detrás de la puerta.

Oyó el sonido apagado de unos movimientos que traspasaban el metal desde el interior. Pulsó la tecla de apertura con una mano que aún no se había acostumbrado a usar, lo que disparó un repique átono en el interior de la habitación. Unos pasos se acercaron y la puerta se deslizó hacia la izquierda con un siseo mecánico. Había otro esclavo en la entrada.

—Septimus —dijo la ocupante de la habitación con una sonrisa.

—Octavia —le contestó—. Es la hora.

—Estoy lista.

Los dos esclavos de la legión caminaron por los oscuros pasillos de las cubiertas de los mortales del *Pacto de Sangre*, donde los tubos de iluminación colocados a lo largo del techo estaban siempre regulados a un brillo crepuscular. Era suficiente como para ver, incluso para aquellos que no estaban acostumbrados a una vida sin sol, pero difícilmente podría pasar por un crepúsculo en la mayoría de mundos.

Octavia todavía se sorprendía a sí misma mirándolo cada pocos instantes cuando estaban juntos. Se veía que la cirugía era reciente, ya que la piel todavía se estaba adaptando, y allí donde los implantes se unían a la carne, el testimonio rojizo de la inflamación todavía resultaba obvio. El ojo izquierdo, el que había perdido por culpa de los convictos que asaltaron la Thunderhawk, lo habían sustituido por una lente violeta engastada en una montura de bronce que se prolongaba hasta cubrirle la sien y la mejilla.

Octavia había visto a lo largo de su vida como hija de una casa de navegantes una gran cantidad de mejoras biónicas en las cortes de Terra, incluidas las de su propio padre. En comparación con la norma general, la reconstrucción biónica que habían realizado en Septimus era relativamente sutil. Estaba claramente por encima de la

cirugía cibernética de «corta e injerta» de gama baja disponible para muchos ciudadanos imperiales acomodados.

A pesar de ello, se dio cuenta de que eso no lo consolaba. Lo vio golpear el pulsador de apertura de la puerta con la mano enguantada; la mano que había perdido además del ojo. Eurydice todavía no había visto la mano y el antebrazo artificiales que le habían implantado, aunque oía los pequeños mecanismos de sus servomotores zumbar y chasquear mientras se movía. La mayoría de las magulladuras externas de la garganta y el cuello habían desparecido, pero el trauma provocado por la violencia que había sufrido seguía patente en su manera de moverse. Aunque se estaba curando y había progresado mucho a lo largo de las tres semanas anteriores, seguía agarrotado y obviamente dolorido, y caminaba como un anciano en invierno.

Recorrieron juntos las cubiertas inferiores de la tripulación humana del *Pacto*. Octavia dudaba de que pudiera llegar a acostumbrarse alguna vez a… la comunidad que había allí abajo. A diferencia de las cubiertas superiores, destinadas a sirvientes y oficiales valiosos, la gente que habitaba esas oscuras cubiertas era la tripulación mortal prescindible, cuyos miembros ocupaban los aposentos reservados para los civiles, lo mismo que ocurría en cualquier otro navío militar, aunque su lealtad a los Amos de la Noche los había transformado y retorcido. A ella le recordaban a alimañas viviendo en las tinieblas.

Alguien aulló en la insondable lejanía, entre un número incierto de largos y serpenteantes pasillos. Octavia se sobresaltó al oír el grito. Septimus ni se inmutó.

Mientras los dos sirvientes caminaban por el amplio corredor de acero, una figura encapuchada, tan encorvada que casi parecía andar a cuatro patas, se cruzó con ellos arrastrándose apresuradamente de un pasillo adyacente a otro. Octavia ni siquiera quiso saber quién o qué era. Vio un reguero de agua fría que goteaba con ritmo irregular desde una grieta en el metal por encima de sus cabezas. Probablemente se trataba de alguna válvula de refrigeración perforada, un agujero en algún lugar de las venas de la nave del que goteaba agua helada a través de una herida herrumbrosa. No se trataba de una imagen que resultara poco común. Los servidores de mantenimiento nunca llegaban a bajar hasta esa parte de la nave.

—¿Por qué hemos tenido que venir por aquí? —le preguntó ella en voz baja.

—Porque tengo asuntos que atender.

—¿Cómo es que toleráis siquiera a esta gente? ¿Acaso los astartes los cazan por deporte?

—A veces —admitió él.

—¿Estás de broma?

Ella sabía que no, y ni siquiera estaba segura de por qué lo había dicho en voz alta.

Septimus le sonrió, pero ella casi se detuvo en seco. Era la primera vez que lo veía sonreír desde hacía casi un mes.

—Tienen su utilidad, ¿sabes? Futuros artificieros…, servidores en potencia… y oficiales fracasados que quizá en alguna ocasión podrían ser útiles en un puesto de

menor responsabilidad.

Octavia asintió mientras se acercaban a lo que parecía ser un puesto de mercado hecho de restos de metal ensamblados de forma rudimentaria en uno de los lados del pasillo.

—¿Necesitáis células de energía? —les preguntó el anciano cubierto de llagas del tenderete—. Tengo células para lámparas. Recién cargadas en el fuego. Valdrán para otro mes, por lo menos.

Octavia observó con detenimiento su rostro marchito y demacrado, así como las cataratas que le enturbiaban los ojos.

—No. No, gracias.

Había dado por sentado que no necesitarían dinero en las entrañas del *Pacto*, pero tampoco fue capaz de imaginarse cómo alguien podía adquirir algo nuevo mediante el trueque. Tampoco tenía idea del motivo que los había hecho detenerse allí. Miró a Septimus. Este no le hizo caso mientras se dirigía al anciano, que llevaba puesta una harapienta túnica de sirviente.

—Jeremiah —lo saludó en gótico.

—¿Septimus? —El anciano le ofreció una poco profunda reverencia cuyo gesto evidenciaba respeto—. He oído hablar de tu desgracia. ¿Puedo?

La pregunta sobresaltó a Septimus.

—Sí, si así lo deseas.

Se inclinó hacia él, y el anciano alzó unas manos temblorosas para tocar la cara del sirviente. Luego, las yemas de los trémulos dedos acariciaron con suavidad la piel regenerada, las magulladuras que perduraban y los nuevos implantes.

—Parece caro. —La sonrisa del hombre carecía de varios dientes—. Es bueno ver que los amos te siguen bendiciendo.

Luego retiró las manos.

—Eso parece. Jeremiah, te presento a Octavia —le dijo Septimus al mismo tiempo que la señalaba con la mano de carne y hueso.

—Mi señora. —El anciano la saludó haciendo la misma reverencia.

A ella no se le ocurrió qué decir, así que sonrió de un modo forzado antes de contestar.

—Hola.

—¿Puedo?

Octavia se puso igual de tensa que Septimus unos momentos antes. Podía contar con los dedos de una mano las veces en que otra persona le había tocado la cara.

—Verá… probablemente no debería hacerlo —respondió con suavidad.

—¿Qué no debería? Mmm… Tu voz parece ser la de una persona hermosa. ¿Lo es, Septimus?

Septimus no respondió a esa pregunta.

—Es una navegante —lo interrumpió.

Jeremiah alejó las manos de golpe y sus dedos se encogieron con delicadeza,

indecisos.

—Ah. Vaya, eso es algo inesperado. ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó el anciano a Septimus—. No necesitas rapiñar como nosotros, así que me imagino que no es porque necesites algunas de nuestras excelentes mercancías, ¿verdad?

—No exactamente. La Nacida en el Vacío debe de haber celebrado su cumpleaños mientras yo estaba herido —dijo Septimus.

—Sí que lo ha hecho —le confirmó Jeremiah con un gesto de asentimiento al mismo tiempo que cambiaba de lugar con aire ausente las células de energía que el fuego había ennegrecido, unos cuantos trastos que pendían de cuerdas así como varias herramientas para arreglar maquinaria que tenía en su tenderete de objetos desechados—. Ya han pasado diez años. Quién lo habría dicho, ¿eh?

Septimus se rascó con suavidad. Las puntas enguantadas de los dedos acariciaron la junta irritada donde la placa de bronce implantada se le unía a la sien.

—Tengo un regalo para ella —le explicó—. ¿Se lo podrías dar de mi parte?

El sirviente se llevó la mano al compartimento del cinturón y extrajo una moneda de plata. Octavia no fue capaz de distinguir los detalles estampados sobre la cara de la moneda, ya que los dedos de Septimus la ocultaban en su mayor parte, pero le pareció que se trataba de una torre de alguna clase. El anciano permaneció inmóvil durante varios instantes palpando el frío disco metálico que tenía en la palma de la mano.

—Septimus… —dijo en voz más baja que antes. Luego susurró, lleno de nerviosismo—: ¿Estás seguro?

—Sí que lo estoy. Dale recuerdos, junto con el sello.

—Así lo haré. —El anciano cerró los dedos sobre la moneda. Octavia se dio cuenta de que el gesto era al mismo tiempo reverente y posesivo, y que también había una desesperación enfermiza en él. Le recordó al modo en que una araña moribunda cierra las patas sobre su propio cuerpo—. Nunca antes había tenido una en las manos —comentó—. No me mires así, que no me la voy a quedar —añadió tras una pausa.

—Lo sé muy bien —le respondió Septimus.

—Que te sigan bendiciendo, Septimus. Y a ti, Octavia.

Se despidieron del comerciante y se marcharon. Una vez que doblaron unas cuantas esquinas hasta quedar a salvo de oídos indiscretos, Octavia se aclaró la garganta.

—¿Y bien? —preguntó. Había olvidado su propio destino durante aquel enigmático suceso que acababa de presenciar.

—Y bien, ¿qué?

—¿No me vas a contar de qué iba todo eso?

—El tiempo fluye de forma irregular en el vacío. Eres una navegante; sabes más que la mayoría.

Pues claro que lo sabía. Ella lo miró como indicándole que continuase y notó que el ojo cibernético chirriaba y se enfocaba cuando los mecanismos de su cuenca ocular intentaron imitar el gesto de la ceja alzada del lado intacto de su rostro.

—En esta nave hay un alma que es más importante que la mayoría. La llamamos la Nacida en el Vacío.

—¿Es humana?

—Sí. Por eso es tan importante. La Gran Herejía ocurrió hace miles de años. Pero para el *Pacto* ha pasado menos de un siglo. Menos de un siglo desde que este crucero de ataque estuviera suspendido en órbita sobre Terra formando parte de la mayor flota jamás reunida: la horda del primer señor de la guerra, Horus el Elegido.

Octavia sintió un escalofrío al escuchar esas palabras. Ella todavía era nueva en todo esto, nueva en el *Pacto*, nueva respecto a su propia traición al Trono Dorado. Apenas era capaz de determinar su situación en aquella nave con las palabras adecuadas para confesar su propia traición. Escuchar que ese mismo navío en el que viajaba había formado parte de los momentos finales de la Herejía de Horus, el ataque a Terra, y que sólo habían transcurrido unas pocas décadas según los cronómetros internos de la nave… Se estremeció de nuevo. Semejante blasfemia le ponía la carne de gallina, aunque aquella sensación poseía un cierto regusto muy agradable. Estaba viviendo dentro del eco de la mitología. Se encontraba junto a las sombras de una era que había sido la más grandiosa, y el simple hecho de estar cerca de los astartes era vigorizante. Poseían unos sentimientos mucho más intensos que cualquier alma con la que se hubiera encontrado antes: su cólera era más ardiente, su amargura era más helada, su odio era más profundo…

Lo mismo ocurría con los huesos de metal entretejidos del *Pacto*. Hasta que Septimus no había pronunciado aquellas palabras, Octavia no había sido capaz de darle cuerpo a la sensación y transformarla en algo comprensible, pero ella sentía la nave. Sentía su orgullo herido en el retumbar de sus motores, como un gruñido eterno, y en ese momento había comprendido el motivo. La Herejía no era algo mitológico para la VIII Legión, no había sido ninguna insurrección aislada que ya era más leyenda que historia. Era un recuerdo. Un recuerdo reciente que tenía cauterizado en sus pensamientos, al igual que su nave mostraba las quemaduras de los disparos que habían impactado contra la piel de su casco. La nave misma estaba marcada por la guerra que había perdido, un lúgubre recuerdo que compartían sus tripulantes, cuyas vidas estaban impregnadas por el conocimiento de ese fracaso.

No hacía más que un simple puñado de décadas que aquella nave había hecho llover su furia sobre la superficie de Terra. No hacía más que un simple puñado de décadas que los astartes que llevaba a bordo habían caminado sobre el suelo de la Terra imperial gritándose órdenes los unos a los otros mientras masacraban a los defensores leales al Trono, con los bólters retumbando bajo las sombras que las torres del inmenso palacio del Dios Emperador proyectaban sobre ellos.

Iodo eso no era ni una fábula ni una parábola antigua para esos astartes. Era un recuerdo reciente, deformado por el escaso dominio que el tiempo poseía sobre la disformidad.

—Pareces distraída —dijo Septimus.

Ella había aminorado el paso sin darse cuenta y se encontró con que la mirada de los discordantes ojos de Septimus estaba iluminada por una débil sonrisa. Él le siguió hablando:

—Es más fácil de entender cuando te das cuenta de dónde tiene el *Pacto* su puerto base.

—En el Ojo del Terror —respondió ella al mismo tiempo que asentía con lentitud.

—Exacto. Una herida en nuestra realidad, un lugar donde reina la disformidad.

Aunque fuese una navegante, aunque fuese una de los pocos que poseía la divergencia genética que le permitía ver en el Mar de las Almas y de conocer de un modo más íntimo la disformidad que cualquier otro mortal, a Octavia le costó un tremendo esfuerzo aceptar aquel cambio de percepción. Siempre se oían relatos sobre naves perdidas en la disformidad durante años o décadas, y llegar semanas antes o después de la fecha de traslación que se pretendía conseguir era una parte inquebrantable y permanente de la navegación a través del immaterium. Cuando las naves comenzaban a navegar por esa realidad secundaria, se entregaban por completo a las leyes antinaturales de aquella dimensión.

A pesar de todo… aquello era un lapso de tiempo que Octavia apenas era capaz de comprender. El cálculo de la diferencia le provocaba dolores de cabeza.

—Lo entiendo —respondió—. Pero ¿qué tiene que ver esto con tu regalo?

—La Nacida en el Vacío es única —le contestó Septimus—. A lo largo de las décadas en las que el *Pacto* ha estado en servicio desde la Gran Traición, ella es la única alma que ha nacido a bordo. —Él vio la expresión de confusión en su mirada y la interrumpió—. Tienes que entender que, incluso con la tripulación de esclavos completa, esta no fue nunca una nave con las cubiertas repletas de esclavos —le aclaró —. La tripulación siempre fue pequeña y de élite. Es una nave astartes. Con la decadencia a lo largo de los años… Bueno, ella es la primera. Eso es lo único que importa.

—¿Qué le has regalado?

—Un sello. Tú misma recibirás uno después de que te operen esta noche. No lo pierdas. No se lo des a nadie. Es la única cosa que te mantendrá a salvo en estas cubiertas.

Ese hábito suyo la hizo sonreír. Todos los tripulantes del *Pacto* decían «esta noche», nunca «este día».

—Y si es tan importante, ¿por qué se lo has dado?

—Se lo di precisamente porque es muy importante. En cada sello está inscrito el nombre de un astartes a bordo. Las más escasas no tienen nombre y garantizan que toda la legión protege a su portador. Antaño, era tradición que cada guerrero fuese atendido por un sirviente personal. Llevaban un sello con el nombre de su amo inscrito en él, lo que mostraba su pleitesía y disuadía a otros astartes de entretenerse haciéndole daño a tan valioso esclavo. Las monedas no significan mucho ahora que sólo unos pocos recuerdan las viejas tradiciones. Pero algunos todavía lo hacen. Mi

amo está entre ellos.

—¿Deseas que la protejan?

—La mayoría de los astartes ni siquiera saben que existe, y aunque así fuera, no les importaría. Siempre tienen la atención puesta en otra parte. Pero ella es un talismán para los «meros mortales» del *Pacto*. —Sonrió de nuevo—. Es un amuleto de la suerte, si prefieres llamarlo así. Con mi sello, está bajo la protección de Talos. Cualquiera que la vea lo sabrá. Cualquiera que la amenace morirá a manos de Talos.

Aquello le resultó bastante generoso a Octavia, a quien no le gustó adonde conducían sus pensamientos.

—¿Y qué pasa contigo? Sin ese sello…

—Prioridades.

—¿Cómo?

—Prioridades, Octavia. Céntrate en tu futuro, no en el mío. —Señaló con la cabeza las puertas que tenían ante ellos, oscuras y cerradas al final del pasillo—. Ya hemos llegado.

—¿Me estarás esperando cuando todo esto termine? —le preguntó ella.

—No. Voy a recoger a la Primera Garra de la superficie en menos de una hora. —Titubeó—. Lo siento. Si pudiera…

—No pasa nada. —Octavia se tocó la banda de metal que tenía implantada en la frente. Era extraño a lo que se podía acostumbrar uno—. Te veré luego —añadió con una sonrisa.

Septimus hizo un gesto de asentimiento y la navegante entró en el apothecarium. Al abrirse las puertas, los servidores cirujanos, que se habían mantenido en un estado de silencio estéril, se activaron. Septimus los observó hasta que las puertas se cerraron con un chirrido mecánico. Estaba muy familiarizado con ellos, dado que él mismo había estado bajo sus cuidados durante varias semanas.

Comprobó su cronometro de muñeca una vez que Octavia desapareció de su vista, tras lo cual emprendió su paciente camino de regreso a través de la nave. La guerra en la superficie de Crythe exigía su presencia una vez más.

• • • • •

Octavia salió de la estancia dos horas más tarde. La placa de metal había desaparecido de su frente y llevaba puesta una cinta de seda negra que Septimus le había dado para que la usase cuando hiciera falta. Le cubría perfectamente el tercer ojo.

En el bolsillo tenía un medallón de plata de la legión que le había dado el astartes desconocido que había supervisado su cirugía. No había dicho una palabra durante todo el proceso.

Le dio vueltas en las manos mientras observaba el símbolo de la torre estampado

en el metal: el pináculo de una colmena. De algún lugar de Nostramo, seguramente. La otra cara mostraba la expresión de un rostro, desgastado por el paso del tiempo, con la débil inscripción Ave Dominus Nox.

Eso sí era capaz de leerlo, ya que era gótico alto, no nostramano. «Salve, Amo de la Noche». El rostro erosionado, pulido por el paso del tiempo, debía ser del padre de sus amos: el Acechante Nocturno. Observó la imagen de débiles rasgos durante un largo instante y luego se metió la moneda en el bolsillo.

Reprimió un escalofrío de miedo mientras miraba hacia la oscuridad. Era la primera vez que había salido de sus dependencias sin escolta. El emblema de su moneda era un escaso consuelo en las entrañas del *Pacto*. ¿Qué garantías tenía de que a cualquiera de allí abajo le importase un rábano que llevara la moneda?

Su comunicador manual crepitó e imaginó quién podía ser. Tan sólo dos personas la llamaban alguna vez, y Septimus estaba en órbita planetaria.

—Hola, Etrigius —contestó.

—¿Vas a venir esta noche para otra lección?

Se llevó la mano a la frente para tocar la cinta de seda, y una leve sonrisa picara le frunció los labios.

—Sí, navegante —le confirmó.

—Enviaré a los servidores de inmediato —le respondió él.

Octavia tocó la moneda que llevaba en el bolsillo y miró al oscuro pasillo que tenía delante.

—No es necesario —le contestó, y emprendió la marcha con el corazón latiéndole al mismo ritmo que sus pasos apresurados. Unos ojos, que Octavia no veía pero cuyas miradas sí que notaba, la observaron mientras caminaba por los pasillos a oscuras de la nave corrupta.

● ● ● ● ●

Mucho antes de ganarse el honor de llevar la armadura de la VIII Legión Astartes, Talos ya se movía furtivamente por las calles de la colmena en la que se había criado, allá en su mundo natal. Era una vida en las tinieblas, una vida de esquivar a los depredadores más fuertes y de escoger con cuidado a las presas más débiles.

Sabía que había ingresado tarde en la legión, y eso era algo que le dolía. Nostramo ya estaba olvidando las enseñanzas que había aprendido bajo las garras del Acechante Nocturno. Pocos años después de la ascensión del gran Konrad Curze a los cielos para hacer la guerra junto a su progenitor imperial, el mundo que el primarca había dejado atrás había comenzado un descenso inexorable hacia su depravación original.

Las bandas callejeras expandían sus territorios en los sectores industriales y de habitáculos. Sus insignificantes reyezuelos marcaban las zonas en disputa con runas

pintadas en las paredes y, como si de un eco del Acechante en persona se tratara, con los restos de enemigos exhibidos de un modo ostentoso allí donde sus semejantes y hermanos pudieran verlos.

Talos ya conocía a Xarl por aquel entonces. Habían crecido juntos, hijos de madres enviudadas a raíz de las guerras clandestinas que estallaron una vez que la sombra del Acechante se convirtió en un miedo del pasado. Antes de que hubieran cumplido diez años, ambos chicos ya eran ladrones consumados, integrantes de la misma banda que había tomado su sector de habitáculos bajo su dominio.

Para cuando los dos chicos tenían trece años, ambos ya eran asesinos. Xarl había matado a dos niños de una banda rival a los que había emboscado y acribillado con su pistola automática de gran calibre. Necesitaba ambas manos para sujetar el arma, y el sonido que hizo esta al disparar… fue un estallido ensordecedor que rasgó el silencio.

Talos estaba junto a Xarl cuando este mató por primera vez, pero él no había derramado sangre aquella noche. Su primer asesinato había sido el año anterior, cuando un tendero había querido pegarle por robar comida. Talos había reaccionado antes de que su consciencia hubiera siquiera entendido la situación; un destello de instinto, brutal y primitivo, que había provocado que el tendero quedara en el suelo tosiendo y respirando de forma entrecortada al tener clavado hasta la empuñadura en el corazón el cuchillo de Talos.

Incluso en esa época, incluso más de cien años después para Talos, cuando para la galaxia habían pasado diez mil años después de que aquel anciano respirase por última vez, él todavía recordaba la extraña fricción del cuchillo al chocar contra su objetivo.

Aquella sensación todavía lo acompañaba: el giro chirriante de la hoja cuando el primer impulso se vio frenado por la débil protección que ofrecían las costillas del individuo. Luego la forma en la que el filo ganó velocidad al deslizarse entre las costillas y se clavó con rapidez con un nauseabundo susurro carnoso.

La sangre surgió inmediatamente de los labios del hombre. Fue un resoplido húmedo que lo roció. Talos sintió las salpicaduras de la sangre diluida en saliva sobre las mejillas, los labios y los ojos.

Corrieron presas del pánico, Xarl a medias riendo y a medias llorando. Talos sorprendido y callado. Como siempre, se dirigieron a las calles, donde se escondieron e hicieron de la oscura ciudad el refugio que sus casas nunca podrían ser. Lugares en los que perderse, sitios en los que acechar a las presas y un millón de maneras de pasar inadvertido.

Fueron lecciones como esas las que se llevó con él a las estrellas una vez que le llegó el momento de ascender. Eran instintos como esos en los que confiaba cuando acechaba por la noche en las ciudades de más de un centenar de mundos.

La voz de Uzas, transmitida desde algún lugar lejano, sonó tensa.

—He encontrado un Rhino de la Legión Negra. Está destrozado. Esto es lo que le debió de haber pasado a la escuadra Ulth.

—¿Supervivientes?
—Ni siquiera están los cuerpos.
Todos notaron con claridad el tono de decepción que había en su voz. Los cuerpos significaban armaduras, y las armaduras significaban pillaje.
—Daño por fuego de láser en masa.
—Skitarii —comentó Cyrion.
Se trataba de la infantería de élite del Mechanicum. Tenía sentido. Nadie más podría disponer de fuego de láser capaz de aniquilar un vehículo astartes.
—¿Lo oís? —preguntó Uzas—. Oigo algo.
—Que minucioso, de verdad —se burló Cyrion.
—Yo también lo capto —lo interrumpió Xarl—. Son interferencias, transmisiones fragmentadas de otras frecuencias. Otras escuadras.
—¿La Legión Negra? —preguntó Talos.
—No —respondió Xarl—. Creo que somos nosotros.
Talos se desplazó por la manufactoría en ruinas mientras escuchaba a sus compañeros de escuadra. Su visión teñida de rojo se fijó en la maquinaria apagada y en las cintas transportadoras inertes, así como en el alto techo con tragaluces de vidriera, donde antaño la escena del Emperador como Dios Máquina de camino al antiguo Marte había filtrado el resplandor del cielo nocturno.
Las estrellas brillaban en aquel momento e iluminaban el edificio decorado con gárgolas con un argénteo silencio. Fuera lo que fuese lo que se fabricara allí, ya no se volvería a fabricar. El lugar era una tumba.
—Las comunicaciones no son de fiar —advirtió Cyrion—. Vaya sorpresa. Que todo el mundo mantenga la posición. Voy a contactar con el señor de la guerra para hacérselo saber.
—Cállate, imbécil —le espetó Xarl—. ¿Talos?
—Estoy aquí.
—Frecuencia escarlata dieciséis-uno-cinco. ¿La tienes?
El comunicador de su casco tardó pocos instantes en cambiar a las señales cercanas y escanearlas. Siguió caminando por la silenciosa manufactoría, con el bólter y la espada preparados. Al poco tiempo, unas voces aguijonearon el límite de su percepción auditiva.
—Lo oigo —transmitió a los demás.
—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Cyrion, completamente serio ahora. Él también lo había oído—. Es la Séptima Garra. —Se produjo una pausa mientras recogía más datos, seguramente de la pantalla de su auspex—. La manufactoría de armamento, al oeste.
Talos comprobó con cierta despreocupación el bólter, aunque le susurró una alabanza al espíritu máquina de su interior. Las comunicaciones en la superficie de Crythe eran algo difíciles e intermitentes, y en absoluto fiables, ya que siempre eran decodificadas por la arcana tecnología del Mechanicum. Desde que las legiones

aterrizaron en el planeta, las escuadras se habían acostumbrado a las violaciones de la transmisión y a quedarse aislados los unos de los otros.

Por suerte, la flota que orbitaba sobre Crythe se había librado de lo peor de las retorcidas interferencias de transmisión del mundo forja, pero las escuadras que se encontraban desplegadas sobre la superficie se habían visto obligadas a escuchar un inacabable aullido de códigos binarios que interrumpía por completo sus comunicaciones. Hasta las transmisiones que procedían de los sistemas de las naves seguían siendo presa de extraños ecos y retrasos de varias horas en la recepción. Ya había ocurrido muchas veces que las escuadras respondieran a las órdenes e informes de posicionamiento que llegaban medio día más tarde de lo que debían.

—Están probando con otras frecuencias para pedir refuerzos —dijo Talos.

—Es lo que me suponía —se mostró de acuerdo Cyrion.

—Al Elevado no le agradará que desobedezcamos la orden de retirada —comentó Uzas.

Aquella idea era algo que parecía agradar a Uzas, cuya voz sonó rasposa y grave. Talos se sacó de la mente la imagen de sí mismo magullado y ensangrentado hablando con aquella misma voz. «Sangre para el Dios de la Sangre… —había dicho en la visión—. Almas para el Devorador de Almas… Cráneos para el Trono de los Cráneos…».

—Por mí el Elevado puede irse al infierno —replicó Xarl.

—Vamos a por la Séptima Garra —ordenó Talos, quien ya estaba parpadeando a una runa nostramana para activarla y abrir otro canal de comunicación—. Septimus.

—Sí, señor. —La señal le llegó entrecortada, lo que interrumpía la voz del piloto sirviente con una serie de chasquidos crepitantes—. La extracción prevista tendrá lugar en catorce minutos. Estoy de camino a vuestra posición.

—Cambio de planes.

—No me atrevo a preguntar el motivo, mi amo. Tan sólo decidme qué necesitáis. Esto no es la *Negrura*, no es mucho lo que puedo hacer con un transporte.

—No importa. Pon los motores a plena potencia hacia mi posición, sigue el protocolo de extracción táctica y luego dirígete a toda velocidad hacia las coordenadas que Cyrion te está transmitiendo ahora mismo.

—Señor… ¿Una extracción táctica? ¿Es que el sector no está despejado?

—Lo está. Pero vas a llevar a la Primera Garra y a su Land Raider a una zona de combate situada al oeste de mi posición actual.

—Como ordenéis, amo. —Talos oyó a Septimus soltar un suspiro. El mortal sabía que el Elevado había ordenado que la Primera Garra se retirase—. En realidad, he cambiado de idea. Sí que lo quiero saber. ¿Puedo preguntar qué es lo que pasa exactamente?

—La Séptima Garra está atrapada. Vamos a liberarlos.

—Disculpad que os lo pregunte otra vez, señor. ¿Qué es lo que los ha atrapado que requiere la ayuda de la Primera Garra y, además, de su Land Raider?

—Un titán —le respondió Talos—. Y ahora, date prisa.



LA SÉPTIMA GARRA

La calle retembló bajo sus pisadas.

Las docenas de ventanas que miraban hacia la avenida se hicieron añicos dentro de sus propios marcos y el polvo cayó como si fuera lluvia desde las paredes de los edificios en ruinas. El retumbar de sus patas rematadas por pies con garras afiladas no era ni siquiera la característica más ruidosa de su presencia. Lo realmente estruendoso eran los rugidos quejumbrosos de sus grandes junturas, unos tremendos chirridos mecánicos que cortaban el aire mientras caminaba. Y más ruidosa todavía era la cacofonía llena de bramidos de sus brazos armados, que abrasaban el aire cada vez que absorbían energía para disparar y que iluminaban el mundo que lo rodeaba con la luz de un amanecer cegador cuando, por fin, liberaban toda su furia.

Adhemar de la Séptima Garra se arrastró entre los escombros que hasta unos momentos antes habían sido un bloque de habitáculos. La visión le parpadeó y emitió una serie de siseos, ya que había perdido todos los sentidos artificiales a causa de los daños que había sufrido su yelmo. Hasta sus medidores vitales estaban afectados y no mostraban nada de utilidad, nada que él pudiera entender. Se quitó el casco con una exclamación malsonante, lo que liberó sus sentidos naturales. El aire estaba espeso por las cenizas y vibraba con los resonantes estruendos de las pisadas del titán. La máquina de guerra todavía se encontraba en el otro extremo de la avenida, desde donde alzó sus armas una vez más. Medía diecisiete metros de altura y casi otros tantos de anchura. Caminaba encorvado sobre el pavimento y ocupaba tanto espacio que sus inmensos hombros abrían unos surcos chirriantes en los edificios al rozarlos con su enorme masa.

El astartes sabía que aquellos hombros blindados protegían a numerosos miembros de la tripulación que se afanaban en la cámara que rodeaba al reactor interno, donde entonaban sus irritantes plegarias al Emperador en su aspecto de Dios

Máquina. El hecho de que no pudiese matarlos, el hecho de que no dispusiera de ningún arma con la que al menos hacerles algún daño, lo desquiciaba hasta casi dejarlo apopléjico. Miró la cabeza canina del titán, y se imaginó a los tres pilotos que albergaba en su interior unidos a sus tronos de mando mediante un montón de cables y arneses de sujeción.

«Cómo tienen que estar riéndose ahora mismo…».

A Adhemar se le agarrotaron los pulmones y la garganta mientras filtraban el polvo en el aire como si fuese un veneno. El guerrero de los Amos de la Noche hizo caso omiso de aquella reacción biológica y se levantó para echar a correr con cierto esfuerzo hacia la parte posterior de una pared que todavía se encontraba en pie de un edificio cercano. La calle, que antaño había sido la vía pública principal de un sector de habitáculos, era un paraje arrasado tras el paso de la cólera del titán. Una de sus armas, que tenía un aspecto semejante a un puño retorcido, era una monstruosidad de múltiples cañones giratorios que disparaba cientos de proyectiles de bólter por segundo a los objetivos que se encontraban debajo de él. Cada impacto de los proyectiles abría un agujero de un metro de ancho en los alrededores de piedra y acero del Warhound. Con todos aquellos miles de proyectiles que disparaba por minuto, a Adhemar no le extrañaba la escala de la destrucción que provocaba. Lo único que lo sorprendía era que él mismo todavía continuase con vida.

La mayoría de su escuadra no había tenido la misma suerte.

Una sirena resonó de forma parecida a la de una campana agrietada que llamara a los fieles para la oración imperial matutina. Los músculos de Adhemar se tensaron con fuerza mientras permanecía inmóvil donde se encontraba. El sonido era el pulso de ecolocalización del auspex del titán. Si se movía lo más mínimo, aquel aparato sabría dónde se encontraba. Incluso sería capaz de saber dónde estaba con sólo captar una mínima lectura del calor que emitía su servoarmadura, aunque él contaba con que los sistemas del titán estuvieran regulados para cazar presas de mayor tamaño.

En esos momentos se encontraba a unos cincuenta metros carretera abajo, a la sombra de la luz de la luna que proyectaban dos torres que habían escapado de su ira inicial. El titán estaba de pie sobre sus patas de articulaciones invertidas, y la cabina en forma de cabeza de lobo giraba de izquierda a derecha sobre unos servos que chirriaban a un volumen incluso doloroso.

Oyó el siguiente ataque antes de verlo: la tos ronca de un misil disparado desde algún punto situado en las proximidades. Una estela de humo aullante cruzó el aire a lo largo de la carretera desde el segundo piso de un edificio en ruinas. Adhemar se movió un poco para ver la trayectoria del misil y entrecerró los ojos mientras su cognición astartes captaba de forma instintiva los detalles del ángulo de la cabeza armada y de la localización de su punto de impacto.

No disponía de comunicador, así que sólo pudo susurrar para sí mismo:

—Pero ¿qué haces, Mercutian…?

El proyectil explotó con un destello contra los escudos de vacío del titán, que

apenas rielaron, y el Warhound le respondió de inmediato. Su enorme puño izquierdo se alzó a gran velocidad con un rugido de sus engranajes.

El cañón inferno.

Adhemar volvió a ponerse a cubierto en menos de un segundo, no porque se encontrara en la línea de disparo, sino porque mirar el fogonazo de aquella arma supondría quedarse ciego durante horas. Incluso con los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia otro lado, el hijo de Nostramo sintió la luz asaltar sus retinas con chispazos cortos de dolor. La inmensa arma disparaba con el rugido desafiante de un depredador de un mundo salvaje, y sus turbinas de eliminación de calor expulsaban aire abrasador en todas direcciones.

Adhemar exhaló una bocanada de aire ardiente y notó cómo le raspaba la garganta. Supo sin necesidad de mirar que el atroz chorro de fuego líquido había derretido el edificio y disuelto todo lo que había en su interior. El estruendo que estaba esperando llegó pocos momentos más tarde, cuando la estructura cedió por completo bajo la fuerza del ataque.

¿Fue su imaginación, o creyó haber oído un breve grito por el enlace de comunicación del casco que tenía en las manos? ¿Acaso había oído el grito de muerte de uno de sus hermanos?

Mercutian estaba muerto, de eso no cabía duda alguna. Era innegable que había sido un acto de valentía creer que habría sido capaz de dañar al titán con uno de sus últimos cohetes, pero el gesto había sido inútil incluso antes de que lo hubiera apuntado con el arma. Destruir al dios máquina una vez que las diferentes capas de escudos que lo protegían estuvieran desactivadas era una cosa. Desactivarlas era otra cosa muy distinta.

Adhemar enganchó su casco utilizado en el acople magnético de su cinturón y buscó su transmisor auxiliar en el interior del compartimento de la musiera. El auricular le resultaba extraño, ya que estaba acostumbrado a la magnificación sensorial del interior de su casco.

Dudaba de que aún quedara alguien más con vida aparte de él, pero merecía la pena intentarlo.

—Séptima Garra, informe de situación.

—¿Adhemar?

—¡Mercutian!

—Sí, hermano sargento.

—Por los infiernos infinitos, ¿cómo es que sigues vivo? —le preguntó, y le costó no alzar la voz a causa de la incredulidad.

—¿Me viste disparar el misil?

—Y creí haberte oído morir.

—Todavía no, señor. Hice una retirada táctica. A toda prisa.

Adhemar reprimió las ganas de echarse a reír.

—Así que huiste.

—Hui, y además salté desde el lado sur del tercer piso del edificio. Tengo la armadura hecha un desastre y he perdido el lanzamisiles. Adhemar, tenemos que llegar al Rhino. El arma de plasma es…

—Inútil contra un titán Warhound.

—¿Tienes alguna idea mejor?

El coro mecánico de inmensos pistones comenzó a oírse otra vez avenida abajo. Adhemar se arriesgó a echar otro vistazo por encima de la pared.

—Malas noticias. ¿Tienes línea de visión?

—Estoy en una calle adyacente, señor. No puedo ver a la bestia.

—Ha encontrado al Rhino.

Así era. El titán lo había encontrado. La máquina de guerra se inclinó hacia abajo para mirar fijamente al transporte de tropas de la Séptima Garra, que se encontraba detenido en un callejón estrecho. El desplome del último edificio había dejado al descubierto su oscura masa blindada. Los escombros del bloque de habitáculos derrumbado le habían caído sobre el techo lo que dejó una serie de melladuras de color gris metalizado allí donde la pintura azul se había desprendido.

—Tengo una idea —transmitió Adhemar.

—Adhemar, señor, con el debido respeto… tenemos que marcharnos ahora mismo de aquí. Esta clase de muerte no sería honorable.

—Silencio. Si pudiéramos desactivar sus escudos…

—Ese «si» es un imposible. Si pudiéramos volar o mear plasma, ya habríamos conseguido lo que queríamos, pero no va a pasar nada de eso.

—Espera. Se pone en movimiento.

El aullido de los grandes pistones aumentó de intensidad. Adhemar echó un vistazo al mismo tiempo que le susurraba una oración al espíritu máquina de su Rhino, el fiel vehículo que lo había llevado a través de incontables campos de batalla. Conocía su interior tan bien como conocía su propia servoarmadura. Era capaz de distinguir el estado de ánimo del tanque en los gruñidos de su motor en marcha, del mismo modo que notaba su arrogancia en cada uno de los disparos que rebotaban con un chispazo contra el casco sin causarle el menor daño.

El tanque que había transportado a la Séptima Garra desde la fundación de la legión en la Terra previa al Imperio murió de forma innoble, y expiró con un chirrido retorcido y prolongado de metal torturado. El titán Warhound se mantuvo allí durante medio minuto mientras las garras de su pata derecha aplastaban el tanque contra el suelo de la calle. La mayor injusticia fue que el tanque encontrase su fin de una forma tan indigna simplemente para que el titán pudiese ahorrarse munición.

«Pagarás por esto —juró Adhemar—. Vas a sangrar, a gritar y a morir por esto».

El titán levantó por fin la pata del montón de chatarra y de sus dedos engaritados cayeron varios trozos de metal retorcido. Todavía bajo la sombra del mastodonte, el casco destrozado del *Carpe Noctum* tenía un aspecto especialmente patético. Era imposible relacionar aquella masa de restos ruinosas con el indómito tanque de

carácter animoso en el que se había dirigido a toda velocidad hacia la guerra mil y una veces.

La Séptima Garra había muerto. En cuerpo y alma. Incluso en el caso de que tanto él y Mercutian lograran sobrevivir de alguna forma a los próximos minutos de combate, estaban destinados a unirse a otra de las Garras que formaban los andrajosos restos de la Décima Compañía.

Adhemar observó al pesado titán avanzar en pos de otras posibles presas por la avenida, oscilando de lado a lado mientras se acercaba con pisadas retumbantes.

—Mercutian…

—Dime, hermano sargento.

«No seré hermano sargento tras esto. Será imposible».

—Necesitamos encontrar a Ruhn y a Hazjarn. Tenían bombas de fusión.

El titán pasó de largo con un estruendo atronador.

Adhemar se quedó inmóvil, con la espalda pegada a la pared. Una gran sombra cayó sobre él cuando el titán bloqueó la luz de la luna. Se encontraba a tan sólo treinta metros de él, y sus pistones no dejaban de sisear y de expulsar aire a presión. Se asemejaba a la respiración de una bestia jadeante tras una larga caza. En esos momentos le estaba dando la espalda mientras miraba de forma amenazadora la avenida a la búsqueda de objetivos. Otro retumbar metálico amortiguado resonó cuando el auspex de ecolocalización buscó señales de retorno de movimiento o calor. El lobo olisqueaba en busca de más presas.

—Repite, sargento.

—Ruhn y Hazjarn. Tenían nuestras bombas de fusión.

—No sirven de nada si el titán tiene los escudos activados. Y lo sabes.

—Son nuestra única oportunidad. Podríamos minar la carretera por delante del titán. ¿Tienes algo mejor que hacer, o es que estás aquí, revestido de medianoche, sólo para morir con los demás?

—Tengo a Ruhn en mi localizador, pero no a Hazjarn. ¿Puedes verlo?

—No puedo ver las señales de nadie; tengo el casco dañado. Lo vi caer cuando el bloque residencial se nos derrumbó encima. Sé dónde cavar, pero tendremos que ser rápidos.

—No tengo señales de vida de nadie excepto las nuestras —dijo Mercutian.

Adhemar pensó mientras observaba al titán girar el torso de izquierda a derecha que aquello no era de extrañar. El sonido se asemejaba al de unos truenos que azotaran un valle.

—Está pasando de largo. Hay un intervalo de dieciséis segundos entre las señales de auspex. La onda de escaneo pasará sobre nosotros en el primer segundo, o en el segundo como mucho. Muévete sólo tres segundos después de que esa maldita cosa resuene. Quédate inmóvil cuando lo oigas lanzar el pulso.

—De acuerdo.

Esperaron durante varios instantes hasta que el retumbar amortiguado resonó

otra vez. Varias ventanas más reventaron bajo aquella reverberación.

«Uno. Dos. Tres».

—Vamos.

• • • • •

El transporte se comportaba con una pereza plomiza comparado con la *Negrura*. Aunque esa variante de Thunderhawk se caracterizaba por una zona media menos pesada, la nave llevaba la voluminosa masa del Land Raider de la escuadra en las garras de la panza del casco. El peso tenía su importancia. Septimus lo percibía en cada viraje.

Septimus hizo descender la aeronave, que sobrevoló como un rayo las puntas de los bloques de habitáculos con los propulsores al rojo vivo. Si volaba demasiado bajo, se arriesgaba a entrar en el alcance de las armas del titán antes de que supieran con certeza dónde se encontraba con exactitud. Si se quedaba demasiado arriba, el auspex no les daría una señal de retorno precisa de la posición de la máquina enemiga.

—Capto un brillo térmico importante al final de una avenida principal, justo al norte de nuestra posición.

La voz de su amo sonó por el comunicador. La Primera Garra esperaba dentro de su tanque.

—Desciende y abre los cierres en el otro extremo de la avenida. Si te matan mientras haces la maniobra de distracción, me enfadaré bastante, Septimus.

Este sonrió.

—Lo tendré en cuenta, amo.

Los motores estabilizadores del transporte rugieron con mayor fuerza al tener que soportar todo el peso de la nave, ya que había dejado de impulsarse hacia adelante al descender entre los restos destrozados de los bloques de habitáculos que el titán había destruido. El chorro de humo del motor tiñó de negro la calle que se extendía bajo el vehículo.

El titán los vio desde el otro extremo de la avenida, a seiscientos metros o más. El Warhound giró, y sus patas de articulaciones invertidas rotaron en círculo. Elevó los brazos a modo de letal saludo.

—La máquina imperial está fijándonos como objetivo —transmitió Septimus—. A veinte… Quince… Diez metros sobre el suelo.

—*Ave Dominus Nox* —dijo Cyrion a través del canal.

—Buena caza, Septimus —añadió Talos.

—¡Garras desplegadas!

Liberada de su carga, la Thunderhawk ascendió veloz a los cielos mientras sus rugientes motores compensaban la pérdida de peso.

Las runas de alarma destellaron en las pantallas de las consolas: Objetivo fijado. El sirviente tiró de las palancas de control para hacer virar vertiginosamente la aeronave. Desde la avenida situada bajo su panza se elevaron las ráfagas de proyectiles de bólter de inmenso calibre, que cortaron el chorro de aire que dejaba su motor. Septimus tiró con fuerza de dos palancas situadas a ambos lados del trono de piloto y los quejumbrosos propulsores aullaron con una furia renovada. La intensidad de propulsión que estaba exigiéndole al transporte se solía reservar para cuando se regresaba a órbita tras un aterrizaje. Que lo usara en un vuelo atmosférico, o en una zona urbana…

Septimus conocía bien a la *Negrura*. Sabía que la Thunderhawk era capaz de aguantar eso y mucho más. Sin embargo, no estaba tan seguro de que ese otro transporte fuera capaz de lograrlo. La nave que pilotaba en ese momento se estremecía, crujía y gemía por todas partes a su alrededor, y hasta los tornillos del casco chirriaron.

Los pináculos de las torres pasaron a toda velocidad a su lado convertidos en unos borrones vertiginosos. Septimus ascendió y maniobró en un giro brusco. En cuanto alineó el morro con el objetivo que tenía en tierra, las runas de adquisición de objetivo parpadearon a lo largo de la pantalla principal de datos.

Los lanzamisiles del transporte se activaron y desplegaron sus cápsulas igual que unas flores que se abrieran.

—Espero que funcione…

● ● ● ● ●

Las cadenas del Land Raider de la Primera Garra empezaron a moverse incluso antes de tocar el suelo. Zumbaron y giraron empujando el aire, ansiosas de triturar la superficie de la calle.

—¡Primera Garra! —gritó una voz por el comunicador interno del tanque.

Talos pestañeó la dirección a una runa de frecuencia para activarla.

—¿Adhemar?

—Talos, por las garras de nuestro padre… ¿Qué haces aquí?

El Land Raider dio una serie de bandazos cuando se estrelló contra el suelo, y sus orugas arañaron el cemento a toda velocidad. Cyrion, sentado en el trono de dirección del tanque, hizo girar el inmenso vehículo hacia la derecha y condujo a través de un ancho callejón hasta llegar a una calle paralela. El resto de la escuadra se dedicó a comprobar sus armas en el fúnebre interior iluminado de rojo del tanque.

—Adivina… —le respondió Talos, quien aporreó el mecanismo de apertura de la puerta con el guantelete.

La noche inundó el interior del vehículo y los indicadores térmicos de los

visualizadores retinales descendieron cuando el viento gélido les golpeó las armaduras. Talos, Uzas y Xarl saltaron del tanque en marcha y se dispersaron por las torres de habitáculos en ruinas.

—No habéis venido por el paisaje, ¿verdad? —crepitó la voz de Mercutian—. Ya lo hemos visto antes un montón de veces.

—Apreciamos el esfuerzo, hermanos, pero incluso un Land Raider es chatarra comparado con un Warhound —transmitió Adhemar—. Nos honra que muráis junto a la Séptima Garra.

—Silencio —lo cortó Talos—. ¿Dónde estáis con respecto al titán?

—Podría escupir y darle —respondió Mercutian—. Estamos bajo su sombra, con bombas de fusión para minar la carretera.

—Guárdalas —dijo el profeta—. Primera Garra, avanzad por las calles adyacentes para uniros a la Séptima Garra. Cyrion, trae rápido al *Ojo de la Tormenta*, tal y como acordamos. —Intentar ocultar el Land Raider no tenía sentido. El auspex del Titán captaría tanto su calor como su fuente de energía desde un kilómetro de distancia.

—¿Planeas destruirlo con tu Land Raider? —preguntó Mercutian en voz baja—. Una buena muerte.

—Deja ya de ser tan negativo —lo cortó Adhemar—. Hermano, dime que has aterrizado con un plan.

—He aterrizado con un plan —le confirmó Talos mientras corría por la calle llena de escombros. Vio al Warhound, que estaba disparando unos arrasadores chorros de fuego hacia el cielo—. El titán está a punto de convertirse en la víctima de una distracción poco agradable. Cuando ataquemos desde el cielo, seguid mis órdenes al pie de la letra.

—A la orden, Cazador de Almas —dijo Adhemar.

• • • • •

La Thunderhawk de transporte llevaba un armamento ligero en comparación con su variante cañonera, pero no estaba desprovista del todo de capacidad ofensiva. Los bólters pesados montados en las alas constituían el elemento antipersonal de su armamento, que estaba apoyado por su capacidad de transporte de seis misiles de la clase Hellstrike bajo las alas.

Septimus había volado con la Thunderhawk *Negrura* durante años, por lo que había bombardeado posiciones enemigas muchas veces con anterioridad. Ese ataque de pasada se caracterizaba por contar con muchas diferencias incómodas con respecto a su participación habitual en una batalla. La primera de ellas era que el transporte carecía del cañón de batalla de la Thunderhawk, el arma habitual. En segundo lugar, era mucho menos resistente en la sección media del casco. Tercero, mientras

Septimus dirigía los ajustes de trayectoria de vuelo mediante sus pensamientos conscientes, llegó a una horrible conclusión: «La puñetera nave maniobra como si estuviese sumergida bajo el agua».

El transporte de tanques realizó un picado, y fue un picado vertiginoso, igual que una lanza que atravesara el cielo nocturno tras haber sido arrojada en el ángulo más peligroso posible.

El titán disparó hacia arriba, en su dirección. Se imaginó a su tripulación en sus tronos de sujeción, reacios a permitir que una pieza tan valiosa como un carguero astartes se escapase de sus garras y ordenándole a su dios máquina que enviase su ira a los cielos en un arco interminable de proyectiles de bólter, miles de ellos a la vez.

El transporte se apartó de su picado con un movimiento brusco y giró de forma tan cerrada que la presión aplastó a Septimus dolorosamente contra su trono. La inercia de su ataque provocaría, si seguía así mucho tiempo más, su muerte, la destrucción de la nave, o ambas cosas. Sin embargo, el chorro de proyectiles letales no llegó a alcanzarlo.

Los medidores de altitud pitaron en señal de alarma. Los lectores digitales de velocidad actuaron del mismo modo. La nave misma le estaba gritando.

Septimus tiró con fuerza de las palancas de control y, un momento después, empujó las de propulsión. El transporte se acercó más y en un ángulo menos demencial. Septimus había aguantado todo lo posible en un esfuerzo por ocultar sus intenciones, pero la tripulación del titán ya debía de haberse dado cuenta. Reconocerían aquella maniobra. No se trataba de un ametrallamiento con los cañones. Era un bombardeo.

• • • • •

Talos se agachó junto a Adhemar dentro del piso inferior en ruinas de un bloque de habitáculos. Las paredes estaban arrasadas casi por completo, por lo que disponían de una vista clara de la calle. Ambos guerreros aferraban unas bombas de fusión del tamaño de platos mientras observaban al titán disparar hacia el cielo en mitad de la avenida.

Adhemar, visiblemente más viejo que Talos, algo que resultaba evidente al llevar la cabeza descubierta, le sonrió de oreja a oreja al profeta.

—Si esto funciona…

—Funcionará. —Talos casi estaba sonriendo tras su propio casco, contento de que Adhemar hubiera sobrevivido al ataque inicial del titán.

Por encima de ellos, el transporte comenzó su descenso aullante y se acercó a mayor velocidad con cada segundo que pasaba. El titán ancló las piernas para afianzarse, tras lo cual abrió fuego con una nueva salva de su megabólter Vulcan.

• • • • •

Septimus pasó entre las torres de los bloques de habitáculos. Voló bajo. Cada vez más bajo.

Bajo y lo suficientemente cerca como para que el chorro ardiente de sus motores quemara levemente los hombros del titán cuando lo sobrevoló. Cuando tan sólo doscientos metros separaban a la nave que volaba raso del titán que le disparaba, y en cuanto Septimus oyó unos peligrosos impactos en el casco procedentes de un arrasador fuego de bólter, tiró de los mandos y se elevó de nuevo.

El titán siguió su trayectoria de vuelo, pero sus antiguas y venerables junturas no fueron capaces de seguir a la veloz nave mientras esta elevaba el morro para iniciar la fase final de su ataque.

Septimus empuñaba las palancas de propulsión y de altitud con demasiada fuerza como para arriesgarse a soltarlas. La nave había sufrido daños y vomitaba chorros de humo negro por varios puntos críticos, por lo que no se atrevió, ni por un instante, a apartar las manos de los controles. Tuvo que inclinarse hacia un lado del trono, y maldijo el hecho de que aquella nave estuviera construida para que la pilotasen sobredimensionados pilotos astartes forjados genéticamente en vez de mortales. Luego soltó un improperio en nostramano y le propinó una patada al activador de apertura de las abrazaderas en el preciso instante en que su runa de adquisición de objetivo destellaba repetidamente en verde.

Con el tacón de la bota, Septimus subió la palanca a posición de disparo.

Igual que seis espadas apuntadas hacia abajo, las cápsulas escupieron sus misiles y estos cayeron, aullando, del cielo.

• • • • •

A esa distancia, que era casi suicida para la Thunderhawk, el titán no tuvo ninguna oportunidad de interceptar los misiles.

El impacto fue una imagen digna de verse. Se grabó a fuego en la memoria de Talos de forma tan ardiente como le quemó los ojos.

Los misiles impactaron con una potencia salvaje y propinaron un martillazo a los escudos de vacío del titán con la fuerza de un edificio que se derrumbara. Todos explotaron al mismo tiempo, y el fogonazo cegó por un momento al único guerrero de los Amos de la Noche que fue incapaz de resistirse a ver cómo transcurría todo.

Talos miró fijamente, sin poder ver nada hasta que sus lentes oculares configuraron frenéticamente los filtros para compensar su ceguera. Recuperó la vista, borrosa debido al dolor retinal, justo a tiempo de ver cómo el Warhound trastabillaba

dando un paso hacia atrás, con la pierna derecha retrocediendo para apoyar todo su tambaleante peso al mismo tiempo que las garras destrozaban el suelo.

Sus escudos adquirieron un aspecto líquido y maleable al rielar igual que el aceite sobre el agua. Se disiparon y comenzaron a activarse de nuevo con una serie de chispazos mientras los generadores internos luchaban por mantener el flujo de energía del proyector de escudos de vacío. Talos casi fue capaz de imaginarse a los tecnoadeptos afanándose alrededor de la columna central del retumbante reactor de fusión del titán, una espina dorsal que le recorría el torso por debajo de la densa armadura de sus hombros.

Los escudos del titán crepitaron y relampaguearon una vez que su energía se disipó. En las profundidades de su cuerpo acorazado empezó a surgir un grave y creciente zumbido apagado, aunque todavía audible para el astartes escondido. Los sistemas internos del Warhound seguían a pleno rendimiento y le suministraban potencia adicional para prevenir la completa desconexión de los escudos. Tenía los escudos de vacío al mismo límite del fallo.

—Amos de la Noche, avanzad para acabar con él —transmitió Falos con una sonrisa retorcida.

• • • • •

El espíritu máquina que moraba en el interior de la inmensa mole del Land Raider *Ojo de la Tormenta*, perteneciente a la VIII Legión, había recibido honores una y otra vez por su agresividad. Los pergaminos y los gallardetes que dejaban constancia de decenas de gloriosas victorias colgaban de su casco y ondeaban al viento. Salió a toda velocidad de la bocacalle sobre orugas que ya habían removido la tierra de innumerables mundos, impulsado tanto por propio instinto y sed de sangre como por la obediencia a las indicaciones del astartes de carne y hueso que llevaba los mandos.

Su presa… Su presa era inmensa. El *Ojo de la Tormenta* captó el calor abrasador del reactor de plasma del titán, sintió la fiera presión de la mirada del gigante cuando este lo fijó como objetivo. A pesar de ello, el *Ojo de la Tormenta*, el alma de aquella máquina, no conoció el miedo ni el acobardamiento propio de sentirse intimidado. Irrumpió en tromba en la avenida, con las orugas aplastando y triturando el rocacemento bajo su peso mientras flanqueaba a aquel imponente adversario.

El *Ojo de la Tormenta* le lanzó zarpazos y escupió al depredador de mayor tamaño: el veneno que le escupía era una lluvia abrasadora de proyectiles de bólter de gran calibre proveniente de su torreta superior, mientras que los zarpazos que rasgaban la piel del enemigo provenían de unos cañones láser Kz9.76, de la clase Martillo Divino, que llevaba montados en sendas barquillas laterales de dos cañones que desencadenaban rayos cegadores de energía inmisericorde.

Rasgó, rasgó y rasgó haciendo jirones la frágil piel reluciente de la presa, destrozando el escudo protector visible a medias.

Algo estalló. La piel reluciente. Las zarpas del *Ojo de la Tormenta* habían conseguido arrancar la última capa del escudo, lo que dejó a su adversario expuesto y vulnerable. El enemigo trastabilló con una violenta reacción cinética cuando algo en interior de su cuerpo se rompió.

El *Ojo de la Tormenta* oyó como los amos de carne se gritaban los unos a los otros. Captó la excitación en su sangre y compartió su hambre de caza. La comunión del odio guerrero impulsó el alma del tanque incluso más. Ya le dolían las garras a causa de aquel calor mortífero. El refrescante toque de mantenimiento sería un alivio bendito tras aquella caza.

La presa seguía siendo fuerte y seguía siendo rápida. El amo de carne condujo marcha atrás al *Ojo de la Tormenta* a toda velocidad a lo largo de la avenida sin dejar de disparar. Fue una lucha por mantener alejada la carrocería del tanque de las garras letales de aquel depredador colosal. Como un tiburón que buscara presas, el *Ojo de la Tormenta* zigzagueó a izquierda y derecha con el motor cada vez más caliente, con las garras en tensión y siseando bajo aquel calor mortífero.

El enemigo se volvió por fin con rapidez. Ya no era la presa… Ya no se veía amenazado…

Rugió su propia respuesta al *Ojo de la Tormenta*, de espíritu máquina a espíritu máquina, y con la ira de un dios depredador le devolvió los zarpazos.

● ● ● ● ●

Talos saltó por encima de otro muro y corrió a toda velocidad a lo largo de la avenida hasta la sombra del titán que disparaba. El cañón bólter Vulcan de la máquina de guerra enemiga rugía al lanzar una tormenta de proyectiles contra el Land Raider que se batía en retirada, ya que el titán tenía una mayor amenaza de la que preocuparse que los astartes que tenía a los pies. A pesar de ello, la máquina de guerra sabía que estaban allí. El repiqueteo de una señal de retorno de auspex hizo que parpadearan varias runas de alarma en las imágenes retinales de los amos de la noche, pero para cuando el colosal adversario se volvió e intentó aplastar a sus presas más débiles, estas ya se había puesto manos a la obra.

Talos fue el primero. *Aurum* crepitó de energía en su mano antes de que un único tajo abriera una grieta de intenciones perversas a través de la armadura y los mecanismos del tobillo del titán. Aunque lo hubiese propinado con una sola mano, un golpe como aquel podría haber derribado un árbol o haber partido a un mortal por la mitad. La propia fuerza mejorada mediante la transformación genética de Talos, a la que las fibras musculares artificiales cie su armadura amplificaban hasta

hacerla diez veces más potente, era el pináculo de todos los logros de la manipulación genética que había alcanzado la humanidad, y a todo aquel logro se le unía el uso de algunos de los secretos rescatados de la Era Oscura de la Tecnología y que el Culto a la Máquina guardaba con mayor celo.

El tilo dorado rajó y se hundió en las placas de blindaje hasta clavarse profundamente en los mecanismos que había debajo. Aquello, por sí solo, no hubiera sido más que un leve pinchazo de alfiler que durara poco más que un latido. Talos gruñó por el esfuerzo cuando empujó la hoja para clavarla más todavía, ya que sus músculos no estaban acostumbrados a que los sometieran a semejante prueba, y cortó los cables, los conductos y los pistones que actuaban como tendones del titán.

La herida en el metal escupió un chorro de sangre mecánica que cubrió a Talos de lubricante descolorido y aceite. El siguiente pulso de auspex de la máquina de guerra resonó igual que un lamento. Talos respondió con un grito de rabia exultante, después de lo cual estrelló la otra mano contra la brecha de forma irregular que había abierto. Sonó un ruido metálico hueco cuando la bomba de fusión se adhirió de inmediato.

Los siguientes fueron Adhemar y Xarl, quienes anclaron sus explosivos a los bordes de la herida. Talos ya estaba corriendo a toda velocidad para ponerse a salvo mientras Mercutian colocaba su artefacto incendiario en el sitio asignado. En ese momento vio a Uzas.

Uzas, quien no estaba colocando sus explosivos junto con el resto. Uzas, quien permanecía de pie bajo el imponente titán que no dejaba de pisotear el suelo; Uzas, quien disparaba el bólter contra la barbilla de la máquina de guerra. ¿Acaso pensaba que los proyectiles de pequeño calibre iban a conseguir abrirle un agujero al blindaje de un titán? ¿Acaso pensaba que la tripulación del interior de aquella cabina a modo de cabeza sentía sus disparos como algo más que una molestia susurrante contra la piel acorazada de su santuario andante?

La voz de Xarl bramó por el comunicador entre colérica e incrédula:

—Pero ¿qué está haciendo ese estúpido?

Talos no le respondió. Ya estaba regresando a toda prisa hacia el titán.

Los disparos de Cyrion hicieron que todo fuera más difícil. Un destello cegador relampagueó en los ojos de Talos, a los que cubrió de borrones de colores cuando el Land Raider, que se encontraba un poco más abajo de la avenida siguió disparando sin cesar con sus cañones láser. Talos cerró los ojos, que le habían quedado cegados de forma momentánea, y corrió entre las patas del titán, que no dejaban de intentar aplastarlo, confiando en sus otros sentidos para guiarse.

Por debajo de las pisadas atronadoras del titán furibundo…

Por debajo del zumbido agudo, burlón y ensordecedor del fuego sostenido de los cañones láser…

Allí. El zumbido de una servoarmadura. El estruendoso martilleo de un bólter que sonaba igual que una diabólica risita en mitad de los disparos de las armas

superpesadas. Lo más identificable de todo era la jubilosa voz de Uzas aullando unos nombres que Talos no tenía deseos de conocer. Unos nombres que le trajeron de vuelta a la mente, sólo por un instante, su visión de los «aliados» de Abaddon.

Se lanzó hacia aquellos sonidos y cargó con el hombro contra Uzas, al que lanzó diez metros a lo largo de la calle con el sordo retumbar de las placas de ceramita al chocar entre sí. Todavía ciego, corrió hacia su hermano Uzas, que se estaba levantando, y le propinó un puñetazo en la cara cubierta por el casco.

Una vez, dos veces, una tercera y una cuarta.

Uzas soltó un débil gruñido y trastabilló sobre las piernas temblorosas. Talos lo golpeó a continuación con la cabeza, y la runa nostramana de su frente hizo añicos una de las lentes rojas de Uzas. Cuando sintió que su hermano se desplomaba, el profeta aferró a Uzas de la gorguera y arrastró a aquel imbécil hasta la escasa cobertura que ofrecía un bloque de habitáculos medio derrumbado.

Alzó la vista para ver su muerte. El otro brazo del titán, el que no estaba lanzando un torrente asesino avenida abajo hacia Cyrion y el *Ojo de la Tormenta*, lo apuntaba directamente. El brazo en sí era más largo que un carro de combate y absorbía luz y calor a través de las turbinas laterales mientras acumulaba energía para disparar.

Un cañón inferno. Acabaría con él, con Uzas, con la roca del edificio y con el cemento de la calle mediante un baño de fuego solar.

Un pensamiento le atravesó la mente a Talos, quien no dejó de mirar al cañón tembloroso que apuntaba en su dirección.

«No voy a morir así».

Los explosivos adosados en el tobillo del titán estallaron, como si las palabras mudas del profeta le hubieran dado forma al propio destino.

El princeps Arjuran Hollison murmuró débilmente, ya que fue el único sonido que logró emitir. Algo le estaba aplastando el pecho, le impedía todos los intentos que hacía para respirar y lo empujaba contra el respaldo del trono. Esa presión provocó que las agujas y las sondas de los cables que tenía conectados al cráneo y a la columna vertebral se clavaran más profundamente de lo debido. Sintió el tenue y palpitante pinchazo de las hemorragias internas en la cabeza y el pecho mientras se le nublaba la visión y…

No. Era el dolor del titán. Al seguir unido a la mole encolerizada y lisiada de *Cazador Gris*, el princeps se ahogaba en el dolor abrumador del dios máquina.

Y en su igualmente abrumadora humillación.

Había caído. Y no en una batalla gloriosa. No en una guerra contra un rival más fuerte. El titán, de clase Warhound, ensamblado en las benditas y sagradas forjas factoría de Alaris II, un mundo del Mechanicum noble y muy respetado, había caído literalmente. Tropezado. Se había desplomado, a merced de los mordiscos de hormiga de una presa menor.

El núcleo del reactor de refrigeración del titán humillado trasladaba una furia impotente a la mente de Arjuran. Del mismo modo que la máquina de guerra yacía

tendida e inmóvil, él estaba igualmente indefenso contra la rabia enloquecida del titán. No podía mover la cabeza para desconectarse. Aquella rabia que lo inundaba, aterradora por su intensidad y su inhumanidad, era todavía peor por el simple hecho de que le resultaba completamente imposible escapar de ella. El metal retorcido que lo estaba aplastando, el trono de pilotaje de Ganelon, su fiel moderati primus, se mantenía inamovible. Sus manos golpeaban de un modo débil e inútil aquel peso que lo mantenía apresado.

Se dio cuenta no sólo de que lo estaban aplastando, sino de que también estaba inclinado. Tenía el brazo y la pierna derechos, al igual que el lado derecho de la cabeza, entumecidos por el tenue dolor que le provocaba la presión que los aplastaba contra la pared de la cabina. El *Cazador Gris* había quedado retorcido tras haber caído de lado.

Arjuran tuvo un destello fragmentado de memoria a corto plazo: el dolor que sintió en el puño izquierdo cuando el cañón inferno roció el cielo de fuego mortífero, un gesto ya inútil cuando el titán se desplomó.

Y luego, un atronador estruendo.

Luego, la oscuridad.

Luego, el dolor.

Y en ese momento, la rabia.

• • • • •

Arjuran todavía temblaba y babeaba, medio inconsciente debido a la furia de su titán caído, cuando arrancaron el techo de la cabina con forma de cabeza de lobo. No era consciente de ello, pero su cuerpo se estremecía cada pocos segundos con unas violentas convulsiones, lo que hacía que se golpease la cabeza y la pierna, que tenía rota, contra la pared. El grito agónico del titán, una oleada ululante de odio, estaba matando lentamente al único miembro de la tripulación que todavía seguía con vida, pero lo cierto era que el *Cazador Gris* siempre había sido una máquina terca y vengativa.

Arjuran emitió un grito ahogado y sollozó cuando una figura oscura lo sacó a rastras del trono. El grito fue de alivio y el sollozo de gratitud, pues los enchufes y cables salieron serpenteantes y libres de su columna vertebral y su cráneo.

Incluso en un momento como aquel, desprovisto del caparazón invulnerable que era su *Cazador*, no le importaba que lo arrastrasen de una muerte a otra. Que lo liberaran de las emociones ponzoñosas del titán moribundo era lo único que importaba.

Los guanteletes del enemigo sujetaron su cuerpo flácido, y el princeps Arjuran Hollison, nacido en uno de los clanes dinásticos que gobernaban la Legio Maledictis

de Crythe Primus, y antaño comandante de uno de los preciados dioses máquina de su mundo natal, miró a los ojos rojos carentes de toda emoción de su captor.

—Me llamo Talos —le gruñó el tenebroso guerrero—. Y vas a venir conmigo.



SEMILLAS DE INSURRECCIÓN

Se puede ganar y perder a la vez.
Piensa en una guerra que dura tanto que el mundo en el que se libra queda completamente arrasado a su paso.
Piensa en el espadachín que mata a su rival a costa de perder su propia vida.
Por último, piensa en el asedio de Terra.
Deja que esas fatídicas noches ardan en tu recuerdo.
Nunca olvides la lección que aprendimos cuando Horus se batió en duelo con el falso dios.
Una victoria que se consigue con demasiada sangre no es una victoria en absoluto.

El sabio guerrero Malcharion
Extraído de su obra *La senda tenebrosa*

Diez mil años atrás, antes de que la humanidad quedase desgarrada por la traición de Horus el Elegido, la Décima Compañía regresó a Nostramo.

La Décima, la Duodécima y la Decimosexta: tres compañías de batalla que volvían de la Gran Cruzada para que las homenajearan en su mundo natal.

Los Amos de la Noche nunca se comportaron como sus legiones hermanas. Procedían de un mundo sin tradiciones guerreras que se remontasen a lo largo de los siglos. La fortaleza que los preparaba para los rigores de la Gran Cruzada del Emperador nacía de un mundo que conocía el miedo, que conocía la sangre y que conocía el asesinato más que cualquier otro planeta bajo el dominio del Emperador. Las gentes de Nostramo consideraban que todos esos aspectos formaban una parte

natural de su vida. La aceptación de tal oscuridad dio lugar a una legión más fría que cualquier otra; una legión que aceptaba deshacerse de su humanidad al servicio del Trono.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Fue una era en la que los Amos de la Noche se revelaron como la herramienta de persuasión más poderosa del Imperio. Un mundo que se resistiera a la Verdad Imperial lo podían conquistar los afanosos y semimecánicos Manos de Hierro, o los extremadamente precisos y siempre leales Ultramarines. La conquista podría llevarse a cabo con las aullantes hordas de los Lobos Lunares, que un día pasarían a ser la Legión Negra, o bien con la furia justiciera de los Ángeles Sangrientos.

O podría sufrir la atroz aniquilación de la sociedad que los hijos elegidos del Acechante Nocturno ofrecían con sus crueles garras.

El miedo era su arma. Cuando la Gran Cruzada se acercaba a su fin, e incluso cuando los hermanos primarcas del Acechante Nocturno miraban con recelo a su moribundo e ingobernable semejante, los Amos de la Noche eran el arma más poderosa del Emperador. Mundos enteros deponían las armas en cuanto sus escáneres de exploración revelaban que los navíos astartes que se habían trasladado a su órbita mostraban los símbolos rúnicos de la VIII Legión. En aquellos decadentes años, los Amos de la Noche encontraron cada vez menos resistencia, pues las sociedades ajenas al Imperio preferían abandonar toda actitud desafiante antes que morir bajo las zarpas de la legión imperial más temida.

La legión se había ganado a pulso esa reputación a lo largo de cientos de campañas en las que había desencadenado los terrores que la caracterizaban sobre aquellos a los que conquistaba. Nunca se llegaba demasiado lejos para tomar un mundo en nombre del Emperador. Para cimentar la soberanía del Amo de la Humanidad había que subyugar por completo a la población de forma expeditiva y completa para que obedeciera de forma ciega. La obediencia mediante el miedo. Las fuerzas de ataque de los Amos de la Noche destrozaban el corazón del liderazgo mundial crucificando a los gobernantes ante las pictopantallas públicas, quemaban las casas monumentales dedicadas a los falsos dioses del planeta y despellejaban de forma sistemática el tejido de la sociedad para dejar expuestas sus debilidades internas. Las poblaciones traumatizadas que dejaban a su paso vivían las vidas de ciudadanos imperiales silenciosos y fieles que jamás susurraban ni la más mínima palabra sobre rebeldía.

Y a medida que fueron pasando los años, la resistencia se fue desvaneciendo.

Aquello comenzó a contrariar a los guerreros forjados genéticamente de los Amos de la Noche. No sólo a desagradarles, sino también a aburrirlos. Cuando llegó la orden de Terra, la demencial exigencia de que los Amos de la Noche y su padre primarca debían regresar para sufrir el castigo del Emperador, el desagrado y el aburrimiento se desvanecieron para ser sustituidos por el nacimiento de una nueva emoción. Los Amos de la Noche empezaron a sentir amargura.

Ellos, que habían prostituido su humanidad en el fuego de las guerras del Emperador.

Ellos, que habían permitido que los transformasen en la auténtica arma de terror del Imperio.

¿E iban ser ellos quienes pagaran por semejantes actos, como pecadores que se arrodillan ante un dios iracundo?

Humillación. Demencia. Blasfemia.

Los últimos Amos de la Noche que pisarían la superficie de Nostramo fueron los guerreros de la Décima, Duodécima y Decimosexta compañías. Un regreso al hogar como aquel era muy raro, pues pocos astartes volvían a ver su mundo natal alguna vez, sin olvidar que Nostramo no era precisamente conocido por honrar a aquellos de sus hijos que combatían en las distantes guerras del Emperador.

El desfile fue modesto, aunque sincero. Se trató de un gesto del capitán que lideraba a las tres compañías mientras la flota de batalla se reabastecía de combustible y hacía reparaciones en los muelles sobre Nostramo. Cincuenta astartes de cada compañía descendieron al planeta y marcharon por la avenida principal de Nostramo Quintus tras salir del espaciopuerto.

Talos recordaba haber pensado, incluso en aquel entonces, que se trataba de un gesto extrañamente emocional. A pesar de ello, descendió manas. Procedían de un mundo sin tradiciones guerreras que se remontasen a lo largo de los siglos. La fortaleza que los preparaba para los rigores de la Gran Cruzada del Emperador nacía de un mundo que conocía el miedo, que conocía la sangre y que conocía el asesinato más que cualquier otro planeta bajo el dominio del Emperador. Las gentes de Nostramo consideraban que todos esos aspectos formaban una parte natural de su vida. La aceptación de tal oscuridad dio lugar a una legión más fría que cualquier otra; una legión que aceptaba deshacerse de su humanidad al servicio del Trono.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Fue una era en la que los Amos de la Noche se revelaron como la herramienta de persuasión más poderosa del Imperio. Un mundo que se resistiera a la Verdad Imperial lo podían conquistar los afanosos y semimecánicos Manos de Hierro, o los extremadamente precisos y siempre leales Ultramarines. La conquista podría llevarse a cabo con las aullantes hordas de los Lobos Lunares, que un día pasarían a ser la Legión Negra, o bien con la furia justiciera de los Ángeles Sangrientos.

O podría sufrir la atroz aniquilación de la sociedad que los hijos elegidos del Acechante Nocturno ofrecían con sus crueles garras.

El miedo era su arma. Cuando la Gran Cruzada se acercaba a su fin, e incluso cuando los hermanos primarcas del Acechante Nocturno miraban con recelo a su moribundo e ingobernable semejante, los Amos de la Noche eran el arma más poderosa del Emperador. Mundos enteros deponían las armas en cuanto sus escáneres de exploración revelaban que los navíos astartes que se habían trasladado a su órbita mostraban los símbolos rúnicos de la VIII Legión. En aquellos decadentes

años, los Amos de la Noche encontraron cada vez menos resistencia, pues las sociedades ajenas al Imperio preferían abandonar toda actitud desafiante antes que morir bajo las zarpas de la legión imperial más temida.

La legión se había ganado a pulso esa reputación a lo largo de cientos de campañas en las que había desencadenado los terrores que la caracterizaban sobre aquellos a los que conquistaba. Nunca se llegaba demasiado lejos para tomar un mundo en nombre del Emperador. Para cimentar la soberanía del Amo de la Humanidad había que subyugar por completo a la población de forma expeditiva y completa para que obedeciera de forma ciega. La obediencia mediante el miedo. Las fuerzas de ataque de los Amos de la Noche destrozaban el corazón del liderazgo mundial crucificando a los gobernantes ante las pictopantallas públicas, quemaban las casas monumentales dedicadas a los falsos dioses del planeta y despellejaban de forma sistemática el tejido de la sociedad para dejar expuestas sus debilidades internas. Las poblaciones traumatizadas que dejaban a su paso vivían las vidas de ciudadanos imperiales silenciosos y fieles que jamás susurraban ni la más mínima palabra sobre rebeldía.

Y a medida que fueron pasando los años, la resistencia se fue desvaneciendo.

Aquello comenzó a contrariar a los guerreros forjados genéticamente de los Amos de la Noche. No sólo a desagradarles, sino también a aburrirlos. Cuando llegó la orden de Terra, la demencial exigencia de que los Amos de la Noche y su padre primarca debían regresar para sufrir el castigo del Emperador, el desagrado y el aburrimiento se desvanecieron para ser sustituidos por el nacimiento de una nueva emoción. Los Amos de la Noche empezaron a sentir amargura.

Ellos, que habían prostituido su humanidad en el fuego de las guerras del Emperador.

Ellos, que habían permitido que los transformasen en la auténtica arma de terror del Imperio.

¿E iban ser ellos quienes pagaran por semejantes actos, como pecadores que se arrodillan ante un dios iracundo?

Humillación. Demencia. Blasfemia.

Los últimos Amos de la Noche que pisarían la superficie de Nostramo fueron los guerreros de la Décima, Duodécima y Decimosexta compañías. Un regreso al hogar como aquel era muy raro, pues pocos astartes volvían a ver su mundo natal alguna vez, sin olvidar que Nostramo no era precisamente conocido por honrar a aquellos de sus hijos que combatían en las distantes guerras del Emperador.

El desfile fue modesto, aunque sincero. Se trató de un gesto del capitán que lideraba a las tres compañías mientras la flota de batalla se reabastecía de combustible y hacía reparaciones en los muelles sobre Nostramo. Cincuenta astartes de cada compañía descendieron al planeta y marcharon por la avenida principal de Nostramo Quintus tras salir del espaciopuerto.

Talos recordaba haber pensado, incluso en aquel entonces, que se trataba de un

gesto extrañamente emocional. A pesar de ello, descendió junto con los otros nueve astartes de la Primera Garra al completo en la *Negrura*.

—No lo entiendo —le había dicho al hermano sargento Vandred, quien todavía se encontraba a décadas de distancia de convertirse en el Elevado, e incluso a meses de convertirse en el capitán de la Décima.

—¿Qué es lo que hay que entender, hermano apotecario?

—Este descenso. La recepción en la superficie. No entiendo por qué el capitán de la Décima lo ha ordenado.

—Porque es un estúpido sensiblero —le respondió Vandred.

Los demás asintieron gruñendo, incluido Xarl. Talos no dijo nada más, pero seguía convencido de que había algo detrás de todo aquello, no podía tratarse de algo tan simple y carente de sentido.

Lo había, por supuesto. No lo averiguaría hasta muchos meses después.

Durante el desfile en sí, que estaba casi alarmantemente concurrido, Talos sujetó el bólter por delante del pecho y marchó a cabeza descubierta con sus hermanos. Aquella experiencia le resultó fascinante, aunque al principio estuviese envuelta en el silencio. Hubo unos pocos vítores, pero los aplausos pronto empezaron a ser atronadores. Las ambivalentes gentes de Nostramo, en presencia de los Hijos del Acechante Nocturno, dejaron su apatía a un lado y dieron la bienvenida a sus paladines en su regreso a casa.

No fue algo que le inspirara respeto. Talos estaba más confundido que otra cosa.

¿Era el amor de esta gente por el Imperio tan ferviente que estaban dando la bienvenida a los elegidos del Emperador de su propio mundo? Talos había pasado su juventud en ese planeta, escondiéndose, huyendo, robando y matando en los negros callejones de sus ciudades. El Imperio, a lo sumo, siempre había sido algo distante y carente de importancia.

¿Tanto habían cambiado las cosas en dos simples décadas? Seguro que no.

Entonces, ¿cómo era posible que tanta gente hubiera acudido a recibirlos? Quizá la curiosidad los había sacado de sus habitáculos y lo singular del momento estaba aumentando su excitación.

Quizá, se dio cuenta con un rayo de desasosiego que le recorrió la espalda, la gente creía que habían vuelto para siempre. Que habían vuelto para reinstaurar las purificadoras leyes que había impuesto el ahora distante Acechante Nocturno.

«Por el Trono… De eso se trata».

Por eso se alegraban de verlos. Durante la ausencia del gobernante primarca que habían perdido, la población había aguardado con esperanza el regreso de los hijos del Acechante para que estos retomasen su tarea. Las lecciones del primarca se estaban olvidando; la impronta de su silenciosa cruzada social ya era cosa del pasado. Talos había vivido allí, y apenas podía creer que aquel mundo hubiera sido antaño un baluarte de control y orden bajo la soberanía de un dios genético.

Fue en ese momento cuando comenzó a sentir respeto por la ceremonia. Sentir el

peso de la expectación que emanaba de la multitud. Saber que estaban destinados a verse horriblemente decepcionados.

Que empezasen a gritar empeoró las cosas. No eran insultos, sino… nombres propios. No fue algo generalizado, pero había individuos en los grupos que bordeaban la avenida que gritaban nombres a los astartes, y lo hacían por alguna razón que Talos no comprendía demasiado bien. ¿Chillaban sus propios nombres para recibir alguna clase de bendición? ¿O gritaban los nombres de los hijos que los astartes les habían arrebatado, con la esperanza de que fueran ellos los que desfilaban por aquella amplia avenida?

Pocos momentos en la vida habían sido tan duros para Talos como aquel. Se sentía tan alejado de la vida que una vez llevó, que ni siquiera era capaz de adivinar lo que otros humanos pensaban.

La delgada línea de antidisturbios que mantenía a raya a la multitud se rompió en varios sitios. Los guardias dispararon sus armas de bajo calibre, lo que acabó con unos pocos miembros de la multitud que los arrolló con la intención de desfilar con los astartes. Unicamente, un puñado logró llegar hasta las filas de los guerreros en formación. Iban de aquí para allá como perdidos, como ebrios, mirando fijamente desde abajo, como animales delirantes y asustados, a los rostros de los astartes que desfilaban.

Un hombre de mediana edad arañó la placa pectoral de Talos con sus uñas mugrientas.

—¿Sorion? —le preguntó.

Antes de que Talos tuviera tiempo de contestar, el hombre se marchó corriendo y le susurró la misma pregunta a uno de los astartes de dos filas más atrás.

La legión no detuvo la marcha en ningún momento. Unos disparos de pistola restallaron en el aire cuando los antidisturbios, provistos de su equipo protector, eliminaron a uno de los mortales de la avenida que se había apartado lo suficiente de los astartes como para garantizar un tiro letal sin riesgo de impactar contra uno de los gigantes acorazados. Ninguno de los agentes quería arriesgarse a perder la vida por errar el tiro y alcanzar la reverenciada armadura de los hijos del Acechante Nocturno.

Una señora mayor estaba acosando a Xarl. Apenas medía la mitad que el astartes.

—¿Dónde está? —le chillaba mientras sus ajadas manos arañaban la armadura del guerrero que seguía marchando—. ¡Xarl! ¿Dónde está? ¡Contéstame!

Talos se dio cuenta de la incomodidad que mostraba el rostro de su hermano mientras desfilaba. La mujer mayor, bajo su mata de despeinado pelo blanco, lo vio mirarlos. Talos echó la vista al frente de inmediato y notó que la mujer le agarraba el brazo, aunque sin llegar ni a movérselo.

—¡Mírame! —le suplicó—. ¡Mírame!

Talos no lo hizo. Siguió marchando. Llorando desconsolada tras él, la mujer mayor se quedó atrás.

—¡Mírame! ¡Eres tú! ¡Talos! ¡Mírame!

El disparo de un agente antidisturbios acabó con sus exigencias. Talos se odió a sí mismo por sentir alivio.

Cinco horas después, a bordo de la *Negrura*, Xarl se había sentado con él en los asientos de contención.

Talos no había visto antes, ni volvería a ver jamás, una vacilación así en el rostro de su hermano.

—No ha sido fácil para ninguno de nosotros, pero hiciste bien, hermano.

—¿Qué fue lo que hice tan bien?

Xarl tragó saliva. Algo pareció asomarse por primera vez en sus ojos.

—Aquella mujer. La de la multitud. Tú… ¿no la reconociste?

Talos ladeó la cabeza, y miró con expresión precavida a Xarl.

—Apenas me fijé en ella.

—Te llamó por tu nombre —le insistió Xarl—. ¿En serio que no la reconociste?

—Estaban leyendo los pergaminos de nuestras armaduras con nuestros nombres. —Talos entrecerró los ojos—. También te llamó a ti por el tuyo.

Xarl se levantó para marcharse. Talos se levantó con él y su guantelete se estrelló con un sonido metálico en la hombrera de su hermano.

—Habla, Xarl.

—Esa mujer no estaba leyendo nuestros nombres. Nos conocía, hermano. Nos reconoció, incluso tras veinte años y los cambios debidos a la semilla genética. Por el Trono, Talos… Tenías que haber sido capaz de reconocerla.

—Pues no lo hice. Lo juro. Lo único que vi fue a una anciana.

Xarl se soltó de la mano de Talos de un tirón. No se volvió. Sus palabras reverberaron con la misma irrevocabilidad que los disparos que silenciaron las súplicas de la mujer.

—Esa anciana… —dijo Xarl con lentitud—. Era tu madre.

• • • • •

Esos eran los pensamientos que resonaban en la mente de Talos en aquellos momentos, mientras regresaban a órbita desde la superficie de una Crythe devastada por la guerra. Los recuerdos, que habían permanecido escondidos, tan a salvo siempre en el interior de su subconsciente, irrumpieron en la superficie de su mente.

Los ánimos eran lúgubres a bordo del transporte a pesar de la victoria que las garras Primera y Séptima acababan de lograr. La muerte de un titán, del pariente más pequeño de los Warlords e Imperators, capaces de arrasar ciudades enteras… Aquella hazaña sería grabada en sus armaduras e impresa en las placas acorazadas del *Ojo de la Tormenta*. Las runas nostramanas relatarían aquel triunfo hasta la noche en que sus cuerpos yacieran fríos y sus hermanos legionarios viniesen a saquear sus

reverenciadas armaduras.

Pero los ánimos seguían siendo tétricos. Una victoria que costara tantísimo apenas se podía llamar victoria. Talos se acordó de que el sabio guerrero Malcharion había escrito algo similar años después del asesinato del Acechante.

Y tras establecer esa conexión con aquel pensamiento, la turbulenta mente de Talos, ya perdida en los fosos más fríos, profundos y furiosos de su memoria, se tornó incluso más negra.

Magnicidio. Asesinato. Blasfemia.

La última vez que había llorado fue aquella noche, aquella noche de agonía desgarradora en la que vio, junto a miles de sus hermanos, como aquella perra traicionera abandonaba la fortaleza monasterio con la cabeza de su padre colgando de sus manos enguantadas, agarrada por el lacio cabello negro.

Pocas horas antes, Talos había intercambiado sus últimas palabras con su padre genético.

—Mi vida… no ha tenido significado alguno —había declarado el primarca con la cabeza gacha ante un cónclave de sus elegidos y capitanes.

El cabizbajo dios soportó los gritos de negación de sus hijos favoritos, aunque todos ellos guardaron silencio de inmediato cuando volvió a hablar.

—Ninguno. Aun así, voy a enmendar eso con mi muerte.

—¿Cómo, señor? ¿Qué gloria nos reportará vuestro sacrificio? —dijo el Maestre de Garra Zso Sahaal, el primer capitán.

La misma pregunta surgió de una docena de labios.

—No podemos llevar a cabo la cruzada contra el Imperio sin vos —declaró Vandred, quien no era todavía el Elevado, ni el capitán de la Décima, pero a quien el Acechante consideraba el más dotado en los asuntos de la guerra orbital.

El Acechante Nocturno sonrió, sin que su rostro mostrara más allá de un leve movimiento de las venas azules bajo sus mejillas.

—Nuestra cruzada de venganza contra el Imperio, contra el falso ascenso a la divinidad de mi padre, gira en torno a un eje. Cada vida con la que acabamos, cada alma que grita a nuestro paso… La justicia de lo que hacemos pende de una única cuestión de equilibrio. Decidme cuál es esa cuestión. Decídmelo, cualquiera de vosotros, vosotros que sois mis elegidos.

—Yo lo haré —anunció una voz entre la multitud dispersa.

El Acechante hizo un gesto de asentimiento.

—Habla, capitán de la Décima.

Al oír aquello, Talos miró a su capitán. Lo mismo hizo Vandred.

El hermano capitán Malcharion dio un paso al frente y abandonó las filas de los líderes de compañía para acercarse un paso más hacia su prima rea.

—La virtud de nuestra cruzada está más que justificada puesto que el Imperio se basa en una mentira. El Emperador se equivoca en todo lo que hace, y la Verdad Imperial que propagan sus predicadores es imperfecta y ciega a quien cree en ella. El

jamás traerá el orden y la ley a la humanidad. La va a condenar por medio de la ignorancia.

Malcharion agachó la cabeza imitando el gesto previo del primarca.

—Y además, su hipocresía ha de ser respondida con la venganza. Tenemos razón porque él ha sido injusto con nosotros. Hacemos que su defectuoso imperio sangre y se debilite porque vemos la verdad, la podredumbre que yace oculta bajo la piel. La nuestra es una venganza justa. Es lo que debe hacerse por el desdén con el que ha tratado a la VIII Legión.

Malcharion era más alto que muchos astartes, y su cabeza desnuda lucía siete remaches de plata alrededor de la ceja derecha, cada uno una marca de honor desprovista de significado para cualquiera ajeno a la legión. Era un luchador feroz y un líder inspirador que ya estaba escribiendo obras de gran valor táctico y filosófico. Resultaba muy obvia la razón por la que el Acechante Nocturno lo había favorecido con la capitanía de la Décima Compañía.

—Muy cierto —dijo el padre a sus hijos—. Pero ¿qué es lo que aprende el Emperador de nuestro desafío? ¿Qué aprenden los Altos Señores de Terra mientras masacramos a los ciudadanos de su reino en el vacío?

—Nada —dijo otra voz.

Talos tragó con dificultad al darse cuenta de que había sido la suya. Cada una de las cabezas carentes de casco se volvió en su dirección para mirarlo, incluida la del primarca.

—Nada —repitió el Acechante Nocturno al mismo tiempo que cerraba sus ojos negros—. Nada en absoluto. La justicia es inútil, si sólo nosotros sabemos que tenemos la razón.

Ya se lo había confesado antes a todos ellos. Les había explicado sus intenciones. Aun así, aquella confesión fría y decidida seguía socavando la preparación interna que cada uno de ellos había emprendido para hacer frente a la muerte de su padre genético. Todas las preguntas que no se habían formulado previamente surgieron con rapidez, con lo que las lúgubres obediencias forjadas sobre las dudas dejaron de existir.

Existía la oportunidad de discutir. De rebelarse. De desafiar al destino. Las voces se alzaron en protesta.

—Está escrito —murmuró el Acechante Nocturno. Sus susurros siempre habían bastado para acallar a sus hijos—. Percibo vuestra rebeldía, mis amos de la noche. Pero está escrito. Y es más, incluso si este fuese un destino contra el que luchar y resistirse, está bien que yo muera.

Talos observó al padre de la VIII Legión y sus ojos negros se entrecerraron.

—Cazador de Almas —dijo de repente el Acechante Nocturno con un gesto de la mano que recordaba a una garra de mármol—. Veo que la comprensión asoma a tus ojos.

—No, mi señor —le respondió él.

Talos sintió sobre él la mirada de varios de los capitanes y elegidos, hostiles como siempre ante la manera en que su primarca lo había elegido para el honor de portar semejante título.

—Habla, Cazador de Almas. Los otros lo entienden, pero yo oigo tus pensamientos. Lo has enmarcado en palabras mejor que ningún otro. Incluso que nuestro honorable y locuaz Malcharion.

Malcharion inclinó la cabeza hacia Talos en un gesto de respeto, y ese gesto fue el que le dio ánimos para hablar.

—Esto no tiene que ver del todo con la legión.

—Continúa. —Una vez más, la garra de mármol lo instó a seguir.

—Esta es una lección de un hijo a su padre. Del mismo modo que vos nos instruisteis en los principios para continuar esta cruzada, le enseñaréis a vuestro propio padre, quien todo lo ve desde el Trono Dorado, que vais a morir por aquello en lo que creéis. Creéis que vuestro sacrificio será un ejemplo más patente que vuestra propia vida.

—¿Porque…? —El Acechante Nocturno sonrió nuevamente. Fue una media sonrisa que nada tenía que ver con la alegría.

Talos tomó aire para pronunciar las palabras que había visto en sus sueños. Las palabras que su padre genético enunciaría antes de que el filo de la asesina cayera sobre él.

—Porque la muerte no es nada en absoluto comparado con tener la razón.

• • • • •

—Sesenta segundos apara atracar —anunció Septimus con voz apagada.

Talos no se sobresaltó en su ensoñación. Se adentró más en ella. Y más. Lejos de la imagen y del olor de las servoarmaduras dañadas y de la piel que sangraba, lejos del abollado y agrietado casco tanto del transporte como del *Ojo de la Tormenta*, confinado en los arneses de sujeción. Lejos de las dos escuadras con sus efectivos aniquilados, con sus almas envilecidas y su amarga victoria.

Se adentró más todavía.

• • • • •

—Nostramo estaba corrupto —declaró el primarca.

Esa sería la última vez que Talos hablaría con su padre. Konrad Curze sostenía el casco de su hijo y lo hacía girar en sus manos de dedos blancos mientras repasaba con

ellos la runa nostramana dibujada sobre la frente de ceramita.

—Cazador de Almas —susurró el nombre—. Pronto, en las noches venideras, te ganarás el nombre que ya te he impuesto.

Talos no supo qué decir, de modo que permaneció callado. A su alrededor, la cámara de piedra negra de la sala del trono del Acechante permanecía en silencio, a excepción de los rumores que producían sus armaduras y el eco que rebotaba contra las paredes.

—Nuestro mundo natal estaba más que corrupto —dijo el primarca—. Estaba completamente podrido. Sabes por qué lo destruí, Talos. Lo sabes porque ya eres consciente de la naturaleza deshonrosa y criminal de la legión.

—Muchos son conscientes de ella, señor. —Talos respiró el gélido aire. Su aliento se convirtió en vapor—. Pero somos un arma contra el Imperio.

Y somos justos en nuestra venganza.

—Nostramo debía morir. —El primarca continuó como si falos no hubiese dicho nada—. Intenté decírselo a mis hermanos. Les hablé de la degradación de Nostramo hacia la anarquía y la crueldad. El reclutamiento debía detenerse, mi legión se envenenaba a sí misma desde dentro. El planeta debía morir; había olvidado las lecciones que le había enseñado a base de sangre, dolor y miedo.

El Acechante Nocturno se quedó mirando más allá de Talos, a la negra pared de su cámara. Un fino hilillo de saliva le bajó por la barbilla desde una de las comisuras de la boca. Esa imagen hizo que el corazón principal de Talos latiera más de prisa. No era miedo. Eso sería imposible, pues él era un astartes. Era… intranquilidad. Intranquilidad al ver a su primarca tan inestable.

—Vienen los asesinos. Uno llegará a este palacio. Su nombre es…

—M'Shen —susurró Talos. Había soñado con ese nombre.

—Sí. —El primarca pasó la lengua por la saliva que le resbalaba—. Sí.

Y ella también obra en nombre de la justicia.

El Acechante Nocturno le devolvió el casco a Talos y cerró los ojos mientras reclinaba su figura, acorazada y esbelta, sobre el trono.

—No soy mejor que los millones de personas que abrasé en la superficie de Nostramo. Soy el villano corrupto y asesino que las declaraciones imperiales dicen que soy. Le doy la bienvenida a esta muerte con mucho gusto. Castigué a aquellos que habían obrado mal, y del mismo modo mis malas obras van a ser castigadas como corresponde. Se trata de una justicia deliciosa y equilibrada.

»Y con este crimen, el Emperador demostrará una vez más que yo tenía la razón. Tenía razón para actuar como lo hice, al igual que él tiene razón para actuar como lo hace.

Talos se acercó al trono. La pregunta que salió de sus labios no era la que pretendía hacer.

—¿Por qué me llamáis Cazador de Almas? —inquirió con una mirada en la que ardía algo parecido a la ira.

Los ojos negros del Acechante Nocturno relucieron y el dios entronizado sonrió de nuevo.

• • • • •

—Y ya estamos aquí —comunicó Septimus—. Atracados y anclados. Los sistemas ya se están apagando.

Talos se levantó del asiento de sujeción.

—Septimus, ve a comprobar el estado de la navegante. Asegúrate de que su cirugía no haya sufrido complicaciones.

—Sí, amo.

—Primera Garra y Séptima Garra, conmigo. Vamos a hablar con el Elevado —dijo Talos.

• • • • •

—La guerra en la superficie nos está costando cara.

—Las bajas son aceptables.

Talos miró a la parodia de pálida carne nostramana que era la cara retorcida y malvada del Elevado.

—¿Aceptables? —preguntó el profeta—. ¿Según quién? Hemos perdido a nueve astartes desde que aterrizamos en el planeta. El señor de la guerra nos está mandando contra los objetivos más difíciles de Crythe.

—Y los destruimos.

Dentro de cada astartes puro existía la capacidad para generar saliva ácida. Entre los capítulos leales que descendían de semillas genéticas defectuosas, esta habilidad solía verse entorpecida, atrofiada, o simplemente no existía. Los Amos de la Noche no eran impuros. Ante la obstinación del Elevado, Talos sintió que sus glándulas salivares se estremecían en respuesta a su descontento. Susurró una maldición y se tragó el corrosivo veneno, que se disiparía inofensivamente en sus ácidos estomacales. Tragárselo le irritó la garganta.

—Sí, los destruimos, y nosotros nos destruimos con ellos. Estamos luchando contra el Mechanicum. El señor de la guerra nos desgasta contra objetivos que no son adecuados para las tácticas militares de nuestra legión. ¿Titanes, servidores y tecnoguardia? Se nos desperdicia contra un enemigo demasiado inhumano como para sentir miedo.

—No es propio de un guerrero quejarse cuando se lo despliega fuera de su campo

de batalla ideal, Talos.

—Entonces, por lo que más queráis, descended a la superficie, mi señor —intervino Adhemar, con los brazos abiertos de par en par—. Ensangrentad vuestras garras junto al resto. Permitid a vuestros apreciados Atramentar disparar sus bólters en combate. ¡Comprobadlo por vos mismo!

El veterano astartes sonrió, lobuno y mordaz cuando los Atramentar situados a ambos lados del trono del Elevado gruñeron en el interior de sus cascos con colmillos.

—Acabamos de derribar a un titán, así que no creáis que por alzar las armas nos persuadiréis de que no digamos la verdad —declaró Adhemar, y sus ojos oscuros brillaron llenos de diversión.

El Elevado barbotó una húmeda risa entre dientes.

—Estás de muy buen humor para ser un sargento que hace nada ha conducido a sus hombres a la muerte.

La sonrisa se borró de inmediato del rostro de Adhemar. Talos observó a los dos Atramentar, Garadon y Vraal, en su armadura de exterminador. Tensos. Preparados.

Pero no actuarían. Estaba seguro de ello.

—Ya hemos tenido suficiente con esta locura —dijo Talos—. Nos echan como carnaza contra una resistencia demencial y nos ordenan que exploremos a la cabeza de los ejércitos de mortales. ¿Explorar? ¿Los astartes? Esa no es forma de hacer la guerra. El miedo es nuestra mejor arma, y tal espada carece de filo en este conflicto.

—Lucharás porque es la voluntad del señor de la guerra —le contestó con desprecio el Elevado—. Y porque es mi voluntad.

—La Séptima Garra ya no existe.

Los dedos de Talos ansiaban blandir a *Aurum*. Él sabía, con una certeza helada, que podría subir al podio y atravesar el pecho de Vandred con la espada antes de que los Atramentar lo mataran.

«Muy muy tentador».

—¿Cosechaste sus semillas genéticas? Antaño fuiste mi apotecario. Me apenaría pensar que te has olvidado por completo de tu antiguo deber.

—Las extraje de los cuerpos de los caídos en persona —respondió Talos.

Y así había sido. Había extraído con su cuchillo de combate las glándulas progenoides del pecho y el cuello de cada guerrero muerto. Adhemar, con lágrimas en los ojos, había empaquetado los descoloridos órganos en gel congelante y los había almacenado en un contenedor estanco a bordo del *Ojo de la Tormenta*.

Seis almas perdidas. Perdidas en la disformidad. Se imaginó a sus hombres, valientes guerreros todos ellos, aullando a la deriva por el Mar de las Almas.

—Adhemar y Mercutian pertenecen ahora a la Primera Garra. —Talos se mostró categórico al respecto—. No es una petición.

El Elevado se encogió de hombros, lo que movió pesadas placas de armadura y espinas óseas. Las cuestiones sobre asignaciones y el tamaño de las unidades estaban por debajo de él.

—Y seamos claros, hermano capitán Vandred. Esta guerra nos matará. El señor de la guerra ha desangrado a la Décima hasta el tuétano, porque para él somos desechables. Los supervivientes tendrán que unirse a la Legión Negra, a falta de otra opción.

—El señor de la guerra, mil veces sea loado su nombre, nos ha concedido el perdón por tu… arrebato… en la superficie del mundo prisión. —Los carcomidos dientes del Elevado brillaron de forma desagradable—. No abuses de su generosidad, Talos.

Talos miró a los Atramentar. Garadon había estado allí. ¿Es que no le había explicado al Elevado la verdad del asunto?

—El señor de la guerra buscaba crear divisiones entre el destacamento de desembarco. Me quería porque mi segunda visión no está cegada, cosa que sí les ocurre a sus propios videntes. No puedo creer que te niegues a ver la luz de la verdad. Garadon estaba con nosotros. Seguro que él…

—El Martillo del Elevado me transmitió todo lo ocurrido. El único error por parte de la Legión Negra fue permitir que unos convictos asaltaran vuestra Thunderhawk.

—¿Es que te has vuelto loco? —Talos dio un paso al frente. Ambos Atramentar blandieron las armas: Garadon alzó su martillo y las garras de Vraal chisporrotearon de forma hostil en cuanto las activó—. Volaron la compuerta principal de la rampa con explosivos.

El Elevado no contestó, pero su sonrisa se lo dijo todo. Él lo sabía. El Elevado lo sabía, siempre lo había sabido, y no le importaba en absoluto. Perder a Talos, sin importar cuán preciada fuera la comodidad que le brindaba su don, sería un sacrificio aceptable con tal de que el señor de la guerra continuara favoreciéndolo.

Las palabras que Talos pronunció a continuación fueron una amenaza sibilante:

—Si te piensas que voy a permitir que lleves a la Décima a la tumba porque ansias de un modo tan ávido los favores de Abaddon, estás del todo equivocado.

—¿Intentas usurparme el mando, Cazador de Almas? —le preguntó, pero el Elevado siguió sonriendo.

—No. Lo que busco es liderazgo para el conflicto en la superficie. Quiero ganar esta guerra y seguir teniendo una compañía a la que volver.

—¿Te asciendes a ti mismo? Qué chistoso.

—Yo no, Vandred.

Por fin el Elevado reaccionó. Se levantó del trono, lo que hizo rechinar las articulaciones de su armadura, y entrecerró sus rasgados ojos rapaces.

—No te atrevas a pronunciar su nombre. Duerme demasiado profundamente. No se va a despertar. Yo soy el Elevado. Yo soy el capitán de la Décima. ¡Me obedecerás a mí!

—Basta ya, Vandred. No nos vas a dirigir en Crythe. Además, tu deseo de contentar al Señor de la Guerra nos está matando. Luchamos contra un enemigo que carece de toda emoción humana. No siente miedo y tampoco le va a entrar el pánico.

Nos cuesta vidas y recursos destruir a un enemigo así en una guerra tan tradicional y de desgaste. Si todavía se los puede desmoralizar, no se logrará con bólters y espadas. Así que usaremos nuestras propias máquinas; las máquinas que ellos hicieron antaño para nosotros.

»Voy a ir al Salón del Recuerdo —advirtió Talos—. Primera Garra, conmigo.

Una vez dicho aquello, salió con decisión del puente de mando, custodiado por las sagradas armas de la Primera Garra, vuelta a forjar de nuevo.

• • • • •

Cyrion se detuvo una vez salieron al exterior.

Tras las puertas cerradas, se inclinó contra la pared, con la cabeza gacha, como si estuviera aturdido. Un temblor se apoderó de su brazo derecho, y mantuvo aferrado el bólter sólo porque el puño se le agarrotó con una tensión incontrolada de los tendones.

Habló con una voz quebrada que sólo Talos pudo oír.

—Hermano, tenemos… que hablar. El terror inunda al Elevado. Se está ahogando en él.

—No me importa.

—Pues debería. Cuando mencionaste el Salón del Recuerdo, lo que quedaba de Vandred en esa corrupta envoltura lloraba de miedo.

• • • • •

El Elevado y sus guardianes observaron como la escuadra se marchaba. En cuanto las puertas se cerraron con estruendo tras el paso de los astartes, Garadon bajó su ornamentado martillo y lo hizo descansar sobre el hombro una vez más. El semblante de león negro de su hombrera rugió en silencio en dirección a las puertas cerradas.

—Nunca entenderé por qué el primarca tenía a Talos en tan alta estima —dijo el Atramentar.

Vraal, al otro lado del trono de mando del Elevado, expresó lo que pensaba por el comunicador.

—Es afortunado. La suerte lo favorece. Soñó con la navegante. Ahora toma como prisionero al princeps de un titán. El mismísimo señor de la guerra alabará una captura semejante.

—Por tu voz diría que eso te repugna, hermano. —La voz de Garadon era tan monocorde y fría como siempre—. ¿Acaso te ofende su suerte?

Vraal todavía no había retraído sus cuchillas relámpago. Estas siseaban y chisporroteaban en la penumbra del puente y lanzaban fuertes destellos de luz que recortaban los contornos de su voluminosa armadura de exterminador como un manto luminoso.

—Lo hace. Me ofende cada minuto que sigue con vida.

—Vraal —dijo el Elevado, arrastrando las palabras con la voz espesa de amarga mucosidad.

—¿Sí, mi príncipe?

—Síguelos. No me importa cómo lo hagas, pero has de profanar el ritual del despertar.

—Sí, mi príncipe.

Vraal hizo un gesto de asentimiento con su casco. Los servos de su venerable coraza gruñeron a causa del movimiento.

El Elevado se relamió los colmillos, sin importarle la sangre que aquello le causó.

—No podemos permitir que Talos despierte a Malcharion.



CAPITÁN DE LA DÉCIMA

No es esto lo que quiero.
He servido con lealtad y honor…
Lanzad… mis cenizas al vacío.
No… me… enterréis…

Ultimas palabras del sabio guerrero Malcharion

El durmiente soñaba.

Soñaba con guerra y derramamiento de sangre. Eran unos sueños que retorcían la frontera entre el recuerdo y la pesadilla en el interior de su aletargada mente.

Un mundo. Un campo de batalla. El campo de batalla. Había dos ejércitos con millones de efectivos que se arrasaban el uno al otro en una matanza incesante. Fuego de bólter, fuego de bólter, fuego de bólter. Suena tan fuerte que se entremezcla con los demás sentidos. Tan intenso que resulta cegador, tan intenso que sabe a ceniza. El sonido de los disparos de bólter le es más familiar que el de su propia voz, tan profundamente está arraigado en su interior.

Las torres de un palacio que abarca todo un continente. Los torreones de una fortaleza como ninguna otra: un baluarte de oro y piedra que rivaliza con las imaginaciones de los dioses más ambiciosos.

Él moriría aquí. Eso lo sabía, pues era un recuerdo.

Él moriría aquí, pero no se le concedería la paz.

Y mientras tanto, los bólters seguían disparando.

• • • • •

La superficie ornamentada de platino del sarcófago miraba impertérrita en silencio, todavía rodeada de delgados y suaves tentáculos de espirales de vapor después de que el campo de estasis quedara desconectado.

Era un objeto adornado y bello, de un modo que el *Ojo de la Tormenta* jamás lo sería. El Land Raider, mejorado con una serie de púas afiladas y una amplia reestructuración del blindaje, era, en cierta manera, una obra de arte: disfrutaba de la reputación de la legión, y estaba decorado con ristras de cadenas de donde colgaban los enemigos crucificados mientras el tanque de batalla aniquilaba a centenares más.

El *Ojo de la Tormenta* representaba la agresión sin límites y el dolor provocado en el enemigo. El espíritu máquina del interior estaba reflejado en la ceramita del exterior.

Pero aquello era arte de una casta diferente, más noble.

El sarcófago estaba forjado en platino y bronce, e ilustraba uno de los días de batalla más grandiosos jamás ocurridos en la historia de la Décima Compañía. Un guerrero, de pie en su venerable servoarmadura, con la cabeza alzada hacia los cielos y con un casco astartes en cada mano. Su bota derecha descansaba sobre un tercero que aplastaba contra el suelo.

La imagen nunca había sido profanada con la exageración. No había montículos de cráneos ni multitudes vitoreando. Tan sólo un guerrero a solas con su victoria.

El casco de su mano derecha mostraba un rayo grabado en la frente y con una runa bárbara sobre la mejilla. Era el casco de Xorumai Khan, el maestro de la espada y capitán de la Novena Compañía de los Cicatrices Blancas.

El de la mano izquierda tenía una cresta y un aspecto orgulloso, incluso tras haber sido arrancado del cuerpo de su portador. Las únicas marcas que mostraba eran un puño cerrado sobre la placa facial y la runa en gótico alto que significaba «paladín». Ese era el casco de Lethandrus el Templario, un famoso guerrero de la legión de los Puños Imperiales.

Por último, bajo la bota del guerrero, estaba el casco de un tercer astartes. Este era alado, y sobre su frente destacaba una gota de sangre en forma de lágrima, que en el sarcófago estaba representada con un rubí. Raguel el Impasible, capitán de la Séptima Compañía de los Ángeles Sangrientos.

El guerrero había matado a aquellas tres almas en el transcurso de un solo día. Un único día de guerra urbana a las afueras del Palacio Imperial, y el guerrero había acabado con tres campeones de las Legiones Astartes leales.

Unas grúas chirriantes alzaron el inmenso sarcófago para sacarlo de su foso de estasis, situado sobre el suelo de mármol del Salón del Recuerdo. Unos servidores operaban la maquinaria, pues su precisión mecánica era una parte necesaria del ritual del despertar. Talos observó el enorme ataúd de platino, bronce y ceramita negra del

tamaño de dos astartes con armadura de exterminador mientras lo liberaban de las ataduras del foso. Varios tubos, tomas de corriente y cables, cada uno dedicado a una tarea sagrada, colgaban del sarcófago mientras este se encontraba suspendido en el aire. Eran unas serpientes fibrosas de las que chorreaba refrigerante, y las gotas de humedad se condensaron en el aire tras llevar tanto tiempo inmersas en el campo de estasis.

La Primera Garra observó en un silencio reverente cómo transportaron el sarcófago a lo largo de la cámara y lo hicieron descender con cuidado programado. Muchos servidores más esperaban el ataúd que bajaba, apiñados alrededor de un imponente caparazón blindado tres veces más alto que un astartes. Sus manos reemplazadas con garras industriales y herramientas técnicas, y con ellas se afanaban llevando a cabo los preparativos finales para el ensamblaje final del sarcófago sobre la parte delantera del caparazón metálico.

Dreadnought.

La palabra por sí misma fue suficiente para helarle la sangre, pero no era nada en comparación a la realidad que tenía ante los ojos: un dreadnought; la unión definitiva del hombre y la máquina. La figura de un héroe astartes confinado en un sarcófago decorado, suspendido para siempre en unos fluidos amnióticos que lo mantenían al borde mismo de la muerte y que controlaba el cuerpo de ceramita casi invulnerable de una máquina de guerra andante.

En aquel momento ya casi habían pasado dos horas del ritual y Talos sabía que quedaban muchas más por delante. Observó trabajar a los servidores, quienes colocaban las abrazaderas en su sitio, bloqueaban los amortiguadores, comprobaban los puertos de interfaz…

—Mi señor —dijo el tecnosacerdote Deltrian—. Todo está listo para la Tercera Coyuntura del Ritual del Despertar.

El hombre, ataviado con una túnica negra, se había potenciado a sí mismo hasta tener la altura de un astartes, pero sin nada de su masa muscular inhumana. A Talos le recordaba al esquelético cosechador de vida de la mitología terrana preimperial. Eira una imagen que muchos mundos colonizados compartían, incluso aquellos que habían evolucionado independientemente de la lejanísima y distante Tierra. Un segador de almas.

El rostro de Deltrian, visible bajo una capucha negra, parecía dar pie a ese engaño por razones que Talos jamás había llegado a comprender. Un cráneo plateado sonreía al astartes. Su semblante estaba forjado de cromo y plastiacero con la forma de los huesos faciales del hombre. Era muy posible que incluso reemplazaran a su propia la carne y hueso.

Una unidad comunicadora emitía la voz mecánica de Deltrian. El artefacto tenía un aspecto parecido al de un escarabajo de color negro carbón y lo llevaba incorporado a la garganta, todavía humana.

Sus ojos sin párpados eran unas relucientes lentes de color esmeralda,

permanentemente húmedas por una fina pátina que surgía vaporizada cada quince segundos de un aerosol humidificador implantando en los conductos lacrimales de Deltrian. Talos no tenía ni idea de por qué las lentes oculares del tecnosacerdote debían mantenerse húmedas, ya que no eran precisamente unos ojos humanos necesitados de pestañas y fluidos para prevenir que se secasen.

Como con todos los demás detalles inhumanos de Deltrian, Talos respetaba aquello como algo personal, a pesar de la curiosidad que sentía.

—La legión os expresa su gratitud, honorable tecnosacerdote —dijo el astartes, para continuar con las tradicionales frases que se esperaban de él. Echó un vistazo alrededor de la cámara de suelo marmóreo. Las paredes estaban repletas de maquinaria arcana, y el suelo contaba con una serie de fosos dentro de los cuales se conservaban tecnologías incluso más maravillosas. Volvió la vista de nuevo hacia el tecnosacerdote para añadir—: Como siempre, os damos las gracias, Deltrian. Sois un aliado laborioso y de gran confianza para nosotros.

Deltrian se quedó paralizado, igual que una máquina a la que hubieran desconectado. Los servidores siguieron dando golpes, martilleando, soldando, atornillando y perforando. Las lentes de color esmeralda del tecnosacerdote chasquearon y chirriaron, como si quisieran adoptar algún tipo de expresión facial. Su rostro plateado no dejó de sonreír.

—Habéis quebrantado el intercambio tradicional de lingüística articulada.

—Simplemente quería mostraros mi gratitud por las tareas que lleváis a cabo. Son unas tareas que no se os agradecen muy a menudo. —Talos no apartó su sincera mirada de ojos negros—. Os pido disculpas si os he ofendido.

—¿No fue un error corregir el intercambio lingüístico articulado?

—No, lo hice a propósito.

—Proceso de análisis. Procesado. Como respuesta, declararé: gracias por la apreciación, astartes Uno-Dos-Diez.

«¿Astartes Uno-Dos-Diez?». Talos sonrió una vez que empezó a entenderlo. Primera Garra, segundo astartes, Décima Compañía. Su designación original de escuadra.

—Talos —dijo el Amo de la Noche—. Me llamo Talos.

—Talos. Recibido. Archivado. —Deltrian dirigió su fúnebre sonrisa al sarcófago que descendía—. En virtud de la invocación del Dios Máquina, así como en virtud del bendito sacramento de alianza entre el Mechanicum iluminado y las legiones de Horus, emprenderé la revivificación del guerrero presente ante nosotros si el motivo para hacerlo se ciñe al Primer Juramento. Dadme a conocer vuestro voto.

Talos volvió al diálogo protocolario para contestarle.

—En nombre de mi primarca, que amó y sirvió a Horus como el hermano que era, os doy mi voto. La VIII Legión lleva la guerra al Trono Dorado y al Culto de Marte. Devolvednos a nuestro hermano caído y manará la sangre imperial. Reponed sus fuerzas con vuestros secretos y juntos vampirizaremos al falso Mechanicum de sus

saberes.

Deltrian hizo otra pausa. Talos se preguntó si habría pronunciado el juramento de forma incorrecta. Había estudiado los textos, pero era la primera vez que llevaba a cabo el ritual en persona.

—Vuestra declaración se ciñe al Primer Juramento. Mis secretos se emplearán en nuestro mutuo favor.

—Despertadlo, Deltrian. —Talos miró a los ojos al tecnosacerdote y bajó la voz—. Una tormenta se aproxima. Un ajuste de cuentas. Necesitamos que esté con nosotros.

Aquello también era una rotura del ritual tal y como estaba prescrito. Deltrian se detuvo para procesarlo.

—¿Sois consciente de las probabilidades de fracaso? Esta unidad guerrera se ha resistido al despertar en los cuatro intentos anteriores.

—Lo sé. —Talos observó cómo el sarcófago, labrado con grandes hazañas, era ensamblado en su cuerpo de máquina de guerra—. Nunca ha despertado. No deseaba ser enterrado.

Deltrian no dijo nada. Rechazar el honor de llegar a estar tan cerca del Dios Máquina no tenía sentido para un sacerdote del Mechanicum. Sin entender aquellos sentimientos, simplemente permaneció callado hasta que Talos habló de nuevo.

—¿Podría haceros una pregunta?

—Se os concede permiso, si antes aceptáis que ningún secreto del bendito Mechanicum abandone las mentes de sus sagrados sirvientes.

—Lo respeto. Pero voy a dejar una… guardia de honor aquí. Para que velen por el ritual. ¿O sería una infracción inaceptable de la tradición?

—Antaño se consideraba una tradición mantener siempre una guardia de honor en el Salón del Recuerdo —afirmó Deltrian. En un momento de casi truculenta humanidad, el hombre máquina ladeó la cabeza al tiempo que conservaba la sonrisa de su cara imperturbable—. Cómo cambian los tiempos.

Talos, quien también sonreía, asintió al oír aquello.

—Gracias por vuestra paciencia, Deltrian. Cyrion, Mercutian y Xarl permanecerán aquí. No interferirán en vuestros actos de veneración ni en vuestras tareas, os lo aseguro.

—Vuestras órdenes han sido grabadas.

—Os deseo lo mejor, honorable tecnosacerdote. Por favor, llamadme cuando comience la fase final del rito. Me gustaría estar presente.

—Recibido —dijo el hombre modificado. Tras varios segundos, Deltrian lo llamó casi con torpeza—. ¿Talos?

El astartes se dio la vuelta acompañado del gruñido rechinante de las juntas de su servoarmadura.

—¿Si?

Deltrian señaló con un largo dedo de su huesuda mano una cápsula de soporte vital montada en la pared. En el interior de sus paredes de cristal, suspendido en

fluidos amnióticos y conectado a sistemas externos mediante enrevesados manojos de cables y conexiones, el cuerpo desnudo del princeps Arjuran Hollison flotaba en un letargo al que lo habían inducido los compuestos químicos.

El tecnosacerdote emitió una retahíla de código máquina por su transmisor de garganta: las ecuaciones sonoras de una sonrisa agradecida.

—Este me será de mucha utilidad. Se puede aprender mucho de él. Tenéis mi gratitud por el regalo que supone esta arma tan valiosa.

—Devolvednos el favor y estaremos en paz —declaró Talos.

● ● ● ● ●

—Tenemos que hablar sobre rangos.

Adhemar, con la cabeza descubierta y luciendo una corta barba sazonada de mechones canosos, caminaba junto a Talos por los oscuros pasillos del *Pacto*. Se adentraron en las profundidades de la nave desde las cubiertas artificieras y de maquinaria para dirigirse a grandes zancadas hasta las cubiertas de la tripulación mortal.

—¿Qué es de lo que hay que hablar? —preguntó Talos.

Una vitalidad insólita recorría su interior. Esperanza. Algo que no había sentido desde hacía mucho tiempo. No le había mentido al tecnosacerdote: se avecinaba una tormenta. Lo sentía en la sangre. Amenazaba con desencadenarse junto a cada una de sus pulsaciones. La Décima Compañía iba a cambiar por siempre jamás.

Los pasos de ambos astartes resonaban en el acero negro que los rodeaba.

—Te supero en rango. —La voz de Adhemar sonaba como si estuviera masticando rocas.

—Pues sí —se mostró de acuerdo Talos—. ¿A qué se debe que te incomode eso?

—Porque los rangos carecen de sentido alguno al estar la Décima echada a perder. Por debajo del Elevado están los Atramentar. Por encima del Elevado no hay más que sus repulsivos dioses, lodo lo demás no le importa. La Novena Garra lleva sin líder hace ya tres meses.

Talos se detuvo, haciendo un gesto de negación con la cabeza. La legión debía de estar realmente fragmentada.

—No tenía ni idea.

—Ahora pertenezco a la Primera Garra —afirmó Adhemar—. Pero ¿quién es el que lidera la Primera Garra? ¿El antiguo hermano sargento de la Séptima, o el antiguo apotecario de la Primera?

—¿Tengo cara de que me importe? —Talos dejó descansar la mano en el pomo de su envainada *Aurum*—. Me contentaré con que la compañía no se disuelva durante la guerra. Tú eres el líder. Te ganaste tu rango.

—¿Nunca se te ha ocurrido que quizá te hayas ganado un rango más alto que el que te ha impuesto el Elevado?

—Nunca —mintió Talos—. Ni por un instante.

—Hermano, veo la mentira en tus ojos; el engaño no es uno de tus dones. Sabes muy bien que deberías liderar la Primera Garra. Lo único que haces es ofrecerme el puesto por mero respeto.

—Quizá. Pero es una mentira sincera. Tienes el rango. Dirígenos y yo te seguiré.

—Ya basta de juegos. No quiero liderar tu… nuestra… escuadra. Pero escúchame bien; puede que tus actos por el bien de la legión sean altruistas y que los lleves a cabo sin intención de ganar gloria personal. Pero el Elevado no lo ve con esos ojos.

Estaban esperando ante las puertas selladas de un ascensor, mirándose fijamente en la oscuridad total, aunque distinguían los rasgos faciales del otro a la perfección. Talos exhaló con lentitud antes de contestar. La simple mención del Elevado bastaba para alimentar su furia contenida.

—Estas no son tus palabras, Adhemar. Toda esta charla de sospechas e intrigas… No es tu estilo preocuparte de tales cosas. ¿De quién viene la advertencia? ¿En nombre de quién estás hablando?

—En el mío —dijo una voz proveniente del pasillo que tenían detrás.

Talos se volvió lentamente, maldiciéndose por estar tan absorto en sus conflictos internos como para no haber oído acercarse a otra persona. Aunque el recién llegado no tuviera la armadura puesta y sólo fuera vestido con la túnica tradicional de la legión, el profeta debería haberlo oído aproximarse.

—En mi nombre. Adhemar habla en mi nombre.

Adhemar asintió en dirección al recién llegado en señal de respeto, al igual que Talos, cuando apareció Malek, campeón de los Atramentar.

• • • • •

Xarl y Cyrion nunca habían sentido ningún apego el uno respecto del otro. Sus conversaciones, si se podían llamar así, siempre eran forzadas las pocas veces que las entablaban. La charla banal no era una característica propia de los astartes, y tal tendencia lo único que hacía era aumentar cuando los dos astartes en cuestión se despreciaban.

Caminaban en direcciones opuestas con los bólters sujetos por delante del pecho alrededor de la cámara de baldosas de mármol del Salón del Recuerdo, y se cruzaban dos veces cada vez que completaban el circuito. Mercutian, cuya armadura seguía mostrando los emblemas de su pertenencia a la Séptima Garra, montaba guardia en el portón y su casco miraba hacia la figura del dreadnought.

Deltrian hacía las veces de titiritero con sus servidores y emitía estridentes

gruñidos de código máquina. De acuerdo con sus órdenes, sus huestes de servidores ciborg emprendieron el arduo proceso de preparar al dreadnought para su completo despertar. La parte delantera del sarcófago ensamblado miraba fijamente al fondo de la habitación, reluciendo en su propia gloria de un modo en el que Malcharion nunca había hecho gala en vida.

Cyrion abrió un canal de comunicación con Xarl cuando se cruzó con su hermano por sexta vez.

—Xarl.

—Más te vale que merezca la pena.

—¿Qué posibilidades tiene esto de salir adelante?

—¿De que se despierte el sabio guerrero?

—Sí.

—Me considero… escéptico al respecto.

—Como yo.

La pausa se prolongó y, tras varios minutos, el canal se desconectó.

Cyrion pestañeó sobre la runa para abrirlo otra vez.

—El Elevado no permitirá que ocurra.

—Eso no sería ninguna sorpresa, hermano —suspiró Xarl a través del enlace—. ¿Por qué crees que estamos aquí? Está claro que el Elevado intentará detener el ritual, lo que todavía se me escapa es el motivo. Apenas me puedo creer que todo se esté yendo al traste.

—El Elevado teme esta situación; le teme a Talos, pero teme la resurrección de Malcharion todavía más. No has sentido lo que yo.

—Ni quiero hacerlo. No hablemos de lo corrupto que estás.

—Yo capto el miedo. No lo siento. Es una… percepción. Como si hubiera gente susurrando en una transmisión fuera de frecuencia en la que sólo se entienden sentidos parciales.

—Los Poderes Siniestros te han tocado. Es suficiente.

Cyrion insistió.

—Xarl, escúchame, aunque sólo sea por esta vez. Cualquiera que sea la guerra que se esté llevando a cabo en el interior del Elevado, es una guerra que Vandred perdió hace mucho tiempo. Apenas queda algo del hombre al que seguimos a la batalla tras el asedio de Terra.

Se cruzaron otra vez sin que ninguno de los dos mostrase signos de percibir al otro, a pesar de su discusión por el comunicador. Mercutian seguía de pie manteniendo un silencio disciplinado.

—Basta —le espetó Xarl—. ¿Cómo crees que voy a reaccionar si me dices que entiendes la mente y el alma de ese desgraciado corrupto? Pues claro que conoces sus secretos. Eres tan retorcido como él. Su vileza es exterior, desnuda al ojo y patente en los estragos de su cuerpo. Tu podredumbre es interior. Está oculta y, por lo tanto, es mucho más siniestra.

—Xarl —insistió Cyrion con una voz que sonó más suave—, hermano mío. En nombre del padre que compartimos, escúchame ahora para que no tengas que volver a hacerlo jamás.

Xarl no le contestó. Cyrion observó acercarse a su silencioso hermano mientras estaban a punto de cruzarse de nuevo en la cámara circular. Cuando lo hicieron, Xarl agarró el borde de la hombrera de Cyrion. Fue un momento extraño e incómodo. A pesar de las lentes rojas de sus cascos, Cyrion sintió cómo su hermano lo miraba a los ojos por primera vez en varios años.

—Habla —dijo Xarl—. Justifícate, si es que puedes.

—Imagina una voz que se halla oculta dentro de todos —empezó a decir Cyrion —. Una voz que habla de sus miedos. Cuando estoy contigo, con Talos, con Uzas… todo está en silencio. Somos astartes. «Si bien el miedo rebosa de la carne mortal, nosotros nos mantenemos fríos y vacíos».

Xarl esbozó una media sonrisa cuando Cyrion citó la obra de Malcharion. Apropiado, muy apropiado.

La voz de Mercutian crepitó por el enlace de voz.

—¿Estáis ocultándole secretos a vuestro nuevo compañero de escuadra?

—No, hermano —contestó Cyrion—. Disculpa nuestro desacuerdo trivial.

—Por supuesto.

El enlace de Mercutian se desconectó otra vez.

—Continúa —dijo Xarl.

—Es… distinto cuando estoy con mortales. Escucho sus miedos, como un coro de tímidos susurros. Cuando matas a un mortal, puedes ver cómo muere la luz de sus ojos. Yo lo oigo llorar en silencio, lo oigo susurrar sobre un mundo natal que jamás volverá a ver o sobre una mujer a la que temía no volver a ver una última vez. Yo… cosecho pensamientos parecidos de cada mente cercana a mí.

«La mácula del psíquico», pensó Xarl. En los días de gloria del primarca, o se purgaba a esa escoria de la legión o se la educaba bajo códigos estrictos de conducta. Un psíquico no autorizado era una puerta abierta a la posesión y a la corrupción por parte de los viles habitantes de la disformidad.

—Continúa —repitió, aunque esta vez le fue mucho más difícil pronunciar esa palabra.

—Ni te imaginas cómo suena el Elevado para mí, hermano. —La voz de Cyrion sonó a su vez quebrada y dubitativa mientras se esforzaba por dar a los conceptos forma de palabra—. Chilla… perdido en la oscuridad de su propia mente. Grita nuestros nombres, los nombres de sus hermanos de legión, tanto los vivos como los muertos; nos implora que lo encontremos, que lo salvemos, que lo matemos.

Tomó aliento antes de seguir hablando.

—Eso es lo que oigo cuando estoy cerca de él. Su tormento. El terror que siente ante la pérdida de control que sufre a lo largo de su existencia porque ya no es un astartes. Estar poseído le ha permitido sentir miedo, y eso lo ha dejado realmente

vacío. El terror lo perfora como los túneles de un centenar de lombrices.

Xarl se percató de que seguía sujetando la hombrera de Cyrion. La soltó de inmediato intentando no sonar despectivo al responder:

—Podría haber vivido tranquilo sin saber eso, hermano.

—Como yo. Pero no te lo he revelado para hacerte sentir incómodo. El Elevado es dos almas: Vandred, que grita camino de su lento olvido, y algo más… algo nacido de su odio y fusionado con una mente ajena. Cuando Talos amenazó con despertar a Malcharion, fue la primera vez que oí aullar a ambas almas. Lo que queda de Vandred y el demonio que lo aprisiona; ambos temían ese momento.

—Estamos aquí —insistió Xarl—. Estamos velando por los ritos de resurrección. Si el Elevado de verdad teme este acto y envía… un elemento disuasorio, dará lo mismo. Es una cuestión de amenazas y juramentos.

¿Que Atramentar sería lo suficientemente innoble como para llevar la guerra a sus hermanos? ¿Malek? Nunca. ¿Garadon? Es la mascota del Elevado, pero no es rival contra nosotros tres. Cualquiera de los Atramentar caería, y el Elevado valora en mucho las vidas de su élite de elegidos.

—Das por sentado que todas sus vidas valen lo mismo para él. No, hermano —dijo Cyrion—. Va a enviar a Vraal.

Ambos guerreros se volvieron cuando el portón se abrió con un estrépito. Cyrion se puso en contacto inmediatamente con Talos por el comunicador.

—Hermano mío, ha comenzado.

—Primera Garra, ante cualquier signo de hostilidad, interceptad y eliminad al objetivo. *Ave Dominus Nox* —fue la seca respuesta.

—Cyrion —Xarl le quitó el seguro al bólter de un jalón cuando uno de los Atramentar entró en el Salón del Recuerdo—, odio cuando tienes razón.

• • • • •

Malek acompañó a Talos y a Adhemar en el ascensor hacia los niveles inferiores.

—No te puedes permitir ser tan ingenuo —dijo, con un rictus severo en el rostro.

—No lo soy —replicó Talos. A pesar de su respeto hacia Malek, el tono de voz del Atramentar hizo que le hirviera la sangre. No pudo suprimir el matiz desafiante de su voz—. Actúo para el mayor beneficio de la Décima Compañía.

—Actúas como un niño ciego. —La voz de Malek era severa como el hierro y sus ojos brillaban—. ¿Hablas de lo que más le interesa a la Décima Compañía? Pues eso es exactamente lo que quiero decir. La Décima Compañía está muerta, Talos. A veces, preservar el pasado es un paso hacia atrás. No estoy a favor del cambio por el cambio. Hablamos de la realidad de nuestra guerra.

—El Acechante Nocturno nunca habría…

—No te atrevas a hablar de nuestro padre como si lo conocieras mejor que yo. —Malek entrecerró los ojos y su voz se tornó un gruñido bestial—. Ni te atrevas a dar por sentado que eras el único con el que habló en privado durante sus últimas noches. Muchos estábamos entre las filas de sus elegidos. No sólo tú.

—Eso ya lo sé. Hablo del legado que él deseaba para nosotros.

—Él deseaba que sobreviviéramos y que desafiásemos al Imperio. Eso es todo. ¿Acaso crees que le importaban los rangos bajo los que marcháramos y los títulos que llevásemos en el cumplimiento de nuestro deber? Apenas somos más de treinta astartes. La cohesión de las escuadras ha quedado destruida. El liderazgo es débil. Los recursos se aprovechan al límite. No somos la Décima Compañía de la VIII Legión. No lo somos desde hace casi un siglo de nuestro tiempo… y diez mil años en el de la galaxia. ¿De verdad permaneces tan ciego a las consecuencias de tus actos? —sentenció Malek. Este negó con la cabeza, como si la mera noción de aquello le resultase imposible de asimilar.

—Estoy dispuesto a admitir que…

—Era una pregunta retórica —gruñó Malek—. Cualquiera puede verlo. Te topas con cien servidores justo cuando nuestros recursos casi se han agotado. Caminas por la superficie de nuestro fragmentado planeta y a todo el mundo con un par de ojos le ha parecido un augurio. Luego secuestras a una navegante ¡de entre todas las cosas que descubrir! Ahora al princeps de un Titán. Te enfrentas al Elevado y amenazas con resucitar al sabio guerrero.

Adhemar intervino.

—Talos, hermano mío. Estás reconstruyendo la compañía según tu visión. Lo de la navegante fue el paso más claro, porque si el *Pacto* llegara a perder a Etrigius, la compañía entera dependería de ti, de la navegante que tú controlas. No podríamos irrumpir en la disformidad sin tu… permiso.

—Etrigius goza de buena salud —le contestó Talos.

Sin embargo, aquellas eran palabras que no podía acreditar. Si bien los navegantes podían gozar de una longevidad por encima de los humanos debido a sus mutaciones, a Etrigius, siempre retraído en sus cámaras personales de observación cercanas a la proa de la nave, apenas lo había visto nadie, a excepción del Elevado, desde hacía décadas. Octavia tenía acceso a esa sección de la nave, pero los escuetos informes que recibía de Septimus no hacían mención del estado mental o físico de Etrigius. Parecía no pasarle nada.

—Soy uno de los Atramentar —dijo Malek con un tono del todo trascendental.

Talos lo comprendió al instante: Malek nunca rompería un juramento revelando secretos de su amo y señor, incluso aunque despreciase al Elevado. Ahora bien, era libre para dejarle saber a Talos que, obviamente, él había acompañado al Elevado ante la presencia de Etrigius.

Quizá el descubrimiento de Octavia sobre la superficie de Nostramo fuese una amenaza más directa para el Elevado de lo que Talos había pensado.

Habría que protegerla. Protegerla por encima de todo. Y la resurrección de Malcharion…

—Mercutian, Cyrion y Xarl están de guardia en el Salón del Recuerdo —le dijo a Malek.

El guerrero ataviado con una túnica asintió con expresión resignada en su rostro de estatua.

—Puede que sea lo más sabio. ¿Durante cuánto tiempo ha tenido lugar el ritual?

—Cuatro horas. Estaban consagrando y cargando de energía el chasis del dreadnought cuando me fui. Todavía no habían empezado a despertar al durmiente.

—Tenemos las probabilidades en contra —apuntó Adhemar—. Él nunca ha despertado, ni una sola vez.

—Y no se metió en ese sarcófago por propia voluntad —añadió Malek.

El comunicador de Talos crepitó, interrumpiendo la conversación.

—Hermano mío, ha comenzado —dijo Cyrion.

• • • • •

Vraal irrumpió en el Salón del Recuerdo.

La rugiente cabeza de león de su hombrera derecha, que lo designaba como uno de los Atramentar, lucía una serie de cortes y melladuras; indicio de reparaciones poco frecuentes tras incontables batallas. El resto de su coraza de exterminador mostraba un aspecto acorde. Unas cicatrices estropeaban su superficie de medianoche, los bordes de las cuales eran color gris metálico allí donde hacía falta repintarlos.

Sus guanteletes seguían salpicados de sangre seca. A pesar de que sus cuchillas relámpago quemaban toda materia que estuviera sobre ellas cuando las activaba, tras cada batalla sus guanteletes quedaban veteados de sangre coagulada durante semanas.

Los demás malinterpretaban esto como una irreverencia. Como una deshonra. Era casi de risa.

¿Qué mayor honor había para el espíritu máquina de su armadura que mostrar las heridas que se había ganado en batalla? ¿Qué reverencia podría ser más noble que lucir con orgullo las cicatrices que habían fracasado en matarlo?

De la jorobada espalda de su armadura surgían expositores de trofeos hechos de púas de bronce, cada una de ellas con cascos astartes, cuyos cráneos castañeteaban al unísono a cada paso que daba.

Vraal se pasó la lengua por los dientes y sus pupilas tintadas de rojo se fijaron sobre todos los seres vivos del interior de la cámara. Allá, los servidores que atendían, como adoradores descerebrados, al callado dreadnought. Allá, el tecnosacerdote Deltrian trabajaba en una consola de palancas arcanas, luces e interruptores. Allá, la

nueva sangre de la Primera Garra, el adusto Mercutian, que estaba a la sombra de los portones a la izquierda de Vraal. Allá, Cyrion y Xarl, con los bólters sobre el pecho.

El Atramentar se percató del breve parpadeo de una runa de alarma. Un auspex lo estaba escaneando. Era Deltrian, seguramente. Vraal le hizo al expectante tecnosacerdote un gesto de reconocimiento con la cabeza mientras avanzaba como un depredador hacia el interior de la sala. La larguirucha criatura mecánica le devolvió el gesto con una reverencia. Ser repugnante…, se dijo. Maldito fuera el Mechanicum por lo necesarias que eran unas inmundicias como aquellas para el funcionamiento de la legión.

Vraal no se hacía ilusiones sobre su presencia aquí. El Elevado estaba jugando sus cartas con cuidado, pues oponerse a Talos abiertamente podría incitar a una cruda rebelión, ya que lo que quedaba de la Décima quedaría divido; algunos seguirían al Elevado y otros al profeta. Para Vraal, la elección era obvia. El pasado o el futuro. Talos representaba al primero. ¿Y qué otra cosa había en el pasado que no fuera derrota y vergüenza?

Sería un alivio que mataran por fin al profeta. Vraal recordaba muy bien la decepción que había sentido tras el completo fracaso del plan del Elevado para que Talos se convirtiera en la ramera de los Poderes Siniestros. El Saqueador le había permitido al profeta escapar sin resistencia; Abaddon incluso había fracasado en el intento de matar a los dos esclavos que Talos evidentemente atesoraba, y ahora la Décima Compañía soportaba las irritantes y anacrónicas intromisiones de Talos una vez más.

Desquiciante. Como un picor que no se puede rascar.

No, Vraal no se hacía ninguna ilusión. Un enfrentamiento abierto estaba fuera de lugar. Lo único que haría eso sería galvanizar a la facción emergente de Talos. Uno de los Atramentar favorecidos jamás podría ser utilizado para ello, pues sería una prueba irrefutable de que el Elevado estaba actuando en contra del profeta. Pero no sería así con el salvaje e impredecible temperamento de Vraal. Ah, no. A Vraal le reprocharían su «atroz carácter» y su «colérico humor» en cuanto el Elevado se explayara sobre cuánto lamentaba la terrible irrupción de Vraal en el ritual de la resurrección.

«Su amargura lo ha convertido en alguien incontrolable —diría el Elevado—. Los actos de Vraal nos avergüenzan a todos. Qué terrible falta de unidad…».

Sí, Vraal casi podía oír los elogios hacia su persona en ese momento. El Elevado lo había enviado allí a morir, para que se sacrificara por el bien de la partida de guerra. Que así fuera.

Por supuesto, este nuevo plan para despertar a Malcharion tenía que hacerse fracasar con tacto.

Con cuidado.

Con sutileza.

Las garras de Vraal se deslizaron de las vainas de sus guanteletes. Chisporrotearon recubiertas de crepitantes relámpagos asesinos.

—¡Hermanos! —los llamó jubilosamente por el comunicador—. ¡Vais a morir todos aquí dentro!

Un instante después atravesaba una cortina de disparos de bólter mientras se reía a carcajadas por los altavoces de su casco acolmillado.

De sus expositores de trofeos se desprendieron multitud de fragmentos. Uno de los colmillos del casco se astilló. La tormenta de disparos de bólter agujereaba y roía su armadura de exterminador.

Resultaba casi divertido.

Los tres debiluchos de la Primera Garra estaban retrocediendo al mismo tiempo que presentaban un fuego unificado que no consiguió detener el avance del Atramentar. Vraal oyó la voz mecánica de Deltrian berrear por su comunicador.

—¿Por qué hacéis esto? ¡Es una blasfemia! ¡Esta cámara está consagrada al Dios Máquina!

Qué asco. Si su armadura tuviera algún arma de largo alcance… Así podría silenciar al gimoteante tecnosacerdote de una vez por todas. Pero todo lo que pasó fue que sus cuchillas relámpago refulgieron en respuesta a su ira.

Los tres astartes que se le oponían seguían en retirada, hacia la figura inerte de Malcharion, pero sin cesar de disparar. Era irritantemente táctico. Vraal sabía que matarlos era sólo una preocupación secundaria, sin importar lo placentera que pudiera ser. Necesitaba acabar de una vez por todas con la posibilidad de la resurrección de Malcharion. Ellos se interponían en el método más obvio para hacerlo: sencillamente desgarrar al dreadnought con sus cuchillas.

Si.

Vraal emprendió lo que un astartes recubierto con la casi invulnerable armadura de exterminador podría llamar una carrera. Pero no fue hacia los desafiantes astartes. No, eso sería el equivalente a suicidarse sin haber cumplido su deber.

—¡Tecnosacerdote! —Vraal trastabilló cuando la fulminante lluvia de disparos de bólter le hizo trizas la placa de la tibia e interrumpió el funcionamiento de los servos —. ¡Ven, que tú y yo tenemos que hablar!

Su renqueante carrera a trompicones enlenteció su ataque. El tecnosacerdote no abandonó su consola de control, ni siquiera cuando Vraal clavó la garra derecha a través de la sagrada maquinaria. Muy a pesar de este último, nada resultó destruido.

Un proyectil especialmente bien dirigido hizo que su cabeza diera una sacudida hacia un lado durante un instante. Seguramente había sido Xarl. Aquel cabrón era conocido por ser un tirador experto.

Pero el astartes se retiraba en aquel momento. Vraal permaneció entre las consolas de control y se acercó pesadamente, paso a paso, hacia Deltrian. No se arriesgarían a que los proyectiles explosivos dañaran la maquinaria. Abrió los brazos en cruz y rastrilló la maquinaria que tenía a los lados, lacerando la tecnología sagrada del Mechanicum.

Qué curioso. Tal profanación hizo llorar al tecnosacerdote. Estaba llorando lo que

parecía ser aceite, que corría por sus mejillas plateadas formando unos regueros oscuros. Vraal se entretuvo en este intrigante hecho durante el lapso de medio segundo. Empleó la otra mitad del segundo en empotrar las cuatro cuchillas curvadas de sus nudillos, cada una de un metro de longitud, directamente a través del torso de Deltrian.

—Hnnkhsssssssshhhh… —resolló el tecnosacerdote, terminando con un parloteo de estática.

—Sabias palabras.

Vraal se rio entre dientes y retiró las cuchillas. La resistencia de las entrañas del adepto había resultado ser poco placentera e inhumana. Había poco gozo en acabar con aquella falsa vida mecánica. Deltrian cayó hacia atrás, y su túnica negra permaneció cerrada incluso cuando rodó sobre el suelo de mármol.

Una runa de alarma de proximidad parpadeó un momento demasiado tarde. Tenía a uno de la Primera Garra encima.

Vraal se volvió con las garras alzadas en guardia y se enfrentó al otro astartes.

El bólter de Xarl se sacudió al disparar a corta distancia, lo que partió una de las cuchillas de Vraal y la convirtió en una lluvia de fragmentos. Su espada sierra descendió con un aullido un segundo después.

—Muérete… de una vez —jadeó Xarl por el comunicador.

La hoja trituradora de su espada sierra derrapó sobre la voluminosa armadura del Atramentar mordiendo la superficie de metal, pero sin penetrarla.

Vraal se zafó con un tirón de hombros. Su armadura de exterminador incrementaba su ya inhumana tuerza mucho más que una servoarmadura astartes estándar. Y en lo que refería a que una espada sierra la perforase… Bueno, al menos Xarl le ponía empeño. Hacía que todo aquello resultara mucho más entretenido.

Vraal levantó el guantelete derecho, al que ahora le faltaba una hoja, y atrapó la espada sierra entre dos de sus crepitantes cuchillas cuando esta descendió una segunda vez. Los afilados dientes de sierra, que se movían a toda velocidad, empezaron de inmediato a cortar las juntas de la armadura y las servofibras de los guanteletes de Vraal. El Atramentar giró el antebrazo con cierto esfuerzo y las garras chisporrotearon con un fogonazo de energía cuando se encontraron con el filo de sierra atrapado y lo partieron con un tremendo movimiento.

Al verse desarmado, Xarl saltó hacia atrás y lanzó a un lado el pomo de su espada destrozada mientras el trozo de hoja que quedaba tosía camino a la muerte, y desenfundó de nuevo el bólter.

Pero no disparó. Una runa de alerta le indicó a Vraal el motivo, y se volvió para encararse a la amenaza que suponían Cyrion y Mercutian a su espalda.

Se abalanzaron hacia él al mismo tiempo, saltando con los gladios empuñados hacia abajo, como si fueran unas dagas en manos de asesinos. La estocada de Cyrion rebotó contra un costado de la densa armadura, y Vraal lanzó al astartes hacia un lado con un zarpazo aplastante de su cuchilla. El golpe rasgó la armadura de Cyrion.

La estocada de Mercutian penetró, y lo hizo profundamente. Fue un momento de intimidad sorprendente y repugnante, una violación que inspiraba furia, y en ese instante, los dos astartes se miraron a los ojos a través de sus lentes carmesíes. Vraal sintió el gladio como una pesadez fría y odiosa en el estómago, y si bien su fisiología mejorada se ocupó de la herida sellando la hemorragia, sintió cómo se abría de nuevo cuando Mercutian empujó la hoja hacia arriba.

El arma había atravesado la ensambladura entre dos piezas de la armadura.

«Así que esto… esto es el dolor…».

Vraal ya no recordaba muy bien cuánto dolía, pues había pasado mucho tiempo desde que lo había sentido por última vez.

Unos impactos lo golpearon en una ráfaga de *stacatto*. El ritmo le era extremadamente familiar. Un bólter en fuego automático.

«Xarl me… dispara… y tengo que…».

«Librarme… de la espada».

Vraal alzó la garra. La armadura respondió con lentitud, a trompicones, debido a los daños recibidos. Mercutian siguió empujando el filo hacia arriba, cortando las entrañas de Vraal, aunque la espada no pudiera moverse mucho más debido a la gruesa placa pectoral del Atramentar.

Escupió sangre en el interior del propio casco y le propinó un manotazo de revés a Mercutian. El otro astartes salió despedido hacia atrás igual que una marioneta a la que hubieran tirado demasiado de los hilos y se estampó contra la consola de control destrozada.

Mercutian ya estaba fuera de combate. Cyrion estaba… ¡Ja! El golpe que le había propinado a aquel miserable de Cyrion le había amputado el brazo a la altura del codo. Su oponente todavía se estaba levantando bramando su odio a gritos por el comunicador mientras buscaba el bólter.

Xarl. Tenía que encargarse de Xarl. Xarl siempre había sido el peligroso.

Vraal pestañeó para sacudirse la sangre y el sudor de los ojos, y se dio la vuelta para hacer exactamente lo que había decidido. Se lanzó hacia adelante con las cuchillas apuntando hacia Xarl como siete lanzas cortas.

Xarl maldijo al mismo tiempo que se lanzaba hacia un lado. Sintió los músculos en llamas, pero se movió con más rapidez de lo que nunca se había movido en su vida prolongada genéticamente.

Las puntas de las garras de la mano derecha de Vraal lo alcanzaron. Xarl apretó los dientes cuando las tres cuchillas cortaron y penetraron su servoarmadura. Un instante de dolor agónico palpitó a lo largo de su muslo izquierdo y se estrelló contra el suelo sin que las piernas le respondieran.

Vraal cambió su evaluación de la situación. Deltrian, aquel ciberesperpento larguirucho, se arrastraba hacia otra consola empotrada en la pared. Parecía estar herido. ¿Era eso correcto? ¿Los hombres máquina sufrían heridas? Daños, quizá.

Cyrion avanzaba otra vez contra él empuñando el gladio con la mano que le

quedaba. Sin duda, el dolor de su herida había sido anulado por completo por la inyección de estimulantes y de tranquilizantes que su armadura le había administrado directamente tanto al riego sanguíneo como al cerebro. Mercutian también estaba de vuelta al combate, aunque desarmado. Se le había roto la espada en la caída y debía de haber gastado toda la munición de bólter. Xarl, siempre desafiante, había desenfundado la pistola bólter y lo apuntaba desde donde yacía en el suelo, incapaz de tenerse en pie con la pierna semiamputada.

Aquel fue el momento en que Vraal se dio cuenta de que probablemente iba a ganar.

—Hermanos, hermanos —se rio—. ¿A quién mato primero?

—Ven a por mí —ladró Xarl, quien volvió a abrir fuego.

Unas destellantes runas parpadearon en el visualizador de Vraal cuando los proyectiles comenzaron a martillearle en la cabeza y en la placa pectoral. «Está apuntando a la junta del cuello». Vraal se dio cuenta de inmediato. Siguió riéndose sin dejar de avanzar cuando la pistola de Xarl chasqueó con el cargador vacío.

Pero… aquel sonido…

… wwrrrrRRRRRRRRRR.

La ensangrentada cara de Vraal se contorsionó con una mueca cuando el creciente ruido le hizo fruncir el ceño.

«Pero ¿qué demonios…?».

Era el sonido que emitía un cañón automático de dos cañones de la clase Segador cuando comenzaba a acumular energía. Le siguió un gutural chasquido mecánico, clank-clank-clank, que anunciaba la rotación de los cargadores automáticos al activarse.

Vraal se volvió justo a tiempo para verlo abrir fuego. Cuando lo hizo, todo el Salón del Recuerdo retembló a causa del inmenso poder de la descarga. Se habían producido tormentas con la fuerza suficiente como para derribar torres de colmena que habían llevado a cabo su obra destructiva con menor rabia y sin tanto ruido. Los servidores demasiado lobotomizados como para taparse los oídos acabaron con los tímpanos reventados. Los cascos de los miembros de la Primera Garra filtraron los sonidos hasta niveles tolerables, pero cada uno de ellos apretó los dientes para hacer frente a aquel estruendo.

Vraal lo oyó con una claridad funesta, pues le estaba pasando a él.

Seis proyectiles explosivos de masa reactiva, cada uno de ellos capaz de destruir por sí solo un transporte Rhino, impactaron contra el Atramentar en el lapso de tres segundos. El primero le destruyó la placa pectoral y lo habría matado en unos instantes debido a la horrenda pérdida de sangre provocada por las entrañas reventadas. Se libró de esa muerte debido a que el segundo proyectil lo mató en el acto al explotar contra su casco acolmillado, lo que le reventó por completo la cabeza y el hombro derecho.

Los otros cuatro proyectiles impactaron contra los restos y los hicieron trizas. Al

cabo de tres segundos, no quedó nada de Vraal de los Atramentar, salvo unos cuantos fragmentos de armadura y las heridas que sufrían los miembros de la Primera Garra.

La tormenta amainó.

El trueno se alejó.

Impulsado por unos servomotores antiguos, la inmensa figura de un dreadnought blindado de color azul con bordes de bronce dio un paso al frente. Era tan pesado que hizo temblar toda la estancia. El fuego de cañón no había sido nada comparado con los aullidos de sus servo juntas y sus retumbantes pisadas.

—¿Se… señor? —susurró Mercutian.

—Estáis despierto… —jadeó Cyrion—. ¿Cómo…?

El dreadnought habló mediante los altavoces instalados en el interior de su ornamentado chasis, y lo hizo con una voz resonante y modificada por el comunicador.

—Oí disparos de bólter.



RENACIDO

El Elevado se reclinó en el trono y se obligó a sí mismo a sonreír.

—Es una bendición verte, hermano.

La inmensa figura de Malcharion dominaba el puente de mando del *Pacto*. La luz de las pantallas de las consolas parpadeaba a lo largo del casco de oscura ceramita que era ahora su cuerpo.

Al estar la nave suspendida en órbita, los tripulantes, aquellos que eran lo suficiente humanos como para sentir curiosidad, eran libres de lanzar miradas de reojo hacia la increíble imagen que tenían ante ellos. Malcharion permanecía de pie, solo ante el estrado central del comandante. El dreadnought era tan alto que su sarcófago y la figura que estaba sentada delante de él se hallaban a la misma altura.

A lo largo de las paredes se encontraban de pie todos los astartes que no estaban participando en los combates de la operación planetaria, pues habían acudido para ser testigos de su resurrección, así como de su primera reunión con el Elevado. Talos y Adhemar observaban presos de asombro, tal y como hacía la mayoría.

Alrededor del trono del Elevado montaban guardia los Atramentar. Todos ellos excepto Vraal. Siete guerreros, la élite de exterminadores, en un disciplinado semicírculo detrás del trono. Malek y Garadon eran los más cercanos al Elevado, como siempre.

Durante un rato que pareció eterno, la máquina de guerra no dijo nada. El Elevado lo observó con sus rasgados ojos negros, voraces en su atención al detalle. Se imaginó que casi era capaz de oír, por debajo del sempiterno ronroneo del generador de energía montado en la espalda del dreadnought, el ocasional rumor burbujeante del fluido amniótico en el interior del sarcófago cada vez que lo que quedaba del cuerpo mortal de Malcharion sufría un ataque de espasmos.

—Has cambiado —le espetó sonoramente el dreadnought.

La media sonrisa del Elevado no se desvaneció. De hecho, se hizo repentinamente más genuina.

—Como tú, hermano.

La máquina hizo un sonido semejante a un rugido de asentimiento. Sonó igual que un tanque que estuviera cambiando de marchas.

—Eres más feo de lo que recordaba. —Sonó otro rugido parecido al cambio de marchas, pero este fue más similar a una risa entre dientes—. No creía que eso fuera posible.

—Veo que las décadas de inactividad que has pasado mientras el resto emprendíamos la guerra de nuestro padre no han atenuado tu… humor.

—No hagas que tu naturaleza amargada me vuelva a dormir del aburrimiento, Vandred.

—Ahora soy el Elevado. Harías bien en tenerlo en cuenta, Malcharion. El tiempo ha cambiado muchas cosas.

—No todo. Escúchame, Vandred. He despertado. Me han arrancado de un siglo de pesadillas, cada una de ellas un recuerdo de nuestro mayor fracaso. El Cazador de Almas me dice que la guerra nos llama otra vez. Me vas a hablar de esta guerra. Ahora.

El Elevado frunció los labios. El Cazador de Almas. Qué asco.

—Como desees.

• • • • •

El campo de batalla tenía varios nombres. Ninguno de ellos llegaba a transmitir bien el peso de su verdadera importancia. Aquel iba a ser el conflicto decisivo, el momento de la verdad.

Situado en los puntos más altos del macizo montañoso del hemisferio norte, constituía el bastión del poderío del Mechanicum por encima del ecuador.

Para los invasores, que estaban impresionados a su pesar por las curvadas formaciones rocosas y las fortalezas factoría que se habían construido en su interior, era la Garra del Omnissiah. Un nombre teatral, aunque apropiado: las montañas recordaban a unos dedos de metal que quisieran aferrar los cielos, como si las fortalezas pudieran destruir los navíos invasores en órbita.

Para los fríos cogitadores y motores tácticos lógicos de los defensores del Mechanicum, simplemente era el enclave 017-017.

Diecisiete-Diecisiete, la fundición principal de la Legio Maledictis, cuerpo y alma de las fuerzas del Adeptus Titanicus de Crythe Prime.

Y estaba tan densamente protegida por escudos de vacío, que emprender un bombardeo orbital estaba más allá de toda esperanza. Irónicamente, tal defensa era

irrelevante, pues Abaddon había dejado claro a sus capitanes y comandantes que Diecisiete-Diecisiete debía ser capturado, no destruido, ya que una base así sería capaz de reparar, equipar y construir titanes que podría utilizar para su próxima cruzada. Como mínimo, podrían saquearse cantidades ingentes de materiales y recursos de las fortalezas factoría.

El tiempo, sin embargo, se agotaba. Los astrópatas de la flota hablaban de susurros dentro de la disformidad. La respuesta del Imperio a la invasión llegaría en cuestión de semanas.

Los Ángeles Sangrientos. Los Marines Errantes. Incontables regimientos de la Guardia Imperial. Abaddon se había aventurado lejos de su refugio en el interior de la anomalía disforme conocida como el Ojo del Terror, allí donde el Imperio jamás podría seguirlo. Si bien había hallado un buen objetivo en Crythe y había golpeado aquel mundo con el decisivo poder de su flota reunida a la carrera, era preciso que la victoria llegase pronto, o tendría que dejarla escapar del todo. En ese momento, el mes de guerra ya se había prolongado demasiado y habían ganado terreno a un coste demasiado alto. El Mechanicum y aquellos malditos campeones suyos de la Legio Maledictis eran oponentes infatigables y valientes.

Si las premoniciones astropáticas eran precisas, las flotas del Imperio que venían de camino iban a presentar un poderío inquebrantable. En esta ocasión, las fuerzas del Trono sentían que tenían la oportunidad de llevar al Saqueador ante la justicia. Los navegantes y otras almas psíquicamente sensibles de la armada del Caos hablaban de una gran ola inducida por presión que rompía en la disformidad, como los nubarrones de una tormenta próxima. Todos los guerreros de los ejércitos del señor de la guerra sabían de qué se trataba. Una convergencia de rutas por la disformidad, similar a una flota de barcos que dibujase olas en el agua por delante de sus proas. Las invisibles corrientes del Mar de las Almas azotaban el Racimo Crythe, debido a que innumerables naves imperiales se acercaban a toda máquina para defender el mundo forja y vengar a los mundos que ya habían caído.

Todo dependía de Diecisiete-Diecisiete.

Crythe Prime debía ser tomada.

Había empezado la última partida.

• • • • •

Lo que quedaba de los guerreros de los Amos de la Noche de la Décima Compañía recibió la orden de ser parte de la punta de lanza de los ataques iniciales. A su lado estarían sus camaradas de la *Premonición del Cazador*.

Los Amos de la Noche de la *Premonición del Cazador* y del *Pacto de Sangre* tenían designados como objetivos un puñado de fundiciones y de fortalezas factoría, que

debían tomar junto a la multitud de guardias imperiales traidores que estaban aliados en aquel momento con el señor de la guerra y las legiones penales reclutadas a la fuerza en Solace.

La Legión Negra, que superaba con creces en número al contingente de los Amos de la Noche, tenía asignados como objetivos un número superior de factorums similares. Talos ya no detectaba ningún signo obvio de que el señor de la guerra quisiera desgastar a la VIII Legión para favorecer a sus propias tropas.

La necesidad de vencer hacía que se descartara cualquier preferencia.

• • • • •

La cámara de armas de la Primera Garra era un hervidero de actividad.

Tanto sirvientes como servidores ensamblaban las armaduras colocando las distintas piezas en su sitio, cerrándolas y sellándolas con las herramientas adecuadas. Septimus era uno de ellos, y comprobaba el estado de los cierres de las juntas de la armadura de Talos sin que los astartes le hicieran ningún caso mientras hablaban entre sí.

Cyrion mantuvo estirado el brazo mientras un servidor le acoplaba el avambrazo y el guantelete. Todo el mundo de la sala vio un atisbo de su nueva extremidad artificial, cuya superficie de metal era de un austero gris océano, pues todavía no la habían recubierto con piel sintética. Muy poco después, el brazo desnudo de titanio y acero estaba acorazado con el color azul medianoche de su armadura.

Se bendijeron y se reverenciaron las armas. Todos pronunciaron los juramentos correspondientes. Las invasivas agujas de conexión de las servoarmaduras penetraron en las tomas de corriente vertebrales al enchufarse en sus correspondientes conexiones. Las imágenes quedaron teñidas de un color rojo intenso cuando los cascos descendieron sobre los rostros.

—No he visto a Octavia desde mucho antes de la cirugía que le hicieron ayer —se aventuró a comentar Cyrion—. ¿Cómo está nuestra navegante, artificiero?

Septimus no levantó la vista de donde estaba mientras sujetaba un pergamino de juramento a la hombrera de Talos. El tejido era blanco como la nata, y el manuscrito, anotado en fluido nostramano, detallaba tanto cada uno de los objetivos de la misión como la sangrienta promesa de Talos de tener éxito en todas ellas. Los juramentos de combate como aquel ya eran habituales en la legión. Xarl también llevaba uno, pero Mercutian, Uzas, Cyrion y Adhemar renunciaron a seguir la tradición.

—Ella está bien, lord Cyrion —le contestó Septimus—. Supongo que está de nuevo con el navegante Etrigius. Pasan mucho tiempo hablando. Ellos… discuten a menudo, parece ser.

—Ya veo. Te agradezco el trabajo que hiciste con mi bólter.

Cyrion sostuvo el arma en alto y la acunó en sus guanteletes mientras la observaba. En el lateral tenía escrito el nombre *Espectro Aullante* con la florida escritura nostramana.

—Me complace serviros, lord Cyrion.

—¿Cómo está la Nacida en el Vacío? ¿Se encuentra bien?

Septimus pareció quedarse helado en el momento que estaba comprobando los remaches de las hombreras de Talos.

—¿La… la qué, lord Cyrion?

—La Nacida en el Vacío. ¿Cómo está?

—¿Qué es eso? —preguntó Uzas, repentinamente interesado.

—Es una mortal, hermano. Más allá de tu incumbencia —le replicó Cyrion.

—Ella es… está bien. Gracias, lord Cyrion.

—Me alegra oír eso. No te sorprendas tanto, no estamos del todo ciegos a lo que pasa en la nave. Dale recuerdos de mi parte. ¿Lo harás?

—Sí, lord Cyrion.

—¿Le gustó su regalo? —preguntó Talos.

Septimus se esforzó por no quedarse petrificado otra vez.

—Sí, amo.

—¿Qué regalo? —Uzas sonaba irritado ante la exclusión de que estaba siendo objeto.

—Un medallón de la legión —dijo Talos—. Algunos tripulantes tienen en gran estima a esa mortal. Aparentemente, lo suficiente como para merecerse mi protección. —Talos se volvió hacia Septimus otra vez, y a este se le heló la sangre—. Sin mi consentimiento.

—Perdonadme, amo.

—He oído decir que le han hecho agujeros a la moneda y que además la lleva de colgante —continuó Talos—. ¿No es eso una profanación, Cyrion? ¿Perforar reliquias de la legión?

—Creo que no, hermano. Pero hablaré del asunto con el Elevado. Debemos estar seguros de tales cosas.

Septimus esbozó una sonrisa forzada y tragó con dificultad de nuevo. Intentó hablar, pero no lo logró.

—Permítenos un momento de diversión a tus expensas, Septimus —lo tranquilizó Talos.

Flexionó los puños e hizo girar las muñecas para comprobar la libertad de movimientos. No cabía duda alguna: el guantelete derecho estaba rígido. Tenía que encontrar un recambio pronto.

«Faroven». Faroven, el hermano que Talos había visto morir en sueños. De su cuerpo recibiría el nuevo guantelete.

«Su fin debe de estar próximo ya».

Cyrion ancló el bólter en el enganche magnético de la musiera.

—Pues sí, ha pasado mucho tiempo desde que fuimos mortales. Es extraño cómo nos olvidamos de bromear.

Septimus asintió de nuevo, sin estar siquiera seguro de si Cyrion ahora se estaba burlando de él, y aún lejos de sentirse cómodo con ese… humor.

—Por cierto —añadió Cyrion—. Cógelo.

Septimus atrapó la moneda con facilidad con una mano tras interceptarla en pleno vuelo mientras descendía. Era gemela a la propia moneda de Talos, plateada y grababa de la misma forma, a excepción de las runas con el nombre de Cyrion.

—Si vas a regalar la mía y a condenarme a cuidar de una niña de diez años, necesito mantenerte vivo de algún modo —le dijo Talos.

Septimus les hizo una profunda reverencia de agradecimiento y terminó su labor en un confundido y ruborizado silencio.

• • • • •

A Octavia le había llevado apenas cinco minutos decidir que no le gustaba Etrigius en absoluto.

Por lo que se refería al navegante del *Pacto*, este había sabido desde el primer momento en que la había visto que la detestaba. Él creía que era necesario compartir ese hecho.

Etrigius ya no era ni remotamente humano. Aquello era algo que tenía poca importancia para Octavia, a quien no le resultaba en absoluto tan chocante como otros muchos de los aspectos más cotidianos de la vida a bordo del *Pacto*.

Octavia era una navegante, una descendiente de la Navis Nobilite, y aunque el nombre de su casa no mereciera ni una pizca de respeto en la gran y ancha galaxia, seguía siendo hija de una de las castas más valiosas de la humanidad.

Ella sabía lo que el gen del navegante hacía a todos los de su clase con el paso del tiempo. A ese respecto, sentarse con la otrora humana figura de Etrigius era desconcertante, pero en absoluto inquietante.

Mucho peor era la afición que tenía a glorificar su propia existencia.

Estas lecciones eran ahora su deber de todas las noches, él se lo había dejado claro la primera vez que había requerido su presencia, semanas antes, pero estaban lejos de ser agradables.

Los dominios de Etrigius eran la antítesis de las tinieblas que invadían, como la sangre que corre por las venas de un cuerpo, las entrañas del *Pacto*. Se había adueñado de una modesta cámara cercana a la proa saturada de armas de la nave y la había bañado con una opresiva luz blanca que procedía de unos globos luminosos fijados en las paredes. Después de pasar tanto tiempo en los oscuros pasillos de la nave, a Octavia le costaba soportar aquella luminosidad. Su ojo disforme permanecía

tapado, pero sus ojos humanos lloraban lágrimas de escozor cada vez que visitaba el cubil del otro navegante. Un brillo de falsa luz solar tras un mes de intensa noche.

—¿Puede atenuar la luz? —había preguntado la primera vez que los esclavos vestidos con túnicas de Etrigius la habían dejado pasar.

—No —le respondió él, pensativo—. La oscuridad me desagrada.

—Pues podría decirse que se ha equivocado de nave.

La camaradería había amenazado con surgir entre ellos en aquel momento. Tenían algo en común que ninguna otra alma compartía. Sin embargo, en vez de forjar un vínculo, habían descendido con rapidez hacia las discusiones y una vaga tolerancia.

Los asistentes de Etrigius, ninguno de los cuales carecía de implantes ni tenía menos de sesenta años, la admitieron en la «galería del amo». Era un nombre adecuado. Una pared entera estaba ocupada por pictopantallas que reflejaban docenas de imágenes procedentes de diferentes puntos del casco exterior de la nave. En esos momentos, las pantallas mostraban el resto de la armada del señor de la guerra y el mundo sobre el que orbitaba el *Pacto*.

En la disformidad… las pantallas funcionarían por su propia cuenta. Octavia tuvo que admirar el deseo de ver todos los ángulos de la nave mientras uno la guiaba por un mar de ánimas.

El resto de la cámara era mucho menos admirable. Y estaba mucho menos limpio. Había ropa tirada aquí y allá, esparcida por el suelo, lo mismo que los objetos de joyería. Cuando entró por primera vez, aplastó con la bota un pendiente dorado contra el suelo. Menos mal que Etrigius no se había enterado.

Octavia sospechaba que Etrigius había sido guapo en el pasado. Si no guapo, al menos con buena presencia antes de su servicio en la Gran Cruzada y del siglo transcurrido en tiempo cronológico desde aquel entonces. Ella se había formado esa opinión de acuerdo a su voz y porte, los cuales seguían siendo educados y cultos a pesar de los otros muchos cambios desde su nacimiento.

Tenía la piel gris. No del lánguido tono de una existencia carente de sol, ni siquiera del gris pálido de los muertos o moribundos. Era del mismo gris que el vientre de un tiburón de las profundidades: piscícola pero sin escamas, denso, completamente inhumano.

Sus dedos estaban casi acorazados de oro y rubíes, tal era la cantidad de anillos que llevaba. Octavia no era ninguna experta, pero algo que la confundió fue que los anillos variaban de calidad, y mientras unos debían de tener un enorme valor otros eran poco más que baratijas. Lo que parecía ser el factor común era que cada anillo era un retazo de rojo engastado en una montura de oro.

Cada uno de los dedos con múltiples anillos del navegante poseía una articulación extra. Octavia se olvidaba de lo que decía cada vez que se perdía en sus escalofriantes, hipnóticos y retorcidos movimientos. Las uñas, más parecidas a las garras de un felino, se curvaban como hoces a la punta de los dedos grises de Etrigius. Este las

empleaba para acariciar el cuero hecho jirones de su sillón de observación, y parecía estar siempre abriendo nuevos surcos en el tejido.

El resto del cuerpo de Etrigius estaba cubierto por una túnica del mismo color azul oscuro que usaban los guerreros de la legión. Su alargada cabeza era lo bastante suave como para que Octavia estuviera segura de que nunca le había crecido pelo, y sus ojos humanos siempre estaban cubiertos por unas gafas presurizadas de gruesas lentes transparentes, caracterizadas por un extraño líquido violeta que se agitaba en su interior. Ella le preguntó qué era el líquido de sus lentes, además de cómo era capaz de ver a través de él, pero el navegante no se dignó a contestar. Etrigius solía hacer eso con frecuencia. Evidentemente, sólo respondía sobre temas que él creía dignos de ser discutidos.

—Han liberado tu ojo disforme —murmuró él, con un tono de voz que recordaba bastante a la incredulidad.

Ella palpó la cinta que tenía atada alrededor de la frente.

—Creo que deben de estar empezando a confiar en mí. Vamos, desde que adopté mi nuevo nombre… Después de que Talos me salvara…

—No se me informó de esto. ¿Por qué no me dijeron que ibas a ser descegada?

—¿Es que acaso es de su incumbencia?

—Soy el navegante del *Pacto de Sangre*. Me atañe cualquier cuestión relacionada con la disformidad.

—Me he pasado una hora sentada aquí escuchándolo. ¿Y se acaba de dar cuenta de que me han quitado el metal de la frente?

—Esta ha sido la primera vez que me he molestado en mirarte —dijo.

Lo que era algo muy cierto. Etrigius no era un enamorado del contacto visual.

—Estoy harta de sentirme indefensa en esta nave —protestó, más para sí misma que para él.

Etrigius, por una vez, sonrió con aparente sinceridad.

—No creas que eso va a cambiar, muchacha.

Ella lo observó en silencio durante un largo instante, con la esperanza de que siguiera hablando.

—Somos esclavos y amos al mismo tiempo; somos esclavos, y a pesar de ello somos valiosos más allá de toda medida —declaró Etrigius, quien hizo un ademán hacia las pantallas que mostraban la flota del Caos orbitando alrededor de Crythe—. Sin nosotros, estos traidores están inválidos. Jamás podrían luchar en su cruzada sin fin.

Octavia no despegó la mirada de la del hombre gris.

—¿Escogió deliberadamente esta vida?

—No. Y tú tampoco lo harás. Pero aun así, ambos la viviremos.

—¿Por qué iba a querer encerrarme aquí dentro? —le replicó ella.

—¿Qué navegante puede sentirse satisfecho sin un navío que guiar? —Las palabras abandonaron sus labios con un matiz de amabilidad asquerosamente

condescendiente.

Octavia negó con la cabeza sin siquiera darse cuenta de que lo hacía. Una negativa poco convincente que en realidad no era más que una necesidad instintiva de decir que no.

Etrigius esbozó la misma sonrisa que antes.

—Ansias navegar por las estrellas, como todos nosotros. Lo llevamos en la sangre. No puedes ocultar durante más tiempo ese deseo, del mismo modo que no puedes ocultar la necesidad de respirar. Cuando los astartes te pidan que los guíes… dirás que sí.

Octavia sintió otra vez que estaba a punto de establecerse un vínculo entre ellos. Ella podría haber aprovechado aquel momento para que él le revelase cómo navegar por la disformidad sin usar la luz guía del Astronomicón del Emperador. Podría haber dicho cientos de cosas para tender un puente sobre el abismo que existía entre ella y su colega navegante.

En vez de eso, se levantó y se fue.

Un gélido sentimiento de inevitabilidad la había dejado sin palabras.

Cuando Septimus la encontró, estaba en Mercadonegro.

Una cámara comunal unía varios de los pasillos y cuartos individuales de las cubiertas destinadas a los mortales del *Pacto*, y mientras la Gran Cruzada seguía a lo largo y ancho de la galaxia, los leales sirvientes y esclavos de la legión usaban la cámara como zona comercial y como lugar de reuniones. El mercado negro, pues eso había sido tiempo atrás, recibía su nombre de la oscuridad perpetua de la cámara, que interrumpían, tan sólo de forma marginal, las lámparas de mano y los globos de brillo. Incluso con la tripulación al completo durante tiempos mejores, las cubiertas para mortales habían soportado la misma escasez de luz que ahora.

Cincuenta personas o más abarrotaban la estancia. Su estatus le garantizaba recibir respetuosos gestos de asentimiento o saludos de la mayoría de ellos, incluso por parte de los grupos de emisarios de bandas rivales que estaban allí para comerciar con munición y cargadores de batería. Allí, en toda su ensombrecida gloria, había un microcosmos representativo del caído Nostramo, nacido otra vez de la oscuridad.

Una mujer mayor palpó con manos mugrientas la superficie de bronce de su ceja y frente reconstruidas.

—No está mal —dijo ella sonriente, lo que mostró los dientes podridos de su, por otro lado, amable y arrugado semblante.

—Me estoy acostumbrando.

—La cirugía te alejó de nosotros demasiado tiempo. ¡Semanas! ¡Estábamos preocupados!

—Gracias por preocuparte, Shaya.

—Exterminaron a la banda de Nale cerca de las cubiertas del maquinarium —dijo con voz queda—. Las otras bandas niegan ser las responsables. Se dice que es otra bestia surgida de la más profunda oscuridad.

Septimus notó que un humor lúgubre se le posaba con firmeza sobre los hombros. Él mismo había formado parte de la partida de caza organizada para matar a la última criatura de la disformidad que había surgido de las entrañas de la nave.

—Hablaré con los amos. Lo prometo.

—Bendito seas, Septimus —le respondió ella—. Bendito seas.

—He… oído que Octavia estaba aquí. ¿Es así?

—Ah, sí. La nueva. —La anciana sonrió, mientras hacía un gesto hacia un tenderete alrededor del cual se congregaba un pequeño grupo de personas—. Está con la Nacida en el Vacío.

«¿Con la…? ¿Por qué?».

—Gracias —dijo, y se fue.

Octavia estaba, en efecto, con la Nacida en el Vacío. La niña, de inmensas pupilas debido a las tinieblas en las que había nacido, le estaba enseñando a Octavia un conjunto de marionetas articuladas. Octavia estaba al lado del tenderete que tenían los ancianos padres de la Nacida en el Vacío, y sonreía y hacía gestos de asentimiento a medida que la niña se las mostraba. Septimus se puso al lado de la navegante y saludó con una reverencia a los padres de la Nacida en el Vacío. Ellos le dieron la bienvenida y le preguntaron acerca de cómo se estaban curando sus heridas.

—Tenía que alejarme de Etrigius —dijo Octavia en gótico—. Ahora tengo el medallón —añadió casi a la defensiva—. Así que me fui a dar una vuelta.

—La nave sigue siendo peligrosa, con medallón o sin él.

—Lo sé —le contestó sin mirarlo.

—¿Has entendido algo de lo que ha dicho? —le preguntó Septimus, señalando con un gesto de la cabeza a la niña.

—Ni una palabra. Sus padres me han estado traduciendo un poco. Sólo quería conocerla. El respeto que le profesan es increíble. La gente sigue viniendo únicamente para hablar con ella. Uno pagó por un diminuto mechón de su cabello.

—¿Athasavis te corunai tol shathen shashian? —preguntó él.

—Kosh, kosh'etb tay —le sonrió la niña como respuesta. Mostraba una reluciente sonrisa en el rostro mientras sostenía en alto el medallón de plata de la legión, que habían perforado y atado con un cordón de cuero. Lo llevaba colgado del cuello con orgullo—. *Ama sho'shalnath mirsa tota. Ithis jasha. Ithis jasha nereoss.*

Septimus se inclinó un poco en señal de respeto, sonriendo a pesar de su negro humor.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Octavia, tratando de ocultar la desilusión que le provocaba la conversación en nostramano.

—Me ha dado las gracias por el regalo y me ha dicho que le parece que mi nuevo ojo es de un color muy bonito.

—Ah.

La Nacida en el Vacío empezó a parlotear mientras señalaba hacia arriba, a Octavia. Septimus sonrió otra vez.

—Dice que eres muy guapa, y me ha preguntado si vas a aprender nostramano alguna vez, para que puedas hablar con ella.

Octavia asintió.

—*Jasca* —dijo, y en voz más baja le preguntó a Septimus—: Eso es «sí», ¿verdad?

—*Jasca* —le respondió él—. Lo es. Ven, tenemos que hablar. Lamento haber estado fuera desde que te operaste. Ha sido un día interesante desde que hablamos por última vez.

• • • • •

Nunca debió haber despertado.

¿Acaso no había servido de pleno corazón, con valor y lealtad? ¿Acaso no había matado a los enemigos del primarca? ¿Acaso no había obedecido las órdenes del primer señor de la guerra? ¿Qué más tenía que exigirle la vida?

Y ahora caminaba una vez más, a grandes zancadas, por el mundo consciente. ¿Y para qué? Para ver la degradación de todo lo que la legión había sido antaño. Para enfrentarse a Vandred mientras la Décima Compañía se desmoronaba en los últimos instantes de su putridez. Aquello no era vida. Esta era la prolongación de una existencia que había tenido el derecho de dejar atrás.

Él tenía dos cuerpos. Una mente dividida en dos formas físicas. Por un lado, y mediante sus percepciones más inmediatas, sentía lo que era en esos momentos: la fuerza vehicular de su cuerpo blindado. Los inmensos brazos unidos mediante servos chirriantes. La garra capaz de destrozar adamando y ceramita. El cañón capaz de aniquilar pelotones enteros de hombres.

Un avatar de la fusión entre la carne y la máquina del Mechanicum que no se cansaba, ni respiraba.

Todo aquello se podía acabar con un único y breve instante de concentración.

Costaba mantener esas sensaciones inmediatas. Las veces en que el antiguo guerrero dejaba divagar su mente, se sentía a sí mismo: su cascarón mortal, confinado en el interior del sarcófago y suspendido dentro del frío, frío, frío fluido amniótico.

Detestaba vagar por esas sensaciones de mayor autenticidad, pero la atención de Malcharion se veía arrastrada de vuelta a ellas una y otra vez: la carcasa con un solo brazo y sin piernas que era su cuerpo, acunada con gentileza en un líquido gélido, escarchado. La parte posterior de su cabeza y columna vertebral eran una explosión de dolor intermitente y aleatorio, dado que los tentáculos mecánicos y las clavijas cerebrales de la unidad de impulso mental aguijoneaban su destrozado cuerpo, lo que obligaba a sus pensamientos a unirse al cuerpo del dreadnought.

A veces, cuando intentaba mover el brazo izquierdo, el puño de combate con forma de garra, sentía que su miembro real, el muñón carnoso y ajado, golpeaba

débilmente el lateral del ataúd amniótico que hospedaba su cadáver. La primera vez que intentó hablar con Vandred, en lugar de los cables que le perforaban la mente y que transportaban sus pensamientos al comunicador de voz, sintió su verdadera boca abrirse. Fue únicamente en aquel instante cuando se dio cuenta de que ahora respiraba aquel fluido helado. Era lo que lo mantenía con vida. La sustancia amniótica, espesa como el aceite e increíblemente fría, circulaba por su sistema respiratorio. Aquel fango le llenaba los pulmones, como un peso muerto dentro de un cuerpo indefenso y débil.

Mucho tiempo atrás había combatido al lado de sus hermanos de la Legión de los Manos de Hierro. Después de que aquellas guerras se acabaran, combatió contra esos mismos hermanos. Malcharion era muy consciente de sus creencias. Para él era inconcebible que unos guerreros tan estoicos y resistentes considerasen aquella eterna sepultura como una especie de gloriosa vida después de la muerte.

—Voy a dirigir el próximo ataque a la superficie —dijo retumbante a los amos de la noche congregados.

Los guerreros de su legión inclinaron las cabezas o se golpearon los petos con el puño como muestra de respeto, ¡de orgullo! Increíble. Sólo veían lo que había en el exterior. No eran capaces de pensar en el ajado cadáver de su interior, que presionaba su famélico rostro contra la tapa del ataúd.

—Somos los Amos de la Noche. Somos los hijos de la VIII Legión. Y vamos a tomar Diecisiete-Diecisiete para que el Imperio lamente durante un millar de años la hora de nuestra llegada a Crythe.

Los vítores fueron clamorosos y prolongados.

—Preparad una cápsula de desembarco —exigió el dreadnought—. Una vez más, me he revestido de medianoche y mis garras están sedientas de sangre imperial.

Los vítores rugieron aún más alto.

Un cadáver sin ojos, sin lengua y con un solo brazo flotaba en el interior de la máquina divina, consciente de que no tardaría en saborear la guerra por primera vez en diez mil años.



017-017

He captado una anomalía.

Numerosos archivos imperiales han tratado de forma muy extensa la insurrección del Racimo Crythe, pero el mérito suele recaer más en la flota de salvamento dirigida por la llegada de los astartes del capítulo de los Ángeles Sangrientos, que en la defensa inicial de cualquiera de los mundos involucrados. Las críticas han tenido como objeto recurrente la «dudosa resistencia» que presentó el Adeptus Mechanicum en la defensa de su baluarte principal del hemisferio norte, el enclave 017-017.

De hecho, la supervivencia de ese lugar se suele atribuir totalmente a la inestabilidad de las fuerzas del Archienemigo sobre Crythe Prime y a la bien destacada tendencia de las legiones traidoras a lanzarse las unas contra las otras a la menor provocación.

Se ahuecaron montañas enteras para hacer espacio a las benditas fundiciones de titanes de la Legio Maledictis. Si la guerra del Saqueador hubiese tenido éxito, aquellas instalaciones habrían resultado ser un recurso de un valor sobrecogedor: usadas, saqueadas y despojadas de toda utilidad antes de que la Flota Imperial llegara para imponer su venganza infinita sobre las malditas fuerzas del señor de la guerra.

Aquellas escarpadas laderas montañosas estaban

repletas de los skitarii de élite del Mechanicum, igual que los piojos llenaban el cabello de un mendigo.

Orquestar los miles de aterrizajes individuales a lo largo de toda la cordillera habría supuesto una gran inversión de tiempo que el Saqueador no se podía permitir.

Llegados a ese punto, el señor de la guerra creía que tan sólo quedaban semanas antes de que la barcaza de combate de los Ángeles Sangrientos irrumpiese en el sistema para llevar consigo la justicia del Dios Emperador. Abaddon, maldito sea su nombre mil veces, sabía esto por sus propias fuentes astropáticas. Los prisioneros que capturamos tras la guerra así nos lo atestiguan.

Dicha presciencia es la única explicación concebible para el multitudinario aterrizaje terrestre en las llanuras que se extendían ante las faldas montañosas del enclave 017-017. Básicamente, Abaddon desplegó sus hordas sobre la superficie del planeta y las lanzó contra «los portones principales», por así decirlo.

He oído decir que nuestra mayor arma contra el Archienemigo es la propia naturaleza del enemigo. Quizá sí que lo sea. El destino estaba ciertamente del lado de la justicia el día en que los Amos de la Noche y la Legión Negra, los elementos principales integrantes de la ofensiva a Crythe, se volvieron el uno contra el otro.

Ninguno de los documentos imperiales que he podido revisar detalla con exactitud el motivo por el que el mando de Abaddon sobre algunos segmentos de su ejército se desmoronó de forma tan patente, ni explica qué buscaban ganar (¡si es que había algo!) las fuerzas del Archienemigo con su inoportuna separación.

Si una disputa así tiene como motivo algo más que la demencial actitud de esas bestias otrora humanas, no es probable que vaya a salir nunca a la luz.

El interrogador Reshlan Darrow
Anotación de su obra cumbre *Los rostros del Saqueador*

La Primera Garra se estremeció al unísono.

—Vamos a entrar en la atmósfera —advirtió Adhemar a los otros en los confines de la cápsula de desembarco—. Falta un minuto.

—¿A qué se debe este despliegue tan tosco? —quiso saber Cyrion.

—Fuego antiaéreo —refunfuñó Mercutian.

—¿Tan alto? Imposible.

—Lo único que ocurre es que es un descenso peliagudo —dijo Adhemar—. Los patrones climáticos son un aumento de la temperatura y altas presiones. Estad atentos, hermanos.

—Sangre —musitó Uzas entre dientes—. Sangre, cráneos y almas para el Rey Rojo.

—Cállate —le gruñó Adhemar—. Cállate o te arranco la cabeza, la relleno de granadas de fragmentación y la lanzo como el explosivo más feo jamás creado.

—No puede oírte —dijo Cyrion—. No le hagas caso. Siempre hace lo mismo.

—Sangre para el Dios de la Sangre. —La voz de Uzas sonaba espesa y húmeda; estaba babeando de nuevo y la saliva ponzoñosa le cubría la barbilla—. Cráneos para el…

Talos le soltó una bofetada tremenda a Uzas en el casco, y el golpe hizo que el yelmo se estampara contra el reposacabezas del trono de sujeción de su hermano.

—¡Que te calles! —le espetó—. Haces lo mismo en todas las misiones. En todas las batallas. Ya basta.

Uzas ni reaccionó.

—¿Lo ves? —le comentó Cyrion a Adhemar.

Adhemar hizo un gesto de asentimiento, pero se guardó lo que pensaba.

—Treinta segundos.

—Esto no va a ser fácil —dijo Mercutian—. ¿Iremos con los Violadores y los Azotes de Quintus?

—Se encuentran al este de aquí, entre nosotros y la Legión Negra —respondió Talos—. Lo único que tenéis que hacer es recordar vuestros objetivos: entramos, matamos a los comandantes enemigos según las órdenes y regresamos a nuestras propias líneas.

—Veinte segundos —advirtió Adhemar.

—Esta no es una guerra de desgaste —dijo Talos, repitiendo las palabras de Malcharion en el informe—, y estaremos muertos si alguien intenta convertir esto en una pelea limpia.

—Diez segundos.

—Los matamos y nos retiramos. Que los seguidores mortales de Abaddon sangren por él. —Talos no pudo reprimir la amplia sonrisa que acompañó a sus palabras—. Ese no es nuestro trabajo.

• • • • •

Era un buen plan a primera vista, pero resultaba evidente que tenía sus riesgos.

Las escuadras que se prestaron voluntarias para ello, procedentes de todas las legiones traidoras y los capítulos renegados, contaban con pocas posibilidades de sobrevivir.

Talos había exigido ante Malcharion y el Elevado que la Primera Garra tomara parte en el asalto.

Como todas las tropas, los skitarii del Mechanicum, a pesar de su entrenamiento y modificaciones genéticas, habían demostrado una y otra vez que sufrían cuando se los separaba del liderazgo. Las fuerzas del señor de la guerra querían sacar el máximo partido de esa debilidad potencial, así que lanzaron escuadras de élite de astartes a las zonas en guerra de la superficie. Cada unidad tenía como objetivo el asesinato de una serie de comandantes tecnoadeptos.

La cápsula de desembarco de la Primera Carra se estrelló contra el suelo y abrió un cráter del que brotó una columna de tierra. Las paredes se desplegaron al mismo tiempo con un estrépito y la Primera Carra saltó desde sus tronos de sujeción con los bólters en alto, descargando una tormenta de fuego mientras corrían hacia la llanura: una amplia meseta que precedía las faldas montañosas del risco sobre el que estaban las fortalezas de Diecisiete-Diecisiete.

Su cápsula había caído sobre un campo de batalla en medio de un regimiento enemigo.

Más allá del polvo levantado por la cápsula tras aterrizar se extendía un océano embravecido de enemigos. Las lejanas siluetas de unos titanes de varias clases se batían en duelo en la distancia.

La más cercana de aquellas máquinas divinas estaba al menos a dos mil metros de ellos. Era un feroz e imponente Reaver, que rociaba el terreno que lo rodeaba con una potencia de fuego inmensa. Gigantesco más allá de lo concebible en comparación con el enemigo que los rodeaba, atraía la atención de forma instintiva.

En cuanto los astartes desembarcaron disparando las armas, sus llamadas por el comunicador adquirieron de inmediato un tono de alegre desesperación.

—Intentad no morir aquí, hermanos —dijo Mercutian entre dientes—. No me apetece ponerme a buscar otra escuadra.

Cyrion aniquiló con el bólter a tres tecnoguardias profusamente modificados y potenciados. Los proyectiles estallaron en el interior de las partes carnosas de sus cuerpos y las hicieron reventar.

—¡Esto parecía mucho más fácil en los holomapas! —exclamó.

Una bestia con cuatro brazos mecánicos adicionales corrió de forma estrepitosa hacia él, al mismo tiempo que blandía una estrafalaria colección de herramientas mineras transformadas en armas. Cyrion esquivó un taladro del tamaño de su pierna,

que pasó vibrando junto a su cabeza, y embistió con el gladio la vociferante boca del skitarii. El filo penetró, se hundió y empaló su cerebro modificado.

—No me han confirmado el primer objetivo —dijo mientras mantenía a raya a varios tecnoguardias más, disparando con el bólter en fuego automático. Le fallaba la puntería. Temblaba y era imprecisa. Le era difícil alinear el bólter con su retícula de adquisición de blancos.

«El brazo nuevo». Un implante muy simple producto de una cirugía apresurada. Iba a precisar muchísimos más ajustes antes de que se diera por satisfecho con su rendimiento. A pesar de todo, en aquella situación era imposible errar los blancos.

El suelo bajo sus pies era traicionero, pues los cuerpos que cubrían la llanura lo habían hecho irregular. Su cápsula de desembarco había matado a unos cuantos de los soldados modificados del Mechanicum cuando se estampó en mitad del corazón del regimiento enemigo. Aquellos que estaban alrededor de la zona de impacto seguían dispersos y luchaban por formar una resistencia coherente contra el enemigo que tenían entre ellos.

—El aterrizaje nunca es una ciencia exacta, ¿verdad? —Adhemar terminó un duelo breve con un skitarii que tenía ruedas de oruga en vez de piernas. Arrancó su cuchillo táctico de la cuenca ocular de la criatura y se lanzó al ataque contra el siguiente oponente más cercano—. No visualizo el objetivo principal.

Talos seguía prestando atención de forma intermitente a su visualizador retinal para observar cómo iba aumentando la distancia entre los miembros de la escuadra.

—¿Xarl? —transmitió. No hubo respuesta. Arremetió con *Aurum* al mismo tiempo que se daba la vuelta. Separarse era malo. La punta de la espada rebanó la garganta de un imponente tecnoguardia que tenía detrás de él en vez de decapitarlo por completo.

—Xarl, contesta. —Talos le dio una patada al skitarii, que se tambaleaba con la garganta cortada, y lo alejó. Intentó obtener una imagen clara de sus hermanos a través de la multitudinaria refriega cambiando de un modo de visión a otro.

—Al norte —contestó la voz de Xarl—. Más cerca del frente de batalla. No puedo confirmarlo. La lucha es más densa aquí.

—Estoy demasiado lejos como para estar seguro —respondió Adhemar.

—Como yo. —Talos maldijo—. ¿Cyrion? ¿Mercutian?

—Mal… momento… —respondió Mercutian.

—Estoy muy lejos —informó Cyrion—. No lo veo. Tengo a un montón de enemigos encima.

—¡Almas para el Devorador de Almas! —aulló Uzas—. ¡Cráneos para el Trono de Cráneos!

—Nadie te ha preguntado.

Talos se abrió paso a base de tajos y disparos a través de un mar de taladros perforadores, cuchillas desgarradoras, puños de martillo y fuego de cortadoras láser.

Algo le impactó contra uno de los lados del casco. *Anatema* ladró en su dirección,

lo que acabó con la amenaza, fuera esta cual fuese. *Aurum* efectuó un giro para desviar los cortantes brazos mecánicos de un skitarii. Talos le propinó un golpe seco en el pecho a un tecnoguardia que tenía a la derecha con una de sus botas recubiertas de ceramita, lo que hundió la armadura del guerrero e hizo que las costillas rotas le atravesaran los pulmones. *Aurum* resplandeció otra vez dibujando un arco despiadado y abrió un tajo en el torso a otro tecnoguardia al mismo tiempo que *Anatema* rugía tres veces en dirección a las cabezas de otros tres skitarii.

El tecnoguardia derribado, partido en dos, intentó cortar con el brazo que le quedaba las piernas de Talos. El Amo de la Noche pisó la aullante hoja de sierra para machacarla y dejarla inservible, y aplastó la cabeza del soldado un momento después.

—Me lo estoy pasando en grande —le transmitió Cyrion, sin aliento y casi sarcástico.

—Ya somos dos —respondió Talos con los dientes apretados.

Se permitió echarle un vistazo de medio segundo al monstruoso Reaver. Ahora estaba más cerca, aunque sólo un poco, y en aquel momento su cuerno emitió un quejumbroso canto de sirena sobre el campo de batalla: un desafío o advertencia para aquellos que se encontraban a sus pies. Empequeñecía bastante al Warhound al que habían vencido.

—¡Traidores! —chilló uno de los defensores skitarii—. ¡Matad a los Marines del Caos!

Talos lo derribó de un disparo en la cara y continuó abriéndose paso.

• • • • •

Uzas fue quien lo mató.

El tecnoadepto se llamaba Rollumos, un nombre que había escogido él mismo y cuyo verdadero nombre de nacimiento, cualquiera que este fuese, había sido olvidado mucho mucho tiempo atrás. Tenía, según los cálculos de sus cronómetros internos, ciento dieciséis años de edad. Al menos, las pocas partes carnosas que le quedaban. Tan cercano estaba su ascenso a la perfección, que únicamente le quedaba el diecisiete por ciento de su imperfecta forma mortal. Un glorioso y devoto ochenta y tres por ciento era hierro, acero, bronce y titanio, todo ello consagrado y tres veces bendecido mediante rituales diarios en el nombre del Dios Máquina.

Él se resistía a llamarse a sí mismo un señor de skitarii, no por modestia, sino por secreta vergüenza. Su rol era vital, ciertamente, y tampoco estaba exento de honor. Y a pesar de ello, sus cogitadores craneales albergaban un dolor siniestro y demasiado humano. ¿Un señor de qué? ¿De esclavos soldados?

Se merecía algo más. Se merecía algo mejor.

El único consuelo que tenía lo hallaba en el engaño, y acallaba la vergüenza

mediante el mismo sistema. Se aferraba a su función de cara al exterior, y se dedicó a modificar sin límite su forma física para ser capaz de hacer la guerra junto a sus guerreros potenciados. Había mentido a sus semejantes y compañeros adeptos. ¡Cómo lo habían creído! ¡Cómo procesaban y compartían, igual que cotorras, lo veraz que era el aparente enfoque académico de Rollumos sobre la importancia de modificarse físicamente de cara al frente bélico-táctico!

Como avatares del Dios Máquina que eran, los grandes artefactos de la Legio Maledictis daban zancadas por las llanuras y se alzaban sobre los logros pedestres, humildes e insignificantes, de Rollumos. A menudo subía los andamiajes cuando no había más que operarios de poca relevancia presentes y acariciaba con uno de sus mecadendritos el blindaje de un titán inactivo mientras sus procesadores internos generaban imágenes de sí mismo pilotando un dios máquina, ansioso por hacer salir el alma del artefacto desde el interior de su silenciosa mole.

Su posición en la jerarquía de la legio lo atormentaba, pero al menos mantenía su descontento fuera de las miradas sin párpados de sus hermanos más respetados. Era poco consuelo, pero suficiente como para mantener oculta su vergüenza.

Daba igual que su engaño a la jerarquía lo expusiera a posibles castigos. Su cuerpo estaba mejorado de forma exhaustiva para lidiar con la clase de peligros a los que se enfrentaba la infantería de tecnoguardias, así que no le asustaba que le infligieran dolor.

A pesar de todo, aquel engaño sería algo de lo que se arrepentiría durante los últimos minutos de su vida.

Estaban lanzando astartes contra sus regimientos.

Astartes nada menos. Escuadras enteras de ellos. Una cápsula de desembarco negra como la noche había azotado el terreno, estampándose contra la llanura a unos quinientos once metros de donde se encontraba, en el centro de una falange de sus skitarii de honor.

Rollumos cogitó sobre la pertenencia de los astartes. El símbolo del cráneo alado. Los tridentes de relámpagos inscritos sobre sus armaduras. La… fulgurante y absoluta crueldad de su ataque, durante el cual los bólters hacían estallar y las espadas hendían la valiosa y potenciada carne skitarii.

Amos de la Noche. Aquello no era óptimo.

Las primeras sensaciones de arrepentimiento comenzaron a aparecer en su fuero interno justo cuando Rollumos envió más soldados hacia aquella cápsula cercana y a su problemática carga. Dichos arrepentimientos alcanzaron su cota máxima (y acabaron súbitamente) exactamente siete minutos y nueve segundos después.

—Muerto —transmitió Uzas a la Primera Garra. Ni siquiera estaba cansado—. Objetivo liquidado.

Uzas alzó la cabeza metálica de Rollumos con una mano, como si fuera el primitivo miembro de una tribu mostrando el cráneo de un enemigo derrotado. Los tecnoguardias que tenía a su alrededor retrocedieron acobardados mientras aullaba.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó Cyrion. Los otros oyeron el choque de las armas contra su armadura a través del comunicador—. Todo esto ya me aburre.

—El capitán skitarii Tigrith —respondió Talos—. Buscad los estandartes. Vamos más al norte.

• • • • •

La Primera Garra regresó al *Pacto de Sangre* nueve horas más tarde.

Septimus y Octavia los estaban esperando en la plataforma de carga del hangar. Ambos mortales iban vestidos con sus uniformes de sirvientes de la legión. La Thunderhawk que los había traído de vuelta se llamaba *Anochecer*, otra de las pocas cañoneras todavía en funcionamiento de la Décima Compañía. Otras dos escuadras desembarcaron en primer lugar. La Primera Garra lo hizo en último lugar, y cuando los vio, Octavia maldijo con un jadeo casi inaudible.

Estaba claro que casi diez horas de cruenta lucha en vanguardia les habían pasado factura. Cyrion tenía el brazo inerte y lánguido, pues el miembro artificial que le habían ensamblado a toda prisa había dejado de funcionar horas antes, víctima de los inmisericordes rigores de la batalla. La colección de cráneos que Xarl llevaba colgando de la armadura había quedado reducida a meros fragmentos de hueso que pendían de las pocas cadenas que seguían en su sitio. Tanto Uzas como Mercutian presentaban unos daños terribles en las armaduras. Las quemaduras de disparos láser habían abierto unos surcos negruzcos a lo largo de la ceramita, o simplemente la habían ennegrecido al desviar los impactos. También era evidente que los golpes de unas hachas y hojas sierra de gran tamaño habían hundido las imágenes decorativas de los bordes en el interior del metal oscuro.

Adhemar tenía la cabeza al descubierto y la cara mostraba una serie de cortes ensangrentados que ya estaban cicatrizándose gracias a su fisiología mejorada.

Talos fue el último en abandonar la Thunderhawk. El águila imperial deshonrada que tenía sobre la placa pectoral lucía unas cuantas profanaciones nuevas e intrigantes. El impacto de una cuchilla había cortado una de las alas, lo que la había separado del resto de la imagen, y el cuerpo blanco como el marfil del águila era ahora negro; Septimus suponía que un lanzallamas lo había achicharrado. Talos tenía la mano derecha agarrotada, rígida e inmóvil. Evidentemente, el guantelete había dejado de funcionar y su reparación precisaría de gran meticulosidad.

Septimus se percató inmediatamente de dos cosas: la primera de ellas fue que le iba a costar mucho esfuerzo reparar la servoarmadura de Talos. La segunda hizo que se le helara la sangre.

—¿Dónde está vuestro bólter? —preguntó Octavia. Ella también se había dado cuenta.

—Lo he perdido —dijo Talos mientras la Primera Garra pasaba de largo.
—Amo, ¿adónde vais? —preguntó Septimus.
—A ver al tecnosacerdote y al capitán de la Décima.

• • • • •

Deltrian se ocupaba de Malcharion en persona.

El daño que había soportado en el Salón del Recuerdo estaba reparado casi por completo, aunque varios motores articulares de su tren superior seguían funcionando a la mitad de su rendimiento, pues no habían probado sus sistemas a plena potencia.

Aunque le dolía con secreto bochorno adoptar una reacción tan humana ante sus lesiones, Deltrian maldecía a Vraal siempre que su capacidad física disminuida provocaba reajustes en sus movimientos.

El tecnoadepto y varios de sus servidores trabajaban en el casco del dreadnought. Lo estaban resellando, reparando, modificando y cambiando de forma. El Salón del Recuerdo reverberaba con los sonidos de las labores de mantenimiento.

Talos había saludado de un modo formal a Deltrian al entrar, pero pasó rápidamente a conversar con el venerable guerrero mediante el comunicador.

—Disculpad mi grosería, tecnosacerdote —dijo el astartes, quien se colocó otra vez el casco en la cabeza—. Es necesario si vamos a hablar con este ruido.

Deltrian respondió con una reverencia. Los sonidos del sagrado mantenimiento eran ruidosos por necesidad, pues a través de esa canción se ofrecían alabanzas al Dios Máquina.

—Capitán… —transmitió Talos.

—Ya no. Habla, Cazador de Almas.

—Las llanuras son nuestras.

—Serán un buen punto de aterrizaje. El asedio comenzará al amanecer.

—Iremos justos de tiempo, entonces. Incluso si tomamos la ciudad en el transcurso de la semana… —Talos dejó las palabras en el aire.

Malcharion lo sabía tan bien como él. El tiempo no estaba de su parte. Los Ángeles Sangrientos se encontraban a menos de tres semanas de camino.

—Los videntes de Abaddon siguen estando seguros, ¿o no?

Talos soltó un bufido.

—He oído de sus propios labios que le fallan demasiado a menudo estas últimas noches.

—Entonces, ¿por qué confía en ellos?

Talos percibió con intranquilidad que la irritación y la duda crepitaban en el comunicador de Malcharion. Era un guerrero superviviente de una era en la que la casi nula tolerancia al psíquico era una constante en las legiones. A esa clase de

abominaciones, o bien se las restringía del servicio activo, o bien se las regulaba y entrenaba de forma estricta, sin que se contara con ellos en las planificaciones bélicas.

—El trabaja con lo que tiene. En este caso, los astrópatas de la flota lo aseveran.

—¿Y Krastian está de acuerdo?

—Krastian está muerto, señor. Lo mataron hace sesenta años. No hemos tenido un astrópata a bordo desde entonces.

—Quizá sea lo mejor. Psíquicos: aberraciones que no son de fiar.

—Las predicciones de los astrópatas a bordo de la *Premonición del Cazador* concuerdan con las de aquellos que pertenecen al señor de la guerra. La flota de socorro sigue estando a semanas de distancia.

—Mmm.

—¿Qué tal fue vuestra primera batalla, señor?

Malcharion ya había respondido bastantes veces aquella pregunta. Cuando regresó al *Pacto*, se le acercaron visitantes de varias escuadras para ofrecer sus respetos y hablar sobre el conflicto en la superficie.

—Gloriosa, hermano. La sangre salpicando mi armadura… La sensación exultante de acabar con una legión de vidas a puñetazos y disparos de cañón… Cuando tomemos este mundo en nombre de nuestro padre, será un triunfo de lo más grandioso.

Talos sonrió con la duda en el rostro.

—Ahora contadme la verdad.

Los servidores que atendían a Malcharion se detuvieron cuando el dreadnought hizo un sonido similar a un cambio de marchas.

—Insípida. Fría. Muerta.

—¿Estáis enojado conmigo por haberos despertado?

—Si estuviera enojado, hermano, ya estarías muerto. Te habría borrado de mi vista del mismo modo que aniquilé a ese cabrón Atramentar de Vraal. Nunca me cayó bien.

—Jamás le cayó bien a nadie.

—No entiendo lo que se precisa de mí. Eso es todo.

Talos pensó en eso durante un instante.

—¿Os dais cuenta de cómo sonáis para mí, señor? ¿Para todos nosotros? ¿Cómo reverbera vuestra voz en el aire como el eco de un trueno y provoca un estrépito en las transmisiones?

—No soy tan obtuso, muchacho. No estoy ciego a las cualidades inspiradoras de mi forma actual. Pero estoy muerto, Talos, y eso pasará factura al final.

—Esta noche hemos conseguido una buena victoria. No hemos tenido bajas. Descenderemos sobre el planeta otra vez dentro de tres horas y el amanecer verá una brecha en la montaña de la fortaleza tundición.

—Y yo haré como que me importa, hermano. No temas.

—Fie escuchado cómo reunisteis a la Novena y Décima Garras en el campo de

batalla.

—Lo único que hice fue matar durante horas y gritarle al enemigo.

Otro ruido mecánico golpeteó en las profundidades del dreadnought.

—¿Qué ha sido eso?

—Mi cargador automático girando —mintió Malcharion; era la forma en que su mastodóntico cuerpo traducía una risa entre dientes—. Ahorrémonos las formalidades, Cazador de Almas.

—Preferiría que no me llamarais así, señor.

—¿Y tú te crees que me siento inclinado a complacer tus deseos? Soy Malcharion el Renacido y tú eres un apotecario con delirios de grandeza.

—Entendido. —Talos sonrió.

—Ya basta de tonterías. ¿Por qué estás aquí? ¿Qué te preocupa?

—He perdido el bólter.

—Mmmm. Coge el mío.

—«¿Coge el mío?». —Talos soltó una carcajada—. Tratáis las reliquias de la legión con un respeto tremendo.

—Está claro que ya no lo necesito. —La máquina de guerra alzó y bajó el cañón automático de dos cañones. Dos de los servidores que trabajaban en el arma emitieron sonidos a través de sus gargantas artificiales debido a la interrupción en su labor—. Perdón… —tronó el dreadnought con su voz real.

Deltrian le hizo una reverencia, sinuoso y tétrico.

—Todo está bien, señor.

—De acuerdo —Malcharion habló a través del comunicador otra vez—. Sigue, Talos.

—Tuve una visión.

—Eso no me resulta demasiado sorprendente.

—Esta ha sido diferente. Es… incorrecta. En algunas cosas, al menos. No se está haciendo realidad. Desde el primer momento en que desperté de ella, todo lo que había en las imágenes me parecía poco probable. Tuve la sensación de que era una mentira que se desenroscaba dentro de mi mente. Uzas de la Primera Garra matando a Cyrion. Y ahora, cuando el planeta está justo al borde de que lo conquisten, tengo dudas sobre el resto de la visión. Faroven no ha muerto, y yo lo había soñado.

—¿Estás seguro de que estos hechos han de ocurrir en Crythe?

—Lo estaba —admitió Talos—. Ahora no estoy seguro de que vayan a suceder alguna vez. Observo de cerca a tantos de nuestros hermanos…; incluso a Cyrion y a Uzas. Temo que la corrupción de ambos se haya extendido hasta mí. ¿Puede ser que mi segunda visión esté mancillada debido a la exposición a los Poderes Siniestros?

—¿Cuántas visiones has sufrido? ¿Son tan frecuentes como lo eran antes de mi entierro?

—Más que antes. Son cada vez más frecuentes.

—Mmmm. Quizá muera en Crythe. Quizá muera más tarde. Quizá no muera de

la manera que has presagiado. Te estás preocupando por nada. No recordaba que te quejaras tanto en el pasado.

—¿Quejarme? Señor…

—Incluso las visiones del primarca eran vagas, a veces. Nebulosas, como diría él. Borrosas. ¿Qué derecho tienes a creer que eres infalible, si hasta la segunda visión de nuestro padre genético era imperfecta?

—Un momento, un momento. —Talos alzó la cabeza y miró fijamente, con su visión coloreada de rojo asesino, a la gigantesca máquina—. Los sueños de nuestro padre, ¿a veces eran… erróneos? —preguntó con un susurro Talos.

—La virtud de tales sueños reside a veces en el simbolismo.

—Eso… no puede ser verdad.

—¿No? Por eso siempre te has granjeado enemigos entre nuestras filas, hermano. Una legión es una colmena de un millón de secretos. Tú, Cazador de Almas, siempre has asumido que lo sabías todo. Siempre me gustó eso de ti. Me gustaba tu autoconfianza. No todos sentían lo mismo.

—¿Alguna vez os dijo algo el señor genético sobre mí?

—Sólo me habló de ti para contarme por qué te puso ese nombre. Me hizo reír. Pensé que nuestro padre bromeaba a mis expensas. Parecía tan inverosímil que alguien desobedeciera su última orden… —Malcharion emitió el extraño gruñido mecánico otra vez—. Y mucho menos que fueras tú.



CAZADOR DE ALMAS

Porque ese nombre te es adecuado.
Un alma, hijo mío. Un alma, en nombre de la venganza.
Cazarás un alma brillante cuando todos los demás le hayan dado la espalda a la venganza.

El primarca Konrad Kurze
Dirigiéndose al apotecario Talos de la Primera Garra,
Décima Compañía

Talos la llamó en medio de la oscuridad. Pronunció el nombre de la asesina con un susurro que emergió como un crepitar de estática.

—M'Shen —siseó.

La asesina echó a correr. Talos fue tras ella.

Los otros lo seguirían más tarde. Cuando los abandonara la conmoción, cuando sus ambiciones infantiles se sobrepusieran al pesar. Cuando miraran el cuerpo asesinado de su padre y lloraran, no por su muerte, sino por el hecho de que sus reliquias les habían sido arrebatadas de sus manos egoístas.

A Talos no le importaba nada de esto. Esa perra imperial había asesinado a su padre e iba a morir por eso.

Eso fue en una época anterior a *Aurum*. En aquellos momentos empuñaba una espada sierra que rugía aullante mientras la perseguía. A pesar de que iba a cabeza descubierta, llevaba el comunicador en su sitio. Los gritos de sus hermanos se transmitían con claridad recriminatoria.

—¿La está persiguiendo?

—¡No lo hagas, hermano!

—¡Estás desafiando la última voluntad de nuestro padre!

Talos los dejó despotricar y protestar. Al cazador no le importaba nada salvo su presa, contra la que disparó varios proyectiles de bólter, que pasaron de largo o que ella esquivó convertida en un borrón de luz negra. Cada estallido resonó igual que el eco de una tormenta en el interior de los oscuros pasillos del palacio del Acechante Nocturno en Tsagualsa.

La asesina se atrevió a reírse. Y bien podía hacerlo. ¿Qué era un único astartes para un agente entrenado del Templo Imperial Callidus? Nada. Menos que nada. Ella se agachó, serpenteó y saltó para esquivar los proyectiles de bólter.

Superado con facilidad, Talos maldijo mientras aminoraba la marcha hasta detenerse, y se fundió otra vez en las sombras.

La caza no había terminado.

M'Shen se lamió los labios para humedecerlos. El aire de Tsagualsa era amargo y seco, algo que se veía reforzado por el aire estancado de aquel palacio de los malditos. Sus dedos todavía aferraban el cabello de su víctima. Tenía la cabeza del primarca traidor bien sujeta.

Plic. Plic. Plic.

Estaba pintando el suelo de ónice con las gotas de sangre que caían del cuello cercenado. El aroma de la sangre era empalagoso y demasiado intenso, como el de unas especias muy fuertes. Aquella era la sagrada sangre del Emperador, a la que la corrupción y el mal habían agriado hasta volverla rancia. M'Shen resistió el deseo de tirar el truculento trofeo lejos de ella. Pruebas. Necesitaba pruebas de que había cumplido la misión.

Qué extraño. La inhumanidad genética del primarca se había hecho patente una vez más incluso en la muerte: la cabeza cercenada había tardado muchos minutos en empezar a sangrar. Los agentes coagulantes de la sangre del primarca estaban cediendo por fin, lo que los hacía liberar aquel oscuro rastro.

• • • • •

M'Shen podía haberse llevado simplemente los artefactos que él portaba, como su sencilla corona, la espada argéntea que llevaba envainada en la espalda o el manto de plumas negras que le colgaba de los hombros. Pero dichas reliquias, aunque valiosas, podían haber sido robadas tanto de un vivo como de un muerto. Ella necesitaba una prueba irrefutable que mostrar a sus superiores. Y ahora tenía todo lo que necesitaba a ese respecto, en forma de cabeza de un dios difunto.

Los artefactos que se había llevado eran por cuestión de honor personal, no sólo el de su templo. Y por como la iban a elogiar por aquello.

El pictoenlace que comunicaba a M'Shen con las grabadoras de datos de su nave, y que no era demasiado efectivo a mucha distancia, no funcionaba en aquel momento. Había percibido cómo se apagaba justo cuando saltaba hacia el Acechante Nocturno, y eso también apestaba a la más poética corrupción. La sincronización de aquel corte en la comunicación… Había algo en aquel lugar…

No tenía sentido. Su memoria era todo lo eidética que permitía la mente humana, y a pesar de eso se había perdido. Cómo cambiaban y ondulaban estos negros pasillos recubiertos de huesos… El sonido se comportaba de forma extraña en ese lugar. A veces ni siquiera existía.

La sección de muro junto a su cabeza explotó convertida en una lluvia de fragmentos. Se puso en movimiento de inmediato: saltó hacia un lado y echó a correr de nuevo con una elegancia infinita. Era una asesina callidus. Era la más letal obra de arte representada en forma humana.

Corrió y corrió. Una y otra vez dejó atrás a diversos astartes equipados con la obsoleta coraza modelo Mark III, así como la Mark IV, más nueva. Cuando la veían, los guerreros se quedaban completamente inmóviles. Algunos se estremecían por las ansias contenidas de blandir las armas y enfrentarse a ella en combate. Percibía su sed de sangre como una presencia imponente en el aire. Unos pocos, escasos en número, la insultaban mientras huía. Pero no eran demasiados. Eran los estoicos hijos de un padre más que moribundo.

Y su señor genético había muerto por voluntad propia. Ese curso de acontecimientos tan asombroso no hacía más que invadirle los pensamientos. La mitad del Templo Callidus, amado instrumento del Dios Emperador, había emprendido la caza a lo largo de la Franja Este de la galaxia en busca del fluido vital de Konrad Curze, Octavo Primarca, padre de la legión de los Amos de la Noche.

Lo había encontrado allí, en la desolada Tsagualsa, en el interior de su fortaleza palatina de ónice y obsidiana, de marfil y hueso, con estandartes de piel desollada.

Entregó su vida por propia voluntad.

Ella, M'Shen, era la muerte de un primarca. «Matadioses», sería el título con el que la investiría su señora…

Un peso tremendo la aplastó contra el suelo. La cabeza del primarca rodó fuera de su alcance y la propia cara de la asesina quedó aplastada contra las baldosas. Los estimulantes le inundaron la sangre y se quitó de encima el peso que la retenía. En el lapso de un latido de corazón, la asesina estaba en pie de nuevo, mirando al astartes al que había empujado contra la pared.

Él. Otra vez.

• • • • •

A Talos le hervía la sangre. Su armadura le había inyectado chorros a presión de compuestos químicos abrasadores a través de las conexiones que tenía implantadas a lo largo de la columna vertebral, del cuello, del pecho y de las muñecas. Su espada sierra chillaba en una sucesión de lamentos iracundos mientras no cortaba nada excepto el aire. La asesina se contorsionaba hacia los lados para esquivar los mandobles sin apenas moverse, y se retorcía con la cantidad mínima necesaria de movimiento para evitar cada golpe.

Los ojos azules de la asesina, del azul de los mares vaporizados que habían existido mucho tiempo atrás en Terra, lo miraban con burla. Ella no tenía nada que decirle, ni razón para temerlo, fuera un astartes o no. Era una asesina imperial. Era el límite de la perfección hum…

El filo de la espada de Talos rasgó su armadura de tejido negro en la parte que le cubría el bíceps.

Con ojos desorbitados, la asesina realizó una voltereta descendente hacia un lado, agarró con fuerza el desparramado pelo negro de la cabeza del primarca y huyó corriendo a una velocidad mayor de lo que ningún astartes podría esperar igualar.

Talos la observó alejarse. Las acaloradas voces de sus hermanos le llegaban al oído. Hasta sus hermanos de la Primera Garra clamaban en su contra debido a lo irrespetuoso de su desobediencia.

—¡El Acechante había escogido este destino! —gritó Vandred.

—¡Talos, esta era su última voluntad! —le imploró Cyrion—. ¡Ella debe escapar de vuelta a Terra!

Talos regresó a las sombras con una sonrisa torcida en los labios.

Su comunicador gritaba con cientos de vocecitas, pues muchos más se unieron a la furiosa discusión.

Los hijos del Acechante Nocturno habían recobrado sus desesperadas ambiciones con suma rapidez. Acerbus, Halasker, Sahaal y los demás: los otros capitanes, los otros Elegidos. Talos los oía bramar y quejarse en sus oídos, y se encontró a sí mismo riéndose de su furiosa y desamparada incredulidad.

—¡Se ha llevado su anillo con grabados! —aulló uno.

—¡Su corona! —se lamentó otro, como un niño que se hubiera perdido.

—Nuestro padre no había presagiado esto —dijo uno de ellos.

Luego llegó la hipocresía definitiva: todos exigían que la legión al completo hiciera, en nombre de la avaricia, aquello que le habían estado recriminando a Talos intentar hacer en nombre de la venganza.

—¡Hay que matarla por esto! —gritaban.

—¡Ha pecado contra nosotros!

Los nombres de las reliquias de la legión que habían sido robadas a sus herederos por derecho eran una letanía que Talos no tenía deseos de escuchar. Apagó sus voces, que tan súbitamente clamaban con justa indignación.

Con cuánta prontitud pasaron sus hermanos de sentir hacia su señor genético fe y

amor, a tener serias dudas en el preciso instante en que se dieron cuenta de que la asesina les había robado las armas y reliquias que ellos, creían, eran su herencia.

«Cuánta codicia. Cuánta patética y asquerosa codicia».

En aquel momento, Talos los despreció a todos ellos. Nunca antes se había mostrado tan patente la vomitiva ambición de sus corruptibles hermanos.

Y así fue como nació el odio que jamás sanaría.

• • • • •

La asesina escapó del palacio, y lo hizo, con aparente facilidad.

Los Amos de la Noche subieron a sus naves en grupos desorganizados de garras y compañías que corrían, a toda prisa, hacia sus Thunderhawks para regresar a sus naves en la órbita. La armada de los Amos de la Noche al completo rodeaba el mundo de Tsagualsa y emprendió la persecución con un vigor sin precedentes.

Cuatro navíos se adelantaron al resto. Estos eran la *Premonición del Cazador*, de las compañías Tercera y Decimoprimera; el *Umbrea Insidiar*, de la Primera Compañía; el *Príncipe Silencioso*, de las compañías Cuarta y Séptima, y el *Pacto de Sangre*, de la Décima.

La nave de la asesina, sin importar lo esbelta y rápida que fuera, ni lo exquisitamente forjada que estuviera, no tenía ninguna posibilidad. Nada más comenzar a alejarse del oscuro orbe que era Tsagualsa, los cruceros que la perseguían se lanzaron en pos de ella, con las armas rugiendo contra los sistemas esenciales de su presa.

Salió de la disformidad sin energía y maltrecha, muerta en el espacio. Las cápsulas de abordaje salieron disparadas de las cuatro naves astartes al completo, se estrellaron contra su objetivo y se anclaron raudas en la carne metálica del navío imperial.

Los cazadores habían mordido a la presa, cada uno de ellos desesperado por ser el primero en probar la sangre y, con ella, la victoria.

• • • • •

Talos corría por el interior de la nave de la asesina con los otros cazadores de su jauría. Asistentes, mortales, servidores: todos cayeron ante los aullantes Amos de la Noche cuando estos inundaron las cubiertas desde los cientos de aberturas en el casco.

Aquel fue un día que quedaría impreso en los anales históricos de la legión, así como en los corazones de todos los astartes presentes en aquel momento de venganza

negada.

Cuando los cazadores la encontraron, honor que algunas de las escuadras de la Primera Compañía reclamaron para sí, una nueva furia irrumpió por toda la red de comunicaciones.

Talos se encontraba en la cubierta común que era el área de reposo de la tripulación, rodeado de hermanos de la Décima y de la carne destrozada de varios tripulantes mortales. La sangre pintaba las paredes, el suelo y las oscuras delanteras de sus armaduras. Ni un alma iba a sobrevivir a la matanza selectiva en el navío de la asesina.

Al principio, los informes llegaban con dificultad a los astartes sumidos en la caza a bordo de la nave. Les bullía la sangre, por lo que las alertas se perdían dentro del caos de las aullantes voces que acaparaban los canales de comunicación.

Talos fue uno de los primeros en oírlo. Apagó la espada sierra y ladeó la cabeza mientras escuchaba con atención.

«¿Cómo es posible?».

—Nos atacan —transmitió a los que tenía más próximos a él, con una voz fría y tranquila pero matizada con la mancha de la incredulidad—. Nos atacan… los eldars.

• • • • •

A lo largo de los siglos venideros, los guerreros de la VIII Legión discutirían sobre la naturaleza exacta de la emboscada alienígena. Surgieron desde los senderos ignotos por los que atravesaban el vacío. Las espectrales naves eldar rodearon en silencio las naves de combate de los Amos de la Noche y sus armas alienígenas trajeron la luz a la oscuridad al cortar sin piedad sus escudos protectores.

Algunos aseguraban que atacaban para reclamar las reliquias del primarca, justo como la asesina había hecho. Otros sostenían que una raza alienígena no necesitaba tales tesoros y que se trataba, o bien de un razonamiento xenos incomprensible, o bien de una mera noche de mala suerte orquestada por el destino, lo que había hecho que ambas flotas contactasen en un momento semejante.

El *Umbrea Insidior* se perdería, y con él, el traidor de Sahaal. El *Príncipe Silencioso* sufriría daños devastadores, pero al final la armada xenos sería aniquilada. Y a pesar de ello, pocos miembros de la legión expresaron satisfacción por el vano triunfo conseguido aquella noche.

Durante la evacuación, los guerreros eldar se materializaron en los pasillos de la nave de la asesina, manifestándose ante las jaurías de enfervorecidos amos de la noche para ser traspasados por las espadas antes incluso de quedar libres de las auras brillantes producidas por la tecnología de teletransporte alienígena.

La Primera Garra, junto a las otras escuadras a bordo, se abrió paso luchando de

regreso a sus cápsulas de abordaje.

—Sea lo que sea que buscan, lo quieren ahora mismo —transmitió Cyrion al tiempo que le cortaba la cabeza a una eldar nada más aparecer esta.

—¡Regresad a la nave! —El capitán Malcharion gritaba por encima de la desordenada retirada del revoltijo para hacerse oír—. ¡Regresad al *Pacto*!

La transmisión seguía sin ser clara. Los gritos de júbilo contrastaban con las llamadas a la retirada y las maldiciones cargadas de odio hacia los alienígenas. En algún punto de aquel combate verbal, Talos logró oír los estridentes gritos de victoria del capitán Sahaal y la enfervorecida rabia de la Primera Compañía.

Algo iba mal. Lo notó con claridad en sus voces.

Aminoró el paso y se quedó rezagado respecto al resto de su escuadra, atendiendo de forma alternativa a la miríada de gritos y a los informes contradictorios que se emitían por las transmisiones. Muy pronto se definió un patrón con claridad.

El capitán Sahaal había reclamado para sí una de las reliquias del Acechante Nocturno… e inmediatamente había emprendido la huida. Se llevaba al *Umbrea Insidior* lejos de la flota, rompiendo la formación e intentando escapar de los eldar.

«Ha abandonado a la Primera Compañía».

Talos tragó con dificultad. ¿Había oído bien? ¿Acaso uno de los comandantes más respetados de la legión había abandonado a sus propios guerreros para que muriesen a manos de los eldar?

Talos se detuvo y el pasillo quedó en silencio, ahora que el resto de su escuadra se había adelantado.

Sahaal había huido hacia el vacío a toda prisa con su tesoro. La Primera Compañía se abría paso luchando hasta sus cápsulas de abordaje y se iban a quedar varados, obligados a morir luchando o a confiar en la conmiseración de las otras naves para que los salvaran.

A Talos esto no le importaba mucho. Las luchas internas de la Primera Compañía atañían sólo a la Primera Compañía. La legión se batía en retirada de aquella grotesca emboscada y la Décima Compañía lucharía para salvarse sin ayuda.

Sin embargo, la muerte de M’Shen todavía no se había confirmado por la red de comunicación.

Empujado por su codicia, Sahaal huía con su baratija olvidando todo deseo de venganza… Y la asesina todavía seguía con vida.

Talos le dio la espalda a su ruta de escape y se adentró en las profundidades de la nave.

Habían cortado la energía, lo que la sumió en las tinieblas; aunque por fin estaba a salvo.

Los astartes se fueron tan rápidamente como habían llegado.

Su nave seguía sacudiéndose, pero a ella le parecía que los atacantes alienígenas, las asquerosas criaturas xenos que se llamaban a sí mismas eldars, se habían retirado junto a los Amos de la Noche.

Uno de ellos le había amputado la mano con un mandoble de su espada. No pudo luchar contra cinco de ellos al mismo tiempo y le habían cercenado la muñeca con un corte limpio. Su entrenamiento le permitía no sentir el dolor de la herida, pero a pesar de eso M'Shen se la cerró con un torniquete y un sello temporal de carne sintética. Aunque la conmoción y el dolor no fuesen peligro alguno, la pérdida de sangre sí que lo era.

Se encontraba en medio de las ensangrentadas ruinas de su puente de mando, donde oyó a los pocos miembros de la tripulación que seguían con vida respirar con dificultad y estremecerse.

Ninguno de ellos podía ver. La energía auxiliar debería de haberse conectado ya para volver a encender las luces. La persistente oscuridad era una prueba muy tangible de que, ciertamente, iba a ser casi imposible reparar la nave sin grandes esfuerzos.

M'Shen se dio la vuelta de puntillas con la espada sujeta en la mano que le quedaba. No podía ver nada en la absoluta negrura, pero no necesitaba hacerlo. El ronroneo de una servoarmadura le llenaba todos los sentidos. Los gruñidos graves de las servojuntas y la flexión de las falsas fibras musculares le decían todo lo que necesitaba saber: la localización del astartes, su postura… todo.

La asesina avanzó poco a poco hacia la derecha permitiéndose una sonrisa. A pesar del agotamiento y de la pérdida de sangre, un único astartes no representaría una amenaza. Ella…

● ● ● ● ●

Talos la agarró por la garganta.

Sintió que era más lenta y torpe, del mismo modo que sus latidos eran más rápidos de lo que lo habían sido en el palacio. La huida y la batalla reciente habían debilitado a la asesina.

Sin embargo, si intentaba mantenerla sujeta, ella podría matarlo antes de que sus corazones tuvieran tiempo de latir dos veces. Todo en aquella criatura había sido diseñado para acabar con cualquier vida con una gracia y habilidad mayores que la expeditiva eficiencia de los astartes. Él era un guerrero, pero ella era una asesina. Él había sido entrenado para el combate y la guerra, ella había sido creada únicamente para matar.

En el mismo instante que la agarró por la garganta, se dispuso a atacar.

Pero no apretó. Su armadura de valiosa piel sintética resistiría esa presión. Tiró de ella hacia sí mismo y se arriesgó a propinarle un cabezazo para aturdiría. Fue un error. La asesina inclinó la cabeza hacia atrás como una serpiente desenroscándose para el ataque. Maldita fuera… Era muy rápida.

Talos percibió que la mujer alzaba el puño para desencadenar la letalidad de sus anillos: todos ellos eran armas digitales de configuración desconocida. No perdió el tiempo.

El Amo de la Noche le escupió a los ojos y la arrojó lejos de él.

• • • • •

Hacía muchos años que M'Shen no gritaba.

No se trataba de que el dolor fuese algo nuevo para ella, ni siquiera una sorpresa, pero aquello no era un cercenamiento limpio de un miembro corporal: los ojos se le estaban derritiendo dentro del propio cráneo, y nunca antes el dolor le había eclipsado los sentidos de forma tan absoluta. Incluso en medio de aquella agonía, era capaz de imaginarse a aquel asqueroso astartes traidor dando torpes pasos dentro del armatoste que tenía por armadura, disfrutando de su incapacitación momentánea.

Y tenía razón. En la oscuridad, Talos estaba disfrutando con sus gritos. Incluso más dulce que ese sonido era el sutil y melódico siseo del veneno ácido devorando los tejidos blandos de sus preciosos ojos azules.

Jadeando, y sin ver nada salvo un brillo solar blanco lechoso, la asesina se tragó el dolor, recordó sus enseñanzas y usó la agonía como punto focal. Por encima del atroz siseo de sus ojos al derretirse, oyó los zumbidos delatores de su servoarmadura.

El astartes tenía que morir. Y tenía que morir ya.

Se lanzó a por él para hacer que esa necesidad se transformara en realidad.

• • • • •

Talos disparó al suelo, y los proyectiles de bólter enmascararon sus movimientos al explotar en rápida sucesión e inundar de ruido la cámara del puente de mando. Observó con sus negros ojos cómo la asesina lanzaba patadas y mandobles de espada absolutamente letales, dirigidos a aquellas articulaciones que creía oír y a los puntos débiles de su armadura, aunque eran golpes absolutamente inútiles. Talos ya estaba lejos de ella, con el bólter todavía ladrando.

Sorda y desorientada, la asesina aminoró la velocidad de sus movimientos. Ansiosa y con los músculos tensos, parecía estar intentando filtrar el ruido de la servoarmadura para diferenciarlo del estruendo de las explosiones.

Talos se arriesgó a disparar otra vez para distraerla y apuntó en su dirección. Ella serpenteó lo justo, tal y como había hecho en el palacio, y el proyectil pasó de largo.

El astartes dejó escapar una maldición ante el hecho de que siempre lograra

percibirlo con antelación. Lo lograba a la perfección. La asesina se volvió en su dirección y se lanzó a la carrera.

Se puso el casco a toda prisa con la mano que le quedaba libre.

• • • • •

Aquel Amo de la Noche era un imbécil.

Cada explosión que estallaba en el suelo delataba el punto de origen de los proyectiles. Era algo complejo, una cuestión de entrenamiento y concentración rigurosos, y M'Shen había respondió tarde por el dolor al que intentaba sobreponerse. Esa fue la razón de que tardase casi cuatro segundos en triangular su posición, lo que era una eternidad para sus extraordinarios sentidos.

Los proyectiles empezaron a explotar en su dirección, lo que confirmó su creencia de que el astartes era un imbécil. Incluso privada de su sentido de la vista, los esquivó con facilidad.

Un nuevo sonido se sobrepuso al cortante zumbido de los proyectiles que no hicieron blanco. Un sonido que ella había escuchado antes una única vez. Se trataba del astartes pronunciando una sola orden.

—Visión rapaz.

• • • • •

Si sus golpes le hubiesen impactado, ya habría muerto. El astartes lo sabía con tranquila certeza.

Los asesinos, aquellos que procedían de templos autorizados por las más altas instancias, ya eran toda una leyenda en el joven Imperio. La mano que le quedaba a la asesina habría salido disparada como una cuchilla, dura como el acero, al interior de las juntas de su armadura, lo que habría aplastado los nervios e incluso tal vez roto los huesos reforzados del esqueleto de un guerrero astartes. Llegados a ese punto, su muerte habría tardado sólo unos instantes. El dolor que él le había causado le sería devuelto a la décima potencia.

Ninguno de los golpes impactó, pues ella no intentaba golpearlo. Mientras el apagado borrón de movimientos térmicos cargó hacia él, mientras cada proyectil de bólter que disparaba era esquivado sin esfuerzo alguno, Talos se llenó los tres pulmones con el aire rico en sangre del puente de mando en ruinas de la asesina.

Tan profundo y retumbante como el primer trueno de una tempestad, Talos rugió el odio que sentía hacia ella.

• • • • •

En una asesina Callidus, el entrenamiento y el instinto se unían en una fusión perfecta y letal. Esa fusión se quebró en el interior de M'Shen cuando perdió el segundo de sus sentidos. El ataque que la incapacitó la había golpeado con tanta dureza y rapidez como el primero. Un instante de dolor capaz de romperle los tímpanos le atravesó el núcleo de la mente. Su sentido del oído reventó y todo quedó de repente en silencio.

Ella no tenía ni idea de si el Amo de la Noche seguía gritando o si se había callado después de ver que su táctica había tenido éxito. Tenía los sentidos destrozados. Lo único que sentía era el aire agitarse a su alrededor debido a que su enemigo se desplazaba otra vez y a la trayectoria de los proyectiles de bólter.

Ciega, sorda y empuñando una espada reluciente que había cosechado la cabeza de un dios caído, se contorsionó en plena carrera y brincó hacia donde, estaba segura, el astartes debería de estar.

Sus cálculos fueron, como siempre, perfectos.

• • • • •

Talos la sujetó con la delicadeza de un amante.

—Mi padre me habló de esta noche —le susurró—. Y yo nunca lo creí. Nunca creí que lo desobedecería hasta que tú entraste en nuestro hogar y nos lo arrebataste.

M'Shen jamás oyó sus palabras. Jamás volvería a oír nada otra vez en su vida, que ya se medía en segundos. La asesina dejó caer la espada. Sus dedos enguantados se aflojaron casi contra su voluntad y sintió la pesada arma chocar contra su pie.

Sus fatigados brazos ya eran incapaces de moverse. Sus temblorosos dedos no se podían doblar para activar las armas digitales que albergaban sus recargados anillos. Los inhibidores de dolor le llenaban las venas sin provocar mayor efecto que una irritante sensación de hormigueo. Tenía el estómago envuelto en llamas. Le dolía incluso más que los agujeros sibilantes donde había tenido los ojos. Una violación, una presencia dura como el hierro, la inmovilizaba atravesándole el cuerpo.

Acertó al suponer de qué se trataba. Era la espada sierra del Amo de la Noche, que la había empalado con su arma.

Una pequeña parte de su mente trató de evaluar los daños mientras se desvanecía, pero el lado brutal y humano de su consciencia se sobrepuso a una vida de drogas de combate y de entrenamiento sin fin. Se moría. Estaría muerta en unos instantes.

—Matadioses —le dijo a él sin poder oír jamás sus propias palabras—. Así… es como… me recordarán.

Los ojos de Talos pestañearon para dejar caer unas lágrimas amargas. Acercó el

pulgar a la runa de activación de la espada sierra.

«Amenaza». «Amenaza». «Amenaza», parpadeaban las runas de alerta. Talos pestañeó para desactivarlas, lo que eliminó todo lo que había en la imagen carmesí de su visor menos el rostro enmascarado de la asesina y sus vacías y sangrantes cuencas oculares.

—*Ave Dominus Nox* —susurró, y activó la espada sierra que tenía empalada a la asesina.

• • • • •

Vagó a la deriva durante dieciséis horas, a solas en una de las cápsulas de abordaje que los maltrechos supervivientes de la Primera Compañía habían abandonado. En aquel silencio absoluto tan sólo dispuso de la angustia y de la satisfacción para pasar el rato.

Le fueron de gran ayuda.

Cuando sus hermanos lo encontraron, cuando llevaron la cápsula a bordo del *Pacto de Sangre* después de su búsqueda de supervivientes que rescatar, Talos seguía sentado en uno de los tronos de la cápsula con la armadura salpicada de sangre coagulada.

Las puertas se abrieron a modo de rampas, y Talos observó el interior del muelle de lanzamiento de estribor del *Pacto*.

La Primera Garra lo miraba con las armas alzadas.

—Está muerta —les dijo, y se levantó con movimientos lentos que indicaban el agotamiento que sentía.

Los dientes de su espada sierra estaban atascados por los trozos de carne oscura y los fragmentos de hueso. Antes de abandonar la nave de la asesina, la trituró hasta convertirla en poco más que trozos de materia biológica, pues había descargado sus últimas frustraciones sobre sus restos. Sumidos en la oscuridad del puente de mando, los pocos tripulantes mortales supervivientes lo habían oído todo, y sólo habían dispuesto de la ayuda de sus temerosas imaginaciones para crearse una imagen mental.

—Talos… —El capitán Malcharion, el sabio guerrero, se le acercó con lentitud—. Hermano…

Talos alzó la cabeza con igual lentitud.

—Ella mató a nuestro padre —dijo con un crepitar de estática.

—Lo sé, hermano, lodos lo sabemos. Ven, tenemos que… hacer frente a las consecuencias.

—El Acechante dijo que yo iba a hacer esto. —Talos miró la espada cubierta de sangre y de restos de carne—. No lo creí. No hasta que sentí tantísima rabia por la presencia de esa mujer en nuestro palacio.

—Ya se ha acabado —declaró Malcharion—. Ven, Talos.

—Nunca acabará. —Talos tiró la espada al suelo con estrépito—. Pero al menos ahora sé por qué me llamaba como lo hacía. «Un alma —me dijo—. Cazarás un alma brillante cuando todos los demás le hayan dado la espalda a la venganza».

—Hermano, ven…

—Tócame, Malcharion, y serás el siguiente en morir. Déjame. Me voy a mis estancias. Necesito… pensar. —Talos dejó las armas donde yacían. Ya se encargaría Primus de recogerlas.

—Como desees, Cazador de Almas —le dijo el sabio guerrero.

—Cazador de Almas. —La respuesta de Talos fue reírse entre dientes, pero fue un sonido teñido de amargura—. Creo que podría acostumbrarme a eso.



HERMANDAD

La red de cavernas entrelazadas bajo el macizo montañoso de la Garra del Omnissiah albergaba milagros de inmensa escala e ingenio. Allí se encontraban el núcleo principal de la Legio Maledictis y el sagrado corazón de las operaciones del Adeptus Mechanicum en Crythe Prime.

Un millón de humanos, un millón de almas en diferentes estados de potenciación, trabajaba en estos túneles subterráneos consagrados. El aire ardía cargado febrilmente del humo, rielaba a causa del calor y estaba rancio por el hedor del incienso y los hornos.

Había sistemas cavernosos enteros dedicados al paso de los vagones de carga por raíles, enormes trenes que transportaban recursos, munición, servidores y partes mecánicas desde una cámara colosal a otra. La red de cavernas en sí alcanzaba cientos de metros de altura, cada una de ellas capaz de albergar a un titán de clase Warlord listo para la batalla. La piel pétrea de esa gran cripta estaba cubierta de maquinaria adosada a las paredes: consolas, relés sensoriales, grúas, ascensores, cargadores de almacenaje, tanques de promethium y grandes iconos del Mechanicum de Marte. Poco quedaba de la piedra roja original que antaño abarcaba hasta donde el ojo mortal podía ver y, de hecho, hasta mucho más lejos que eso.

Una ciudad de factorías y forjas se escondía bajo la piel acorazada de la corteza del planeta. Una ciudad construida para proveer al Imperio de la Humanidad de aquellos dioses máquina tan inmensamente valiosos, para que caminaran a grandes zancadas en los distantes campos de batalla de las cruzadas de un imperio moribundo. Una ciudad que había prosperado durante casi dos mil años.

Las llanuras al pie de la cadena montañosa habían caído en poder del señor de la guerra tras el anterior día de combates. El último aliento de la tentativa del Mechanicum para impedir el asedio de las puertas principales de Diecisiete-Diecisiete

había fracasado, y la prueba de aquella derrota se extendía de horizonte a horizonte. Los vehículos que transportaban al grueso de las tropas y las Thunderhawk astartes llevaban a guerreros y soldados a la superficie del planeta desde la órbita, así como de otras partes de Crythe, para que se concentrasen en las explanadas como una horda unificada. Los cuerpos sin vida de skitarii y de la carne de cañón mortal ocupaban el resto de la llanura, interrumpidos por el cadáver ocasional de un titán derribado. Los cuerpos de los mortales se hinchaban bajo el sol matutino. Las partes carnosas de los skitarii ya estaban empezando a apestar y a decolorarse. Los titanes caídos estaban cubiertos de hormigas: los tecnoadeptos del señor de la guerra que se ocupaban de arreglar a los difuntos dioses máquina para poder usarlos en otros mundos.

El señor de la guerra había escogido acertadamente Crythe Prime, no sólo por sus recursos, sino porque la mayor parte de su legión de titanes estaba combatiendo en otra parte del segmentum. No se trataba sólo de que se pudieran arrebatar los recursos de Diecisiete-Diecisiete, sino que se le iba a negar al Imperio la fuerza de otro baluarte más en el futuro.

Las puertas no aguantarían demasiado. Diecisiete-Diecisiete había crecido mucho más de lo que se había planeado originalmente. La Avenida del Triunfo que daba a la ciudad subterránea principal estaba fuera de la protección de los invencibles escudos de vacío del enclave 017-017. La puerta principal estaba forjada con nada menos que adamantio y el ingenio del Mechanicum, pero a pesar de su capacidad de resistencia, caería bajo el intenso fuego en cuestión de horas. Poseía la anchura suficiente como para permitir que los titanes marcharan al exterior en columnas de a tres, lo que también hacía que tuviera el espacio necesario para que entrara todo el ejército del señor de la guerra.

Asediada y amenazada con ser destruida, la ciudad oculta llamó a sus hijos elegidos, y los pocos que quedaban respondieron a su llamada. Marcharon por sus cavernas natales, con los inmensos hombros erizados de armamento capaz de destruir ciudades y bajo los estandartes de cientos de glorias pasadas. A sus pies, un millón de adeptos, servidores y guerreros skitarii se dispusieron a repeler a los invasores.

Los últimos hijos de la Legio Maledictis habían despertado y Diecisiete-Diecisiete se estremecía bajo sus pisadas.

• • • • •

La *Negrura* estaba preparada en el muelle. Parecía un aullante buitre blindado de oscuridad cuyos motores gemían mientras lanzaban chorros de distorsión calorífica al aire. De la nave emanaba una sensación de predisposición al combate, y los astartes se sintieron inspirados con el simple hecho de verla.

La Primera Garra marchaba en formación dispersa por la rampa de desembarco

desplegada, con sus armaduras tan reparadas como había permitido el puñado de horas que habían pasado a bordo del *Pacto*. Cada una de las corazas de batalla continuaba luciendo una plétora de cicatrices. Por el aspecto de Uzas y Mercutian, quienes carecían de artificieros experimentados, daba la impresión de que en realidad no hubieran tenido permiso para abandonar el último campo de batalla en el que habían estado. Los agujeros, las grietas, las muescas y los cortes recubrían la superficie de sus blindajes de ceramita.

Mercutian se había quejado de que el espíritu máquina de su armadura tardaba en responder. Lo que no era de extrañar viendo el daño que había recibido su piel.

Mientras marchaba, cambiaba de un modo de visión a otro al mismo tiempo que maldecía en voz baja por el comunicador.

—No tengo visión rapaz. —Sus palabras sonaban intranquilas, y no sin motivo.

—Mal augurio. —Uzas rio entre dientes—. Mal, mal augurio.

—No creo para nada en los augurios —intervino Adhemar.

—Pues qué raro que sirvas en una escuadra dirigida por un profeta —le respondió Uzas.

—Uzas —lo cortó Talos, dándose la vuelta para dirigirse a él.

—¿Qué?

Talos no dijo nada. No se movió.

—¿Qué? —repitió Uzas—. ¿No hay sermón?

Talos siguió sin responder, quieto.

—Sus signos vitales están… enloquecidos. —Cyrion estudió sus imágenes retinales—. Maldita sea. ¡Xarl!

Talos se volvió a medias, trastabilló, las piernas le fallaron y se desplomó. Xarl lo agarró y sus armaduras entrechocaron.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Mercutian.

—Siete ojos se abren sin aviso —recitó Talos por el comunicador—. Y los hijos del Ángel vuelan con vengativos corazones.

—¿Es que no es evidente? —le respondió Cyrion a Mercutian—. ¡Septimus! Te necesitamos aquí.

—Los hijos del Ángel buscan la espada de oro y ajusticiar a sus hermanos de atezadas almas…

—¡Ven ya, Septimus! —gritó Cyrion.

• • • • •

El Elevado volvió su cabeza astada hacia un mortal cuyo nombre nunca había intentado siquiera aprender.

—Situación del lanzamiento —dijo, arrastrando las palabras.

El oficial se alisó el obsoleto uniforme mientras comprobaba las imágenes de su consola.

—Las cápsulas de lord Malcharion ya han descendido, amo. Todas las escuadras ya están de camino o sobre la superficie… Salvo la Primera Garra.

El Elevado se inclinó pesadamente hacia adelante. Los huesos le crujieron y su armadura rechinó.

—¿Qué?

—Lo voy a confirmar, amo. —El oficial presionó el microcomunicador que llevaba en el cuello del uniforme—. Aquí la cubierta de mando. Informen de la situación del lanzamiento, Primera Garra.

El Elevado, eterno estudiante del miedo en la condición humana, observó con perversa fascinación cómo palidecía el rostro del oficial. El suave tamborileo del corazón del mortal latía con una pizca más de fuerza y de rapidez. Así pues, se trataba de malas noticias. Noticias de las que el mortal temía informar.

—La Primera Garra informa, amo, que lord Talos está incapacitado. Ha sufrido otro… ataque.

—Ordénales que lo dejen y que se dirijan a la superficie de inmediato.

El oficial obedeció. Mientras escuchaba consiguió tragar con dificultad al tercer intento.

—Amo…

—Habla.

—La Primera Garra se niega a obedecer la orden.

—Ya veo. —Las garras del Elevado se cerraron alrededor de los reposamanos de su exquisito trono—. ¿Y por qué razón se niegan a combatir al enemigo en esta guerra santa?

—Lord Cyrion me ha contestado, amo, que si estáis tan preocupado por el conflicto en la superficie, sois libre de tomar prestada su Thunderhawk y de echar un vistazo ahí abajo vos mismo.

El hecho de que el oficial le transmitiese todo aquello sin nada más que un leve temblor de voz impresionó al Elevado de forma considerable. Valoraba la competencia por encima de todo.

—Buen trabajo… mortal. Informa a la Primera Garra de que se ha tomado nota de su traición.

El oficial saludó e hizo exactamente eso. La respuesta, por parte del astartes conocido como lord Xarl, fue inmediata y obscena. El mortal decidió no transmitirle esa parte al Elevado.

Le zumbaron más voces al oído. Un astartes de la Primera Garra otra vez.

—¿Mi señor?

El Elevado se volvió, intrigado por la creciente intranquilidad de la voz del hombre.

—Habla.

—Lord Cyrion desea un enlace directo con vos. Es por un asunto de lo más grave y urgente.

—Ábrelo.

—Vandred. —La voz de Cyrion resonó por el puente de mando—. Retira a las garras de la superficie inmediatamente.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso, hermano Cyrion?

—Pues porque no tenemos tres semanas antes de que lleguen los Ángeles Sangrientos.

El Elevado se pasó la lengua por la boca sin labios, sintiendo cómo le palpitaban las venas de debajo de las mejillas con agudos latidos.

—Estoy empezando a cansarme de vuestra soberbia, Primera Garra. Voy a escuchar esto y nada más que esto. Conéctame al comunicador de Talos.

—… rompiendo la pared. Lo mato. Él reconoce mi espada mientras muere…

El Elevado lo escuchó en silencio alrededor de un minuto. Cuando pronunció sus siguientes palabras, lo hizo con enfurecida reticencia.

—Abre un canal de comunicación con el *Espíritu Vengativo*. Tengo que hablar con el señor de la guerra.

● ● ● ● ●

Malcharion caminaba por la cavernosa cámara de la ciudadela bajo la montaña. El asedio había empezado una hora antes aproximadamente, y aunque las tuerzas de la Décima Compañía de Malcharion tenían órdenes de entrar como parte de la segunda oleada, la resistencia creciente en las primeras cavernas frenaba el avance del Caos.

Flanqueando su voluminosa silueta, pero al mismo tiempo dejándole un respetuoso, y prudente, margen de distancia para que maniobrara sus armas, dos garras de los Amos de la Noche avanzaban mientras disparan los bólters de forma incesante contra las desorganizadas filas del enemigo.

El guerrero resucitado los conocía por sus nombres, reconocía la armadura que pertenecía a cada uno, incluso con las cicatrices que estas se habían ganado en las muchas batallas a las que todos ellos habían sobrevivido sin él.

A pesar de ello, y debido a que su sed de batallas se había enfriado en su cascarón inmortal, se sentía poco conectado a los hermanos a los que había liderado antaño como capitán de la Décima.

Luchaban porque seguían odiando con una ferocidad que él ya no compartía. Aullaban insultos con una amargura que él ya no saboreaba.

Eran unos pensamientos bastante lúgubres. Unos pensamientos lúgubres que amenazaban con distraerlo.

Los pies acorazados del dreadnought, voluminosos y de garras separadas,

aplastaban cuerpos bajo su peso. El arma de dos cañones que tenía a modo de brazo derecho rugía una y otra vez y abría unos huecos atroces en las líneas de los skitarii. Estos seguían avanzando atraídos por la blasfemia que suponía su existencia y sin desear otra cosa más que acabar con la no muerte que sufría a causa del saber corrupto del Mechanicum.

Quizá una parte de él estaba tentada de permitirles tener éxito. Una pequeña parte. Una parte que permanecía callada en medio del furioso combate. No era por el gozo, pues la guerra nunca había sido gozosa para el sabio guerrero, si bien la inmersión en el combate lo hacía capaz de concentrarse en otra parte, en lo externo. Esa concentración mermaba su consciencia sobre su verdadera forma, cadavérica y fría en el interior del sarcófago.

Un skitarii con cuatro estridentes miembros de filos aserrados se estampó contra la cara frontal del dreadnought. Malcharion lo agarró, lo levantó del suelo y lo estrujó con la potencia inquebrantable de su puño de combate. Unos relámpagos sacudieron el aire mientras la sangre del tecnoguardia moribundo manaba a borbotones sobre la garra de metal electrificada que lo estaba aplastando. Malcharion disparó la unidad lanzallamas que llevaba montada en el brazo, lo que bañó al hombre en fuego líquido y carbonizó las partes carnosas del skitarii al mismo tiempo que lo aplastaba hasta matarlo. Lanzó aquella ruina orgánica a los soldados que tenía delante al mismo tiempo que lamentaba que su lobotomizada indiferencia no los dejara apreciar la magnificencia de tamaña carnicería. ¡Por la sangre de los Poderes Siniestros, aquella guerra era un desperdicio horrible de los talentos de la legión!

—Malcharion —dijo una voz por el comunicador.

Le costó algo de esfuerzo sintonizarse para hablar por la red de comunicación en lugar de transmitir su voz a los altavoces montados en su armadura. La batalla que rugía en las cavernas tampoco ayudó demasiado.

—Estoy aquí.

—Soy Cyrion.

—Se supone que deberías estar aquí, ¿no es así? ¿O es que me despertasteis para que lo matara todo en vuestro lugar?

—Señor, tenéis que retiraros de Diecisiete-Diecisiete. Dirigid a las garras de vuelta a las Thunderhawk.

Le asaltó un torrente ácido de dolor fantasmal. Malcharion, su verdadero cuerpo, gritó dentro del sarcófago de líquidos conservantes. Sintió el toque sedoso del fluido por todo su ajado rostro. Unos psicoestigmas magullaron la carne pálida de su cadáver.

El skitarii que estaba taladrando la articulación de la rodilla del dreadnought quedó completamente destrozado un instante después. Malcharion giró sobre el eje de su cintura con la garra de combate abierta del todo. Varios skitarii más a punto de asaltar su voluminoso cuerpo volaron de vuelta a sus compañeros con los huesos hechos trizas.

—Estamos en el interior de la ciudad subterránea —tronó Malcharion por el comunicador con la voz inundada de dolor—. No podemos retirarnos. Vamos a salir victoriosos.

—Talos está sufriendo un ataque a causa de otra visión. Dice que la flota de salvamento imperial no está a semanas de distancia. De hecho, apenas son horas lo que quedan. Ya llegan los Ángeles Sangrientos.

—¿Qué dice Vandred?

—Ha puesto al señor de la guerra al corriente, pero no va a retirar nuestras fuerzas. La *Premonición del Cazador* también ha recibido órdenes de mantener a sus tropas en la superficie.

Malcharion trazó un arco con la garra de combate por delante de él y lanzó varios chorros de fuego con el lanzallamas acoplado. A su lado, y en disciplinada formación con los bólters y las espadas en ristre, dos escuadras de la Décima Compañía de los Amos de la Noche avanzaban bajo su sombra.

El dreadnought se detuvo. Giró con lentitud. Observando.

El ruido irrumpía por oleadas a su alrededor. Ruidos que no había oído antes, por encima de los gruñidos de sus propias articulaciones y de la rabia de sus armas. La munición sólida repicaba con un sonido metálico contra su armadura y caía al suelo. Qué extravagante. Era casi como un chaparrón.

—La Legión Negra y sus esclavos mortales están enzarzados en combate junto a nosotros. ¿Acaso vamos a abandonarlos? La segunda visión del Cazador de Almas no es infalible.

—Malcharion, mi capitán, ¿vos qué creéis?

El generador de energía del dreadnought zumbó con mayor fuerza cuando Malcharion se trabó de nuevo en combate con el enemigo sin dejar de aplastar con el puño y de disparar con los cañones. Los altavoces de su chasis transmitieron como un trueno sus gritos en nostramano.

—¡Amos de la Noche! ¡Replegaos! ¡Regresad a las naves!

• • • • •

A bordo del *Pacto*, el Elevado observaba las borrosas pictopantallas que retransmitían el combate en la superficie. La criatura iba cambiando de planos: las pictograbadoras de los cascos de cada uno de los miembros de escuadra así como los buscadores de imágenes acoplados al fuselaje de los tanques de la Décima Compañía. Las imágenes orbitales eran inútiles debido a que la batalla transcurría en las antecámaras de la Garra del Omnissiah. Ya no tenía más remedio que contar únicamente con aquellas escenas frenéticas y temblorosas. Aquello ofendía la sensibilidad táctica del Elevado.

A la izquierda tenía a Malek, y a su derecha, a Garadon.

—¿Lo estáis viendo?

El Elevado se centró en la imagen carmesí que mostraban las lentes visuales de uno de los astartes.

—Sí, señor —respondieron ambos guerreros Atramentar.

—Intrigante, ¿verdad? ¿Por qué iban todas nuestras escuadras a retirarse a través de las fuerzas del señor de la guerra? Cabe preguntarse qué es lo que ocurre.

—Tengo una teoría, señor —dijo Garadon, y su puño aferró con más fuerza el mango de su martillo a dos manos.

—¿Si? —El Elevado permitió que una extraña sonrisa dividiera sus rasgos—. Compláceme, hermano, comparte tus sospechas.

Garadon gruñó antes de responder, como si estuviera drenando la suficiente amargura como para matizar sus palabras.

—El profeta está moviendo ficha para usurparos el liderazgo de la partida de guerra.

Malek movió su casco astado en un gesto negativo.

—A Talos lo incapacita su segunda visión. Ves conspiraciones donde no las hay, Garadon.

—A ninguno de nosotros nos ha pasado inadvertido que lo apoyas —replicó Garadon—. Ni tu defensa a ultranza de todas sus faltas.

—Hermanos, hermanos… —El Elevado ya no sonreía—. Haya paz. Observad. Escuchad. Tengo la sospecha de que en cualquier momento…

—Mensaje entrante, mi príncipe —anunció el oficial de comunicaciones desde su puesto de control.

—Deliciosa sincronización —dijo el Elevado con un jadeo—. Pásamelo.

—Aquí el capitán Halasker, de la Tercera —crepitaron los altavoces del puente de mando.

Todos los presentes conocían aquel nombre. Halasker, hermano capitán de la Tercera Compañía y comandante de la *Premonición del Cazador*.

—Soy el Elevado, señor de la Décima.

—Saludos, Vandred.

—¿Qué deseas, Halasker?

—¿Por qué retroceden tus escuadras de vuelta al punto de aterrizaje? ¡Por la sangre del Padre! El sabio guerrero está ordenando que todas las fuerzas de la VIII Legión se batan en retirada. ¿A qué clase de maldito juego estáis jugando?

—Yo no ordené esa retirada. Malcharion actúa según su propia demencia. El señor de la guerra ha ordenado que prosigamos con la campaña.

—¿Es que no puedes controlar tus propias fuerzas?

El Elevado respiró profundamente a través de sus fuertemente apretados colmillos.

—No cuando el sabio guerrero está en la superficie, actuando como si fuera él quien dirigiera a la Décima.

—¿Y por qué no estás tú en la superficie, Vandred?

El matiz de escarnio en la voz de Halasker irritó al Elevado. Aquello era más de lo que había soportado desde hacía mucho mucho tiempo… Hasta que el otro capitán habló de nuevo:

—¿Dónde está el profeta, Vandred? Malcharion y tus garras informan por la red de comunicación de una nueva profecía. Debo hablar con el Cazador de Almas.

—Está incapacitado —logró decir el Elevado. Había apretado con tanta fuerza los dientes que uno de ellos se agrietó como si fuera porcelana—. El mal de nuestro padre ha caído sobre él una vez más.

—Entonces, ¿es verdad?

—Yo no he di…

—¡Retirada! —transmitió a gritos Halasker a sus escuadras—. ¡Retroceded con el sabio guerrero!

El Elevado rugió hacia el techo del puente de mando con tanta fuerza que hizo que la tripulación mortal corriera despavorida.

• • • • •

Abrió los ojos. La imagen de una armadura resplandeciente y orgullosa se desvaneció ante él y quedó reemplazada por la imagen rojo oscuro de su visor. Unas diminutas runas titilantes descendían por su campo de visión. Sus corazones se ralentizaron. Notó el cobrizo sabor de la sangre en la boca.

Sus retículas de adquisición de blancos se fijaron en los objetos familiares de su propia cámara. Un vistazo rápido al cronolector de su visualizador le dijo con exactitud durante cuánto tiempo había perdido el conocimiento.

Podía haber sido peor.

—Cyrion —transmitió, y la puerta de la cámara se abrió justo después de que hablase.

—Hermano —dijo Cyrion. Todavía llevaba puesta toda la armadura.

—Cy, ya vienen las fuerzas del Trono. Los Marines Errantes y los Desgarradores de Carne. Los Ángeles Sangrientos los preceden. Ya casi están aquí.

—Has estado inconsciente tres horas, Talos.

—Lo sé.

—El Elevado ha convocado un consejo de guerra. —Cyrion se alejó de la puerta haciéndole un gesto para que lo siguiera—. Los Ángeles Sangrientos ya están aquí.



POR LA LEGIÓN

La sala de guerra se estaba usando para su propósito original por primera vez desde hacía décadas.

Los bancos de monitores y consolas seguían activos, manejados por servidores, muchos de los cuales habían sido reprogramados por el tecnosacerdote Deltrian tras haberlos capturado en el asteroide que una vez había sido parte de Nostramo. Una pantalla de occulus inmensa mostraba un enlace abierto a una cámara similar en la *Premonición del Cazador*, aunque aquella sala era mucho más grandiosa y amplia que incluso esta, la sala más grande de todo el *Pacto de Sangre*. La barcaza de batalla había sido construida para transportar a tres compañías de batalla enteras, mientras que el crucero de ataque sólo albergaba a una.

Una inmensa mesa central proyectaba una distorsionada imagen hololítica en color verde de Crythe y de las docenas de naves que la rodeaban. Una segunda flota a corta distancia del planeta figuraba como un conjunto de manchas poco nítidas de intenso color rojo que avanzaba, vacilante, con detalles entrecortados y parpadeantes.

El pictoenlace de la *Premonición del Cazador* mostraba al capitán Halasker con su armadura de exterminador, a cabeza descubierta, mientras presidía su propia mesa holoproyectora.

—Mantienen la distancia, pues.

El Elevado acercó su mole con pasos pesados a la proyección e hizo un ademán con una pálida e hinchada garra.

—Dos barcazas de batalla y tres cruceros de ataque. Esto es una fuerza abrumadora. Quizá dos tercios del capitulo entero.

—Estamos al corriente de los cálculos. De lo que no estamos al corriente es del motivo por el que han llegado tan pronto —declaró Malcharion.

El dreadnought se encontraba en el lado opuesto al Elevado y empequeñecía al

antiguo capitán diabólicamente corrompido. La división en la sala era obvia para todos los presentes.

—El señor de la guerra nos mintió —insistió Halasker—. Debimos haberlo sabido.

—¿Por qué iba él a mentir y a poner en peligro sus propias fuerzas en la superficie? —le replicó el Elevado.

—Quizá sea así. Pero ¿realmente pueden tantos videntes estar equivocados?

—¿No estaban tus propios astrópatas de acuerdo con las declaraciones del señor de la guerra? —inquirió el Elevado—. El paso de tantas naves provoca grandes olas en el Mar de las Almas. Tus astrópatas confirmaron los cálculos del señor de la guerra. La marea no debería haber roto sobre nosotros hasta dentro de un mes más.

—Los videntes son mortales. —Halasker no iba a dar por válido aquel argumento —. No había depositado del todo mi confianza en ellos, la verdad.

Talos intervino desde su sitio cercano a Malcharion.

—Todavía hay otra gran flota que continúa aproximándose. Estamos discutiendo sobre contratiempos en el immaterium: una dimensión que ninguno de nosotros entiende. ¿Puedes tú, capitán Halasker, mirar en la disformidad y ver qué olas son naturales en un reino antinatural? ¿O puedes tú, capitán Vandred, ver si la ola de presión de una flota está enmascarada por el maremoto que causa otra? Todo lo que hacemos son conjeturas exacerbadas por cálculos inexpertos.

El Elevado cruzó la mirada con los ojos negros de Halasker por la imagen del enlace.

—Si los Ángeles Sangrientos se mantienen alejados, podemos hacer caso omiso de su presencia mientras cae Crythe. Podemos redesplegar nuestras fuerzas y evitar que aumente el desagrado del señor de la guerra.

—Eres libre de mandar a la Décima adonde quieras —respondió el otro capitán—. Ya me he hartado de ser el recadero de ese imbécil. Era un buen plan en las imágenes simuladas. Un buen plan que casi nos desgasta hasta desangrarnos cuando se trató de luchar a bólter y espada.

—Al señor de la guerra no le ha preocupado derramar nuestra sangre —gruñó Xarl por lo bajo—. No le debemos nada.

—Estoy de acuerdo —asintió Talos—. Deberíamos separarnos de la flota tan pronto como hayamos extraído a nuestras fuerzas de la superficie.

—De acuerdo —dijo Eíalasker.

—De acuerdo.

—Estoy disfrutando de este despliegue de suprema ingenuidad. —La lengua del Elevado sangró cuando se lamió los colmillos. Unos ojos tan negros como estrellas muertas se posaron sobre Talos y Malcharion—. Pero el Saqueador no lo permitirá. Tiene la fuerza suficiente como para evitar que nos separemos y nunca olvidará tamaña traición.

—Basta ya, Vandred. —Halasker negó con la cabeza—. Tu lealtad hacia la Vieja Guerra es loable, pero Abaddon es un necio. De nuevo ha exigido demasiado y de

forma exacerbada a los que lo apoyan. Además, mantiene un débil control sobre unas legiones que sienten una especial predilección por las luchas intestinas, así que esta es una de las muchas traiciones que olvidará porque en el futuro necesitará aliados.

—Eso es, eso es —tronó el dreadnought.

—Todas mis fuerzas estarán a bordo de la *Premonición* dentro de menos de una hora.

—¿Y cómo se supone que vamos a aplacar al señor de la guerra? Halasker, puedo asegurarte que nos disparará si huimos.

—Inutilizad sus naves.

Todos los ojos se posaron sobre Talos.

—¿Qué has dicho? —preguntó el Elevado, con mayor suavidad de la que había empleado desde hacía años.

—Cuando nos separemos de la flota, inutilizamos al *Espíritu Vengativo* o a cualquier otra nave que se nos oponga.

Talos se encontró con los ojos del Elevado clavados en él.

—¿Y dejarlos a merced de los Ángeles?

—¿A ti te parece que eso me vaya a hacer llorar?

—Ni yo tampoco lo haré —añadió Halasker—. A Abaddon no es que le falten naves, precisamente. Incluso sin nosotros, supera en número a los Ángeles Sangrientos en una proporción de seis a uno.

Los parloteos comenzaron a apropiarse de la estancia cuando los astartes reunidos discutieron sobre la traición inminente.

—No —gruñó el Elevado—. Esto no puede ser, ni será.

—¿Y por qué no? —Halasker entrecerró los ojos.

—Casi todas las fuerzas del señor de la guerra están ocupadas en la batalla de la superficie de Crythe. Si los Ángeles Sangrientos atacan, si abordan a los cruceros de la legión, al señor de la guerra le costará escapar con una mínima parte de su flota intacta. ¡Puede que haya alrededor de seiscientos Ángeles Sangrientos aguardando en sus naves en la otra cara de este mundo! Arrasarán cualquier resistencia a bordo de las naves de la Legión Negra.

—Entonces ya debería haber comenzado la extracción de sus hombres hace horas, tal y como sugería la visión del profeta. Se lo puso al corriente. Tú mismo fuiste quien lo avisó. Ha sido Abaddon quien ha escogido hacer caso omiso.

—Malcharion. —Halasker se dirigió al dreadnought—. ¿Han regresado a bordo del *Pacto* las fuerzas de la Décima al completo?

—Sí, hermano.

—Entonces comienza los preparativos para marcharte. Yo todavía tengo a quince escuadras, con apoyo blindado en la superficie. Se encontraban demasiado adentradas en las cavernas y, por desgracia, están tardando mucho en abrirse paso para regresar. ¿Vandred?

—¿Sí, «hermano»?

—Incluso después de todo este tiempo, sigues siendo un gusano —sentenció Halasker. Luego se apagó la pantalla.

El Elevado miró a los fragmentos de su compañía, pues no quedaban más de treinta astartes. Estos lo miraron atentamente desde donde se encontraban, desplegados alrededor de la mesa. Tenían la armadura agrietada y llena de agujeros. Su porte seguía siendo erguido y poderoso, a pesar de la inutilidad de aquella guerra. ¿Cómo habían llegado a esto? Traición tras traición. La confianza se había erosionado. La hermandad había muerto.

—Transmisión entrante —entonó un servidor desde una consola de pared.

La pantalla se encendió de nuevo. Esta vez no era el rostro de Halasker, sino un casco oscuro de lentes oculares rasgadas. Aquel astartes hizo una reverencia con la cabeza. Una armadura negra de bordes dorados resplandecía en la titilante luz de su propio puente de mando.

—*Pacto de Sangre*, el señor de la guerra exige saber por qué no habéis redesplegado vuestras tropas todavía.

—Dile al señor de la guerra que va a perder esta guerra sin nosotros, si es que todavía pretende librarla. Los Ángeles Sangrientos han llegado, y pronto más fuerzas imperiales los acompañarán.

—Silencio, difunto. Elevado, escúchame. Sabes quién fui, así como quién soy ahora. Como los Ojos del Señor de la Guerra que soy, me pronuncio con la voz del Saqueador. A lord Abaddon no le importa en absoluto la presencia de los Hijos de Sanguinius, ni su irrisoria flota. Exige que el *Pacto* se una al *Espíritu Vengativo* en formación defensiva.

—No.

—¿No? ¿No? ¿Os arriesgaréis a permitirles que nos aborden?

El Elevado negó con su astada cabeza.

—Ruven, tú mismo fuiste antaño de la Décima. Así que sabes que no vamos a obedecer. No somos esclavos de la voluntad del señor de la guerra. Lo sabes tan bien como cualquiera. Malcharion está en lo cierto. Saca a tus fuerzas de Crythe antes de que sea demasiado tarde.

—No es tan sencillo. Hemos comprometido mucho en la batalla por Diecisiete-Diecisiete.

—Abandona a los mortales. Déjalos que mueran. ¿A quién le importa que sobrevivan para que los masacren más adelante en una guerra sobre otro mundo cualquiera? Recupera a tus astartes y prepárate para enfrentarte a los Ángeles Sangrientos. Quizá, si somos rápidos, podamos diezmarlos antes de que los demás capítulos salgan de la disformidad para apoyarlos.

—Tenemos titanes en ese planeta. Miles de astartes. Cientos de tanques. Somos la Legión Negra, no una pobre y fragmentada horda que llora por su mala suerte y por la memoria de un primarca martirizado.

El Elevado se pasó la lengua por los astillados dientes otra vez y sintió cómo le

dolían las venas de la necesidad de ver la sangre de aquel hijo de perra. ¿Quién era ese miserable, ese traidor, para hablarle a los Amos de la Noche de esa forma…?

—Si no obedecéis, dispararemos contra vosotros en cuanto intentéis huir —declaró Ruven.

—La venganza del Trono está aquí —dijo en voz baja el Elevado—. Mi profeta insiste en que llegarán más en cuestión de horas. No vamos a perder nuestras vidas para salvar las vuestras. No os vamos a repetir nuestra advertencia otra vez.

—Tu profeta no es de fiar. Tú mismo lo has dicho.

El Elevado suspiró con una gutural exhalación.

—Quizá sea así, pero él es mi hermano, y tú no eres más que un traidor que huyó para vestir el negro de la multitud de fracasos que ha cosechado Abaddon. Creo en sus palabras, así como creí en las de mi padre.

Con una garra dramáticamente larga, el Elevado se pasó el dedo por la garganta para ordenar que se interrumpiera la comunicación. El servidor de la consola de voz desconectó el enlace.

—Puestos de combate —dijo el Elevado—. Prepárense para separarse de la flota.

• • • • •

Los minutos transcurrieron con una lentitud agónica. Nuevos símbolos rúnicos aparecieron en la imagen hololítica a medida que los minutos se transformaban en horas. Las naves pertenecientes a los Marines Errantes y a los capítulos parientes de los Ángeles Sangrientos, los Desgarradores de Carne y los Ángeles Bermejos, avanzaban al lado de sus camaradas.

Los ojos expertos del Elevado deambulaban por aquella formación mientras calculaba las distintas posibilidades que se sucedían en su mente. Dispersa. Su formación era dispersa, como si los capitanes no se conocieran o como si no quisieran cooperar entre ellos. Por lo que el Elevado sabía, esto podía ser, de hecho, perfectamente cierto. De cualquier modo, aquello era un comienzo.

«Pronto nos alcanzarán».

Lo sabía porque si hubiera sido él quien comandara la flota reunida, sería lo que habría hecho. Habría atacado con fuerza para atravesar con la punta de lanza de la flota leal el corazón de la flota del señor de la guerra. Dicha táctica conllevaba graves riesgos y bajas inevitables. Las naves del Saqueador estaban provistas de una potencia de fuego inmensa y seguían superando en número a los navíos leales.

«Extraño, es cierto». No sólo habían enmascarado su avance de forma magistral, sino que el sentimiento de enfrentamiento que emergía entre ambas flotas era asombroso de un modo casi poético. «La ventaja con la que contamos reside en la potencia externa que podemos desencadenar contra ellos. La ventaja con la que

cuentan ellos reside en la amenaza interna que transportan». En un choque directo de naves, los astartes del Trono resultarían aniquilados. Pero ninguna guerra orbital estaba definida jamás de un modo tan claro. En lo que se refería a las acciones de abordaje, la armada del señor de la guerra perdería el combate con total certeza.

Las distancias de los conflictos en el vacío se contaban en miles y miles de kilómetros. Cuando las runas que representaban a la flota enemiga empezaron a parpadear y a desplazarse, el Elevado se alzó en toda su estatura y se dirigió a Malcharion, el único astartes aparte de él que seguía en la sala.

—Alerta a la *Premonición*. Tenemos cuarenta minutos antes de que lleguen hasta nosotros.

• • • • •

Las imágenes pictográficas orbitales volvían a ser útiles dado que las fuerzas terrestres se retiraban. Talos contemplaba el occulus del puente de mando mientras las borrosas figuras de los astartes y los blindados se retiraban del ataque a la ciudad bajo la montaña. Era imposible distinguir a unos de otros, y el manto de polución que cubría los cielos de aquel mundo enturbiaba todavía más las imágenes. Sin embargo, aquellas distorsionadas imágenes seguían relatando su historia.

Talos observó a la Legión Negra regresar a sus naves de transporte de tropas dispersas a lo largo de la llanura que habían conquistado. Los seguía una hirviente masa de humanos que corría en desbandada como una marea. Los titanes y los tanques parecían islas de tranquilidad en medio de aquel enjambre.

—¿Serán capaces de devolver a órbita a más de unos pocos centenares de astartes antes de que nos alcancen los Ángeles? —preguntó.

El Elevado observaba las mismas imágenes pictográficas.

—No. Contará con los renegados que todavía disponen de fuerzas numerosas a bordo de sus naves. Los Purgadores, los Azotes de Quintus, los Violadores… Aquí, fíjate.

El Elevado hizo un gesto hacia otras naves de la armada, cuyas imágenes hololíticas parpadeaban y enviaban torrentes de embarcaciones más pequeñas entre ellas.

—Thunderhawks —dijo Talos.

—Exacto, profeta mío. La Legión Negra está pidiendo auxilio a sus aliados menores. Van a sacar a los guerreros de los capítulos renegados de sus propias naves para que defiendan las naves de Abaddon.

El Elevado hizo un movimiento negativo con la cabeza al mismo tiempo que suspiraba.

—Una vez más, nuestro señor de la guerra ha desplegado de forma excesiva y

temeraria a sus fuerzas de combate en el campo de batalla. Al menos fue lo bastante sabio como para dejar en órbita a muchos de sus aliados por si ocurría lo peor.

Talos hizo un gesto de asentimiento a la criatura. Por mucho que odiara admitirlo, el Elevado estaba en su elemento en esos momentos. La miríada de posibles ardides y maniobras de la guerra orbital le iluminaba la mirada desde su interior.

—Si esta es la punta de lanza de las fuerzas del Trono, no me gustaría nada ver la flota de rescate cuando llegue por completo —comentó Talos.

—Las probabilidades siguen a nuestro favor. —El Elevado dejó de mirar la pantalla pictográfica sólo para echarle un vistazo a la holoimagen táctica en miniatura que se generaba en el reposabrazos de su trono—. Dos barcazas de batalla y seis cruceros de ataque con fragatas de apoyo… Sobreviviríamos, aunque a un coste catastrófico, en el caso de que fueran incapaces de abordarnos.

El Elevado ordenó a un tripulante que se acercara a su trono de mando.

—Tú. ¿En qué situación se encuentra la retirada de la *Premonición*?

—Según el último informe, todavía se encuentran en la superficie cincuenta astartes y sus respectivos transportes, señor.

—Ponme en contacto con el capitán Halasker.

—Sí, señor.

—Halasker —dijo el Elevado—. ¿Qué demora tanto a tus hombres?

Sin imagen, el comunicador crepitó al responder.

—Tengo cinco escuadras luchando en el punto de aterrizaje ahora mismo. Esto es una locura, Vandred. La Legión Negra está disparando a nuestras Thunderhawk.

—Exijo que me lo confirmes.

—¡No es hora de discutir sobre imágenes pictográficas! Tengo los testimonios de cincuenta hombres en la superficie que están trabados en combate con la Legión Negra y que han visto a las fuerzas de Abaddon derribar nuestras naves del cielo. Los dirige una especie de hechicero de la disformidad… Mis hombres no consiguen matarlo.

—Apacigua tu cólera, hermano. Ten en cuenta que no quedan más de veinte minutos antes de que tengamos que luchar contra los Ángeles o irrumpir en la disformidad.

—No. No voy a dejar que media compañía muera en el polvo de un mundo que Abaddon fracasó en conquistar.

—Eres el comandante de una de las últimas barcazas de batalla de nuestra legión. —La voz del Elevado descendió hasta convertirse en un peligroso gruñido—. Si vas a vender tu sangre, hazlo desgarrando al Imperio, no en una arrogante batalla final. Voy a rescatar a tus astartes. Tengo Thunderhawks y transportes preparados. Nos reuniremos en el Gran Ojo tan pronto como nos sea posible, donde los perros del Trono no nos seguirán.

—Muy valiente, Vandred. Qué coraje. ¿Crees que tu pequeño *Pacto* sobrevivirá donde la *Premonición* no podría?

—Sí. Lo hará.

—Porque es un blanco menos tentador, ¿no?

—No. No es por eso.

—Me parece que tienes un plan, hermano.

—Halasker. —El monstruoso rostro del Elevado se inclinó ligeramente y sus ojos negros se cerraron—. Ya basta. Tú sólo corre mientras puedas. No podemos permitir que los errores de Abaddon nos maten a todos; al menos la *Premonición* tiene que sobrevivir. Prepárate para marcharte cuando te dé la señal.

—*Ave Dominus Nox*, Vandred. Gloria para la Décima. Tened una buena muerte, todos vosotros.

El Elevado tomó aliento de forma húmeda y vibrante.

—Eso lo veremos. —Una vez que el canal de comunicación se cerró, volvió a hablar—. Transmite el siguiente mensaje al buque insignia del señor de la guerra: «El *Pacto de Sangre* se dispone a regresar a la formación». Luego colócanos al lado del *Espíritu Vengativo*, tal y como ordenó el señor de la guerra.

El oficial de comunicaciones asintió e hizo lo que se le había ordenado. El timonel hizo lo mismo. La nave se estremeció cuando los motores de dirección se activaron.

—Vandred… —comenzó a decir Talos.

—No todo es lo que parece, profeta mío. —Le clavó a Talos una mirada fiera y febril. Las venas similares a telarañas que resquebrajaban sus mejillas se retorcieron cuando sonrió—. Créeme.

• • • • •

En la danza infinitamente lenta que era la guerra orbital, el *Pacto de Sangre* vagó a través de la dispersa flota para acercarse al lado del buque insignia del señor de la guerra. Se trataba de una nave que parecía una afilada hoja azul oscuro y bronce y que apenas alcanzaba la mitad del tamaño del *Espíritu Vengativo*.

—Lanzad las Thunderhawk —dijo el Elevado mientras se reclinaba, una vez más, en su trono de mando.

—Lanzando Thunderhawk —anunció en respuesta un oficial.

—Informen del momento en que se alejen de la flota.

Aquello tardó menos de un minuto.

—Las Thunderhawk se han alejado. Las cinco están en la atmósfera superior.

—Que naveguen según las siguientes directrices. —Las garras del Elevado pulsaron varias de las teclas acopladas a la consola de su trono—. Motores en frío, eso es imperativo. A la deriva. Que usen los propulsores de altitud, pero no durante más de dos segundos cada uno. Mantengan todas las emisiones de la propulsión fuera de la capacidad de rastreo de los posibles pulsos de auspex.

El *Pacto* obedeció. El Elevado observó las imágenes que mostraban las grabadoras pictográficas externas y vio cómo la piel del buque insignia se acercaba al casco de su propia nave. Le vino a la mente, de forma breve y como siempre ocurría en esos lúgubres y silenciosos momentos, la imagen de dos tiburones nadando juntos en mar abierto.

—Abre un canal de único sentido a la *Premonición*. No dejes que respondan.

—Hecho, señor.

—Halasker, aquí el Elevado. Corre.

• • • • •

Los motores rugieron llenos de vida feroz y propulsaron al *Premonición del Cazador* fuera de su posición en la flota invasora. El Elevado miraba la imagen hololítica y las lecturas sensoriales de sus escaneos de auspex concentrados, pero no prestaba atención a la barcaza de los Amos de la Noche que se separaba de la flota. Su atención la acaparaba el resto de la flota.

Las lecturas de varios cruceros mostraban que estaban activando las armas.

—Mensaje entrante, señor.

—Del *Espíritu Vengativo*, me imagino —comentó el Elevado.

—Sí, señor. Nos piden que nos movamos inmediatamente hacia una posición a su estribor.

—Vaya, qué lástima. —El Elevado sonrió—. ¿Es que estamos dentro de su solución de disparo, por casualidad? Vaya, vaya. Sin embargo, ¿van a abrir fuego contra el *Premonición* antes de que pueda saltar a la disformidad?

Varios tripulantes del puente intercambiaron sonrisas satisfechas.

—Han repetido la exigencia para que la cumplamos de forma inmediata —anunció el oficial.

—Informa al buque insignia de que requerimos que nos confirmen esa orden. ¿Ahora nos piden que nos movamos? ¿Con los Ángeles Sangrientos a punto de llegar? —La sonrisa torcida con la que el Elevado dijo aquello era tan fea como la inhumana criatura en sí.

Mientras el oficial de comunicaciones enviaba el mensaje, el Elevado observó otra vez el hololito. Otros tres cruceros estaban activando sus lanzas para destrozar al *Premonición* como castigo por su traición. No les hizo caso. O bien serían demasiado lentos como para infligir nada más que daños superficiales, o bien sus esfuerzos serían demasiado tardíos como para hacer nada excepto ver cómo escapaba la barcaza de batalla.

Notó como el orgullo se desenroscaba en sus tripas, cálido y agradable. Quizá esa noche sería capaz de recuperar algo de nobleza, después de todo.

—Orden confirmada —anunció el oficial de comunicaciones.

—Haz lo que ordena el buque insignia —ordenó la criatura al timonel con un gesto de asentimiento—. Ni siquiera serán capaces de virar a tiempo, de todas formas.

Mientras el *Pacto* se estremecía al obedecer la orden, el Elevado abrió un canal de comunicación con todos los altavoces de la nave.

—Os habla el Elevado. Vamos a seguir junto a la flota hasta que recuperemos a nuestros hermanos de la superficie. Debemos conseguir más tiempo para nuestras Thunderhawk, y durante ese tiempo sufriremos el ataque de nuestros antiguos hermanos, los Ángeles Sangrientos. Sellad todas las compuertas. Atramentar, al puente de mando. Garras, a vuestros puestos. Todos los tripulantes, a sus puestos de combate. Manteneos a la espera para repeler a los invasores.



LOS HIJOS DEL ÁNGEL

Las dos flotas tomaron contacto de forma breve.

—Las maniobras iniciales son las que hacen que batallas así se ganen o se pierdan —dijo el Elevado mientras veía cómo la flota astartes se abalanzaba contra ellos—. Si uno de los dos bandos cuenta con una posición de supremacía, el otro, siempre y cuando sean almas inteligentes las que lo comandan, haría mejor en retirarse en vez de resultar aniquilado en un conflicto suicida.

Para Garadon, la representación hololítica tridimensional era un misterio de lo más aburrido.

—Ellos no van a abandonar, mi príncipe.

—No. No lo harán. Otra oportunidad perdida. Timonel, prepárate para salir de la órbita a mi señal.

—¿Salir de la órbita? —gruñó Malek—. Pero señor…

—No nos alejamos de Crythe, Malek. Todo lo contrario.

El Elevado cerró los ojos, respirando profunda y lentamente. Siguió en este estado durante varios instantes. Finalmente, habló sin abrir los ojos.

—Las primeras lanzas dispararán… ahora.

Los Atramentar, los siete al completo con su armadura de exterminados prestaron atención mientras la proyección de la imagen hololítica empezaba a mostrar disparos.

—Las barcazas de batalla de vanguardia, con la insignia de los Ángeles Sangrientos, serán alcanzadas por el luego de las lanzas de nuestras primeras naves de perímetro… ahora.

El Elevado abrió los ojos y vio confirmadas todas sus predicciones. Los oficiales y servidores que estaban en las consolas comenzaron a trabajar de forma frenética.

—Tenemos un crucero de ataque de los Ángeles Sangrientos aproximándose a nosotros, ¿no es así? —preguntó el Elevado.

—¡Sí, señor! —le respondió con un grito uno de los tripulantes.

—Qué predecible. A veces ni siquiera necesitamos a Talos para que vea el futuro por nosotros. Los conocimientos tácticos de nuestros adversarios son tan rudimentarios…

Garadon gruñó en señal de asentimiento, pero no dijo nada.

—Disparad las lanzas —ordenó el Elevado, justo cuando el oficial de armamento tomaba aliento para anunciar que el crucero de los Ángeles Sangrientos acababa de situarse a distancia de disparo de las lanzas.

—Disparando lanzas, señor.

El Elevado retomó la atenta observación del hololito mientras la nave comenzaba a estremecerse tras los primeros impactos.

«Los escudos aguantan. Desgaste del seis por ciento».

—¡Los escudos aguantan! —anunció un oficial—. Desgaste del siete por ciento.

«Casi».

—Que las baterías se preparen para abrir fuego a mi señal.

—Baterías de armas, recibido.

«Vamos. Más Cerca. Más».

El puente de mando se estremeció otra vez. La runa que representaba al crucero de ataque *Malevolente* de los Ángeles Sangrientos se les echó encima como una lanza. «Iba a ser este, entonces». Intentaría el abordaje tanto del *Espíritu*, así como del *Pacto*. Ya se encontraban dentro de la distancia de escaneo. Las naves enemigas iban a saber lo vulnerables que eran las naves principales del señor de la guerra, lo vacíos que estaban sus pasillos sin astartes que los defendieran.

Las luces del puente de mando se atenuaron y luego se apagaron durante unos pocos segundos. Mientras se cruzaban la una con la otra, las flotas intercambiaron una feroz lluvia de disparos. Las naves principales más pequeñas, como el *Pacto*, contaban con escudos de vacío muy por debajo de la capacidad de castigo de los buques de guerra como el *Espíritu Vengativo*.

—Escudos bajados —dijo un tripulante en el momento preciso.

Los temblores que sacudían la nave se hicieron diez veces más intensos.

—Mi príncipe —informó uno de los oficiales de armamento—. Están dentro del alcance de nuestras baterías de armas.

«Espera. Espera».

—Señor, el crucero enemigo *Malevolente* ha lanzado sus cápsulas de abordaje.

El Elevado barbotó un sonido que antaño podría haber sido una risa entre dientes.

—Que todas las baterías abran fuego.

Dos de las ocho runas que representaban las cápsulas desaparecieron parpadeando de la imagen hololítica. Las otras impactaron justo en las naves que tenían como objetivo. Cuatro de ellas lo hicieron contra el *Pacto*.

El Elevado exigió con tranquilidad un canal de comunicación para toda la nave. Un tripulante le confirmó la conexión asintiendo desde su consola.

—A todas las garras, aquí el Elevado. Entre veinte y cuarenta ángeles sangrientos nos han abordado con varias cápsulas de asalto. A los jefes de escuadra se los ha enviado a las zonas de brecha en el casco. Encontrad a los leales, hermanos míos, y matadlos.

Se levantó del trono arrastrando su mole acorazada hacia la barandilla del estrado. Observó con atención el occulus, al grisáceo orbe de Crythe que flotaba debajo de ellos.

—Informe de daños.

—Daños estructurales menores, principalmente a estribor.

—Ordena al maquinarium que libere plasma de los reactores. Que la nave drene energía directamente al vacío.

—¿Señor? —vaciló su oficial de puente humano.

—Haz lo que te ordeno, mortal.

—Como deseéis, señor.

—Oficial de comunicaciones.

—Sí, mi príncipe.

—Transmítele al *Espíritu Vengativo* las señales de aterrizaje de emergencia. Infórmalos de que hemos sufrido daños superficiales, pero que han logrado perforar nuestro reactor. Diles que estamos perdiendo nuestra órbita debido a la fuerza de atracción de la gravedad del planeta y que nuestros motores están bloqueados a plena potencia.

El Elevado se dio la vuelta para dirigirse a la hilera de timoneles mientras el confundido oficial de comunicaciones lo obedecía.

—¿Estamos drenando plasma? Escanead el propio *Pacto*. ¿Os parece que suframos una pérdida de energía a causa de una fuga en el reactor?

Los oficiales de timonel se inclinaron sobre sus consolas.

—Sí, señor —respondió uno.

—Entonces, hacednos caer en picado —sonrió el Elevado.

—¿Qué? —Malek dio un paso al frente—. ¿Es que estáis loco, señor?

—¡Hacedlo!

Como una espada que cayera del cielo, el *Pacto de Sangre* se ladeó hacia abajo y encendió los motores. Las llamas envolvieron al crucero de ataque desprotegido mientras atravesaba la densa capa de polución de la atmósfera.

• • • • •

Septimus aceleró los motores de la *Negrura* mientras efectuaba un vuelo rasante sobre la llanura. Tras él iban otras dos Thunderhawk y dos transportes, desplegados en una formación en «V» dispersa.

—Atentos a romper la formación a la menor señal de ataque —advirtió por el comunicador.

—Recibido —respondieron tres servidores.

—Entendido —dijo una voz más profunda.

Un astartes. Septimus no tenía ni idea de quién era.

Una gota de sudor se abrió un incómodo camino por su espalda y pareció detenerse en la loma de cada vértebra. Una cosa era saber que acabarías muriendo al servicio de la VIII Legión, otra distinta era darse cuenta de que ibas a encontrarte con ese destino de forma inminente. Aunque la Legión Negra hubiera dejado de derribar las cañoneras de los Amos de la Noche, ¿qué esperanza había de regresar a la órbita y de sobrevivir a una operación de atraque en medio de una guerra espacial?

Septimus maldijo por lo bajo y activó un canal de comunicación general.

—A todas las unidades de la VIII Legión, aquí la Thunderhawk de la Décima Compañía, *Negrura*. Informen de sus posiciones.

Las voces que le respondieron sonaban crispadas y enfadadas. Empujó las palancas aceleradoras, lo que hizo que los motores rugieran con mayor intensidad mientras se acercaba a la confusión que ocupaba el punto de aterrizaje de las fuerzas del señor de la guerra.

—Mirad a los cielos, Amos de la Noche —dijo en fluido nostramano—. Ya llegamos.

—Daos prisa —dijo una voz—. Muchos de nosotros no tenemos más remedio que matar con nuestras propias manos.

Un coro de respuestas detalló con exactitud lo que debía recuperarse de la superficie: un Land Raider, cuatro Rhinos, un Vindicator y cuarenta y un guerreros.

Unos pocos minutos después, Septimus hizo que la *Negrura* se deslizase sobre el terreno, con los propulsores de altitud a plena potencia para mantener la cañonera suspendida sobre el punto de aterrizaje. La plataforma de aterrizaje que había instalado la Decimoprimera Compañía de la *Premonición del Cazador* consistía en un armazón estructural básico. Septimus era generoso al llamarla de ese modo. Los hombres y tanques supervivientes estaban agolpados alrededor de una porción de terreno requemada por los motores, apuntando con sus armas a las filas de los esclavos mortales de la Legión Negra. Los humanos habían visto las cañoneras acercarse y pretendían escapar, por lo que cargaban contra los vehículos de los Amos de la Noche rodeados.

Como habían dicho los astartes, varios guerreros de la VIII Legión se habían visto obligados a matar a los mortales a base de puñetazos. La munición no se había repartido a las líneas de vanguardia desde hacía varias horas. Incluso las armas de los tanques escupían su letal carga de forma intermitente a la hirviente horda que asediaba su posición.

—No tienen espacio suficiente como para llevar a los tanques a una posición de recarga. ¿Abrimos fuego sobre la multitud? —preguntó Septimus—. Tengo los

contadores de munición prácticamente vacíos.

La cañonera que se mantenía en el aire a cincuenta metros a babor abrió de inmediato una pavorosa lluvia de fuego contra la aterrorizada horda de mortales.

«Una pregunta estúpida para hacérsela a un Amo de la Noche, la verdad».

Septimus sumó el fuego de sus armas al caos que había debajo de ellos.

● ● ● ● ●

El hermano sargento Melchiah se movía con paso decidido.

Sus hombres se desplazaban en unidades de cinco guerreros a través de la nave enemiga.

La oscuridad no era un problema para él, pues la penetraba con los modos de visión de su casco. Los ventosos pasillos no ofrecían ningún misterio a sus sentidos, pues navegaba por ellos de memoria, dado que un crucero de batalla astartes era igual a casi cualquier otro. Tal era la sabiduría que contenían los patrones de las plantillas de construcción estándar, comunes a todas las nobles máquinas nacidas del Adeptus Mechanicum.

Continuó moviéndose furtivamente, con la espada sierra ronroneando por delante de él. La oscuridad del navío traidor se abría a su paso, mientras que su visión, teñida de verde esmeralda por las lentes del casco, recogía detalles de las paredes, los pasillos laterales y el rastro calorífico de pisadas recientes.

—Auspex —transmitió a Hyralus.

—No hay movimiento —respondió este—. Capto la presencia de rastros caloríficos por todas partes. Hay un nexo entre ellas en la cámara siguiente.

—Adelante, en nombre del Emperador —dijo Melchiah, mientras continuaba su avance.

Se quitó el casco, pues confiaba en sus propios sentidos en aquella oscuridad absoluta. Era un astartes. Así eran las cosas. Se sintió en mayor sintonía con sus alrededores de forma inmediata, ya que el casco había dejado de enjaularle los sentidos. Incluso con sus mejoras, aquello no era siempre el mejor sustituto de la visión natural.

La corrupción reinaba en aquel lugar. Hasta el aire de la nave parecía viciado. Demasiado tiempo en la disformidad, demasiado tiempo con el mismo aire reciclado. Cálido y estancado, le provocaba a Melchiah un cosquilleo en las tachuelas de acero que tenía sobre la ceja. Tres de ellas eran un reconocimiento por su prolongado servicio.

Sobre los hombros de cada guerrero había una lágrima de sangre roja como el rubí, del tamaño del puño de un mortal y con alas de ángel de color blanco marmóreo. Se trataba de un símbolo que había perdurado durante miles de años y

que los Amos de la Noche seguro que reconocerían. El símbolo que mostraban los traidores era su corrupta antítesis: un cráneo con colmillos en lugar de la sagrada sangre de un primarca, así como unas arqueadas alas de murciélago en vez de las puras alas del ángel asesinado, Sanguinius.

El corazón le ardía con un odio de siglos a Melchiah cuando entró en la cámara con la pistola de plasma en alto. Los temblores de la nave se habían vuelto salvajes. Era curioso que no se tratara del irregular bamboleo de la batalla, sino de algo mucho más normal. ¿El crepitar de una entrada atmosférica? Quizá. Si bien contaba con pocas pistas de por qué la legión traidora podría reaccionar de esa forma, Melchiah dejó aquellos pensamientos a un lado. Tenía una tarea. Había hecho un juramento para esta batalla.

La cámara era grande, casi impresionante. A bordo del *Malevolente*, aquella estancia era una capilla para el Emperador de la Humanidad. En el *Pacto* parecía ser alguna especie de refugio comunal para esclavos. El suelo estaba decorado con detritos. Las mesas permanecían abandonadas y desnudas. Los sacos de dormir se alineaban contra una pared.

—Auspex —dijo—. No veo nada.

—Y por eso estás muerto —siseó Talos mientras caía del techo.

• • • • •

Habían esperado agazapados como arañas tras haber escalado hasta el techo. Una vez tuvieron a los ángeles sangrientos bajo ellos, los guerreros de la Primera Garra se dejaron caer los diez metros que los separaban del suelo con sus armas escupiendo muerte a los leales que se encontraban a sus pies.

Talos dio el primer golpe, tras desviar con *Aurum* un proyectil de bólter de los ángeles, arremetió con la espada y le atravesó el pecho al sin casco líder de la escuadra.

—*¡Aurum!* —dijo el sargento, enseñando los dientes—. ¡La espada!

La respuesta de Talos fue un cabezazo que se estrelló contra el cráneo reforzado de su adversario, lo que incrustó las tachuelas de servicio en el hueso y el tejido blando del cerebro que había debajo.

Las dos escuadras se enzarzaron en combate, igualadas en todos los aspectos menos por el hecho de que la Primera Garra contaba con la ventaja de la sorpresa.

Talos lanzó un tajo lateral con la espada y le partió la columna vertebral, un corazón y la armadura de ceramita a Melchiah, como si nada de aquello hubiera existido. El arco que trazó la espada fue tan suave como si Talos hubiera cortado el aire. Mientras el ángel sangriento trastabillaba hacia atrás, el Amo de la Noche le descerrajó un tiro en el cuello, sólo un proyectil. Melchiah contó con un único instante para llevarse las manos a la herida antes de que explotara, lo que le arrancó la

cabeza en una lluvia de desechos orgánicos.

—¡Por el Emperador! —gritó uno de los ángeles.

La oscuridad se rompió al paso de los fogonazos de bólter y el entrechocar de las armas de energía.

Talos se abalanzó hacia el que había gritado y con su espada dorada cortó el bólter del guerrero con un tajo descendente. El astartes se enfrentó al golpe de revés de la espada con su propio gladio.

—¡Por el Emperador! —repitió el ángel sangriento, esta vez mostrando los dientes.

—Tu Emperador está muerto —gruñó Talos en respuesta.

Y llegó el momento, el momento en que los ojos del ángel miraron de reojo la espada que el Amo de la Noche empuñaba en sus oscuras manos. Talos no podía verle los ojos a su enemigo, pero percibió el ínfimo movimiento de los músculos del ángel una vez que este desvió la atención. En aquel momento crítico, Talos empujó al ángel sangriento contra la pared. Tres proyectiles de bólter a la cabeza lo hicieron morir de inmediato, y Talos le hizo un gesto de asentimiento a Cyrion en señal de agradecimiento.

Uzas, Mercutian, Xarl, Adhemar, Cyrion y Talos estaban en medio de la oscuridad, donde se quedaron escuchando el zumbido de las bocachas de los bólters al enfriarse y observando al último ángel sangriento, que se encontraba en el umbral de la puerta. Se dio la vuelta y echó a correr con las botas resonando por el pasillo.

—Yo… no me esperaba esto. —Talos casi se echó a reír—. Uzas, haz los honores.

Uzas echó a correr a toda velocidad hacia la oscuridad con la espada sierra aullando.

• • • • •

El ángel sangriento no estaba huyendo, Uzas lo sabía muy bien.

Odiaba admitir la idea, incluso en su fuero interno, de que los Ángeles Sangrientos eran una fuerza admirable. Al menos lo habían sido en la antigua Gran Cruzada. Aquellos guerreros de escaso valor dejaban mucho que desear. Les habían quitado tanto de la semilla genética de su primarca que ahora eran casi mortales. Aun así, el ángel sangriento no estaba huyendo. Un astartes se retiraba de una batalla sólo cuando sabía cómo librarla mejor en otra parte. El truco, como había aprendido Uzas, era matar al enemigo antes de que este tuviera aquella oportunidad.

Menos de un minuto después ya estaba sobre el ángel, pero el leal no iba a abandonar tan rápido. Sin el factor sorpresa, y la verdad era que aquella había sido una muy buena idea, cuyo mérito le reconocía a Talos de mala gana, ambos estaban igualados.

El ángel sangriento desenvainó el gladio de su exquisita funda y se abalanzó hacia él. Uzas detuvo la primera estocada y esquivó la segunda, la tercera y la cuarta.

«Por la hirviente sangre de Kharnath, este ángel es rápido».

—Soy mejor que tú —se burló el ángel al mismo tiempo que le daba un golpe de revés al Amo de la Noche con un puño que se estrelló atronador contra el casco de Uzas—. ¿Vas a llamar a tus hermanos, traidor?

Uzas cedió terreno parando el gladio con la espada sierra cada vez que este buscaba su corazón o su garganta. Los dientes saltaban de la hoja sierra a medida que el ángel los iba cercenando.

—Me comeré tu semilla genética después de que te la haya arrancado de la garganta con mis propias manos —rugió Uzas.

—Morirás. —El ángel arremetió con la bota y empotró al Amo de la Noche en la pared que este tenía detrás—. Y serás olvidado.

El casco del ángel se distorsionó con un tremendo retumbar metálico para luego explotar y convertirse en una lluvia de fragmentos pintados de rojo.

Uzas resolló con lentitud. El ángel sangriento muerto se estrelló contra el suelo con un coro de placas metálicas. Talos bajó el bólter y negó con la cabeza hacia su hermano.

—Ya estabas tardando demasiado —dijo, y regresó al pasillo.

• • • • •

El *Pacto de Sangre* había sido construido en los astilleros de Marte en la era anterior al declive de la humanidad. Desde su nacimiento, en aquellas tundiciones forja creadoras de flotas, había efectuado un total de cero aterrizajes y realizado el mismo número de vuelos atmosféricos. Mientras ardía a través de la atmósfera de Crythe y perforaba con violencia la capa de nubes, los ojos del Elevado permanecían cerrados, ciegos a todo lo que había en la cubierta de mando del estrategium.

Su nave, la nave que la criatura conocía mejor de lo que conocía su propio cuerpo corrupto, se desmoronaba. Los dolorosos temblores que destrozaban el *Pacto* se transmitían a lo largo de la columna vertebral del Elevado con martirizante empatía.

Pero había jurado que moriría antes de incumplir la promesa que le había hecho a ese engreído perro hambriento de gloria que era Halasker.

Los tripulantes del puente se agarraban a las consolas o continuaban amarrados a sus propios tronos de control. Los exterminadores Atramentar se habían visto obligados a arrodillarse, pues incluso sus fibras musculares mejoradas eran incapaces de resistir las fuerzas gravitatorias imperantes. Parecían adoradores ante el trono del Elevado, lo que provocó una sonrisita nauseabunda en el semblante de la criatura, aunque fuera sólo por un instante.

—Posición —le exigió saber al timonel. Tras la respuesta, el Elevado se volvió hacia el oficial de comunicaciones—. Llama a nuestras Thunderhawk. Infórmales de que tienen dos minutos para emprender el vuelo o no tendrán una nave nodriza a la que volver.

—¡Estaremos sobre Diecisiete-Diecisiete en noventa segundos, señor!

—Desacelerad mi nave, mortales. No me importa cómo lo hagáis, pero haced que ocurra. Dadles tiempo a las Thunderhawk para que atraquen.

● ● ● ● ●

Las sacudidas amenazaban a la cacería.

Talos maldijo cuando la gravedad cambió el ángulo con el que los atraía en otro momento inoportuno y le hizo fallar el disparo. A lo largo de la cámara, una segunda escuadra de los Ángeles Sangrientos aguantaba la posición al lado de una cápsula de abordaje cerrada. Estaban agazapados tras la poca cobertura que ofrecía el vestíbulo del Mercadonegro y devolvían los disparos a la Primera Garra. Talos y sus hermanos empleaban como cobertura las esquinas de los pasillos anexos.

Ningún bando lograba ventaja.

—Hermano, tengo noticias nefastas —transmitió Adhemar, quien estaba agazapado al lado del profeta y unía su fuego al de Talos—. ¿Ves la cápsula que protegen?

Talos disparó tres proyectiles que no tuvieron efecto alguno.

—La veo. —El casco del navío estaba destrozado y ennegrecido allí donde la cápsula de color rojo metalizado le había perforado la piel—. Lo difícil es no verla, Adhemar.

—Es una cápsula de dreadnought.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—¡Por el tamaño de la maldita herida en nuestro casco!

El visualizador retinal de Talos acotó las medidas mientras echaba un vistazo por la esquina. Resistió las poderosas ganas de suspirar con desánimo.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo.

La nave retembló de nuevo con la suficiente violencia como para arrojar a dos de los Ángeles Sangrientos sobre el suelo negro de la cubierta. De un modo similar, Uzas y Xarl perdieron el equilibrio, y acompañaron la caída con una serie de improperios nostramanos.

Como una flor de acero que le diera la bienvenida a la primavera, la parte frontal cónica de la cápsula se abrió hacia el interior de la sala. La voluminosa silueta que había en su interior empezó a caminar con pasos atronadores. Era una torre de metal

enrojecido y de rugidos desafiantes.

—Os voy a matar, traidores. ¡Os voy a matar a todos!

El aire entre las escuadras se enturbió con distorsiones caloríficas apenas discernibles, y las lecturas térmicas del visualizador retinal de Talos se dispararon con una velocidad tremenda. El inmenso cañón de fusión, capaz de reducir tanques a barro, simplemente se estaba calentando.

—¡Tiene un cañón vaporizador! —transmitió Mercutian—. Estamos muertos.

—Pues por mí bien, ya estoy harto de tu pesimismo y tus malos augurios —respondió Cyrion.

Talos se agazapó tras su escasa cobertura, disparando el bólter a ciegas por la esquina mientras hablaba por el comunicador.

—Aquí Talos de la Primera Garra, requerimos refuerzos urgentes en las cubiertas de popa de los mortales.

La voz que le respondió fue como un bálsamo para su alma.

—Entendido, hermano mío —contestó Malcharion.



ALIANZA FINAL

Muchos reivindicarán el liderazgo de nuestra legión durante los años posteriores a mi muerte.

Muchos proclamarán que ellos, y sólo ellos, son mi digno sucesor.

Odio esta legión, Talos.

He destruido su mundo para cortar el veneno de raíz.

Pronto se me dará la razón, y será así como se imparta la lección más absoluta sobre los Amos de la Noche.

¿De verdad creéis que a mí me importa lo que le pase a cualquiera de vosotros tras mi muerte?

El primarca KONRAD KURZE dirigiéndose al apotecario Talos de la Primera Garra, Décima Compañía

Septimus tiró con fuerza de las palancas de control suplicando que le proporcionaran altitud. Varios astartes de la Decimoprimera Compañía permanecían apiñados a su alrededor, todos ellos eran completamente desconocidos para él, y cada uno de ellos se daba cuenta ahora del incómodo hecho de que un sirviente mortal pilotara una reliquia bendita de la legión. Estaba esperando que en cualquier momento alguno le exigiera que le entregara los controles para pilotar en su lugar.

Aquello no llegó a suceder. Dudaba de que fuera porque estuviesen demasiado exhaustos; según su experiencia, los astartes no se cansaban como hacían los humanos, aunque ciertamente no se podía decir lo mismo de su indumentaria, ya que

sus oscuras y fúnebres armaduras de batalla estaban tan agrietadas y manchadas de sangre como habían estado las de la Primera Garra.

Las turbulencias zarandearon la *Negrura* con iracundos puños, y la enfermiza sacudida que sintió en el estómago delató la pérdida de altitud incluso antes de que lo hicieran los instrumentos de la consola. El sirviente empujó el mecanismo elevador y tiró con fuerza de las palancas otra vez. La *Negrura* ascendió.

Tras ellos, un transporte explotó en el aire. Su casco, y las moles de los dos Rhinos que llevaba consigo, se estrellaron ardiendo contra el suelo. Docenas de soldados mortales murieron aplastados.

Uno de los astartes habló en voz baja y amenazadora.

—La Legión Negra. Van a sangrar y a chillar por esto. Todos y cada uno de ellos.

La promesa tuvo por respuesta un asentimiento general. Septimus tragó con dificultad. A él no le podría haber importado menos la venganza en aquel momento. Sencillamente quería que la condenada cañonera ascendiera, ascendiera, ascendiera.

Tenía que llegar a la órbita. Tenía que alcanzar el *Pacto*.

Y entonces lo vio.

—Por el Trono del Dios Emperador —susurró por primera vez desde su captura.

El *Pacto de Sangre* estaba ardiendo. Cruzaba el cielo como un candente meteorito y trazaba una fina estela de humo y llamas. El cielo rugía con estruendo mientras atravesaba la barrera del sonido, no al acelerar, sino al decelerar.

—Aquí el Elevado —crepitó el comunicador—. Hermanos de la Séptima Compañía, hemos venido a por vosotros.

• • • • •

La red de comunicación era un hervidero de informes de otras garras. Los Ángeles Sangrientos, a pesar incluso de que eran menos de treinta efectivos, se habían dispersado por toda la nave y ofrecían una feroz resistencia a la cacería que acosaba sus vidas.

Talos escupió sangre. Los proyectiles de bólter que le habían impactado en la placa pectoral y en el casco habían hecho de su servoarmadura una agrietada ruina. A pesar de que tenía los nervios insensibilizados frente a lo peor del dolor gracias a las drogas de combate que le latían en las venas, sabía que escupir sangre sobre la cubierta era una mala señal. Su capacidad curativa mejorada genéticamente no conseguía sanar lo que quiera que fuera mal dentro de él, maldita sea.

Había visto morir a Adhemar.

Todo sucedió en un instante.

Vio un borrón de movimiento mientras el antiguo sargento arremetía contra el dreadnought con la espada en alto. La máquina de guerra se giró con una velocidad

inaudita, lo que hizo chirriar el eje de su cintura, y lo roció con el calor invisible, aunque abrasador, de su cañón de fusión. La armadura de Adhemar se quemó y se resquebrajó en menos de un segundo, las articulaciones se derritieron y la coraza de batalla vacía repiqueteó contra el suelo para luego derretirse hasta quedar convertida en una masa informe. No quedó ningún resto biológico.

Todo acabó en un instante.

Lo había hecho para salvar a Mercutian y a Uzas, quienes estaban heridos al otro lado de la cámara. Talos había sumado el fuego de su bólter para cubrirlos, y por su altruismo se convirtió en objetivo de los Ángeles Sangrientos.

¿Es que aquellos astartes querían suicidarse disparando un arma de fusión dentro de una nave? Era un milagro que el fuselaje no se hubiera licuado todavía y que el huracanado aire no los hubiera arrastrado al exterior.

Talos agarró a *Aurum* y sintió que recobraba otra vez las fuerzas. Bien. No iba a morir… quizá. Algo iba mal, pero ya se preocuparía de eso después. Los ángeles sangrientos tenían que ser masacrados, despellejados y crucificados por su detestable presencia en el *Pacto*.

En un primer momento había pensado que los temblores de la cubierta simplemente se debían a las turbulencias atmosféricas. Los proyectiles continuaban explotando alrededor de su frágil cobertura, pero únicamente cuando Malcharion pasó de largo dando grandes zancadas como una mole blindada que apenas cabía en los pasillos anexos, se dio cuenta Talos de lo que sucedía. El dreadnought entró con paso depredador en la cámara sin prestar atención a los disparos de las armas cortas de los ángeles sangrientos.

Revitalizados por la presencia del sabio guerrero, los supervivientes de la Primera Garra redoblaron sus disparos. Los astartes acorazados de rojo morían. Mercutian y Cyrion cayeron también, abatidos por proyectiles de bólter.

Talos sintió que lo abandonaban sus recién recobradas fuerzas. De espaldas a la pared, se deslizó hasta el suelo de la cubierta mientras se agarraba la agrietada placa pectoral. Los dreadnoughts se observaron durante un instante de calma casi hilarante.

—¡Matadlo! —gritó Talos—. ¡Matadlo ya!

—Ya lo he hecho una vez —tronó Malcharion.

El dreadnought de los Ángeles Sangrientos emitió el mismo ruido de cambio de marchas que Talos le había oído hablar a Malcharion. Los ojos del Amo de la Noche se posaron sobre el sarcófago montado sobre el nuevo cuerpo del sabio guerrero. Allí se podía contemplar la imagen de Malcharion como había sido en vida, agarrando los tres yelmos. Uno de ellos había pertenecido a… el campeón de los Ángeles Sangrientos… Raguel el Impasible.

—Voy a vengarme, incluso en la muerte —dijo guturalmente el ángel sangriento.

—Te mereces la oportunidad, Raguel.

Con los crepitantes puños de combate en ristre, las dos máquinas de guerra hicieron aquello para lo que se las había resucitado.

La lucha tuvo lugar en dos mundos, y hasta la noche de su muerte Talos nunca estuvo seguro de cuál de ellas fue testigo en realidad. En el inmediato, doloroso y agitado mundo de los sentidos, los dos mastodontes blindados se destrozaban mutuamente con garras rotatorias y puños aplastantes. La ceramita se resquebrajaba bajo aquellas manos trituradoras, y los fragmentos de armadura salían volando de los combatientes como la lluvia de un mundo letal azotado por ventiscas.

Ninguno de los cadáveres suspendidos veía ni sentía aquello.

Las paredes eran doradas donde aquellos guerreros se batían en duelo. Ambos hombres lucían la orgullosa armadura de su legión y ambos hombres luchaban por Terra: uno para defenderla y morir por el Imperio; el otro para conquistarla y matar por la misma razón.

Sus espadas trazaron arcos en el aire y golpearon hasta que ambas se rompieron. Entonces, todo se redujo tanto a los puños recubiertos de blindaje como a la fuerza necesaria para estrangular.

Talos observó a los dreadnoughts destrozarse el uno al otro hasta convertirse en chatarra, y vio exactamente lo que aquellos difuntos veían.

• • • • •

La *Negrura* rugía en el aire con los motores aullando a medida que la Thunderhawk se acercaba al costado del *Pacto*.

Las otras ya habían aterrizado y dejado su preciada carga a bordo del crucero de ataque mientras este rasgaba los cielos. La *Negrura* era la última.

Las runas de alarma parpadearon en las pantallas de las consolas cuando Septimus forzó los motores más allá de todos los márgenes de seguridad. Las palancas de control le temblaban en las manos, casi en sincronía con las lastimeras sirenas que le chillaban para que dejara de hacer lo que estaba haciendo. El oscuro dardo que era la Thunderhawk se ladeó más cerca de la vertiginosa estructura del *Pacto*, lo que hizo que las turbulencias se intensificasen debido a que la *Negrura* entraba en el rebufo de la nave nodriza.

Esta empezó a ascender.

Fue capaz de verlo por sí mismo, incluso sin necesidad de que los astartes que iban en la cabina, guerreros a los que ni siquiera conocía, lo comentaran a base de maldiciones y quejas.

Hizo todo lo que pudo por ignorar sus comentarios, lo mismo que hizo con las runas de alarma que brillaban con un intenso rojo intermitente en todas partes.

Sin embargo, era obvio que el *Pacto* ascendía en aquel momento, lo que hacía que un aterrizaje casi imposible se transformara en casi inconcebible. El crucero levantó la proa como si cortase el cielo contaminado al empezar a impulsarse hacia arriba para

reentrar en la órbita.

—Sólo un poco más —rogó Septimus a la vez que tiraba con fuerza de las tres palancas de propulsión hasta colocarlas en los espacios vacíos, más allá de las zonas marcadas de rojo en las consolas del timón. La *Negrura* cambió de marcha, rugió más alto y salió disparada en persecución de su transporte.

El pensamiento se materializó y su nave ascendió hasta colocarse al lado del crucero de batalla, ladeándose incluso más cerca del hangar de atraque, tanto que había muchas probabilidades, o todas, de que los motores de la Thunderhawk explotasen a raíz del castigo que recibían.

Septimus tiró de la palanca para ascender en paralelo a la nave de mayor tamaño y dejar atrás las puertas abiertas del muelle de atraque, listo para dejarse caer hacia atrás y meterse dentro maniobrando. La cañonera viró con suavidad, agitándose bastante, a menos de treinta metros del hangar.

Iban demasiado rápido como para desplegar el tren de aterrizaje. Eso arrancaría las garras de cuajo en el instante en que salieran del casco. Septimus iba a tener que bajarlas más tarde, tan pronto como la *Negrura* entrara en el muelle, y rezar para descendieran lo suficiente como para soportar el peso de la nave.

—Ahora o nunca —susurró, tras lo cual se ladeó bruscamente por encima más del máximo de la fuerza propulsora. La Thunderhawk se desplazó lateralmente con violencia, bamboleándose en dirección al muelle de atraque del hangar.

Los siguientes diez segundos duraron una eternidad para Septimus: una eternidad de las sacudidas más violentas y ruidosas que jamás había oído.

El propulsor de babor explotó en cuanto la Thunderhawk viró hacia su objetivo, lo que amplificó las turbulencias hasta hacerlas diez veces más intensas. Septimus había previsto quedarse sin algunos motores, así que lo compensó de inmediato. La *Negrura* se habría quedado corta para entrar en la nave y se habría estrellado de morro contra el costado del *Pacto*, o bien habría rebotado contra la nave para luego desplomarse tras sufrir graves daños a causa del impacto. Septimus lo compensó al sobrecargar los propulsores que quedaban, lo que los destruyó al lanzar un chorro impulsor momentáneo que lanzó la cañonera al interior del muelle de atraque.

Al estar tan cerca ya de su objetivo, se arriesgó y desplegó el tren de aterrizaje. El horrendo sonido del metal al retorcerse le comunicó el destino de la pata de aterrizaje frontal. Las demás aguantaron.

La oscuridad cubrió las ventanas frontales a la vez que se precipitaban hacia el *Pacto*. Septimus tuvo medio segundo para darse cuenta de que iban por buen camino, aunque no el ideal, antes de que estuvieran dentro del hangar en sí. Otra brutal colisión zarandeó la Thunderhawk, debido a que la cola de la cañonera había rasgado el borde de las puertas del muelle. La *Negrura* empezó a dar bandazos y sacudirse de forma salvaje, desviada de su ya de por sí caótico rumbo, y se estrelló contra el suelo con una violencia salvaje.

Las garras de aterrizaje traseras horadaron la cubierta al mismo tiempo que el

morro de la cañonera se estampaba contra el suelo y abría un surco chisporroteante a lo largo de este. Tras deslizarse varias docenas de metros, el tren de aterrizaje trasero cedió, lo que hizo que el extremo trasero alado de la cañonera chocase contra la cubierta con un estrépito atronador.

Al tener los motores apagados y los propulsores quemados, la única cosa que detuvo a la aullante nave fue la colisión contra la pared lateral del muelle del hangar.

Este último impacto empujó a Septimus de forma súbita hacia adelante, pero los cinturones de sujeción aguantaron y lo mantuvieron en el trono.

Quieto por fin, y con el corazón saliéndosele del pecho, Septimus soltó con alivio el aire largamente contenido.

—Hemos… Hemos aterrizado —dijo, sin que le sorprendiera el temblor de su voz.

La escuadra de astartes se desabrochó los arneses de seguridad y abandonó la cabina sin mediar una palabra.

Aún cuando los destrozados motores continuaban con el lento proceso de parar las hélices en medio de una orquesta de lamentos mecánicos, los astartes desembarcaron con rapidez pues el Elevado los había convocado para que defendieran el *Pacto*. Parecía ser que había astartes leales al Trono a bordo.

Septimus, quien se levantó con lentitud, estaba demasiado cansado como para que le importase, e intentaba conservar el equilibrio sobre sus piernas temblorosas.

Le dolía el cuello. Le dolía la espalda. Le dolían las manos. Le dolía todo. Como piloto de toda la vida que era, nunca hubiera creído que pudiesen sobrevivir a un atraque así. Los astartes se marcharon sin una palabra de gratitud. También estaba demasiado cansado para que le importara eso.

Bueno… casi.

No dejaba de pestañear debido al estrés por agotamiento, que le enturbiaba la vista, mientras bajaba dando trompicones por la rampa de desembarco. La *Negrura* crepitaba y siseaba detrás de él, pues su torturado casco se disponía a reposar una vez más en la inactividad.

La cañonera había perdido la cola, arrancada durante el choque contra el casco de la nave. El tren de aterrizaje ya no era más que un recuerdo, pues estaba completamente destrozado. La orgullosa figura de rapaz de la Thunderhawk mostraba negras quemaduras a lo largo del casco, así como notables desperfectos en el metal.

—No pienso repetirlo —dijo.

Unos servidores se aproximaron y su rudimentaria programación tardó unos momentos en calcular cómo enfrentarse con la chatarra que tenían delante. Algunos de ellos lo miraron con curiosidad, preguntándose si acaso había pronunciado una orden.

—Volved al trabajo —dijo Septimus. Después alzó la mano al microcomunicador para activarlo—. ¿Octavia?

Su voz era débil. Húmeda a causa de las lágrimas.

—Tienes que ayudarme —sollozó ella.
—¿Dónde estás?
Octavia se lo dijo y Septimus emprendió una carrera angustiosa.

• • • • •

El Elevado observaba en el estrategium cómo se alejaba el macizo montañoso. Su nave subía y perforaba el aire como si fuera una lanza. Los tripulantes del puente de mando lanzaron vítores de alivio. Aquel sonido confundió al Elevado, pues nunca lo había oído antes.

En cuestión de segundos, la paleta de colores azules del occulus quedó reemplazada por el negro.

El negro del vacío espacial. El *Pacto* dejó de sacudirse atormentadamente, lo que fue un alivio. La gravedad artificial se activó y las extremidades dejaron de pesarles.

—Atraviesa el hueco que hay entre esas dos naves —ordenó el Elevado. Ya estaba sentado de nuevo en su trono y estudiaba la reactivada imagen hololítica. Sus agudizados sentidos se afanaron por desvelar los misterios, las rutas de vuelo, las destrucciones y las muertes que habían acontecido desde la última vez que había visto la imagen.

Los temblores comenzaron nuevamente, y esta vez llegaban torrentes de informes de daños.

—No me importa el daño que suframos. —La nave dio una fuerte sacudida bajo la lluvia de impactos de lanza—. Simplemente llevadnos a la disformidad.

Certero como una flecha y letalmente veloz, el *Pacto* se alejó a toda velocidad de la órbita de Crythe Prime atravesando las dos flotas enzarzadas en combate.

—Navegante Etrigius —dijo el Elevado—. Responde.

—Está… Está muerto —respondió en su lugar una voz femenina.

• • • • •

La Primera Garra se acercó a las máquinas destruidas.

Los astartes que habían recibido menos daños cojeaban. Uzas y Mercutian se arrastraban con ayuda de los brazos.

El dreadnought de los Ángeles Sangrientos todavía sufría espasmos mientras yacía panza arriba. Su garra se abría y cerraba sin aprisionar más que el aire. Talos hizo un gesto con la cabeza hacia el sarcófago, pues se sentía demasiado dolorido como para levantar un brazo.

—Abridlo en canal.

Xarl y Cyrion se pusieron manos a la obra con sus espadas sierra y cortaron la superficie del ataúd, sin que los desgarradores dientes respetasen sus pronunciamientos funerarios ni sus actos gloriosos grabados al ácido y descritos en glifos baalianos. Con una serie de gruñidos de esfuerzo, los dos guerreros tiraron la tapa del sarcófago a un lado, lo que dejó al descubierto al piloto que albergaba en su interior.

Sus espadas habían reventado el ataúd interno. El claro fluido amniótico, que la sangre había teñido de rosa aquí y allá, chapoteaba al derramarse poco a poco del sarcófago perforado.

Talos se subió al casco del dreadnought y miró desde lo alto aquella ruina de ser humano, potenciado y sin extremidades.

—Soy Talos de los Amos de la Noche. Asiente si entiendes lo que digo.

El héroe muerto mucho tiempo atrás asintió a la vez que se le tensaba la piel a causa de los espasmos, sin duda alguna dolorosos, provocados por el fallo de sus puertos de alimentación interna de soporte vital. Aquello hizo que Talos sonriera.

—Has de saber esto, ángel sangriento: tu última misión ha fracasado. Tus hermanos están muertos. Nos pondremos sus armaduras para luchar contra tu falso emperador. Y has de saber esto también, campeón de la IX Legión: los hijos del Acechante Nocturno te han matado ya dos veces. Dale la bienvenida a la vida eterna en la disformidad sabiendo que fuiste demasiado débil como para vencernos, ni por una sola vez.

Talos sostuvo la mirada sobre los restos que se movían de forma espasmódica en el interior del ataúd inundado. A pesar de la debilidad de su brazo. Talos aferró con fuerza a *Aurum* mientras alzaba la espada de otro ángel caído.

—De tus huesos se harán trofeos para nuestras armaduras. Devoraremos tu semilla genética. Y lo que quiera que sea que quede de este glorioso sepulcro andante, nuestro tecnosacerdote lo rapiñará para que hospede a un campeón de nuestra propia legión.

Talos lanzó una estocada hacia abajo. Su dorada hoja apuñaló la tumba y empaló la boca abierta del héroe imperial mutilado.

—Muere, con el sabor de la eterna derrota de tu capítulo en la lengua —sentenció Talos.

• • • • •

Octavia limpiaba la sangre del rostro de Etrigius.

Las truculentas facciones del navegante parecían de alguna forma aniñadas en la muerte, serenas e inocentes. Casi se podría creer que no había vivido toda una

existencia de visiones y secretos de la que pocos mortales habían sufrido la maldición de ser testigos.

El anillo de uno de sus excesivamente largos dedos se había resbalado. Ella se lo puso de nuevo en la mano, pero ni siquiera estaba segura de por qué se había molestado. Simplemente le parecía apropiado. Por el Trono, si a ella ni siquiera le caía bien. Había sido un cretino insufrible y altanero.

Aun así, aquello no se lo merecía. Nadie se lo merecía.

Octavia apoyó la mano sobre el hoyo sangrante donde había estado su ojo disforme. Un francotirador…, una especie de joven astartes con armadura ligera… se había infiltrado en la cámara y había abatido a Etrigius de un solo disparo. El navegante murió mientras se quejaba de las turbulencias. Octavia se había quedado demasiado estupefacta como para moverse, demasiado aturdida como para coger su pistola automática, incluso cuando los servidores ataviados con túnicas del navegante desplegaron las garras y desmembraron al ángel sangriento miembro a miembro.

—Está muerto —le había dicho a la cosa demonio del puente de mando cuando su voz retumbó por el comunicador—. Lo han asesinado.

La cosa demonio, el Elevado, gritó. La nave se agitó como si la agarrase el puño de un dios inmenso y colérico.

La voz de Septimus le llegó una vez más. Pero esta vez no a través del comunicador. Alzó la vista y lo vio de pie en la entrada.

—Octavia.

—Lo han asesinado —repitió con los dientes apretados. Por el Trono, ¿por qué estaba llorando? Por qué no dejaba de temblar la nave… Aunque sólo fuera por un instante…

—Octavia. —Septimus se acercó a ella y la ayudó a levantarse—. Están destruyendo el *Pacto*. Estamos todos muertos, a menos…

—A menos… que lleve a la nave hasta la disformidad.

—Sí.

Septimus le limpió unas salpicaduras de sangre del rostro a la vez que su ojo potenciado zumbaba al enfocar. Ella oyó un chasquido muy tenue.

—¿Me acabas de sacar una pictografía?

—Puede que sí lo haya hecho —respondió con una sonrisa lenta y llena de pesar.

Octavia miró de reojo el sillón de meditación manchado de sangre y no le devolvió la mirada.

—Deberías irte. Esto nunca es agradable de ver.

Septimus vaciló, reacio a dejarla marchar incluso cuando la nave estaba siendo aniquilada por las armas imperiales. Ella lo apartó con un suave empujón.

—¿Sabes qué?, te veré luego —le dijo mientras se dirigía hacia el sillón—. Quizá.

—Quizá.

Por fin, ella miró hacia atrás y lo vio de pie al lado de la puerta.

—No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Sé encontrar el Astronomicón, que

guía la luz del Emperador, pero tengo la sensación de que eso sería invitarlos a que nos persiguieran.

—Sí que lo sería. Tú sólo… hazlo lo mejor que puedas.

—Podría mataros a todos si quisiera —sonrió ella—. Porque sois herejes, ¿sabes?

—Lo sé.

—Deberías marcharte.

Septimus no supo qué más decir, así que al final se fue sin volver a hablar. Las puertas de las cámaras de Etrigius…, las cámaras de Octavia, quedaron selladas y bloqueadas del todo.

—Navegante —resonó un rugido de los vocoaltavoces de perímetro de la cámara.

—Estoy aquí —respondió ella.

—Soy el Elevado.

—Sé quién sois.

—¿Conoces la región del espacio cercana al núcleo galáctico que alberga una herida disforme y es conocida como el Gran Ojo?

Eurydice Mervallion, que ahora se llamaba Octavia, del *Pacto*, inspiró profundamente.

—Conectadme con el timón —dijo ella con una voz que había recobrado la fuerza —. Voy a entrar en comunión con sus pilotos.

• • • • •

No era tan difícil, la verdad.

La nave la odiaba. Ah, cómo detestaba la presencia de la chica. Esta sentía su presencia retroceder ante su meditación de sondeo, como una víbora que protegiera sus crías.

Te odio, susurró el *Pacto*. Su presencia la azotaba en la mente, chillona y aborrecible.

Te odio, le advirtió otra vez, lejos de la dócil y sedada alma de la *Doncella de las Estrellas* de Kartan Syne.

Tú no eres mi navegante, le espetó.

—Sí —replicó ella en la cámara vacía salvo por el cadáver de su predecesor—. Sí que lo soy.

Octavia cerró sus ojos humanos, abrió el tercero, y arrastró al *Pacto de Sangre* al espacio entre mundos.

• • • • •

—¿Lo notáis? —preguntó Xarl cuando la nave pareció estirarse hacia adelante con un bamboleo extrañamente suave que no se parecía al que provocaba el impacto de las armas de sus enemigos.

Talos asintió. Él también había percibido la traslación hacia la disformidad.

—Lo logramos —gruñó Cyrion—. La mayoría de nosotros.

Malcharion ya no se movía en absoluto. La Primera Garra se apiñó alrededor del guerrero destrozado y el filo de sierra de Xarl se puso en marcha otra vez.

—¿Deberíamos hacerlo? —le preguntó a Talos—. Puede que Deltrian sea capaz de salvarlo, si es que todavía está vivo ahí dentro.

—No. Deja que duerma; es lo que deseaba. Ya tenemos una imagen suya que debería permanecer con nosotros a lo largo de las eras.

Los ojos del profeta no abandonaron el grabado triunfal sobre la tapa del sarcófago durante un rato.

—Fue grandioso verlo luchar una última vez —admitió Uzas.

Los otros resoplaron o se lo quedaron mirando al oír tal cosa de sus labios.

—Os juro que vi la batalla en el palacio de Terra otra vez —declaró Cyrion—. No a estas… máquinas de combate aporreándose mutuamente.

Talos no respondió.

—Deltrian —transmitió al Salón del Recuerdo.

—Sí, uno-dos-diez. Me hallo presente, Talos.

—Malcharion, el sabio guerrero, ha caído en combate.

—Tu voz indica que lamentas estos acontecimientos. Si las condolencias de otros van a aliviar tu tormento, te las ofrezco.

—Aprecio el sentimiento, pero eso no es todo.

—Tus patrones articulatorios muestran ahora trazas de diversión.

—Envía a dos equipos de servidores de carga a las cubiertas de popa de los mortales, al área conocida como Mercadonegro.

—Procesando. Un equipo es suficiente para recuperar la sagrada reliquia del inhumado Malcharion. Requiero un razonamiento a tu petición de dos equipos de carga.

—Porque, honorable tecnosacerdote —Talos desvió la mirada hacia la chatarra que había albergado a Raguel el Impasible, el preciado caparazón de su máquina de combate—, la Primera Garra tiene un regalo para ti.

Con el enlace apagado, Talos entrecerró los ojos en dirección al cadáver de un ángel sangriento. La placa pectoral del guerrero estaba intacta a pesar del daño atroz que habían sufrido los blindajes del muslo, la pantorrilla y el hombro. Un águila imperial desplegaba orgullosa las alas a lo ancho del peto, forjado de platino y reluciente con una luz dorada en mitad de aquella penumbra.

El profeta hizo un débil gesto con la cabeza para señalar la hermosa armadura del ángel sangriento.

—Esa es mía —dijo, y se deslizó hacia el suelo de la cubierta pegado a la pared,

demasiado exhausto como para moverse.

EPÍLOGO
PORTENTOS

Un padre y una madre lloraban en las entrañas del *Pacto de Sangre*.

La tripulación humana no había salido ilesa del combate. Algunos habían caído víctimas de los equipos de asalto de los Ángeles Sangrientos, asesinados mientras huían de la ira justiciera de los mejores guerreros del Emperador. Otros perecieron en las explosiones que devastaron la nave debido a los ataques de los cruceros imperiales. Y murieron todavía más cuando las bandas de mortales utilizaron el caos de la guerra orbital como excusa para lanzar ataques contra las bandas rivales que compartían con ellas la oscuridad.

Un hombre agarraba con fuerza el cuerpo de su hija, cuya figura, ligera y sin vida, apoyaba contra su propio pecho escuálido. La sangre seguía manchando los labios y el rostro de la niña allí donde había expulsado su último y húmedo aliento hacía menos de una hora. Sus ojos, oscuros a causa de la penumbra eterna, miraban fijos y ciegos a la multitud que empezaba a congregarse.

No tenía piernas. Las había perdido bajo la espada sierra de un ángel sangriento, pues el héroe del Imperio había querido abrirse camino exterminando a la herética tripulación del *Pacto*. Su espada trituradora había tomado para sí las vidas de muchos antes de que un astartes de una de las garras del *Pacto* lo asesinara por fin.

Su padre acunaba lo que quedaba de ella y se lamentaba con tristeza.

Los testigos comenzaron a susurrar, a hablar en voz baja sobre las maldiciones, sobre los presagios de los más negros portentos. Un medallón de la legión sobre el pecho de la niña resplandecía en la tenue luz.

El padre sostuvo en brazos lo que quedaba de su hija de diez años y chilló su ira a la silenciosa nave.

—¡Esta nave está maldita! ¡Está condenada! ¡Nos la han arrebatado!

Más humanos se congregaban en las tinieblas con los ojos abiertos de par en par, húmedos de lágrimas, y todos ellos compartieron los pensamientos y temores del padre que estaba de luto por la muerte de su hija.

• • • • •

Taisha no estaba tranquila a pesar de la armonía del jardín.

Bajo una bóveda que revelaba la gloria del vacío silencioso, así como bajo la luz titilante de un millón de soles distantes, Taisha entró en el jardín buscando respuestas. Sus pies desnudos susurraban sobre la tierra fresca y la hierba que le acariciaba los dedos. Una túnica de resplandeciente seda de color jade se adhería a su ágil figura y dejaba desnudo el hombro del que pendía. Los cabellos, del profundo color rojo de la sangre humana, lo bastante largos como para alcanzar su cintura, estaban recogidos en una tensa cola de caballo.

Sus ojos rasgados se posaron en una figura que estaba arrodillada sobre la hierba. Sus ropajes eran del color negro del inabarcable espacio entre mundos. La figura habló sin alzar la vista hacia ella.

—Saludos, hija de Khaine y Morai-Heg.

Taisha inclinó la cabeza hasta el ángulo apropiado, lo que denotaba de forma educada que estaba al corriente de su rango superior y del honor que le hacía a ella al haber hablado él primero. No se arrodilló ante él. Til cosa sería una falta de decoro. En lugar de eso, se mantuvo a varios metros de distancia, mientras sus dedos acariciaban con suavidad el hueso espectral de la espada que llevaba envainada en el talle. La punta de la espada curva casi tocaba el suelo. El cinto del que colgaba era todo lo que mantenía cerrada su túnica verde.

—Saludos, noble vidente. ¿Os encontráis bien?

—Estoy bien —dijo, todavía sin alzar la vista.

—¿He interrumpido vuestra meditación?

—No, Taisha. —El eldar arrodillado posó la vista en el suelo frente a él, donde un conjunto disperso de piedras rúnicas del tamaño de una moneda yacía entre las hojas cubiertas de rocío de la hierba—. Has venido a por respuestas, ¿no es así?

—Así es, noble vidente. —No le sorprendía que el vidente estuviera enterado de su intranquilidad, o de que fuera a recurrir a él—. Mi reposo se muestra agitado.

—No sólo el tuyo, Taisha.

—Eso he oído, noble vidente. Varias de mis hermanas están igualmente inquietas en las horas de descanso.

—Ah, pero la agitación alcanza cotas mucho más lejanas. —En aquel instante alzó hacia ella sus ojos azul hielo, semejantes a cristales helados—. La guerra amenaza al mundo astronave una vez más. Una guerra que te verá derramar la sangre de los mon-keigh, hija de la diosa del Destino.

—Nosotros somos Ulthwe. —Ella inclinó de nuevo la cabeza en señal de respeto —. Conocemos poco más aparte de la guerra. Pero ¿quién vendrá, noble vidente? ¿Qué mon-keigh?

El vidente recogió sus runas de la hierba del jardín y las notó calientes y portentosas en la palma de la mano.

—El Cazador de Almas, Taisha. El que cruzará su espada con la Acechante del Vacío.



AARON DEMBSKI-BOWDEN, autor británico, es un fan acérrimo de Warhammer 40 000 desde que destrozó su ejemplar de Space Crusade, cuando pintaba las miniaturas con la destreza de un niño de nueve años sobreexcitado. Tenía 19 años cuando se dio cuenta de que quería ser escritor después de descubrir que «era demasiado vago para ser paramédico».

Comenzó su carrera profesional en las industrias de los videojuegos y del rol. Para Black Library ha escrito Cadian Blood y Soul Hunter.